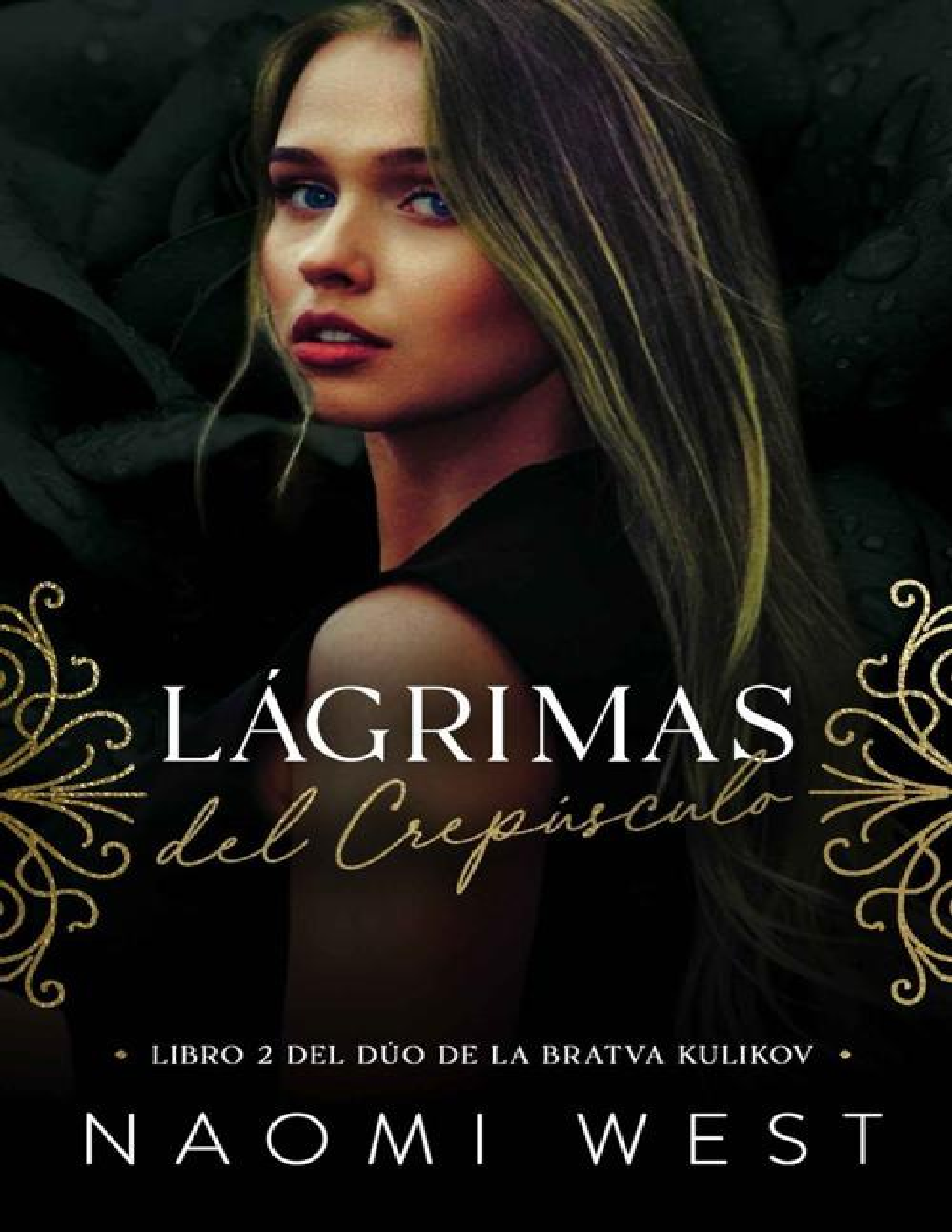


LÁGRIMAS del Crepúsculo

LIBRO 2 DEL DÚO DE LA BRATVA KULIKOV

NAOMI WEST

LÁGRIMAS DEL CREPÚSCULO

LA BRATVA KULIKOV

LIBRO 2

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Lágrimas del Crepúsculo

1. Luna
2. Yakov
3. Luna
4. Yakov
5. Yakov
6. Yakov
7. Luna
8. Yakov
9. Luna
10. Yakov
11. Yakov
12. Luna
13. Yakov
14. Luna
15. Luna
16. Yakov
17. Yakov
18. Luna
19. Luna
20. Yakov
21. Luna
22. Luna
23. Luna
24. Yakov
25. Luna
26. Yakov
27. Luna
28. Luna
29. Luna
30. Yakov
31. Luna
32. Luna
33. Yakov
34. Yakov
35. Luna
36. Yakov
37. Luna
38. Yakov
39. Luna
40. Yakov

41. Luna
42. Yakov
43. Luna
44. Yakov
45. Yakov
46. Luna
47. Yakov
48. Luna
49. Yakov
50. Luna
51. Yakov
52. Yakov
53. Luna
54. Yakov
55. Yakov
56. Luna
57. Yakov
58. Luna
59. Yakov
60. Luna
61. Yakov
62. Yakov
63. Luna

Epílogo: Luna

Copyright © 2025 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Zakharov

Diablo de diamantes

Ángel de diamantes

La Bratva Zaitsev

Malicia Rubí

Misericordia Rubí

La Bratva Tasarov

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

La Bratva Aminoff

Rosa Enjaulada

Espina Enjaulada

LÁGRIMAS DEL CREPÚSCULO

Estoy embarazada del bebé del *pakhan*…

Y no tiene intención de perderme de vista.

Me solían gustar las sorpresas. Ya no. Porque, últimamente, cada sorpresa ha sido peor que la anterior.

¡Sorpresa! Una cita a ciegas con un jefe de la mafia arruinó mi vida.

¡Sorpresa! Terminé embarazada de su bebé.

¡Sorpresa! Sus enemigos me capturaron, vi a su hermana recibir una bala por mí… y ahora, estoy encerrada en una celda con un monstruo en la puerta y Yakov no está a la vista.

Él vendrá por mí. Tiene que…

¿Verdad?

Solo puedo esperar que lo haga.

Porque las sombras en la esquina se acercan cada vez más…

Y, si quiero que mis bebés respiren por primera vez… Yakov es el único con quien puedo contar.

A menos que haya decidido que ya no valgo su amor.

LÁGRIMAS DEL CREPÚSCULO *es el Libro 2 del dueto de la Bratva Kulikov. La historia comienza en el Libro 1,* **PECADOS DEL CREPÚSCULO.**

LUNA

Nunca me he sentido más segura.

Me volteo y Yakov está acostado de lado, sonriéndome. Es raro ver su sonrisa completa. La que arruga los ojos y hace que mi corazón lata más rápido.

—Has estado dormida durante horas —susurra.

—¿Cómo sabrías? ¿Me has estado observando?

—Siempre —enrosca un brazo alrededor de mi estómago y me abraza.

—¡Estás helado! —grito. Intento alejarme de él, pero me abraza con fuerza. Mi cuerpo retrocede ante su toque incluso cuando se me pone la piel de gallina—. ¿Estás enfermo? ¡Tus manos son como cubitos de hielo!

—Todo está bien, Luna.

—No me siento bien —me doy la vuelta, pero ahora la cama está vacía. Estoy temblando y me castañetean los dientes mientras lo llamo—. ¿Yakov…? ¿Yakov?

Me despierto y el nombre de Yakov brota de mi garganta seca. Mis labios están pegados a mis dientes, y mi lengua se siente como una piedra en mi boca. Nunca he tenido tanta sed en toda mi vida.

Debo estar enferma. Por eso Yakov me cuida. Se tumba despierto a mi lado.

Excepto que… Yakov no está a mi lado.

Paso las manos por mis brazos. Mi piel está áspera, y se me pone la piel de gallina y estoy desnuda excepto por mi ropa interior.

Mi cuerpo protesta mientras me siento. Mi cabeza da vueltas y la oscuridad se apodera de los bordes de mi visión. *¿Qué está sucediendo?*

Entonces, la habitación se solidifica y veo las paredes de cemento. El colchón manchado debajo de mis piernas pálidas. La puerta de la celda con barrotes. Las últimas horas… *¿días? ¿semanas…?* vuelven a mí rápidamente.

Mariya cayendo de nuevo al césped, el disparo.

La capucha que me pusieron sobre los ojos.

La brida cortándome las muñecas mientras me dejaba caer impotente en el piso de una camioneta.

Akim Gustev sonriéndome.

Se me pone la piel de gallina cuando recuerdo sus ojos negros oscuros y su fina sonrisa. *Voy a morir aquí. Pero primero voy a sufrir.*

Mi estómago da un vuelco, pero una fuerza que no sabía que me quedaba me impulsa hacia el final de la cama. Me inclino sobre el marco de metal oxidado y vomito. La última pizca de humedad que queda en mi cuerpo rueda por mis mejillas en forma de lágrimas, mientras mi estómago intenta una y otra vez vaciarse.

Pero ya está vacío. Lo ha estado durante mucho tiempo.

¿Cuánto tiempo llevo aquí sin comida? ¿Sin agua? Estoy deshidratada y muerta de hambre, pero la niebla en mi cabeza se debe a mucho más que eso.

Cuando mi estómago se calma, me dejo caer contra la pared de cemento y pienso. Tengo un recuerdo vago y cambiante de cuando me desperté con una aguja en el brazo…

El hombre que sostenía la jeringa hablaba ruso. Él se rio cuando le di una débil palmada en la mano. Luego… oscuridad.

¿Cuántas veces me han drogado desde entonces? ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? ¿Qué me hicieron mientras estuve fuera? Y si…

Respira.

Enrosco mis brazos alrededor de mi cintura y dejo caer la frente sobre mis rodillas. *Respira. Eso es todo. Respira*. Eso es lo único que me trae paz… concentrarme en una inhalación y otra exhalación, una y otra vez. Con el tiempo, la piel de gallina se tranquiliza y los latidos de mi corazón disminuyen.

Pero todavía estoy acurrucada y temblando cuando una puerta chirría y resuenan voces fuertes en el cemento.

Pasos. Más voces. Me esfuerzo por entender lo que dicen antes de darme cuenta de que no hablan inglés.

Llevo las piernas a mi pecho, tratando de cubrirme lo más que puedo mientras un hombre se detiene frente a mi celda. Es alto, casi más alto que la puerta de la celda y casi igual de ancho. Sus ojos oscuros recorren mi piel. Luego, su mano fornida atraviesa los barrotes. Me estremezco, esperando que abra el pestillo y se aventure a entrar. Lo único peor que estar atrapada en esta habitación sería estar atrapada en esta habitación con *él*.

Pero él no toca la cerradura.

En su enorme mano hay un pequeño vaso de agua. Parece el vasito con sorbete de un niño pequeño en comparación con sus dedos gruesos.

—Bebe —ladra con un marcado acento ruso.

Mantengo mis rodillas contra mi pecho y me inclino hacia adelante para agarrar el vaso, pero él lo retira fuera de alcance. Una sonrisa enfermiza le tuerce la boca.

No me dejarán morir con dignidad.

Por principio quiero rechazar el vaso y quedarme sentada en la cama, pero cada célula en mí pide a gritos incluso una gota de agua.

Así que me desenrosco, me levanto y alcanzo el vaso.

De nuevo, lo retira y sus ojos se detienen en mis pechos desnudos.

Más piel de gallina se expande por mi piel. No tiene nada que ver con el frío. Mi estómago se revuelve como si fuera a enfermarme, pero me obliga a quedarme quieta. A encontrar su mirada. Cuando levanto la barbilla y miro directamente a sus ojos oscuros, es cuando finalmente me entrega el vaso.

En el momento en que el vaso está en mis manos, ya me importa un carajo la dignidad. *Agua. Necesito agua*. Así que bebo el vaso de un trago. Mi lengua se arremolina alrededor del borde, absorbiendo cada gota.

—Más —le ruego, ofreciéndole el vaso—. Necesito más. Por favor.

Mis piernas tiemblan tanto que caigo al suelo y mis rodillas crujen contra el cemento gélido. Siento la vibración en mi cráneo.

El hombre frunce los labios como si estuviera disgustado. Pero no está disgustado consigo mismo, ni con lo que su jefe me ha hecho… está disgustado conmigo por rogar.

Si no tuviera tanto miedo por mi bebé, quizá también estaría disgustada conmigo misma. Pero haré cualquier cosa por mi bebé. Lo que sea necesario para salir de aquí.

El hombre se marcha sin decir una palabra más. El espectáculo ha terminado…

Por ahora.

Una vez que estoy segura de que se ha agotado hasta la última gota de agua, me arrastro de regreso al colchón. Es fino y está manchado, pero es mejor que el suelo. Me acurruco de costado y vuelvo a temblar. El sueño me llega a trompicones. En esos escasos segundos sueño con Yakov.

Él no está enojado en mis sueños. No como la última vez que lo vi. Está sonriente y tierno. Me acuna contra su pecho y envuelve sus manos alrededor de mi estómago. En mis sueños, él sabe acerca de nuestro bebé.

Si no salgo de aquí, los sueños serán el único lugar donde él lo sabrá. El único lugar donde podemos estar juntos.

Cierro los ojos y trato de quedarme ahí.

YAKOV

Ha pasado una hora desde que mi hermano se desangró en la acera y el hombre que lo mató se ríe afuera de un club.

El gilipollas tiene una gran sonrisa en su rostro mientras levanta dos dedos y hace como si apretara un gatillo. *El* gatillo. El que envió una bala a través del pecho de mi hermano.

Está volviendo a contar la historia como si fuera la historia de pesca más grande del mundo. Él cree que se embolsó uno grande.

No tiene idea de lo que le espera.

Fue bastante fácil encontrarlo. Conduje hasta los clubes de Akim hasta que vi el auto negro. Luego, busqué la cicatriz. El pliegue blanco elevado de piel que va desde la sien hasta la línea de la mandíbula. Si yo tuviera una marca memorable como esa, usaría un pasamontaña antes de andar asesinando gente.

No importa ahora. Esa cicatriz se verá como un lunar cuando termine con él.

Lo mantendré con vida el tiempo suficiente para preguntar por Luna. De todos modos, ahí empezó todo esto. Nik estaba tratando de ayudarme. Lo negué una y otra vez, pero él sabía lo que significaba Luna para mí. Él lo supo antes que yo.

Así que no voy a dejar que su sacrificio se desperdicie. Voy a torturar al hombre de Akim para obtener información, y luego lo destriparé por lo que le hizo a mi hermano. Por la forma en que sus amigos le dispararon a mi hermana en mi puta propiedad. Por Luna… dondequiera que esté.

Akim destrozó a mi familia miembro por miembro esta noche. Probablemente piense que ha ganado. Pero ahora soy un hombre que no tiene nada que perder.

Seré su peor maldita pesadilla.

El hombre de la cicatriz le da una palmada en la espalda a su amigo, y luego pasea por el costado del club. Doy la vuelta a la manzana y me detengo cuando unas chicas borrachas con tacones cruzan la calle a trompicones. Luego, apago las luces y estaciono en la esquina del callejón.

Se aleja de mí con las manos en los bolsillos y se dirige hacia una camioneta negra estacionada detrás de un bote de basura. Cuando salgo del auto, escucho su risa resonar en los ladrillos.

—¿Qué crees que me dará Akim por eliminar al segundo de Yakov? —pregunta—. Tal vez le

pida probar a la mujer de Yakov.

—Si queda algo de ella —resopla el otro hombre—. Akim la mantiene cerca. Tal vez él lo consideraría si trajeras al mismísimo Yakov para que observe.

Si queda algo de ella. Estoy al límite de la cordura, la rabia chisporrotea bajo mi piel. Estoy fuera de mi cuerpo, fuera de mi maldita mente, mientras corro por el callejón tras el asesino de mi hermano.

Se ríe de nuevo. Probablemente, por última vez. —No está descartado. Estoy jodidamente ardiendo esta noche.

—Tendrás fuego si tienes suerte —digo, levantando mi arma.

Los hombres se dan vuelta mientras apunto y disparo.

Primero, un disparo en el muslo derecho del hombre con cicatrices. Por la forma en que se dobla, sé que le rompí el fémur.

—¡Mierda! —el otro hombre se da vuelta para correr, pero le disparo en el costado y la bala probablemente le atraviesa ambos pulmones. Pero todavía se mueve sobre el suelo.

Chasqueo mi lengua con decepción y avanzo hacia el hombre con cicatrices.

—En un buen día, podría dispararle a un hombre en el corazón desde esta distancia con un ojo cerrado —se desliza por la grava para escapar de mí. Como si fuera a permitirlo. Disparo a través de su otro muslo—. Hoy no ha sido un buen día.

Él aúlla de dolor, pero se ahoga con el sonido cuando le doy una fuerte patada en el pecho. Cae hacia atrás y no puedo detenerme. Retrocedo y le doy una fuerte patada en el costado de la cabeza. Mucha mierda se rompe dentro de él.

Sus ojos parpadean y luego se va. Todavía respira, pero está inconsciente.

—Débil hijo de puta. No merecías respirar el mismo aire que mi hermano —lo agarro por el cabello y lo arrastro hacia mi auto—. Pronto no respirarás en absoluto.

~

Es el tercer cubo de agua helada que le arrojo el que por fin consigue una reacción.

—Ahí está —le tiro el cubo al pecho, muriendo por romper el plástico en su cráneo—. Levántate y a brillar.

Se sacude el agua de la cara y mira a su alrededor. Sus ojos están muy abiertos, aterrorizados, confundidos.

Luego, recuerda.

—¿Sabes lo que estás haciendo aquí, o las múltiples conmociones cerebrales te han dejado confundido? —le siseo al oído.

Ha pasado más de una hora de esto. Rompiéndome los nudillos en su cara hasta que se desmaye y luego rociarlo con agua para despertarlo. Cada vez tarda más en recuperarse. Cada vez, tengo que esforzarme para no separarle la cabeza del cuerpo mientras está inconsciente.

—Dime dónde está y esto termina —gruño.

Resopla, la sangre gotea por su barbilla. —Me vas a matar de cualquier manera.

Él tiene razón. Por supuesto que tiene razón.

Yo suspiro. —Aquí estaba yo, esperando que suplicaras por tu vida.

—Sé más que eso —me mira a través de los párpados ennegrecidos e hinchados—. Sé lo que yo le haría a cualquiera que tocara a mi hermano.

Antes de que pueda pensar, le doy un puñetazo de nuevo. Me duele el puño. Probablemente tengo un dedo roto. Quizá varios. Por lo general, el dolor ayuda. Me centra. Pero, ahora mismo, lo único que puedo pensar es que todavía estoy aquí para sentir dolor. Estoy aquí para sufrir y sangrar.

Y Nikandr no.

Vuelvo a golpear con el puño el cráneo del hombre, dejando que el impacto del golpe se irradie desde mi brazo hasta mi hombro. —Dime dónde está y esto termina. Dime dónde la llevó Akim y te mataré rápidamente.

—Prefiero morir lentamente antes que morir como un traidor —escupe junto a una hilera de dientes rotos—. No soy ninguna rata.

Saco mi cuchillo y camino en círculo alrededor de su silla. —Pero lo eres. No eres mejor que una puta rata, que se escabulle mientras sus hermanos mueren.

—*Tú* los mataste —espeta.

Presiono la hoja en la parte posterior de su oreja. —Y *tú* te reías antes de que sus cuerpos estuvieran siquiera fríos. No me hables de mi hermano. No tienes ni puta idea de lo que significa la palabra.

Antes de que pueda decir algo más, le corto la oreja. El cartílago aterriza en el suelo con un golpe satisfactorio. Aún más satisfactorio es el gemido que el hombre intenta reprimir.

—Ni siquiera sé tu nombre —noto con un sobresalto. Una risa brota de mí. Su eco en los techos altos del almacén suena tan libre como me siento. Paso la punta del cuchillo por la cicatriz de su mejilla—. ¿Alguien te ha llamado alguna vez Tony Montana? —Hace una mueca para alejarse del cuchillo, la sangre corre por su cuello y empapa el cuello de su camisa—. ¿Entiendes? ¿Caracortada?

—Realmente original —murmura.

Clavo el cuchillo en la gruesa almohadilla de su mejilla.

Intenta gritar, pero no puede. No con el cuchillo en la boca y la sangre que se le acumula en el fondo de la garganta. Se ahoga y farfulla hasta que le libero el cuchillo.

—Eso se sintió bastante original —limpio el cuchillo en mis pantalones—. Nunca antes había apuñalado a un hombre en la cara.

—No te diré nada. Solo mátame, joder —balbucea, con la sangre haciendo espuma entre sus labios agrietados.

La puerta detrás de mí se abre. Miro hacia atrás y veo a Isay caminando hacia mí. Duda solo por un segundo cuando ve el montón de sangre de un hombre frente a mí.

—Le hice cicatrices iguales —anuncio—. Se ve mejor así. Más equilibrado.

Isay se aclara la garganta. —Muy bien, señor.

Señor. Nik nunca me llamó "señor". Debió haberlo hecho. Nuestro padre habría insistido. *Con sangre o sin ella, un líder es un líder. Exige respeto.*

Me giro para mirar a mi nuevo segundo al mando. —¿Qué pasa?

—El hospital llamó —sostiene mi teléfono. Se lo di antes de entrar al almacén. No quería distracciones—. La cirugía de tu hermana terminó. Está despierta.

—Estoy ocupado.

Isay mira al hombre detrás de mí. Debe estar mal, porque su cara se arruga como si fuera a enfermarse. Hay miedo real en sus ojos cuando me mira. Como si yo fuera un animal salvaje que podría saltar en cualquier momento.

Podría.

—Ella está preguntando por ti —Isay baja la cabeza—. Y Nikandr.

Ella no sabe. Mariya todavía no tiene idea de que Nik está muerto. Quiero dejarla vivir en esa versión de la realidad el mayor tiempo posible. Pero no es justo. Tiene razón en lo que me dijo. Ella ya no es una niña.

Alguien debería decírselo. *Yo* debería decírselo.

—Supongo que me corresponde a mí dar las malas noticias. ¿Escuchaste eso, Caracortada? Mi hermana no sabe que mataste a su hermano mayor.

Está recostado en su silla, casi inconsciente otra vez.

—Maldito débil —le digo a Isay por encima del hombro—. No puede soportar ni siquiera un poco de tortura.

Isay sonríe, pero es una sonrisa pequeña. Se aleja más de mí. Él piensa que he perdido la cabeza. Y tiene razón.

Lo he hecho.

Con un arco rápido, hundo mi cuchillo en la garganta del soldado y lo giro. La hoja roza los huesos, y la sangre caliente brota de mis dedos y baja por mi muñeca. Gorjea y se ahoga, hundiéndose en su silla como un globo desinflado.

Nikandr habría mantenido vivo a este hombre. Lo habría torturado durante días… semanas, si fuera necesario… para obtener las respuestas que necesitamos.

Pero Nik no está aquí.

Soy el único que queda.

LUNA

No hay ventana en mi celda. Ni siquiera un atisbo de luz del día que me ayude a saber qué hora es o cuánto tiempo llevo aquí. Lo único que me ayuda a marcar el tiempo es cuando llega un guardia con un sorbo de agua.

Al cuarto trago de agua en ni puta idea de cuántas horas, no me importa estar desnuda o tener frío. Solo hay sed.

Araño el vaso como un animal. A los guardias parece gustarles la forma en que les toco las manos para conseguir una bebida.

No me importa lo que les guste. No me importa quiénes sean. Cuando el quinto vaso pequeño de agua atraviesa los barrotes de mi celda, ni siquiera miro quién está al otro lado. Me lanzo hacia el agua e inclino el vaso hacia atrás solo para encontrarlo vacío.

Me dejo caer al suelo y paso las manos por el cemento, como si de algún modo se me hubiera caído. En caso de no haber notado que se me derramó.

—Apuesto a que a Yakov le encantaba esto —se burla una voz profunda—. Verte de rodillas.

Miro hacia arriba y encuentro a Akim sonriéndome.

Por primera vez en horas, me olvido del agua. Me levanto y reúno la pequeña cantidad de humedad en mi boca para escupirlo. —Vete a la mierda.

Su sonrisa se amplía. —Deberías cuidar tu lengua. Los bebés pueden oír a sus madres mientras aún están en el útero. ¿Lo sabías?

Me toma un segundo registrar lo que está diciendo. *Lo que significa.*

Debe poder leer el shock en mi rostro, porque sonríe con crueldad. —¿Pensaste que no me enteraría?

—Pero, ¿cómo…?

—De la misma manera que te tengo aquí —gruñe—. Porque siempre consigo lo que quiero, Luna. Siempre.

Un escalofrío recorre mi espalda. —¿Qué me vas a hacer?

—Ten cuidado —advierte—. No hagas preguntas cuya respuesta no quieras escuchar.

Mi corazón se acelera; mis pulmones se tensan. No puedo respirar. Jadeo en busca aire, tiemblo por todos lados. —No me hagas esto —odio la forma en que mi voz chirría, aguda y aterrorizada. Pero no puedo evitarlo—. Yakov ni siquiera… Él me iba a dejar. Estábamos peleando.

En los pocos momentos de claridad que he tenido desde que fui secuestrada, se me ocurrió un plan. Convencer a Akim de que a Yakov no le importo. Lo que sea necesario para salir de aquí.

Pero ahora…

—Odio ser reduccionista, cariño, pero ahora eres solo la envoltura del verdadero regalo —Akim me mira, admirando mi "envoltura" con ojos negros oscuros—. Llevas al único hijo de Yakov Kulikov. Eso te convierte en mi nueva mejor amiga.

—¿Es normal que encarceles y tortures a tu mejor amiga?

—Solo si favorece mis planes —se encoge de hombro con pereza—. Odio decírtelo, pero no eres especial. Mucha gente murió en esta celda antes de que tú llegaras. Seguirán más. Así es el mundo.

—No tiene por qué ser así.

Arquea una ceja como si tuviera curiosidad, pero no hay luz en sus ojos. —¿Qué propones?

Mi estómago se revuelve antes de poder pronunciar las palabras. Pero bajo mi barbilla y lo miro. —Lo que quieras.

Sus ojos me recorren de nuevo, pero es diferente de la forma en que me miran los guardias, como si fueran animales rabiosos buscando un trasero para morder. La mirada de Akim es calculada.

No soy una mujer desnuda frente a él… soy un peón. Soy la herramienta necesaria para hacer sufrir a Yakov. Ahora que sabe que estoy embarazada, me he vuelto aún más valiosa para él.

—Nada de lo que digas… *o hagas* —añade con una mueca—, cambiará lo que te va a pasar.

—Lo dices como si fuera el destino. Como si no fueras tú quien me lo hará a mí.

—Es el destino en muchos sentidos —dice pensativamente—. Yakov y yo llevamos años acercándonos a este momento. No voy a apresurarme. Necesito saborearlo.

Me dejo caer en el borde de mi fino colchón, demasiado débil para estar de pie un segundo más. —¿Estás aquí para matarme?

—Aún no.

Dejo escapar un suspiro tembloroso. —¿Cómo lo harás?

—Te dije que no hicieras preguntas cuyas respuestas no quieras escuchar.

—¿Será malo? —pregunto de todos modos.

No quiero volver a suplicar. No si no sirve de nada. Quiero estar preparada para lo que viene para poder afrontarlo con dignidad.

—Prometería no hacerte sufrir, pero mentiría —responde, inclinando la cabeza hacia un lado para estudiarme—. Sobre todo, si Yakov está ahí para mirar. Si él está allí… será malo para ti, Luna. Estarás en agonía. Pero esa es la única manera en que podré disfrutar de mi venganza.

Cree que Yakov vendrá a buscarme. Es una pequeña gota de buena noticia en un mar de mierda. Pero, incluso si Yakov llega hasta mí, Akim nos matará a ambos.

Mi cuerpo se aprieta. Me giro hacia la esquina y vomito la pequeña cantidad de agua que tengo en el estómago. Son unas pocas gotas, si acaso.

Cuando me limpio la barbilla y me siento erguida, Akim ya no está.

YAKOV

Pulso el botón del ascensor con un dedo hinchado y ensangrentado. Me lavé las manos en el baño del vestíbulo del hospital hasta que el agua se puso roja, pero todavía hay sangre debajo de mis uñas y en cada pliegue de mis nudillos.

Volver a casa para cambiarme no era una opción. No cuando todos los hombres de mi Bratva están recorriendo las calles en busca de Luna. Debería estar ahí fuera buscándola, desenterrando más pistas, siguiendo su rastro antes de que se enfríe.

Lo único que podría alejarme de eso es Mariya. Ella merece saber sobre Nik. Que se ha ido. Que no volverá.

En el cuarto piso, una enfermera con los ojos muy abiertos detrás de un escritorio en forma de media luna me señala la sala de recuperación de Mariya. Le tiembla la mano y trata de ocultarla metiéndola detrás de su espalda. Debo lucir tan mal como me siento.

Pero me olvido de todo eso cuando entro a la habitación y veo a Mariya desplomada en una cama de hospital.

Ella me mira con los ojos entrecerrados. —Lo sé, lo sé —se queja débilmente—. El azul de hospital no es mi color.

Quiere que me ría, pero nada de esto tiene gracia.

—El azul de hospital es mejor que el rojo sangre.

Yo debería saberlo. He visto mucho de eso hoy.

—Sí, probablemente tengas razón —se muerde los labios pálidos para disimular cómo su barbilla se tambalea por una emoción que no quiere que vea—. ¿La… la encontraste?

No tengo que responder. Tan pronto como me mira, lo sabe. Su rostro se arruga y lágrimas gruesas ruedan por sus mejillas.

—Si hay algo más que puedas recordar, necesito saberlo ahora —le digo—. Cualquier cosa en absoluto. El aspecto de los hombres, el color de la furgoneta… *cualquier cosa*.

Su frente se arruga mientras piensa. —Estaba tan ocupada peleando que no les vi la cara. Para cuando Luna estuvo ahí afuera, yo estaba en el suelo… apareciendo y desapareciendo.

Mis puños se aprietan. Estuve muy cerca de perder a todas las personas que me importan esta noche. El recordatorio de ese fracaso no hace nada para apagar la ira que arde en mis entrañas. Sentarse aquí junto a la cama de Mariya ya es bastante difícil sin querer entrar por la puerta y prender fuego a cada puta cosa que toco.

—Debí haberme cuidarla. Yo… lo intenté —tiene hipo y las lágrimas se aceleran ahora—. Hice lo que tú hubieras hecho, Yakov. Porque… porque Luna estaba… estaba embarazada.

La confesión se le escapa. Ella entierra su rostro entre sus manos.

—Luna no quería que te lo dijera porque quería hacerlo ella misma, pero tenía miedo. Tenía miedo de que ya no te te importara. Quería decírtelo, pero pensé que ustedes dos arreglarían las cosas. Ahora Akim la tiene y…

—Lo sé.

Al instante, Mariya levanta la cara. —¿Qué sabes?

—Sé lo del bebé. Me lo dijo el Dr. Mathers.

Ella parpadea. Las emociones pasan por su rostro demasiado rápido como para seguirlas. Luego, sin previo aviso, Mariya se inclina hacia adelante y me abofetea. Ella hace una mueca de inmediato y se agarra el brazo.

—Te vas a lastimar —le advierto.

—¡Estoy tratando de lastimarte *a ti*! Si sabías que estaba embarazada, ¿por qué no volviste por ella?

Aprieto los dientes. —Nik y yo corrimos de regreso a la mansión tan pronto como nos dimos cuenta de lo que estaba pasando. Llegamos allí tan rápido como…

—Antes de eso —dice—. ¿Por qué no estuviste ahí para ella *antes* de eso?

Me he hecho la misma pregunta demasiadas veces para contarlas esta noche. —No lo sabía. Lo descubrí justo antes de que sucediera todo.

El Dr. Mathers me lanzó la bomba camino al club nocturno de Akim. Quería darme la vuelta. Quería volver a Luna. Pero seguí con el plan. Seguí alejándome de ella, lo que le dio a Akim exactamente lo que quería.

Debí haber vuelto con ella en el momento en que supe que estaba embarazada. En primer lugar, nunca debí haberla alejado.

Pensé que la estaba manteniendo a salvo. Manteniéndome a mí mismo a salvo.

El amor es pérdida. Es lo único que siempre he sabido que es verdad. Si me permitía amar a Luna, sabía que la perdería. Pero traté de no amarla y de todos modos la perdí. Entonces, ¿qué diablos es la verdad ahora?

Joder si lo sé.

Mariya sigue mirándome, esperando una respuesta que no tengo. —Cuando la vuelva a ver, haré las cosas bien —digo—. Cuando vuelva a ver a Luna, me aseguraré de que sepa que siempre la

cuidaré.

Mariya parpadea para contener las lágrimas. Está a punto de decir algo cuando se escucha un fuerte pitido desde algún lugar cercano detrás de ella.

—¿Qué es eso? —reviso los monitores y las máquinas, pero nada parece inusual—. ¿Estás bien?

Intenta alcanzar la mesa junto a su cama de hospital, pero está demasiado lejos. Luego, comienza a deslizarse hasta el borde de la cama.

Agarro su hombro bueno. —Si te levantas, te juro por Dios que…

—¿Qué? —desafía—. ¿Me dispararás? Llegas muy tarde. Alguien se te adelantó.

—Esta mierda no es una broma, Mariya.

—Lo es si te ríes —sonríe, pero se recuesta suavemente en la cama—. Vale. Coge el teléfono, entonces. Ha estado sonando desde que me lo trajo la enfermera.

Agarro el teléfono de la mesa y estoy a punto de entregárselo cuando me quedo paralizado.

Esta no es la funda de teléfono violeta brillante de Mariya.

Toco el botón de inicio, y tengo que agarrarme al borde de la cama del hospital para evitar caer al suelo cuando veo el rostro de mi hermano en la pantalla.

—¿Qué es? —Mariya jadea.

—El teléfono de Nik —logro decir—. Tienes el teléfono de Nik. ¿Cómo tienes esto?

No lo agarré de su… *cuerpo*. Es difícil incluso pensar la palabra. Pero eso es lo que es ahora. Un cuerpo.

No pensaba con claridad en los minutos posteriores al disparo. Lo dejé allí en la acera, con el teléfono en el bolsillo y la pistola en la mano.

Entonces, ¿cómo está su teléfono *aquí*?

—Le dije a Nik que era vergonzoso tener una foto suya en su pantalla de inicio, pero supongo que todo salió bien. Una enfermera del quirófano lo reconoció cuando estaba ahí abajo conmigo —dice—. Me lo trajo.

—¿Cómo consiguió una enfermera su teléfono?

—Supongo que estaba en su bolsillo —se encoge de hombros.

Un millón de preguntas pasan por mi cabeza, pero todo lo que puedo pensar es… —Ya lo sabes.

—¿Saber qué? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Sabes que Nik fue… que le dispararon.

Asiente solemnemente. —Sí. Esta noche la familia Kulikov ha tenido mala suerte.

—"¿Mala suerte?" —chasqueo—. ¿Nuestro hermano acaba de morir y crees que es "mala

suerte”?

El rostro de Mariya palidece. —¿Él *qué*?

—Mierda —paso una mano por mi cabello—. No te lo quería decir así. Pensé que… Joder, no sé lo que pensé. No sé qué está pasando. Pero yo estaba con Nik cuando sucedió. La única razón por la que lo dejé en la calle es porque tenía que ir tras Luna. Me dijo que me fuera. Pero él no sufrió. Deberías saber eso. Fue rápido.

—Espera. No entiendo. ¿Cómo…? ¿Estás diciendo que murió en la calle? —pregunta.

—El tío tuvo un tiro de suerte. Apuntaba hacia mí, pero Nik se desvió. Lo siento, Mariya.

Ella no parece triste; parece confundida. —¿Crees que está muerto?

—*Está* muerto. Vi cómo le dispararon.

—¿Pero lo viste morir?

Suspiro. —Te lo dije, tuve que dejarlo para encontrar a Luna. No tuve otra opción. Él quería que me fuera.

—Yakov, responde la pregunta —dice, con los ojos fijos en los míos—. ¿Lo viste morir?

Nunca me perdonaré que Nik haya muerto solo. No mientras yo viva.

—No —admito—. No, no lo hice.

—Entonces, tengo muy buenas noticias para ti —Mariya me aprieta la mano—. Una ambulancia trajo a Nik hace unas horas. Está en quirófano. La enfermera me informó cuando me trajo su teléfono.

—Nik está…

—Vivo —termina Mariya con una sonrisa suave—. Él aún está vivo.

YAKOV

Nik está vivo. Doy vueltas a las palabras en mi mente, pero no las asimilo.

—Pero lo vi —respiro, sacudiendo la cabeza—. Lo vi sangrando como…

Como nuestro padre.

Cuando Nik yacía en el pavimento, la sangre acumulada a su alrededor, solo había una manera de terminar. Lo vi antes. Estuve exactamente en ese *maldito lugar exacto* antes, sosteniendo a alguien que amaba mientras se desangraba. Nik no pudo sobrevivir.

—Está vivo —repite Mariya—. La enfermera me lo dijo.

Me vuelvo hacia la puerta. —Necesito verlo.

Iré al quirófano si es necesario. Nadie se interpondrá entre mi hermano y yo. Tengo que echarle un vistazo. No creeré que todavía respira hasta que lo haga.

Entonces, el teléfono suena en mi mano. Un *bip-bip-bip* estridente que nunca antes había oído. Nikandr siempre mantiene su teléfono en modo vibración.

Casi me olvido del teléfono, aunque fue lo que empezó todo esto.

—Ha estado haciendo eso durante una hora —se queja Mariya—. Pero no sé su contraseña. No puedo apagarlo.

Quiero ignorarlo. Mariya puede soportar algunos pitidos mientras yo me aseguro de que nuestro hermano esté vivo. Pero supuestamente está en cirugía, de todos modos. Tengo tiempo.

Suspiro y tecleo su código de seis dígitos mientras Mariya me mira boquiabierta. —¿Sabes su contraseña?

—Era para emergencias.

Como cuando le disparan y queda inconsciente en un quirófano.

—Vaya, qué lindo —reflexiona. Detecto un atisbo de celos, pero estoy demasiado ocupado revisando la larga lista de notificaciones.

Hay llamadas del hospital, probablemente de las enfermeras, cuando Mariya estaba en cirugía. Nuestra madre nos ha enviado mensajes de texto varias veces. Ya descubriré qué decirle más

tarde. Quizás nunca, si puedo evitarlo.

Pero, con diferencia, la mayoría de las notificaciones provienen de una aplicación de seguimiento. Es el mismo mensaje, una y otra vez. ***Nueva ubicación para Hermanita.***

—¿Quién está haciendo estallar su teléfono? —pregunta Mariya.

—En realidad, tú.

Ella levanta las manos vacías. —No soy yo.

—Es una aplicación de seguimiento. Nik la instaló después…

—¿Una aplicación de seguimiento? —ella alcanza el teléfono, pero lo aparto—. ¿Me pusiste un *rastreador*?

—Tuvimos que hacerlo porque *tú* te escapaste y te secuestraron.

—Sí, lo hice. Pero luego estuvimos de acuerdo en que fue un error. No lo volvería a hacer.

—Y nos aseguramos de eso —agito el teléfono de Nik en el aire para resaltar mi punto.

—¡Es una invasión de la privacidad! ¡No puedo creerlo!

Espero que la ubicación de Mariya esté sonando en el hospital. Pero el punto rojo con la etiqueta ***H*** está muy al norte. Ni cerca del punto azul que muestra nuestra ubicación actual.

—No importa, de todos modos. Esta maldita aplicación barata está rota.

—¿Por qué? ¿No funciona?

Giro la pantalla hacia ella. —Esto muestra que ni siquiera estás en la ciudad.

Se ríe. —Eso es karma. Es lo que te pasa por mentir.

—Aunque no tiene sentido… Nik te ha estado siguiendo durante más de una semana. ¿Por qué no funciona por primera vez esta noche? —hago zoom en el punto. Es una calle residencial entre North Hollywood y Van Nuys. Le extiendo mi otra mano a Mariya—. Dame tu teléfono.

Mariya golpea los bolsillos inexistentes de su bata de hospital. —Me encantaría, pero hoy viajo liviana.

—¿Dónde lo dejaste? —miro alrededor de la habitación, pero no veo su bolso ni nada más allá del portasueros y las máquinas.

—En casa, supongo. Pensé que lo tenía encima, pero yo… —se detiene de repente, congelada con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

Mariya me mira. Apenas respira. El monitor de frecuencia cardíaca detrás suyo emite un pitido un poco más rápido a cada segundo que pasa. —Tenía mi teléfono en el bolsillo de mi chaqueta.

Frunzo el ceño. —¿Y?

—Y Luna tenía frío —sus ojos están vidriosos, como si estuviera en otro lugar. Reviviendo el momento—. Estábamos en las escaleras y yo salí para comprobar qué estaba pasando. No quería que me limitaran en caso de que tuviera que pelear. Luna se estremeció y yo… le di mi chaqueta.

El teléfono vuelve a sonar. De repente, es el sonido más hermoso que escuché en mi vida.

Nueva ubicación para Hermanita.

Pero no es la ubicación de Mariya.

—Es Luna —Mariya expresa en un susurro exactamente lo que estoy pensando.

El pequeño punto rojo parpadea. Es un faro en la tormenta de mierda de este día. Es Nik… Nik salvando el maldito día, incluso cuando está abajo con un agujero en el pecho.

Le doy un beso en la cabeza a mi hermana y corro hacia la puerta. —Me tengo que ir.

—¡Ten cuidado!

No puedo prometer eso. Esta pista podría ser un callejón sin salida, tal vez incluso literalmente. Pero tengo que perseguirla. Tengo que hacer lo que sea necesario para salvar a Luna y a nuestro bebé.

YAKOV

Viajo por autopista. Es tarde, por lo que el tráfico es ligero. Isay y todos los hombres que pudimos reunir están minutos detrás de mí. Por mucho que quiera pisar el acelerador, llegar a la ubicación haciendo ping en la aplicación de seguimiento lo más rápido posible y cargar para salvar a Luna, tener respaldo es la mejor manera de asegurarme de que salga sana y salva.

Si todavía está viva.

El teléfono de Mariya está en una zona de mierda de la ciudad. El tipo de barrio donde los gritos y los disparos no hacen saltar ninguna alarma. Akim podría mantener a Luna allí indefinidamente. Podría torturarla, *matarla*, y nadie lo sabría jamás.

Me duele el pecho. *¿Qué si llego demasiado tarde? ¿Qué si ya se ha ido?*

Más preguntas como esa circulan en mi cabeza. Cada vez que elimino una, otra ocupa su lugar.

Saco mi teléfono y estoy a medio camino de llamar a Nikandr solo para calmar el ruido en mi cabeza cuando recuerdo que no puede contestar.

Tragando un sabor amargo, llamo al hospital.

La enfermera de Mariya me dio su línea directa antes de salir del hospital, y no fue necesario presionar mucho para que me conectara con la enfermera en el quirófano de Nik.

—¿Sr. Kulikov? —dice una voz suave—. ¿Es usted el hermano del paciente?

—Nikandr Kulikov es mi hermano, sí. Dime qué está pasando. ¿Dónde está?

—Tu hermano todavía está en cirugía —explica—. Probablemente estará allí al menos unas horas más.

—¿Va bien la cirugía?

—Está yendo como se esperaba —dice.

—¿Qué carajo significa eso?

Suspira. —Las heridas de su hermano son extensas. Hay una gran cantidad de variables. El médico está haciendo todo lo posible para salvarlo.

Ahí está. Nik sigue luchando por su vida. Ni siquiera en el hospital todo ha terminado.

Mariya sonrió mientras me decía que Nik estaba vivo. Lo dijo como si fuera una buena noticia. Y lo es… en cierto modo. Es mejor que asumirlo muerto. Pero yo *vi* la sangre saliendo de su pecho. *Vi* la forma en que sus ojos se pusieron en blanco, la forma en que se quedó inerte.

No debería haber sobrevivido a eso. El hecho de que su corazón siga latiendo no significa nada.

—¿Cuáles son sus posibilidades de supervivencia?

—Realmente no puedo decirlo, Sr. Kulikov. Las cosas todavía están en curso y podrían cambiar.

—Dime —gruño.

—Si quieres más información, puedo dejarte hablar con el médico. Estará disponible pronto, y entonces…

—Ahora —ladro—. A la mierda el protocolo. Dime cuáles son sus posibilidades.

Hay una larga pausa antes de que su voz vuelva a cruzar la línea, esta vez más suave. —Su hermano sufrió un paro cardíaco tres veces de camino al hospital. Perdió mucha sangre y se quedó sin oxígeno. Estamos haciendo todo lo posible para salvarlo, pero hay muchas cosas que todavía no sabemos.

—¿Cuánto tiempo estuvo sin oxígeno?

—No lo sabemos —dice en voz baja—. Estaba muerto cuando los paramédicos lo encontraron. Lo trajeron de regreso.

Lo dejé allí. Nik estaba sangrando en la acera. Pensé que estaba muerto; no pensé que tuviera ninguna posibilidad; y lo dejé así. Y ahora es posible que nunca regrese. Si me hubiera quedado y le hubiera dado RCP, ¿las cosas serían diferentes?

—Lo llamaré tan pronto como sepamos algo —dice la mujer—. Su hermano está en buenas manos aquí.

Cuelgo sin decir nada. No hay nada que decir. No tengo control sobre si vive o muere. No ahora. Lo único que puedo controlar es lo que sucederá después.

Tengo que concentrarme en salvar a Luna.

La aplicación de seguimiento me lleva por calles residenciales oscuras. La hierba alta crece entre las grietas del pavimento. Autos oxidados sobre bloques se alinean en las alcantarillas. Hay lotes baldíos entre las casas destartaladas, como una boca sin dientes.

Cuando estoy a una cuadra de distancia, estaciono junto a la acera y espero.

Es lo más difícil que he hecho en mi vida. Sentarse en la oscuridad, mirando las ventanas oscurecidas de la casa donde está el teléfono de Mariya. La casa en la que podría estar Luna.

Pero espero a que lleguen refuerzos.

Hay una furgoneta blanca aparcada en el camino de entrada. Detrás de la casa, que ocupa la mayor parte del patio trasero, hay un garaje de dos plantas. Es el edificio más nuevo de la cuadra en décadas. Y hay una luz encendida en el interior. Veo el brillo amarillo a través de un hueco en las persianas de arriba.

Ella está ahí dentro.

Lo siento de la misma manera en que sé que lo sentiría si Luna ya estuviera muerta. El espacio que ocupa en mi pecho ha estado estaría vacío. Pero no está vacío… *arde*.

El pensamiento que mantiene mi trasero en el auto y también hace que me muera por derribar la puerta del garaje en este momento es que Akim no mataría a Luna de inmediato. Para aprovechar al máximo su venganza, la mantendrá con vida y la torturará. Él se asegurará de que ella sufra para asegurarse de que yo sufra.

Ese hecho hace que cada segundo que Isay y el resto de mis hombres no estén aquí sea un absoluto infierno. Joder si se sabe lo que Akim le está haciendo allí.

Si sabe que está embarazada, las cosas serán aún peores. Akim no solo lastimará a Luna; también matará a nuestro bebé.

Agarro el volante con los nudillos blancos. Nunca pensé que me convertiría en padre, pero el papel recae sobre mis hombros fácilmente. Sin siquiera intentarlo, mis pensamientos se desplazan hacia hacer todo lo humanamente posible para proteger a mi hijo. Quiero proteger a Luna y a nuestro hijo de todo lo malo del mundo.

Y lo haré. O moriré en el intento.

LUNA

Todavía estoy en mi celda. Creo que siempre he estado aquí. No puedo recordar nada más.

Mientras miro a mi alrededor, la habitación se vuelve más oscura. La única bombilla que cuelga del techo es acuosa, como si la mirara a través de la niebla. Los bordes de la habitación están oscuros. Allí acechan los monstruos, así que me hago un ovillo más apretado en el centro de la cama.

Pero no les tengo miedo a los monstruos. Son las manos que se aferran a través de los barrotes las que me aterrorizan.

Las manos me alcanzan. Unas uñas rotas y sangrantes raspan el suelo de cemento.

Me alejo de la puerta con barrotes de la celda, pero la habitación se hace cada vez más pequeña. Me empujan hacia adelante, cada vez más cerca de las manos hasta que no hay escapatoria. Hasta que me desgarren la piel y el pelo y el vientre…

Me despierto con un grito ahogado. Estoy temblando contra la pared, lo más lejos posible de la puerta.

Cuando me encerraron en esta celda por primera vez, me quedaba dormida y regresaba a la mansión o me acurrucaba contra el pecho de Yakov. Mi mente estaba tratando de escapar de esta habitación y de lo que sea que Akim haya planeado para mí. Sin embargo, cuando me quedo dormida ahora, Yakov no está allí. Ya no.

Incluso en mis sueños, sigo en esta celda. No hay escapatoria.

Pero al menos estoy sola. Nunca pensé que estaría agradecida de estar sola, pero es mejor que mis pesadillas.

Entonces, oigo que la puerta de la celda se abre con un chirrido. Mi alivio se hace añicos cuando la bisagra chirría y pone todo mi cuerpo en alerta máxima.

Tengo que entrecerrar los ojos para distinguir la forma oscura que se desliza por la puerta y cruza la pequeña celda para cernirse sobre mí. Me levanto de golpe y el corazón me golpea la caja torácica.

—Relájate —la voz del hombre es chirriante—. No grites.

Tengo la garganta tan seca que no podría gritar, aunque quisiera. *Y quiero hacerlo.*

—Akim dijo que nadie vendría aquí —digo con voz áspera. Es mentira… Akim no me prometió nada. Pero puedo notar que este hombre no tiene ninguna buena razón para estar aquí.

La única razón por la que alguien ha entrado en mi celda hasta ahora ha sido para traerme pequeños tragos de agua o un puñado de galletas saladas. Incluso entonces, los hombres entregaron todo a través de los barrotes.

Las manos de *este* hombre están vacías.

—Hasta donde Akim sabe, nadie *ha* entrado aquí —toca mi brazo y me estremezco. Él se ríe—. Este puede ser nuestro pequeño secreto.

—A Akim no le gustará esto.

Enrosca mi cabello alrededor de su dedo y luego lo empuja hacia atrás sobre mi hombro para poder verme más. Siento sus ojos sobre mí, ardiendo en mi pecho como ácido. —Ya te lo dije: lo que Akim no sabe no lo matará.

Pero me podría matar a mí.

Aparto su mano de un golpe. —No me toques.

Antes de que pueda bajar el brazo, me arrebata la muñeca en el aire. Su agarre es aplastante. Gimo mientras me gira el brazo, volviéndome para mirarlo.

—No te pongas las cosas más difíciles —gruñe. Baja su rostro hacia el mío. Su piel está picada de grasa y viruela. Huelo alcohol en su aliento. De cerca, puedo ver el tinte rojo en sus ojos.

—Este no será nuestro secreto. Le diré a Akim lo que hiciste.

Puede que a Akim ni siquiera le importe. Tal vez piense que este soldado tuvo una buena idea y abra la puerta de mi celda para todos los soldados de su Bratva.

Sin previo aviso, el hombre retira la mano y me abofetea. Mi cabeza se inclina hacia un lado y el calor explota en mi mejilla. Las lágrimas arden en mis ojos cansados.

El hombre baja sus labios hasta mi mejilla dolorida. —Y le diré a Akim que intentaste escapar y yo no tuve más remedio que darte una lección muy, *muy* dura.

Mi muñeca todavía está clavada a la pared de cemento. Mi cara arde. Incluso en un buen día, no podría luchar contra este hombre. Y hoy es lo más alejado posible de un buen día.

—Mírame —exige.

Mantengo la cabeza donde está, los ojos clavados en el suelo. Apenas puedo respirar y mucho menos seguir órdenes. Cada gramo de mi energía se dedica a desmayarme. Salir de mi cuerpo mientras este hombre hace lo que sea que vaya a hacer.

Es la única manera de sobrevivir. *Disociar o morir.*

Me agarra la barbilla con dedos sudorosos y fuerza bruscamente mi cara hacia la suya. —Dije que *me mires.*

Me abofetea de nuevo. Mi cabeza gira en la otra dirección. Siento el calor en mi mejilla, pero el

dolor está lejos. Como si le estuviera pasando a otra persona.

Bien. Desvanécete. Justo así.

Si no peleo, tal vez esto termine más rápido. Si me quedo quieta y en silencio, tal vez él tome lo que quiere y se vaya. Quizás no le haga daño a mi bebé.

Su mano envuelve mi garganta mientras me gira de nuevo sobre el colchón. La cama ya es endeble, pero el marco de metal chirría bajo el peso añadido.

—Deberías agradecerme —sisea, bajándose la cremallera de los pantalones—. Podría torturarte.

—Ya lo estás haciendo —le susurro suavemente.

Por la forma en que sus dedos se clavan furiosamente en mi muslo mientras me separa las piernas, sé que dije algo equivocado. Aprieto mis labios con fuerza y prometo no decir una palabra más. Prometo no llorar.

No le daré la satisfacción.

YAKOV

Isay mira fijamente la casa al final de la cuadra, con el ceño fruncido. —No hay guardias apostados afuera.

En los quince minutos que llevo observando la casa, solo he visto a un hombre salir al porche. Un cigarrillo brilló naranja entre sus dedos. Después de unos minutos, volvió a entrar. Por lo demás, ha estado tranquilo.

Intento decirme a mí mismo que eso es algo bueno. Si hubiera algo que ver, este lugar estaría plagado de hombres. Akim querría una multitud.

—Akim no esperaba que lo encontráramos —supongo—. Al menos, no tan rápido. Pero gracias a Nik lo logramos.

—Gracias a Nik —repite Isay. Se vuelve hacia mí con los hombros erguidos—. ¿Cuál es el plan?

—No hay ningún plan. Tendremos que hacer esto sobre la marcha. Haremos lo que sea necesario para sacar a Luna y Akim de allí con vida.

Isay frunce el ceño. —¿Quieres sacar a Akim con vida?

—Sí —aprieto los dientes—. Planeo tomarme mi tiempo para matarlo.

Isay lucha contra un escalofrío y asiente. —Considérelo hecho, señor.

En diferentes circunstancias, dedicaría tiempo a formular un plan. Haría que Nik observara la casa durante unos días. Veríamos quién entra y sale y a qué horas. El momento del ataque se seleccionaría cuidadosamente, y tendríamos varios planes de respaldo en caso de que algo saliera mal.

Pero Nik no está aquí.

De todos modos, no hay tiempo para nada de eso. No cuando la vida de Luna está en juego. Así que, cinco minutos después, conduzco a mis hombres calle abajo. Damos la vuelta a la casa y, contando silenciosamente hasta tres, entramos.

Pateo la puerta principal mientras las ventanas a ambos lados de la casa se hacen añicos. Dos hombres en un sofá hundido en la sala de estar están muertos antes de que puedan siquiera levantarse. Con la pistola todavía humeando, cruzo un estrecho comedor conectado y entro en la cocina. Otro hombre muerto en el suelo. Isay lo aparta del camino a patadas y buscamos,

moviéndonos de una habitación a otra, limpiándolas a medida que avanzamos.

—Ella no está aquí —me llama Isay.

—Garaje —ordeno, inclino la cabeza hacia la puerta trasera—. Ahí es donde estará.

Entramos tan rápido que nadie en la casa pudo dar la alarma. El patio está tranquilo y oscuro, excepto por el crujido de la grava debajo de nuestros pies mientras caminamos desde la puerta trasera hasta la amplia puerta enrollable del garaje.

—Aquí —Isay me señala una puerta lateral a la derecha para que me acerque—. Deberías entrar aquí primero. Te seguiremos por la puerta más grande.

La puerta está cerrada con una cerradura endeble. Olvídate de patearla… podría derribarla.

Es una trampa, pienso. *Akim está tendiendo una trampa otra vez. Como la última vez.*

O está demasiado confiado. Retiene a la mujer que amo en un garaje de mierda sin guardias afuera porque me subestima.

Sopeso las dos opciones, pero no es una elección. Una significa arriesgarme y recuperar a Luna. La otra significa dar la vuelta e irme.

Y no hay ninguna maldita posibilidad de que me aleje.

Pateo con fuerza justo a la izquierda de la manija y la puerta se hace añicos hacia adentro.

Sin dar un paso, derribo a dos de los soldados de Akim que estaban parados estúpidamente en medio de la plataforma de concreto. Entonces, la puerta del garaje se abre.

Es una ráfaga de disparos y gritos, pero los soldados de Akim no tienen ninguna posibilidad. No están preparados. No tenían idea de lo que les esperaba. Casi me da pena.

Luego, veo a Akim.

El gilipollas rubio decolorado corre de un lugar a otro en su camino hacia la puerta trasera. Me olvido de todo lo demás y me voy directo hacia él.

Una bala pasa silbando por mi cabeza, lo suficientemente cerca como para sentir mi cabello moverse, pero no me detengo.

Él está aquí. Eso significa que Luna también está aquí.

—¡Cúbranlo! —Isay ladra detrás de mí. Es algo que diría Nik.

Tiene sentido. Nik ha estado entrenando a Isay durante los últimos dos años. Estoy seguro de que mi hermano dijo algo como—: *Yakov intentará suicidarse. No lo dejes.*

Pero correr hacia Akim no tiene nada que ver con suicidarme y todo que ver con no dejar que esa rata se me escape de las manos.

Akim asoma su cabeza por encima de una mesa justo cuando llego al otro lado. Rodeo la mesa. Intenta apartarse del camino, pero no se mueve lo suficientemente rápido. La pesada mesa de madera lo sujeta al suelo junto a su pecho.

Solo para asegurarme de que no se vaya a ninguna parte, le disparo en la rótula.

La bala que le atraviesa la pierna derecha resuena en los techos altos. La mitad delantera del garaje tiene dos plantas de altura. Pero hay escaleras de metal a lo largo de la pared del fondo. Y una puerta.

Akim sigue mi mirada hacia la puerta y niega con la cabeza. —Ella no está aquí.

Examino su rostro, tratando de ver si miente. Él no estaría aquí si Luna no lo estuviera. *A menos que sea una trampa.*

—No sirve de nada mentir ahora —presiono la mesa, aplastándolo bajo la pesada madera—. Tus hombres están muertos.

Los cuerpos ensucian la habitación. Por lo menos una docena. Podría haber más.

—Nunca la encontrarás —Akim suelta una risa ahogada.

Ella está aquí. ¿Dónde más estaría?

Le hago un gesto a Isay. Aparece a mi lado. —Átalo. Iré a verlo al cobertizo de limpieza más tarde.

Isay y otros dos hombres levantan la mesa y están sobre Akim antes de que pueda siquiera pensar en correr.

—He oído hablar del famoso cobertizo de limpieza —Akim se ríe histéricamente—. ¿Crees que me vas a torturar para sacarme las respuestas? Moriré antes de decirte algo.

El cobertizo de limpieza es más un almacén que un cobertizo. Durante las décadas que el edificio ha estado en posesión de mi familia, ha sido de todo, desde un almacén de autos robados hasta un lugar de encuentro para negocios ilícitos. Ahora es un lugar para torturar enemigos y deshacerse de sus cuerpos.

Akim será el último de una gran tradición… le guste o no.

—No quiero respuestas de ti, Akim. El tiempo para eso terminó en el momento en que pusiste tus manos sobre mi mujer. ¿Sabes qué le hago a la gente que lastima lo que es mío?

Está hundido entre dos de mis hombres, manteniendo el equilibrio sobre su única pierna buena. —¿Pensé que no querías respuestas de mí?

Más rápido de lo que puede parpadear, le disparo en la otra rótula. No puede sofocar el grito que se le escapa.

—El último hombre que tocó a Luna no es más que un montón de huesos esponjosos descomponiéndose en un barril de ácido. Cuando termine contigo, rogarás por su destino.

Akim sostiene mi mirada, pero su rostro está pálido.

Le hago un gesto a Isay. —Sácalo de aquí. Me ocuparé de él más tarde.

Una vez que haya salvado a Luna.

Si no es demasiado tarde.

LUNA

Mi cuerpo está apretado, por lo que el hombre tiene que luchar para separarme las piernas. Le ofrezco toda la resistencia que puedo, pero estoy débil, desnutrida y embarazada y él no está ninguna de esas cosas.

Cuando gana la primera pelea, alcanza la cintura de mi ropa interior. Es la única prenda que me queda. La última barrera entre nosotros.

Cierro los ojos con fuerza y me desvanezco. Intento volver a uno de mis sueños anteriores. *Yakov y yo nos acurrucamos en el sofá de su sala de estar, con Gregory ronroneando en mi regazo*. Estoy tan concentrada en el sueño que puedo sentir la vibración de los ronroneos de Gregory. Puedo escuchar el estruendo.

O espera, no…

Abro los ojos y veo que el hombre ya no me mira. Tiene el ceño fruncido y los ojos desenfocados mientras escucha…

Balazos.

Ese tipo de violencia podría ser normal para estas personas. Quizá haya peleas internas todo el tiempo. ¿Qué es un cadáver más en cualquiera de sus conciencias? No es que tengan una, para empezar.

Pero no puedo evitar esperar que sea Yakov.

Akim debió haber pagado por la mejor insonorización que el dinero podía comprar. Lo que sea que esté sucediendo abajo suena apagado, pero hace vibrar los barrotes de mi celda.

—¿Qué carajo? —murmura el hombre encima de mí.

Entonces, de repente, el caos explota en el pasillo fuera de mi celda.

Los hombres gritan en algún lugar muy por debajo de nosotros. Solo los ecos son lo suficientemente fuertes como para hacerme tapar los oídos. Luego, pasos. Pasos enormes y fuertes se acercan a cada segundo.

El hombre que está encima de mí lucha por bajarse de la cama y levantarse, pero no es lo suficientemente rápido. Todavía está arrodillado entre mis piernas abiertas, luchando con la cremallera de sus pantalones, cuando una sombra cruza la puerta.

Lo siento antes de verlo.

Quizá sea porque estoy deshidratada y medio delirando, pero juro que el recién llegado brilla. Una luz resplandeciente brilla alrededor de sus anchos hombros. El calor irradia de él. Es como un ángel vengador, todo ira violenta y luz temible.

—Yakov —respiro. Es la primera respiración profunda que he tomado en mucho tiempo para siquiera contarla. El primer momento en el que realmente me permití confiar en que él vendría por mí.

—¡Mierda! —el hombre intenta ponerse de pie, pero Yakov ya está allí.

—Quítale las manos de encima, pedazo inútil de… —sus últimas palabras se pierden en el sonido del cráneo del hombre, estrellándose contra el poste metálico de la esquina del marco de la cama.

Cuando el violador apareció fuera de mi celda, pensé que era enorme. Pero Yakov lo tira como si no fuera nada.

Me arrastro hasta la esquina del colchón y acurruco mi cuerpo con fuerza. No quiero interponerme en su camino.

Yakov clava el talón de su pie en el cuello del hombre, una y otra vez. Luego, se arrodilla junto a su cuerpo y golpea su cabeza contra el suelo hasta que no queda nada más que sangre.

Cuando Yakov me mira, sus pupilas son tan grandes que no puedo ver el verde de sus ojos. Tiene la cara sonrojada y respira con dificultad.

Es la cosa más hermosa que he visto en mi vida.

Solo entonces me permito saltar sobre él y enterrar mi cara en su cuello. No puedo creer que esté aquí. —Yakov.

—Estás viva —susurra. Sus manos se deslizan por mi columna debido a toda la sangre que cubre sus dedos.

Huele a hierro y a sudor. Lo abrazo más fuerte. —Estás aquí.

—Por supuesto que estoy aquí —gruñe—. No he dejado de buscarte desde que te secuestraron. Nunca iba a parar.

Me estremezco contra él y él silenciosamente se quita la camisa. Me la pasa por la cabeza, sacándome el cabello del cuello y colocándolo sobre mi hombro.

Hay sangre manchando el frente, pero no me importa. Está caliente por su cuerpo y huele a él. Akim tendría que quitar esto de mi cadáver frío si quisiera desnudarme ahora.

De repente, hundo mis dedos en los brazos de Yakov. —¿Dónde está Akim?

Me cepilla el cabello enredado detrás de las orejas. —Lo tengo. Ya no necesitas preocuparte por él.

—¿Él está muerto?

El rostro de Yakov se oscurece. —Él quisiera.

En algún momento, podría haber pedido clemencia. *El asesinato no es una solución. La violencia engendra más violencia. Ojo por ojo deja ciego al mundo entero*. Toda esa mierda.

¿Pero ahora? A la mierda eso. Espero que Akim sufra cada segundo hasta su último aliento. Espero que incluso su último aliento sea doloroso.

La sombra en los ojos de Yakov dice que se asegurará de que eso suceda.

—Nadie volverá a tocarte jamás —Yakov pasa sus pulgares por mis mejillas—. Voy a cuidar de ti, Luna. De ti y del bebé.

Tardo un segundo en asimilar las palabras. Parpadeo. —¿Qué?

—Sé lo del bebé. El Dr. Mathers me llamó antes… antes de que sucediera todo.

Acabo de ver a Yakov asesinar a un hombre con sus propias manos, pero *ahora* mi corazón se acelera. —Te lo iba a decir —espeto—. Quería decirte. Lo intenté. Pero no sabía cómo. No sabía…

Presiona su pulgar contra mis labios. —Está bien, Luna. Lo único que importa ahora es que voy a cuidar de ustedes dos. Siempre.

Las lágrimas nublan mi visión. Apoyo mi frente contra su pecho desnudo y Yakov besa la parte superior de mi cabeza. Si me despertara ahora mismo, no me sorprendería. Es como un sueño. Podría quedarme aquí para siempre. No necesito nada más.

Esto es todo para mí. *Él* es todo para mí.

Estoy a punto de decírselo cuando se me ocurre algo más. —¡Mariya! —jadeo. Han pasado tantas cosas en las últimas horas que no pensé en ella.

—Ella está bien —me asegura rápidamente—. Le dispararon, pero está bien. Estuve en su habitación del hospital hace una hora.

Exhalo. —Gracias a Dios. Quería salvarla, pero no pude. Venían por mí.

—Lo vi en las cintas —su mandíbula se aprieta—. No te habría culpado por pasar corriendo junto a Mariya para escapar. Pero te detuviste.

Aprieto su mano. —Ella es tu hermana, Yakov. Por supuesto que me detuve.

Su mano se cierra con fuerza alrededor de mi nuca y me da un beso en la frente. —Necesito llevarte a un hospital.

—Estoy bien.

—No estás bien hasta que todos los médicos del edificio me miren a los ojos y juren por sus vidas que estás bien —dice—. Ni siquiera intentes discutir conmigo.

Sé que tiene razón. Probablemente estoy deshidratada. Y alguien debería chequear al bebé. Lo único que quiero es estar de vuelta en la mansión. No quiero estar en otra habitación extraña, rodeada de gente que no conozco.

—No puedo creer que estemos todos bien —murmuro.

Siento a Yakov tenso. Todo su cuerpo se pone rígido.

Retrocedo. —Lo estamos, ¿no? ¿Todos están bien?

—No todos —sus labios están pálidos.

Ni siquiera quiero preguntar. Es egoísta, pero quiero quedarme en este momento con él. Quiero que todo esté bien durante cinco putos segundos. Pero pregunto de todos modos.

—¿Quién?

Él aparta la mirada de mí. —Nikandr.

—¿Él está…?

—No se ve bien.

Antes de que pueda decir algo más, Yakov me toma en brazos y me acompaña fuera de la celda. Quiero ver si está bien y preguntarle más sobre lo que le pasó a Nikandr, pero es más que obvio que no quiere hablar. Así que lo rodeo con mis brazos, aferrándome a él como si mi vida dependiera de ello.

Tengo la sensación de que se aferra a mí con la misma fuerza.

YAKOV

—Está ligeramente deshidratada, pero, por lo demás, es la viva imagen de la salud. —el médico de mediana edad le sonríe a Luna. Esa sonrisa se apaga cuando se vuelve hacia mí.

—Si ella fuera la "imagen de la salud", no estaría deshidratada —digo lentamente, rechinando las palabras con los dientes apretados.

No he podido relajarme. Incluso cuando Luna estaba sentada en el asiento pasajero junto a mí, con la jodida casa de tortura de Akim encogiéndose en el espejo retrovisor, no podía dejar de lado la sensación de que algo andaba mal. Todavía no puedo.

Luna toca mi brazo. Tiene los dedos fríos. —Me siento bien, Yakov. En serio.

—¿A cuántos médicos más planeas acudir esta noche? —gime Mariya desde su cama de hospital, al otro lado de la habitación. Hay una delgada cortina corrida alrededor de la mitad de la habitación, pero puedo ver el brillo de su teléfono contra la pared—. Todos han dicho exactamente lo mismo, y algunos estamos tratando de dormir aquí.

—Tantos médicos como haga falta para no recibir de respuesta mierda edulcorada.

—No creo que sus respuestas sean una mierda —dice Luna con una risa nerviosa por el bien del médico.

El médico asiente. —Le doy mi valoración sincera, Sr. Kulikov. Luna está perfectamente…

—Y ni siquiera estás durmiendo —interrumpo, abriendo la cortina de Mariya—. Has estado en tu teléfono desde que te lo devolví hace tres horas.

Mariya me mira entrecerrando los ojos. —Tengo mucho con lo que ponerme al día desde que *me dispararon*.

Ella va a jugar esa carta durante mucho, mucho tiempo. Ni siquiera me importa. Al menos está viva y consciente para hacerlo.

Gruñendo, vuelvo a cerrar la cortina y me vuelvo hacia el médico. —Quiero que Luna esté internada hasta que sea *realmente* la imagen de salud. Quiero que su foto esté en los jodidos libros de texto como un espécimen perfecto. ¿Me entiendes?

El Dr. Andrews frunce el ceño. —Las notas de su visita a la sala de emergencias muestran que le dieron una bolsa de solución salina a su llegada. A partir de ahora, la rehidratación normal en

casa sería satisfactoria para…

—No estoy pagando por “satisfactorio”. Quiero que esté jodidamente *perfecta*.

Luna rodea mi codo con su brazo y me abraza con fuerza. Lleva la misma bata de hospital azul pálido que lleva Mariya, con mi suéter encima. Quería más cobertura, lo cual tiene sentido, considerando que estaba desnuda cuando la encontré. —Me siento genial, Yakov. Estoy bien.

La acurruco alrededor de mí y le levanto la barbilla con un dedo. —No voy a correr más riesgos contigo.

Su rostro se suaviza. —Voy a estar bien.

—Lo sé —miro por encima de su cabeza al médico—. Porque el buen doctor aquí se asegurará personalmente.

La boca del hombre se aprieta en una línea firme. Luego, asiente. —Por supuesto, Sr. Kulikov. Lo que sea que necesite.

Él se apresura a hacer arreglos y yo acomodo a Luna nuevamente en su cama de hospital.

—Uno de los mejores obstetras del país estará aquí para verte mañana.

—Ya me dijeron que el bebé está bien —insiste—. Escuchaste los latidos.

Resoplo. —Escuché un montón de estática que, por lo que sé, podría haber sido el canto de una ballena. Quiero asegurarme de que todo esté bien. El Dr. Jenkins llegará mañana en avión.

Sus ojos saltan. —¿Llegará en *avión*?

—Él me debe un favor —me encojo de hombros.

La verdad es que cientos de miles de personas me deben un favor. El Dr. Jenkins tiene que agradecerme por financiar su estudio de investigación multimillonario.

—Esto es demasiado, Yakov. Estoy bien. En serio. Solo estuve allí… Ni siquiera fue un día entero.

Lo dice como si no pudiera creer que todo haya pasado tan rápido. Yo tampoco puedo. Se sintió como si estuviéramos separados por mucho más tiempo.

Ella deja escapar un suspiro tembloroso y sé que, en su mente, está de vuelta en esa celda. Solo por un segundo.

Por el mismo segundo, estoy allí con ella. Veo al maldito matón de Akim encima de ella. Siento la forma en que su cráneo cede cuando lo golpeo contra el cemento.

Luna me dijo en el auto que nadie la tocó, pero si hubiese llegado incluso unos minutos después…

Agarro su muñeca y la sostengo, sintiendo el tranquilizador palpitar de su pulso contra mi palma. —No importa cuánto tiempo haya pasado. Para empezar, no deberías haber estado allí. Nunca dejaré que vuelvas a estar en esa posición.

—No fue tu culpa. Lo sabes, ¿no? —pregunta suavemente—. Nada de esto lo es.

—Lo sé. Solo hay una persona a quien culpar —coloco su mano suavemente sobre su estómago… sobre nuestro bebé—. Me tengo que ir.

Luna sabe lo que estoy diciendo. A dónde voy.

—Ten cuidado —susurra solemnemente.

Cuando me voy, Mariya grita—: Patea a Akim en las pelotas de mi parte, por favor y gracias.



RECIBÍ la llamada de que Nikandr había salido de la cirugía en medio del segundo examen de Luna en la sala de emergencias. Si se lo hubiera dicho, me habría empujado hacia la puerta e insistido en que fuera a ver a Nik de inmediato. Pero no quería dejarla.

Sinceramente, tampoco quiero ir a ver a Nik. No así. Me despedí de él una vez esta noche. Eso fue más que suficiente. No quiero tener que hacerlo de nuevo.

La enfermera me detiene frente a su puerta. —El médico no está aquí en este momento. Si quieres saber más…

—Quiero verlo —digo, empujándola.

Se queda frente a la puerta. —No puedo detenerte, pero debes saber en qué te estás metiendo.

Quizás sea más fácil si no lo sé. La esperanza sería más fácil sin los hechos. Pero asiento. —Vale.

—La cirugía salió bien —explica—, pero está en coma inducido. Estuvo sin oxígeno por… bueno, no sabemos cuánto tiempo. Le dejó algo de hinchazón en el cerebro. El coma lo ayudará a sanar. Está bajo una capa de hielo por la misma razón.

—¿Tiene muerte cerebral? —me quejo.

—El médico hará más pruebas mañana. No podemos descartar nada —ella se quita del camino de la puerta—. Ahora está conectado a soporte vital. Puede respirar por sí solo, pero esto es más fiable.

Porque sufrió paro cardíaco tres veces camino al hospital.

Porque estuvo muerto en la acera quién sabe cuánto tiempo mientras yo corría por la ciudad.

Porque dejé a mi propio hermano a que muriera.

La habitación es de un gris sólido bajo las luces tenues, interrumpida solo por el brillo azul de las máquinas a su alrededor. Medicamentos y bolsas de líquidos cuelgan del portasueros junto a él. Tiene monitores atados a él y agujas insertadas debajo de la piel. Un tubo transparente llega hasta su boca y la máquina detrás de él silba mientras infla y desinfla su pecho a un ritmo uniforme.

Apenas lo reconozco. Si no fuera por su mechón de cabello oscuro y cejas pobladas, ni siquiera

sabría que era Nik. Todo lo que asocio con mi hermanito… su amplia sonrisa y su voz resonante… ha desaparecido.

Me dejo caer en el sillón reclinable cubierto de plástico junto a su cama y escucho las máquinas que lo mantienen con vida.

Intento estar agradecido, pero estoy jodidamente enojado. Conmigo mismo por dejarlo allí. Con Akim por no darme otra opción.

—Esto está jodido, Nik —murmuro, pasándome los dedos por el cabello—. No deberías estar aquí así. Debería ser yo. Yo era el objetivo. Esa bala estaba destinada a *mí*.

Hago una pausa, como si Nik fuera a decir algo. Siempre tiene algo para decir. La mayoría de las veces, no puedo callarlo ni queriendo. Ahora, daría cualquier cosa por escuchar alguna jodida broma.

—Dirías que es tu trabajo como segundo recibir una bala por mí, pero es mi trabajo como tu hermano asegurarme de que no tengas que hacerlo. No te habría dejado venir conmigo si hubiera pensado que existía la posibilidad de que no… —me detengo y me paso la lengua por los dientes —. A la mierda esto. Tendremos esta conversación cuando te despiertes. Porque vas a despertar. Vas a luchar y salir adelante.

Nik sigue sin moverse. No parpadea. Sé que no puede por la medicación, pero nunca lo había visto tan quieto.

—Mariya me dijo que le diera una patada en las pelotas a Akim —digo con una risa suave y exhausta—. Estoy seguro de que se te ocurriría algo más creativo. Demonios, tal vez Akim todavía esté vivo cuando despiertes. Podrás patearlo tú mismo cuando llegue el día.

Si alguna vez llega. El hecho de que puede que no llegue es lo que me obliga a levantarme de la silla.

Luna tenía razón. Nada de esto es mi culpa.

Solo hay un hombre a quien culpar.

Es hora de hacerle una visita.

YAKOV

El cobertizo de limpieza está en completo silencio. La única luz proviene de una farola parpadeante dos cuadras más abajo. Por lo demás, nada.

Nadie que levante banderas de advertencia.

Nadie que escuche los gritos.

Paso junto a dos guardias en la puerta principal con nada más que un rápido movimiento de cabeza. No es necesario. La única forma en que Akim escapará del cobertizo es a través de la muerte. Pero, a diferencia de él, yo hago planes para el peor de los casos. No hay manera de que lo deje ir ahora. No después de todo lo que ha hecho.

Isay puso a Akim en una habitación insonorizada en el centro del almacén. Sin ventanas, solo una puerta de entrada y salida. Está atado a una silla de metal atornillada al suelo de cemento. Hay un drenaje colocado directamente debajo suyo. Está a punto de ganarse el sustento.

Cuando entro por la puerta, Akim está hundido en la silla. Al principio creo que está dormido, hasta que levanta la cabeza lentamente con una sonrisa aturdida en su pálido rostro. —Estaba empezando a pensar que me ibas a dejar plantado —gruñe.

—Tuve que pasar por el hospital.

Se pone una máscara comprensiva. —Escuché sobre Nikandr. Es una pena… que mi hombre no haya podido matarlo. Habría sido mi premio consuelo por perder a Luna.

Cierro la puerta detrás de mí. No quiero interrupciones para lo que está por venir.

—Entiendo lo que viste en ella —continúa Akim—. Quiero decir, supe que la mierda tenía que ser seria cuando escuché que tenías una cita. ¿Yakov Kulikov, el soltero Bratva, en una cita? Increíble. Cualquier mujer que pudiera atarte tenía que ser magnífica. Pero igual no la esperaba *a ella*.

La forma en que lo dice, sus labios envolviendo lentamente la palabra, me hace querer arrancarle la lengua de la boca. A la mierda… tal vez lo haga.

Me obligo a poner un pie delante del otro y me alejo de Akim hacia el armario de suministros en la esquina. Lo abro y revelo una pared de cadenas, espadas y bates, algunos todavía cubiertos de sangre seca que quedó de los hombres que ocuparon esa silla antes de Akim.

—Hice que la desnudaran mientras todavía llevaba la capucha —sus palabras llegan un poco más rápido. Está asustado, aunque no lo demuestre—. Ni siquiera necesité ver su rostro para entender lo que viste en ella. Quiero decir, está hecha para ser follada. Tiene el tipo de cuerpo que un hombre puede *agarrar*, ¿sabes?

La sola idea de que Akim toque a Luna hace que mi mano pase de un cuchillo a un bate tachonado de clavos oxidados.

—Luego le quitaron la capucha —gime, un sonido bajo y profundo en su garganta—. Esa cara. *Esa boca*. Si hubiera tenido un poquiiiito más de tiempo, habría envuelto esos labios alrededor de mi polla.

Mis nudillos se tensan mientras agarro el mango del bate. Me vuelvo para mirarlo de nuevo. —Sé lo que estás haciendo.

—Estoy atado en un almacén en medio de la nada. ¿Qué podría estar haciendo?

Está tratando de hacerme matarlo rápidamente. Akim es lo suficientemente inteligente como para saber que no saldrá vivo de esta habitación. El mejor resultado para él es que todo termine rápido. Quiere hacerme enojar para que pierda el control.

Él sonríe, pero sus ojos se mueven nerviosamente hacia el bate en mis manos. —Dado que no tendré la dignidad de transmitir mis últimas palabras a las personas más cercanas a mí, estoy seguro de que no me negarás mi fantasía final.

—Me importa un carajo tu dignidad —gruño—. Me importan aún menos tus fantasías. Estoy a punto de negarte tu vida.

—Qué gracioso —se ríe—. Luna no me negó nada. No estoy seguro de lo que te dijo, pero…

—Ella me dijo la verdad —grito.

Nadie la tocó. Lo juró. El hombre que vi en su cama fue la primera y única vez que alguien entró en su celda.

Sin embargo, Akim sonríe. —Entonces, ya sabes que no pude evitarlo. Tuve que probarla. Si era lo suficientemente buena como para llamar la atención de Yakov Kulikov, necesitaba saber qué era tan especial. Créeme, ahora lo entiendo.

—Patrañas.

Frunce el ceño. —Entonces, ¿no te dijo la verdad? Debe haber mentido si no sabes de lo que estoy hablando. Porque me follé a tu mujer durante *horas*, Yakov.

Mi sangre está bombeando. Mi mano tiembla alrededor del bate. —No podrías hacerlo por tanto tiempo, ni aunque tu vida dependiera de ello.

—Ella abrió esas largas piernas para mí. Ella lo *deseaba* —sisea, ignorándome—. Quizás no al principio, lo admito. Pero, tan pronto como mi polla estuvo dentro de ella… Bueno, me alegré de la insonorización adicional allí arriba, te lo aseguro. Aulló por mí.

—Vas a hundirte con este barco, ¿no? —sacudo la cabeza—. ¿Todo esto por una pequeña venganza? Venganza por venganza, en realidad. Se eliminaron dos pasos. Fuiste tras Luna para

vengarte de mí por matar a tu padre después de que tu padre mató al mío. ¿Oyes cómo suena eso? Es una locura.

Akim echa la cabeza hacia atrás, y su garganta se mueve mientras gime. —Se sentía tan bien apretada a mi alrededor. No recuerdo la última vez que sentí un coño tan apretado. ¿Es por eso que luchaste por ella entre mis hombres? Porque, si es así, lo entiendo. Es un coño por el que vale la pena morir.

Dejo un largo suspiro entre mis dientes. —Vas a morir porque no pudiste soltarlo. Podrías haberme dejado vengarme y seguir adelante. Ojo por ojo. Puntuación ajustada. Nunca te habría vuelto a mirar. En cambio… aquí estamos.

Akim me mira a los ojos. Él escucha cada palabra que digo; sé que lo hace. Simplemente se niega a admitirlo.

—Ella lloró por ti cuando la encerré por primera vez. Pero al final lloraba *por mí*. —gira las caderas, y las patas metálicas de la silla se tensan contra los pernos del suelo. Su voz se vuelve aguda—. *"Ay, Akim. Más duro, Akim. Así, Akim. Nunca nadie me había follado tan bien, Akim"*.

Todo son mentiras. Nunca sucedió. Akim nunca la tocó.

Pero él quería hacerlo.

Si no hubiera aparecido cuando lo hice, él lo habría hecho. Después de que su soldado terminara con ella.

¿Quién sabe a cuántos hombres Akim habría dejado entrar en esa habitación? ¿El tipo de tortura que le habría infligido a Luna solo para vengarse de mí?

Mi visión se está oscureciendo en los bordes. Se hace un túnel, se estrecha hasta que Akim es lo único que puedo ver.

—Habría dejado que se ahogara en mí si no hubieras aparecido —continúa—. Me habría follado a tu mujer hasta que no pudiera aguantar ni un segundo más. Hasta que se partiera en dos. Entonces, te habría enviado sus piezas en un ataúd. Podría haberse unido a tu hermano. Lo último que supe es que las cosas no pintaban bien para…

El bate golpea la cara de Akim antes de que pueda terminar.

Uno de los clavos le atraviesa el ojo. Los demás se clavan en su mejilla, en su sien. La sangre corre por su rostro. Ya no sonríe.

Mis músculos tiemblan por la moderación necesaria para no arrancarle la cabeza del cuerpo. Por el esfuerzo requerido para no matarlo desde el momento en que entré a la habitación.

Pero puedo liberarlo todo ahora.

Muevo el bate a derecha e izquierda, convirtiendo su cabeza en puta pulpa. Para el cuarto golpe, está flácido. No se mueve, excepto cuando lo golpeo. Pero sigo adelante.

Cuando el bate golpea su cráneo, corto la cuerda que lo sujeta a la silla y dejo que su cuerpo caiga al suelo.

Un aliento ahogado sale de su garganta. Su pecho se agita con inhalaciones y exhalaciones acuosas.

Le doy una patada en el estómago y luego más bajo, clavándole fuerte en las pelotas. Para Mariya.

La sangre le sale de los oídos y los ojos. Hay un charco considerable alrededor de su cabeza. Pero el cabrón *todavía respira*.

Nikandr yace en una camilla de hospital, luchando por su vida porque el hombre de Akim le disparó en el pecho, pero Akim sigue adelante.

—Muere, hijo de puta —le doy una patada en el pecho, haciendo que un chorro de sangre salga de su boca—. ¡Muere, joder!

Le doy una patada en la frente y siento el chasquido. Resuena por toda la habitación.

Entonces, finalmente, está muerto.

Pero no he terminado. Sigo pateando. Clavo mi talón en el caparazón vacío de su cabeza hasta que me canso. Hasta que me dejo caer en la silla atornillada al suelo y me quedo mirando su cadáver destrozado.

Casi me quita todo hoy. Mariya, Luna, mi hijo… Nik. Quizá todavía se lleve a Nik.

Akim merecía cada golpe. Se merecía algo peor. Pero ninguna tortura podría compensarlo. Ni siquiera su muerte es suficiente.

LUNA

Me despierto con manos fuertes en mi cara. Pulgares callosos rozando mis pómulos.

Yakov está de pie junto a mi cama, repitiendo mi nombre una y otra vez. —Estoy aquí, Luna. Estás a salvo.

Él limpia las lágrimas de mis mejillas. Ni siquiera me di cuenta de que estaba llorando. Durante unos segundos, incluso mientras miro su rostro severo, estoy de vuelta en esa pequeña habitación sin ventanas.

Luego, vuelve a mí.

—Estás a salvo —canta Yakov de nuevo. Toma mi mano—. Estoy aquí.

Estoy en el hospital. Yakov está conmigo. Akim está…

—¿Dónde estabas? —digo con voz áspera—. ¿A dónde fuiste?

Anoche, Mariya dijo que Yakov iba a matar a Akim. Dijo algo sobre un "cobertizo de limpieza", pero luego pareció pensarlo mejor. Cuando le pregunté qué diablos era eso, no me lo dijo.

Yakov niega con la cabeza. —No importa. Estoy aquí ahora.

—Me alegra que estes aquí. Solo quiero saber qué va a pasar con…

—El Dr. Jenkins está aquí —interrumpe Yakov.

—¿El obstetra? ¿Ya? —el reloj encima de la puerta dice que son solo las siete y media—. Es temprano. Estuvimos despiertos la mayor parte de la noche.

—No necesito dormir.

Arrugo la frente. —Todo el mundo necesita dormir.

Me despide con la mano, pero hay círculos oscuros bajo sus ojos. Cuando se pasa la mano por el cabello despeinado, veo una mota de sangre seca entre sus dedos.

Anoche fue un infierno para mí. Estaba aterrada. Pero los hermanos de Yakov fueron disparados. Es posible que Nikandr aún no lo logre. Y Yakov mató al menos a un hombre con sus propias manos. Probablemente más, según la sangre que puedo ver y oler en él.

Paso mi mano por su fuerte antebrazo. —Has estado ocupado cuidando de todos los demás. Déjame cuidarte.

Su mandíbula se flexiona. —Puedo cuidarme a mí mismo. Estoy bien.

Estoy a punto de discutir, pero se abre la puerta de mi habitación del hospital.

—Toc-toc —una cabellera de color castaño claro se asoma por el marco de la puerta—. ¿Es un buen momento?

Yakov le hace señas para que entre. —Adelante, doctor.

El Dr. Jenkins entra y pasa de puntillas por el rincón de la habitación donde se encuentra Mariya. No es necesario… se puso unos auriculares con cancelación de ruido hace tres horas, después de que la enfermera intentara tomarle la presión arterial por cuarta vez.

El doctor es alto y delgado. Es más joven de lo que esperaba que fuera uno de los mejores obstetras del país. No más de cuarenta años, seguramente.

—Tú debes ser Luna —adivina el Dr. Jenkins con una amplia sonrisa—. Como dijo Yakov, soy el Dr. Jenkins. Estoy aquí para ver cómo están tú y tu bebé.

Mi mano se mueve hacia mi estómago instintivamente. Ayer le dije a Yakov que estaba bien. Usaron un Doppler en la sala de emergencias. Escuchamos los latidos del corazón. Pero, ahora que el Dr. Jenkins está aquí, estoy nerviosa.

¿Qué si algo anda mal?

¿Qué si los medicamentos que me dio Akim dañan al bebé?

¿Qué si, qué si, qué si…?

—Me alegro de que estés aquí —admito.

Él sonríe cálidamente. —Es normal estar nervioso en estas primeras semanas. Mi trabajo será aliviar esas preocupaciones.

—Comprueba todo —ordena Yakov—. Quiero un examen completo de Luna y del bebé. Todo lo que tienes.

El Dr. Jenkins me guiña un ojo. —Lo tienes, Papá —está sorprendentemente alegre para alguien que acaba de bajarse de un avión antes de las ocho de la mañana.

Ya estoy en bata y recostada, así que no tengo mucho que hacer para prepararme. Observo al Dr. Jenkins traer el equipo desde el pasillo y colocar diferentes instrumentos y jaleas en la mesa junto a él. Finalmente, se vuelve hacia mí con un tensiómetro. —Empecemos.

Me toma la presión arterial y la temperatura. Cuando creo que ha terminado, Yakov hace un ruido de desaprobación y, de repente, el Dr. Jenkins regresa con un pequeño martillo para chequear mis reflejos.

Es excesivo. Todos lo sabemos. Pero el Dr. Jenkins no va a enfadar a Yakov. No si le debe un favor lo suficientemente grande como para enviarlo a través del país en un vuelo nocturno para un solo examen.

Después de todo lo que ha pasado Yakov en las últimas doce horas, a mí tampoco se me ocurriría negarle nada. Si puedo ayudarlo a tranquilizarse siguiendo este chequeo exagerado, lo haré.

Finalmente, el Dr. Jenkins sale de la habitación y regresa con una unidad de ultrasonido móvil. Hay un monitor en el centro, con una variedad de varitas y herramientas portátiles.

Mi corazón salta instantáneamente a mi garganta. —Ayer escuchamos los latidos del corazón. Eso es bueno, ¿verdad?

—Un latido del corazón rara vez es malo para nosotros los humanos —ríe—. ¿Qué tan rápido era?

Arrugo la frente. —No lo dijeron. ¿Debieron haberme dicho? ¿Debí haber preguntado?

—No. No te preocupes por eso. Lo que pasa es que, al principio del embarazo, a veces, el corazón de la madre puede confundirse con el del bebé. Especialmente cuando la persona que realiza el examen no está capacitada. Los latidos del corazón del bebé serán más rápidos que los tuyos.

—Era alguien en la sala de emergencias. Supongo que fueron entrenados.

—Por supuesto. Pero siempre es bueno acudir a un especialista —sonríe y levanta la barbilla con orgullo—. Es por eso que estoy aquí.

Yakov asiente. —Debimos haberte llevado al Dr. Jenkins hace semanas.

—Eso habría sido difícil, pues en ese entonces yo no sabía que estaba embarazada —bromeo débilmente.

El Dr. Jenkins levanta con cuidado mi bata de hospital sobre mi estómago, asegurándose de que la sábana me cubra de cintura para abajo. —Entonces ¿este embarazo es una sorpresa?

El eufemismo más grande del mundo.

—Todo ha sido una sorpresa. —Miro de reojo a Yakov.

Está mirando la pantalla del ultrasonido, pero asiente. —Una feliz sorpresa.

Todavía estoy mirando su mandíbula cincelada, agradecida de tenerlo a mi lado, cuando el Dr. Jenkins me aplica gelatina tibia en el estómago.

—Lo siento. Esto hace un desastre —lo frota con la varita de mano hasta cubrir todo mi estómago. Luego mira la pantalla, empuja y presiona la varita en mi estómago—. Veamos aquí.

No estoy respirando. No puedo. Cada segundo que el Dr. Jenkins pasa mirando la pantalla parece una eternidad.

Ayer estuve loca de miedo y estrés todo el día. Los hombres de Akim me arrojaron a la parte trasera de una furgoneta. Me drogaron. Tenía sed, hambre y mucho frío. Las muchas, muchas razones por las que algo podría estar mal con nuestro bebé se acumulan en mi mente, hasta que me convenzo de que no hay manera de que todo esté bien.

¿Cómo pude haber sido tan jodidamente ingenua?

De repente, el Dr. Jenkins gira la pantalla hacia mí. —Saluda a tu bebé, Luna.

La pantalla es negra, con una pequeña mancha blanca en el centro. Excepto que no es una mancha. Hay una cabeza y un cuerpecito. Brazos diminutos y piernas dobladas.

Es un bebé.

Mi bebé.

Yakov me agarra la mano y la aprieta.

Nuestro *bebé*.

—Hola, pequeñito —le susurro, parpadeando para contener las lágrimas.



—DOCE SEMANAS —dejo escapar un largo suspiro—. Una semana más y estaré en el segundo trimestre. Eso es un tercio del embarazo. ¿Puedes creerlo?

Yakov está sentado en el sillón reclinable junto a mi cama, con la ecografía en las manos. Niega con la cabeza. —No. No tienes ni una pizca de bulto. Tu estómago está plano como siempre.

—Si intentas halagarme, estás haciendo un muy buen trabajo.

—No hago halagos —dice—. Trato con honestidad. Eres jodidamente hermosa. Eres hermosa ahora y lo serás también dentro de unos meses.

Mi cara se calienta. —Gracias. El Dr. Jenkins dijo que probablemente empezaré a notarlo en las próximas dos semanas.

—Veremos si sabe de lo que habla —dice.

—Tú fuiste quien lo trajo en avión a través del país para estar aquí. Él es el mejor que hay. Eso significa que finalmente confiarás en que estoy bien, ¿verdad?

—Probablemente no.

—Eres imposible —me río—. Estaría en este hospital para siempre si fuera por ti.

Él arquea una ceja amenazadora. —Será mejor que esperes que eso no sea lo que quiero. Porque siempre me salgo con la mía.

Bromea, pero no miente. Yakov tiene una manera de conseguir exactamente lo que quiere de cada situación y persona que conoce. Incluso con todo este trato con Akim, Yakov salió victorioso.

Mayormente.

—¿Cómo está Nik? —pregunto.

Yakov mira por encima del hombro, hacia Mariya. Está sentada en la cama con los auriculares puestos, sin prestarnos ninguna atención.

—Lo siento —susurro—. ¿Es un secreto?

Se levanta y se mete en la cama conmigo. Su pierna presiona la mía debajo de la fina manta del hospital y ocupa mucho más espacio de la cama de lo que le corresponde. No me quejo.

—No. Pero no quiero preocupar a Mariya.

Mi corazón se aprieta. —¿Eso significa que hay algo de qué preocuparse?

—Siempre hay algo de qué preocuparse —murmura—. Mariya todavía se está recuperando. Quiero que se concentre en descansar y salir de aquí.

—Mientras tú te concentras en su recuperación y en cómo estamos el bebé, Nikandr *y* yo —apoyo mi cabeza contra su hombro—. Eso es mucho para que lo asuma una sola persona.

—Menos mal que no soy una persona normal.

—Eso está bien documentado —aprieto su bíceps. No estaba segura de volver a tocarlo. Ahora él está aquí y no puedo tener suficiente—. Aun así, puedes hablar conmigo, Yakov. Sé que puedes manejar todo por tu cuenta, pero no es necesario.

Suspira. —Está en coma inducido y no están seguros de si alguna vez saldrá de él. Incluso si lo hace, podría tener muerte cerebral. Estuvo sin oxígeno por… un tiempo. Sus probabilidades no son grandes.

—Lo siento mucho.

—No es tu culpa.

—Tampoco es tu culpa —le digo en voz baja—. Nada de esto es tu culpa. Sé que lo sigo diciendo, pero simplemente… me preocupa que no lo creas.

—Soy el *pakhan*, Luna. Todo es culpa mía, de una forma o de otra.

—Pero eso no es…

—Chito —Yakov me rodea los hombros con el brazo y me acerca. Presiona un beso en mi sien —. Descansa un poco. Estás cansada.

No estoy segura de cómo sabe que estoy cansada antes de que yo lo sepa, pero tiene razón. Estoy agotada.

Me hundo en su calidez y cierro los ojos. *¿Sabe que soñé con esto mientras Akim me tenía encerrada en esa celda? ¿Estar cerca de él? ¿Ser sostenida por él?*

Me quedo dormida, su aroma amaderado en mi nariz y envolviéndome.

Cuando me despierto unas horas más tarde, sin aliento y llorando, él todavía está allí. Me acaricia las mejillas y me dice que está conmigo. Que no irá a ninguna parte.

YAKOV

—Maldito hijo de puta, joder —Mariya aparta su mano de la del fisioterapeuta con los ojos muy abiertos—. *Ay*.

—Lo siento. Sé que duele. Pero estos ejercicios son importantes para recuperar el uso completo de la mano.

Esto ha estado sucediendo durante una hora todos los días durante los últimos cuatro días. Ángela extiende la mano de Mariya, Mariya maldice y vuelven a empezar.

Mariya sostiene su mano protectoramente contra su pecho. —Sabes, he estado pensando en eso. ¿Qué tipo de trabajo manual estaré haciendo realmente? Ninguno, ¿verdad? Entonces, ¿qué importaría realmente si acortáramos todo este asunto de la terapia? No lo diré si tú no lo haces.

—Aguanta y haz tus ejercicios, Mariya —ordeno—. Ángela tiene lugares donde estar.

—Todos tenemos lugares donde estar —responde Mariya—. Como mi casa. En mi cuarto. Donde nadie me tortura nunca.

Excepto cuando atraviesan las puertas y te disparan en el jardín delantero.

Me trago las palabras. No ayudarán en nada.

Mariya está bien. Mejor de lo que hubiera imaginado después de haber sido disparada en su propia casa. No quiero ser yo quien le recuerde cuánto hay que temer.

Ángela toma la mano de Mariya mientras está distraída y estira suavemente los dedos hacia atrás. Mariya hace una mueca de dolor, pero se las arregla para no explotar con maldiciones creativas. Es una mejora.

—Iba a esperar y decírtelo al final de la sesión, pero creo que te vendría bien la motivación —dice Ángela—. Le recomendaré a tu médico el tratamiento externo.

Los ojos de Mariya se agrandan. —¿En serio? O sea, ¿puedo irme a casa?

—Eso no depende completamente de mí. Pero, en lo que a mí respecta, sí. Tendrás que hablar con tus otros médicos y ver qué recomiendan para tu…

—Ella no está lista.

Ángela baja la cabeza, y de repente toda su atención se centra en los ejercicios. Mariya me lanza una mirada furiosa. —Puede que seas un sabelotodo, pero no eres médico, Yakov. No sabes para qué estoy lista.

—Sí lo sé. He estado hablando con tus médicos.

—*Amenazando* a mis médicos, querrás decir —pone los ojos en blanco—. No dejarán que me retengas aquí para siempre.

—En realidad, lo harían. Por el precio correcto, puedo conseguir lo que quiera.

—Me siento bien. Estoy lista para i… —mientras las palabras salen de su boca, Ángela dobla los dedos en la otra dirección. Mariya grita—. Santo cielo. Joder, joder. Ay.

Luna sale del baño. —No es tu combinación más creativa, Mar.

Mariya usa su mano buena para mostrarle el dedo medio. —Hay algo en el dolor insoportable que no hace fluir mi creatividad.

—Por eso te quedarás aquí hasta que no sientas un dolor insoportable —le digo.

Ángela profundiza el estiramiento, y los labios de Mariya se vuelven blancos por el esfuerzo de no gritar blasfemias. Ella no engaña a nadie.

Luna me levanta las cejas mientras cruza la habitación. Ayer cambió su bata de hospital por un par de pantalones deportivos y una camiseta sin mangas a juego. Es bueno verla lucir más normal, pero aun así tomo su mano y la ayudo a ir a la cama.

Cuando se inclina para susurrar, su aliento huele a pasta de dientes de menta—: ¿De qué me perdí? ¿Mariya está casi lista para ser dada de alta?

—Ella piensa que sí. Pero no.

—Bueno, ¿qué piensan los médicos?

—Me importa un carajo lo que piensen. Es demasiado pronto.

Luna se estremece ante el tono agudo de mi voz.

Todo esto es nuevo para mí. La ansiedad se siente como un puño cerrado en mi pecho. Pero no hay ningún puto lugar al que pueda ir esa energía.

Maté a Akim. Está muerto y desmembrado en este punto. En una semana, no quedará ni rastro de él en el planeta. Pero siento que hay algo que debería estar haciendo. Estoy seguro de que si salimos del hospital va a pasar algo malo.

Por eso le dije a Isay que investigara la línea de sucesión de la Bratva Gustev. Si este lío con Akim demuestra algo, es que siempre queda alguien que guarda un viejo rencor. Esta disputa entre nuestras Bratvas ya tiene dos generaciones de profundidad. ¿Por qué no añadir una tercera?

Puede que Akim ya no esté, pero siempre habrá enemigos a los que enfrentarse. Siempre habrá alguien que vendrá tras lo que es mío.

No dejaré que me tomen por sorpresa otra vez.

~

ISAY empuja el bistec Salisbury en su bandeja como si esperara que se mueva. —¿De verdad estás comiendo esta mierda tres comidas al día?

—Solo cuando Mariya no infringe el protocolo del hospital y manda comida a su habitación —lo cual es frecuente—. Siempre me pide algo para que no le quite el teléfono.

No me gusta la comida de hospital más que a cualquier otra persona, pero entre cuidar a Luna, asegurarme de que Mariya no se escape y sentarme con Nik, no tengo tiempo para ir a buscar nada más. No quiero.

—No la culpo —murmura, apartando la bandeja—. Está bien. De todos modos, no estoy aquí para comer.

—¿Tienes información?

—Tengo susurros —dice—. Rumores.

—No me interesan los rumores. No te pago para que me mantengas al tanto de los chismes.

—No es un chisme. Es solo que mucha gente aún ni siquiera cree que Akim esté muerto. No hablan de sucesión porque están esperando que regrese.

—Pueden seguir esperando. Él se ha ido —arqueo una ceja y en silencio le pido a Isay que confirme.

Él asiente. —Se ha ido. Limpié el desorden. No queda nada.

Al fin.

Isay se acerca más. —Se dice que, ahora que él se ha ido, el hermano menor de Akim está tomando el mando.

—¿Pavel? —arrugo la frente—. No tiene la edad suficiente. No puede ser mayor que…

—Acaba de cumplir dieciocho años. El mes pasado. Es un adulto.

—Es un maldito *niño*.

La última vez que lo vi tenía once años. Quizás más joven. Era cuando nuestros padres fingían ser amables el uno con el otro. Cuando la idea de una alianza entre nuestras familias no estaba absurdamente fuera de discusión.

Pavel tenía una cara redonda y regordeta y una bolsa de caramelos entre sus dedos pegajosos. No está preparado para ser un *pakhan*.

—Tú solo tenías veintiún años cuando asumiste el cargo —me recuerda Isay.

Como si necesitara que me lo recuerden.

Sacudo la cabeza. —Es diferente. Yo no tuve otra opción.

—Pavel tampoco. Si no es él, entonces la Bratva va a parar a su tío. Perdería para siempre su

derecho al liderazgo. Puede que apenas sea un adulto, pero eso tiene que ser importante para él.

Suspiro. —Vale. Entonces, ¿qué? ¿Mantendrá el asiento caliente hasta que esté listo para dar un paso al frente?

Isay hace una mueca. —Está haciendo más que eso. La información que conseguí dice que está reuniendo a los hombres que les quedan y reclutando más. Está formando un ejército, Yakov… para derrotarte.

No es gracioso, pero me río. Golpeo la mesa con el puño y me río.

Porque siempre es jodidamente algo. *Alguien*. El peor juego de aplasta al topo del mundo.

—Lo sabía. Esto nunca va a terminar. La Bratva Gustev no se detendrá hasta que erradique hasta el último de ellos. ¿Cuándo van a captar la puta indirecta? ¿Ahora tengo que acabar con un ejército de niños?

—Pavel es joven, pero deberíamos tomarnos la amenaza en serio.

Asiento. —No te preocupes. Lo hago. Yo también tuve dieciocho años una vez.

Y habría hecho cualquier cosa y enfrentado a cualquiera para vengar a mi familia.

En todo caso, Pavel es incluso más peligroso que Akim. Tiene todo el poder y ninguna experiencia para saber cómo ejercerlo.

No se sabe qué hará.

~

ESTOY de camino a la habitación de Luna y Mariya, todavía pensando en Pavel y en cómo aplastar esta última amenaza, cuando me doy cuenta de que el pasillo está vacío.

No hay nadie haciendo guardia fuera de su habitación.

En el momento en que las tres personas más cercanas a mí en el mundo estuvieron dentro de este hospital, lo cerré. Coloqué hombres afuera de la habitación de Nik en la UCI, más hombres frente a la habitación de Luna y Mariya, y tuve ojos vigilando cada entrada o salida de todo el hospital las veinticuatro horas del día, siete días de la semana.

Pero la puerta de su habitación está abierta de par en par y sus camas están vacías.

Intento pensar mientras mi corazón se acelera. Mariya está en fisioterapia. Ángela quería llevarla al gimnasio hoy para que pudieran levantar pesas livianas. Uno de los guardias fue con ella.

Cuando me fui, Luna estaba tomando una siesta y Tomek estaba sentado en la silla justo afuera de la puerta. *Pero, ¿a dónde carajo se fueron?*

Solo se me ocurre un lugar. Si ella no está allí, nadie entrará ni saldrá de este hospital hasta que la encuentre.

Subo las escaleras hasta la UCI. Es más rápido que esperar el ascensor. Mientras cruzo la puerta

de la escalera y entro al vestíbulo de la UCI, la enfermera de Nik está saliendo del ascensor.

Comienza a saludar, pero la interrumpo. —¿Dónde está Luna?

—Disculpa. ¿Quién?

Aprieto los dientes. —¿Alguien ha venido a ver a mi hermano recientemente?

Frunce el ceño. —No estoy segura. Mi turno no empieza hasta dentro de quince minutos. Si tiene preguntas, puede hablar con la enfermera nocturna antes de que se vaya y…

—No hay tiempo —gruño.

La mujer al lado de las puertas me saluda con el formulario de registro, pero, en lugar de eso, robo su credencial del escritorio. Lo acerco al escáner hasta que parpadea en verde y luego empujo las puertas dobles, ahora abiertas.

—¡Él no puede hacer eso! —argumenta la mujer.

Oigo a la enfermera de Nik corregirla mientras las puertas se cierran detrás de mí. —Él puede hacer lo que quiera.

Las luces de la UCI siempre están medio atenuadas. La mayoría de los pacientes están en reposo o inconscientes. Las máquinas zumban como cigarras en todas las habitaciones. Estoy a mitad del pasillo cuando percibo a las tres figuras oscuras que aparecen afuera de la habitación de Nik. Una más de lo habitual.

Tomek se da vuelta cuando me acerco. —¿Qué carajo estás haciendo aquí arriba? —le gruño—. Deberías estar abajo.

Sus ojos se agrandan. —Mierda. Debí haber… Luna quería venir aquí. Quería ver a Nik. Lo siento, señor. Debí haber dicho algo.

Me relajo, la tensión me abandona. Todavía estoy enojado, pero *ella está bien*. Está a salvo.

Clavo un dedo en el pecho de Tomek. —A partir de este momento, yo sé dónde está ella *en todo momento*. ¿Me oyes, joder?

Se para erguido. —Lo escucho, señor. No volverá a suceder.

Si la hubiera perdido de vista, aunque fuera por un segundo, estaría muerto. El hecho de que la escoltara hasta aquí y se asegurara de que estuviera protegida es mejor que nada.

Les hago un gesto a los hombres para que retrocedan y miro a través de la puerta de cristal. La cortina que rodea la cama de Nik está media abierta. Puedo ver a Luna sentada al lado de su cama, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

Luego, se limpia los ojos.

Ella está llorando.

Mi corazón tira hacia ella. *El amor es pérdida*. Es lo que siempre creí. La fea verdad que descubrí cuando le arrancaron mi padre a mi madre. *Siempre hay alguien que se queda atrás.*

Luna extiende la mano y, navegando por el laberinto de tubos y vías intravenosas que sobresalen de él, agarra la mano de Nik. Su pulgar roza sus nudillos. Sus labios se mueven, pero no puedo oír lo que dice a través del cristal.

No lo necesito.

Lo que necesito hacer es todo lo que esté a mi alcance para proteger a estas personas. No las volveré a perder.

LUNA

Mariya asoma la cabeza por la ventanilla abierta del auto y agita el brazo sano al viento mientras grita—: ¡Libertad!

—Siéntate, joder, Corazón Valiente —ladra Yakov. Reprimo una risa y él vuelve su ceño fruncido en mi dirección—. No la animes.

—Ella no necesita mi ayuda para emocionarse.

Mariya se deja caer en su asiento, con el cabello oscuro alborotado por el viento. —¡Deberías intentarlo, Luna! El aire fresco es agradable.

—Estabas en un hospital, no en una prisión —se queja Yakov.

Yakov tiene razón, pero Mariya también. Después de pasar días bajo fluorescentes respirando antiséptico, el aire fresco y el sol se sienten increíbles. No increíble como para sacar la cabeza por la ventana como un perro. Pero increíble, no obstante.

—Quizá más tarde —digo con una sonrisa—. Siento un poco de náuseas en este momento.

Las manos de Yakov aprietan el volante. —¿Tomaste tus vitaminas esta mañana? El Dr. Jenkins dijo que debes seguir tomando suplementos de B6 durante el resto del embarazo. Si tienes hambre, puedo parar y comprar algo. ¿Quieres un sándwich de desayuno?

—¡Sí! —Mariya repica desde el asiento trasero—. Salchicha y huevo con papas fritas. Y un café helado con leche de vainilla.

Yakov la ignora y mueve su mirada de un lado al otro desde el camino hacia mí. Sus ojos verdes se clavan en los míos.

—Tomé todas las vitaminas que me dejó el Dr. Jenkins y no tengo hambre —sonrío—. Son náuseas normales del embarazo. En serio. Me siento genial.

Exhala con irritación justo cuando Mariya se inclina hacia adelante. —Entonces, ¿todavía vamos a desayunar sándwiches o…?

Yakov niega con la cabeza. —Vamos a casa.

A casa. Cuando Yakov me trajo por primera vez a la mansión, lo único en lo que podía pensar era en cuándo me iría. Me preparaba constantemente para volver al “mundo real”.

Ahora, vivir en la mansión con Yakov *es* el mundo real. Es donde quiero estar.

Pero, incluso entonces, no es mi *hogar*. Porque, cuando Yakov me evitaba y no lo veía durante días, la mansión se sentía fría y vacía. Nunca me había sentido más sola.

No, el hogar no es un lugar. Es una persona.

Es Yakov.

Yakov cruza las puertas de entrada de la mansión, con una fila de camionetas negras detrás de nosotros. Tan pronto como veo la amplia extensión de césped y la curva del camino de entrada que conduce a las puertas principales, me encojo. Mi pecho se aprieta hasta que me cuesta respirar. Agarro la manija de la puerta y trato de mantener una expresión neutral pegada en mi rostro, incluso mientras se reproduce una película detrás de mis ojos.

Puedo ver la fila de hombres vestidos de oscuro caminando por el césped hacia la mansión como si todo estuviera sucediendo de nuevo.

Escucho los disparos distantes que acaban con los hombres de Yakov uno por uno.

Mi corazón se acelera como si estuviera de vuelta en esa noche, a pesar de que el sol está alto en el cielo y Yakov está justo a mi lado.

Cuando el auto se detiene, Mariya sale y sube las escaleras corriendo. —Voy a tomar una siesta en mi cama tan fuertemente.

—Adelante —la llama Yakov—. Entramos en un rato —camina alrededor del auto y se arrodilla justo afuera de la puerta abierta del pasajero—. ¿Estás bien?

—Genial —murmuro entre dientes. Dejo caer mi cara entre mis manos—. Supongo que no oculto mis sentimientos tan bien como esperaba.

—Eres fácil de leer.

Gimo. —Esto es tan estúpido. Estoy siendo ridícula.

—No lo estás.

—Sí, lo estoy —insisto—. Sé que estoy a salvo. Sé que Akim está muerto y nadie vendrá a buscarme. Entonces, ¿por qué mi cuerpo no lo sabe?

Su mano se extiende sobre mi muslo. —Has pasado por mucho, Luna. Es normal necesitar tiempo para recuperarse de eso.

—Mariya no necesitó tiempo para recuperarse —hago un gesto hacia donde ella ya desapareció por la puerta principal.

—Mariya nació en este mundo. Además, es adolescente. Se cree inmortal.

—Le acaban de disparar —argumento.

—Y sobrevivió —pone los ojos en blanco—. En lo que a ella respecta, eso es una prueba aún más. Ahora será imposible de seguir.

Sonrío, pero todavía me duele el pecho. No puedo obligarme a salir de la seguridad del auto. —Estoy feliz de estar de regreso. Yo *quiero* estar aquí.

—Lo sé —la mano de Yakov se desliza lentamente por mi pierna. Sus dedos rozan la parte interna de mi muslo. El hormigueo en la parte baja de mi estómago es una agradable distracción del pánico en mi cerebro—. Tómate tu tiempo.

—Sigue tocándome así y me quedaré aquí para siempre.

—Bien por mí —Yakov sonríe. Es el primer indicio de una sonrisa real que he visto en él en días. Quizás más—. Pero ahora hay mucha más seguridad alrededor de la mansión. No creo que quieras audiencia para todas las cosas que te haré una vez que estés lista.

Estoy lista ahora, quiero decir. Es parcialmente cierto. En lo que respecta a Yakov, siempre estoy lista.

Pero actualmente estoy tan aterrorizada que ni siquiera puedo levantarme y entrar a la mansión por mi cuenta. Tener un orgasmo sería una buena distracción, pero no quiero utilizar a Yakov como distracción.

Él es más para mí que eso. *Nosotros* somos más que eso.

Mi cara arde cuando tomo su mano y dejo que me ayude a salir del auto. Me levanto con las piernas inestables y Yakov presiona sus labios contra mi oreja. —Te tengo, Luna. Nunca dejaré que nadie te lastime.

Mis ojos se cierran. —No creo que ni siquiera tú puedas hacer esa promesa.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —pregunta, retrocediendo para mirarme—. Puedo hacer lo que me dé la gana.

Con su mandíbula cincelada y sus anchos hombros bloqueando el mundo que me rodea, me inclino a creerle.

Yakov me ayuda a subir las escaleras y entrar a la casa. Tan pronto como cruzo la puerta principal, Gregory forma un ocho alrededor de mis tobillos. Su cola se mueve hacia adelante y hacia atrás mientras maúlla a mis pies.

La culpa me muerde el estómago. Estaba tan distraída con todo lo demás que ni siquiera pensé en Gregory.

—¿Ha sido alimentado? La puerta principal estaba abierta de par en par cuando fui… —*secuestrada*. Me trago la palabra—. ¿Se escapó? ¿Quién lo trajo de regreso? Está…

—Está bien —llama Hope desde el pasillo.

Camina hacia nosotros con un paño de cocina echado sobre su hombro. No estoy segura de por qué, pero se me llenan los ojos de lágrimas al ver a la criada de Yakov. La normalidad de todo esto es abrumadora. —Es muy bueno verte.

Hope sonríe. —Me alegro de que hayas vuelto. Gregory también. Pasó la mayor parte del tiempo aullando en la puerta del dormitorio y frente a la oficina de Yakov. Los extrañó a ambos.

Me agacho y rasco detrás de sus orejas peludas. —Yo también te extrañé, amiguito.

Yakov cierra la puerta principal y me agarra suavemente por el codo. —Vamos. Deberías sentarte.

—Estoy bien. De hecho, me siento…

—Hope —ordena Yakov—, trae a Luna un poco de agua. Un refrigerio también.

Hope asiente y ya se dirige a la cocina.

—Estoy bien. En serio. Me siento mucho…

—Necesitas descansar.

Yakov me lleva a la sala de estar, me pone una manta en el regazo y enciende la televisión.

Y ahí nos quedamos.

Es bueno ir más despacio con él y no tener a las enfermeras y los médicos interrumpiendo cada hora. Pero también es… extraño. Nunca antes había visto a Yakov sentado y quieto durante tanto tiempo. Siempre está ocupado, yendo a alguna reunión o escabulléndose para hablar por teléfono. Ahora no parece tener ningún otro lugar donde estar.

Supongo que es porque Akim está muerto. La amenaza ha desaparecido. Estamos todos a salvo. Así que ahora, Yakov parece haber canalizado toda esa energía extra para nunca perderme de vista.

No puedo decir que me moleste.

LUNA

Desde que regresamos, hemos comido juntos todas las comidas, me ha llevado a dar paseos cortos por el jardín y ha dormido a mi lado todas las noches.

—Si ustedes dos no se mueven, se fusionarán con ese sofá —advierte Mariya desde la puerta.

—¿Dónde has estado? —pregunta Yakov.

—Mi habitación —Mariya entrecierra los ojos—. ¿Te parece bien o tenía que pedir permiso?

—Siempre hay que pedir permiso.

Mariya resopla. —No veo por qué. Hay suficientes guardias aquí como para que probablemente sepas lo que estoy haciendo antes de que lo haga.

Además de los guardias adicionales colocados en las entradas de la propiedad, algunos hombres se turnan para hacer barridos del interior y exterior de la casa una vez cada pocas horas. Diría que es excesivo, pero en realidad ha sido muy reconfortante.

—Esa es la idea —dice Yakov arrastrando las palabras.

Está mirando la televisión, por lo que no ve a Mariya furiosa en el pasillo. Yo capto su mirada y sacudo la cabeza. Ambos han pasado por mucho. Ahora que las cosas están en calma, ambos deberían poder disfrutarlo.

Mariya, sin embargo, tiene otros planes.

—No voy a vivir así, Yakov —espeta—. Nunca antes habíamos estado bajo una vigilancia así. Esto es demasiado. Cuando Otets estaba vivo…

—Cuando Otets estaba vivo, la Bratva Gustev iba tras él. No de ti.

—Nadie iba tras de *mí*. Iban tras Luna.

Me hundo en el sofá. Si no va a seguir mi consejo, lo menos que podría hacer es dejarme al margen. El nombre de mi juego de recuperación en los últimos días ha sido Distracción y Negación.

Me imagino que, si no pienso en el ataque, los recuerdos eventualmente se volverán confusos. Y, si puedo ignorar el hecho de que toda una organización criminal quería asesinarme solo para

torturar emocionalmente a Yakov, entonces me sentiré mucho mejor por traer un niño a este mundo.

Yakov pasa un brazo por encima del respaldo del sofá y se gira para mirarla. —Te dispararon, Mariya. ¿Qué más pruebas necesitas?

—Solo porque me interpuse entre ellos y Luna. Si me hubiera quedado dentro, todo habría ido bien.

Definitivamente, eso no es cierto. Mariya se puso en la línea de fuego, pero estaban entrando a la mansión de una forma u otra. Si Mariya no hubiera peleado, podría haber estado en esa celda conmigo.

—Vale. Estamos de acuerdo —gruñe Yakov.

Mariya le lanza una mirada cautelosa. —¿Estamos de acuerdo en qué?

—Que si te quedas dentro todo irá bien —afirma.

Sus ojos se agrandan. —¿Qué? ¡No! Eso no es lo que estaba diciendo.

—Pero *sí* es lo que yo estoy diciendo. Si quieres salir de la propiedad, necesito estar contigo. O necesito asignar un guardia para que te acompañe.

—¡A la mierda eso! Viste las cintas de seguridad —argumenta—. Estaba luchando *sola* contra tres de los hombres de Akim antes de que ese cobarde sacara un arma. Puedo cuidar de mí misma. Especialmente, ahora que Akim está muerto.

—El hecho de que Akim esté muerto no es una solución mágica, Mariya. Estás en aún mayor peligro ahora.

Me vuelvo hacia él. —¿Qué?

La palabra sale de mi boca antes de que pueda detenerla.

Pensé que todo esto había terminado. Por eso Yakov ha estado descansando en la casa. Por eso ha estado pasando tiempo conmigo en casa.

Estamos a salvo…

¿No lo estamos?

—¿Qué carajo significa eso? —Mariya espeta—. Él está muerto. Tú lo mataste. ¿Por qué estaríamos en mayor peligro…?

—Derribar a un objetivo como Akim siempre generará más enemigos. Nunca termina.

La boca de Mariya se abre. —Pensé…

Ella no termina su oración. ¿Cómo podría? No hay nada que decir.

Yakov suena exhausto. Y él creció en este mundo. Fue entrenado para esto. *¿Qué hay de mí?*

—La gente siempre va a salir de la nada para intentar derribar al hombre que está en la cima. A menos que quieras ser un daño colateral, te sugiero que me escuches.

Mariya no parece feliz… en absoluto. Pero no discute. Después de unos segundos, se da vuelta y camina pisando fuerte por el pasillo hacia su habitación.

Yakov apoya la cabeza en el respaldo del sofá con un suspiro. Debería acercarme y asegurarme de que esté bien. O ofrecerle hablar con Mariya. Debería ser útil. Pero no puedo hablar con el nudo que tengo en la garganta. Yakov acaba de arrojarme una nueva realidad en el regazo y necesito ordenarla.

Siempre estaré en peligro. Mi hijo siempre va a estar en peligro. Akim fue solo el primero de una larga lista de enemigos por venir. Esta lucha es lo que será nuestra vida a partir de este momento. Nunca termina.

Nunca. Jamás. Termina.

Parpadeo para contener las lágrimas mientras me levanto. —Voy a acostarme.

Yakov se pone tenso. —¿Te sientes bien?

No.

—Solo cansada —le doy una sonrisa tensa. Juro que hay grietas reales en mi máscara endeble.

—Te acompaño.

—Está bien. Solo iré a dormir. Puedes quedarte y…

Se levanta y me toma en brazos antes de que pueda terminar. —Yo también estoy cansado.

—No demasiado cansado para cargarme.

Su ceja se arquea juguetonamente, pero la emoción no llega a su boca. —Nunca estoy demasiado cansado para eso.

Yakov me lleva a nuestra habitación y me acuesta en la cama. Soñé con estar aquí con él. Siempre me he sentido segura aquí en su habitación. Ahora, no estoy tan segura de que exista tal cosa. Yakov, esta vida que hemos construido, nuestro hijo… Me podrían arrebatar todo sin previo aviso.

Me pongo de costado mientras las lágrimas arden en mis ojos. Yakov pasa su brazo por mi cintura y me trago el sollozo en mi garganta. Cierro los ojos con fuerza y finjo quedarme dormida.

YAKOV

Cojo mi teléfono por quinta… no, sexta vez. La sexta vez en otros tantos minutos.

No puedo detenerme.

Sé que la mansión está bajo llave. Hay un guardia por cada metro cuadrado, eso son muchos putos guardias. Y, sin embargo, no puedo dejar de revisar las cámaras de seguridad para asegurarme de que las puertas estén cerradas, que la casa esté bien cerrada y que Mariya y Luna estén a salvo dentro.

Dejo caer mi mano. —Estoy perdiendo la maldita cabeza aquí, Nik.

Mi hermano no se mueve. No se ha movido en días a menos que una enfermera lo reposicione para rehacerle la vía intravenosa. Pero lo sigo esperando de todos modos.

—Estarías tan enojado por estar inconsciente en este momento y no poder escuchar nada de esto, pero resulta que eras bueno en tu trabajo. Recopilar información, tapar agujeros y controlar todo. Me permitía manejar otras cosas. Pero ahora… —sacudo la cabeza—. Lo único en lo que puedo pensar es en cómo mantener a todos a salvo.

La peor parte de todo es que no importa lo que haga, no puedo cambiar nada de la situación de Nik. Es demasiado tarde. Lo que suceda a partir de este momento depende de él y de sus médicos. Solo tengo que sentarme aquí… y esperar.

Aun así, ¿qué diablos estoy esperando? Podría despertarse y ser una persona completamente diferente. Quizás nunca vuelva a hablar. Podría tener un daño cerebral duradero que lo cambiará todo.

Paso una mano por mi mandíbula. —Aparentemente, el hermano menor de Akim se está levantando para vengar su muerte. Inconveniente, incluso si entiendo el impulso. —mis ojos siguen el tubo que sale de la boca de Nik, a través del vendaje en su pecho—. Nunca iba a dejar que Akim se escapara después de lo que te hicieron sus hombres. La diferencia es que Akim se merecía lo que recibió. Si Pavel no fuera tan verde, él probablemente lo vería y retrocedería —resoplo y digo lo que estoy seguro que Nik diría si pudiera—. O no. La Bratva Gustev no es conocida por su discreción.

Los Gustev han sido un problema durante años. Pensé que contraatacar y responder a sus ataques con los nuestros los convencería de mantener la cabeza gacha. Pero no saben cuándo darse por

vencidos.

Ahora, no soy solo yo el que está en riesgo. Son mis hermanos. Es Luna. Es el futuro de nuestra familia.

Paso mis manos por mi cabello. —No sé cómo manejaba esto Otets, Nik. Ser *pakhan*, marido y padre. Me entrenó para seguir sus pasos, pero nunca tuvo miedo. Nunca actuó como si estuviera preocupado por mí. Pero estoy… *joder*, estoy aterrorizado por lo que todo esto significará para Luna y nuestro hijo.

Miro el suelo entre mis pies y reviso todas mis medidas de seguridad una, dos, cien malditas veces. Intento convencerme de que estoy haciendo todo lo que puedo para controlar esta situación, pero no me parece suficiente.

No estoy seguro de que jamás sea suficiente.

Todavía estoy mirando al suelo cuando se abre la puerta detrás de mí. —Ah, Sr. Kulikov —dice una voz femenina—. No me di cuenta de que todavía estabas aquí.

Miro por encima del hombro y la Dra. Tung está en la puerta. Es una mujer mayor, con mechones blancos en su cabello oscuro. No la he visto mucho desde la cirugía de Nik, pero las enfermeras siguen diciéndome lo ocupada que está. Aparentemente, ella es la mejor de las mejores. De cualquier manera, confío en ella para cuidar de mi hermano. Es el mayor cumplido que puedo dar.

Miro el reloj y de alguna manera han pasado las horas. —Perdí la noción del tiempo —digo.

Me da una sonrisa tensa. —Está bien. Es bueno hablar con él. Mientras más, mejor.

—¿Puede siquiera oírme?

—No lo sabemos con certeza, pero los estudios muestran que hablar con pacientes en coma solo puede ayudar. Especialmente cuando conocen las voces. Cuando es alguien a quien aman. Esa conexión puede ayudar a guiarlos de regreso.

Todo esto me suena un poco loco. Me vuelvo para mirarla. —Voy a hacer una pregunta y necesito que seas honesta conmigo. Sin tonterías.

—No me gustan las tonterías —dice con sinceridad.

—¿Existe una posibilidad real de que se recupere?

La Dra. Tung mira a Nikandr. Inclina la cabeza hacia un lado y lo estudia. —Sí. Siempre hay una posibilidad.

—Y existe la posibilidad de que el techo se derrumbe y quede aplastado debajo de una cama de hospital —espeto—. Pero no es probable. ¿Cuáles son sus posibilidades? ¿De verdad?

Se muerde la comisura de la boca y luego parece decidir algo. Me mira. —Nunca descarto a nadie. Los milagros suceden todo el tiempo. Pero… debes limitar tus expectativas. Eso es lo que puedo decirte. Los milagros suceden, pero no esperes uno.

TAN PRONTO COMO salgo del hospital, suena mi teléfono. Es Isay.

—¿Qué noticias tienes para mí?

Algo bueno, joder.

—Nada, todavía —dice—. Pero quiero pedir permiso para seguir a Pavel.

Arrugo la frente. —¿Por qué no estábamos haciendo eso ya?

Porque Nik está en el hospital. Mi hermano habría estado siguiendo a Pavel desde el momento en que se convirtió en una amenaza. No pediría permiso. Nik sabía lo que yo quería de él sin que necesitara decirlo.

—No se dio ninguna orden explícita —dice Isay—. Pero, ahora que la amenaza es creíble, quiero saber más sobre él.

—Sí. Obviamente. Reúne todo lo que puedas. Quiero saber a dónde va, con quién se reúne y qué planea —le digo—. Si llega a orinar de manera incorrecta, quiero saberlo.

Isay me asegura que reunirá todo lo que pueda e informará lo antes posible.

Pero, cuando subo a mi auto, no conduzco a casa. Conduzco hasta el garaje donde Akim guardaba a Luna. Aparco en la calle y miro las ventanas rotas, esperando movimiento. Alguna señal de que la Bratva Gustev está planeando algo.

Después de unas horas, hago la ronda, pasando por clubes y bares de propiedad Gustev. Busco a Pavel. Si pudiera eliminarlo ahora… un rápido atropello y fuga… me ahorraría muchos problemas en el futuro. Quizás finalmente sería el fin de esta disputa.

Pero no lo veo. No veo nada.

Son más de las diez cuando vuelvo. Luna todavía está sentada en la cama cuando entro por la puerta.

—Todavía estás despierta —observo, cerrando la puerta detrás de mí.

—Es difícil dormir cuando… —mira mi lado de la cama—. Solo no podía dormir.

Me mantuve alejado a propósito. Ver a Nik y hablar con la Dra. Tung no me motivó precisamente. Por mucho que quisiera hacerlo, no confío en Isay como confío en Nik. Luna ha pasado por tantas cosas que no quería derribarla con toda mi mierda.

No es que ya sea demasiado tarde para eso. Ya la derribé. Akim la secuestró por mi culpa. Ahora está traumatizada y no puede dormir sin mí a su lado.

—Debí haber regresado antes —me saco la camisa por la cabeza y la aprieto en mis puños antes de tirarla al armario.

—No, estoy bien. Estoy bien. Estabas con Nik, ¿no? —pregunta—. ¿Cómo está?

—Igual. Crítico, pero estable.

Suspira. —Lo siento.

—¿Por qué? Nada de esto es culpa tuya.

—Lo sé. Tampoco es culpa tuya —baja las mantas y se desplaza hacia el borde de la cama. Presiona su mano contra mi pecho desnudo—. Tú no causaste nada de esto. Y sabes que Nik no cambiaría nada de esa noche.

Tiene razón. Sé que sí. Mi hermano era terco. Le gustaba jugar al héroe. A una pequeña parte de él le encantaría saber que está en coma por respaldarme y seguirme lealmente hasta un tiroteo.

Aunque nada de eso me ayuda. No cambia ni una puta cosa.

—Eso es bueno, porque no puede. Yo tampoco. No podemos volver atrás y arreglarlo. Tampoco puedo arreglarlo ahora. No hay nada que pueda hacer para mejorar esto.

Ella se pone de rodillas y me acerca más. Su mano está sobre mi corazón. —Estás mejorando las cosas para mí. Que estés aquí… ayuda. Cuando estoy sola o dormida, mi cerebro vuelve directamente a esa celda. Pero no puedo pensar en nada de eso cuando estás frente a mí. Me ayudas a relajarme.

Sus ojos están entrecerrados y yo estoy duro. Instantáneamente.

La deseo. Por supuesto que sí. Pero ella estuvo en el hospital hace solo unos días. Antes de eso, fue secuestrada y encarcelada. La encontré con un hombre semidesnudo a horcajadas encima de ella en una celda. No voy a presionarla.

—¿Qué tal un baño? —pregunto en lugar de violarla como desea cada célula de mi cuerpo—. Eso te ayudaría a relajarte.

Eso es algo que puedo hacer. Una forma en la que puedo ayudar.

Luna se lame el labio inferior. Luego, se inclina hacia adelante hasta que su boca llena presiona suavemente la mía. Mi mano aprieta su cintura. Necesito de cada gramo de autocontrol para no tirarla de nuevo a la cama y saborear cada centímetro de ella.

Ella retrocede lentamente. —Un baño sería realmente increíble.

¿Qué tal una ducha fría? Podría optar por una de esas.

YAKOV

—Esto es una broma de mierda, Isay —levanto los pies sobre mi escritorio.

Es la primera vez en casi dos semanas que estoy en mi oficina. Gregory debe haber extrañado mi presencia aquí, porque se lanzó entre mis piernas para entrar en la habitación antes de que pudiera cerrar la puerta. Ahora está hecho un ovillo en su cama en la esquina.

—No es una broma, señor. Toda la información que tengo dice que Pavel no tiene planes de vengarse.

—Eso no tiene ningún sentido.

Hojeo la carpeta de información que Isay reunió sobre Pavel. Fue expulsado de tres internados por violencia extrema e injustificada. No es inusual en nuestro mundo. Pavel era el sustituto del heredero de su hermano. Eso puede venir acompañado de una jodida carga de resentimiento.

Mi padre nunca hizo que Nikandr se sintiera como un respaldo en caso de que algo me sucediera, pero muchos padres en nuestro mundo no tienen miedo de canalizar todos sus recursos hacia el hijo mayor y descuidar a los demás.

Pavel era el segundo hijo inútil y sus padres nunca le permitieron olvidarlo. Pero, aparentemente, cuando eliminé a su padre, Akim defendió a Pavel. Ocultó sus líos con la escuela y le dio un puesto dentro de la Bratva. Akim fue el padre que Pavel nunca tuvo.

Y yo acabo de matarlo.

—Pavel quiere venganza —digo rotundamente—. No hay manera de que no quiera matarme por quitarle a su hermano. Yo lo quisiera si fuera él.

—Todo lo que puedo decirte es lo que veo y oigo. En este momento, Pavel está metido en los otros negocios de Gustev. La incursión que llevamos a cabo para salvar a Luna diezmó a sus lugartenientes de mayor rango. Tiene mucha reconstrucción por hacer. No parece que la venganza sea una prioridad en su lista de cosas por hacer.

Sería una buena noticia… si fuera verdad.

—Sigue observándolo —ordeno—. Si escuchas o ves algo extraño, quiero saberlo.

—Sí, señor.

Cuelgo con Isay y me recuesto en mi silla.

No tiene ningún sentido. Me encantaría creer que Pavel Gustev no tiene intención de perseguirme por asesinar a su hermano, pero soy más inteligente que eso. He existido el tiempo suficiente para saber que eliminar a alguien como Akim siempre tiene consecuencias.

Me gustaría tener una mejor idea de cuándo las enfrentaré.

Estoy pensando, escuchando el ronroneo de Gregory a mi lado, cuando de repente el gato salta de su cama. El pelaje de su espalda y hombros está erizado.

—¿Qué pasa? —me agacho para acariciarlo, pero Gregory se aleja corriendo y maúlla hacia la puerta.

Abro la puerta para dejarlo salir… y lo escucho.

Llanto.

No pienso… solo me muevo. Corro por el pasillo y abro la puerta de mi dormitorio.

Luna está acostada en la cama y retorciéndose. Las mantas se agitan mientras ella gime y grita. Escaneo hasta el último rincón de la habitación para asegurarme de que no haya ninguna amenaza. Pero la habitación está vacía.

Luna está sola. Está soñando.

Gregory parece darse cuenta de que no hay una amenaza inminente al mismo tiempo que yo y desaparece por el pasillo. Pero yo corro hacia la cama y cojo la mano de Luna.

Sus dedos están helados.

Presiono mi pulgar en su palma y aliso su puño cerrado. —Estás bien, Luna. Es un sueño —paso mi mano por su brazo y bajo por el otro. —Estoy aquí. Estás bien.

Lentamente, sus ojos se abren. —¿Yakov?

—Estás bien. Fue solo un sueño.

Ella parpadea hacia mí, como si estuviera sorprendida de que esté frente a ella. Luego se levanta de la cama y me rodea el cuello con los brazos. —Estás aquí.

Debí haber estado allí. *Ella nunca debió haber estado sola en esa celda.*

—Estoy aquí. Estás a salvo.

La bajo de espaldas a la cama y envuelvo mi brazo alrededor de su cintura. Se acurruca contra mi frente y sella su cuerpo al mío como si tuviera miedo de que desapareciera. No hay un soplo de espacio entre nosotros.

La sostengo así hasta que su respiración se estabiliza y se queda dormida. En algún momento, yo también me quedo dormido.

Solo para despertar con Luna gritando de nuevo.

No puede haber pasado más de una hora desde la última vez que se despertó. Sus manos están

apretadas en las sábanas. Ella está luchando contra mí, luchando por quitar mi brazo de su cintura. —No —dice con voz áspera—. No, no.

La abrazo con más fuerza, mis labios contra su oreja. —Soy yo, Luna. Soy yo.

Se queda quieta, pero su cuerpo está rígido. Se siente como una tabla en mis brazos.

—Yakov —suspira y se hunde en el colchón. Ella tira de mi brazo aún más alrededor de ella hasta que mi mano está sobre su corazón acelerado.

—Tu corazón late con fuerza.

Debería estar latiendo porque estoy dentro de ella. Porque se desmorona alrededor de mi polla y grita pidiendo más. Esa es la única razón por la que esta mujer debería temblar en mi cama. El hecho de que haya otros demonios destrozándola es mi maldita culpa. Mi maldito fracaso.

—Fue un mal sueño. Lamento haberte despertado.

Ella se reajusta y mi mano se desliza debajo del cuello de su camisa. Siento la curva de su pecho contra mis dedos. Su trasero se presiona contra mí.

Estoy duro como una roca. Dormir con ella contra mí es demasiado para mi subconsciente. Cuando Luna se mueve, roza mi erección. Sé que la siente.

—No me importa —lucho por mantener mi voz tranquila—. ¿Quieres hablar de ello o volver a dormir?

Desliza mi mano hacia abajo sobre su pecho y aprieta su trasero contra mí. —No quiero hablar *ni* volver a dormir.

Mi polla se contrae. Sería muy fácil tomarla así. Una deslice de cremallera, un movimiento de bragas. No sería nada.

Ella necesita más tiempo. Ella no está lista.

—Entonces ¿qué quieres? —mi voz suena más ronca de lo normal.

Luna se vuelve hacia mí. Sus mejillas están sonrojadas mientras se sienta a horcajadas sobre mis caderas y coloca su trasero sobre mi dura longitud. Puedo sentir cada curva de su cuerpo a través del fino material de mi camiseta.

—Quiero una distracción.

Agarro sus caderas. Quiero mantenerla quieta, pero en lugar de eso la deslizo contra mí. —No estás lista. Es demasiado pronto.

—¿Según quién? —pregunta—. Estoy lista. Te deseo, Yakov.

Maldito infierno. —Estás haciendo que sea difícil hacer lo correcto aquí.

—Negarnos a ambos lo que queremos no es lo correcto —se inclina hacia adelante y besa mi cuello. Su aliento es cálido contra mi piel mientras susurra—: Estoy lista.

Agarro su barbilla y fuerzo sus labios carnosos a alejarse de mí. —No te tocaré hasta que hable

con el Dr. Jenkins. Necesito saber que esto es seguro para ti y el bebé.

—¡Yakov, estoy bien!

—Cuando esas palabras vengan de un médico profesional, las creeré.

Aún está a horcajadas sobre mí mientras se sienta y frunce el ceño. —¿Realmente no me tocarás?

—Realmente no lo haré —*sin importar cuánto jodido deseo sienta.*

Su ceja se arquea. Veo la idea brillar en sus ojos. Pero no entiendo qué hasta que se desliza por la cama y arrastra sus manos por mis muslos. —No escuché nada sobre que *yo* te toque *a ti*.

Pasa su mano por el bulto de mis pantalones. Recupero el aliento y luego la alcanzo y agarro su muñeca.

—Darte una mamada no nos pondrá en peligro a mí ni al bebé —argumenta.

—El peligro es que tomar tu boca *nunca* será suficiente para mí —gruño—. Tendré que tomarte toda completa. Y no haré eso hasta que hable con…

—¡Entonces, llama al Dr. Jenkins! Le estás pagando para que esté de guardia las veinticuatro horas del día. Llámalo y pregúntale.

—Son las dos de la mañana.

Usa su otra mano para bajar mi cremallera. Mi autocontrol se debilita cuando desliza su mano dentro de mis pantalones y rodea mi polla temblorosa. Cuando separa los labios y me mete profundamente en su garganta, se rompe por completo.

Agarro mi teléfono de la mesa de noche y llamo al Dr. Jenkins.

—¿Sr. Kulikov? —murmura. Su voz suena espesa—. ¿Está todo bien?

—Solo una pregunta rápida sobre… —Luna me traga y tararea. Las vibraciones casi me envían al puto éter—, actividad física. La actividad física de Luna. ¿Puede ella… participar?

Luna sonríe y arrastra su lengua por mi parte baja. Está muy orgullosa de sí misma. Dependiendo de las próximas palabras que salgan de la boca del Dr. Jenkins, me aseguraré de que pague un alto precio.

—No entiendo la pregunta —gruñe el Dr. Jenkins.

Pongo mi mano en el cabello de Luna mientras ella se sumerge profundamente de nuevo, moviendo la cabeza cada vez más rápido. —¿Existe alguna restricción sobre lo que Luna puede hacer? ¿Físicamente?

—Ah. Em, no —dice adormilado—. Su embarazo avanza con normalidad. Se permite la actividad normal. Es alentada, en realidad. Mantenerse física es importante para una madre sana y un bebé sano.

Las cosas que quiero hacerle a Luna no son “normales”. Tengo planes. Muchos planes.

Así que lo dejo escapar. —¿Puede tener sexo? ¿Existe alguna restricción sobre lo que puede y no

hacer sexualmente? ¿Le haré daño a ella o al bebé si la follo… fuerte?

El Dr. Jenkins hace un sonido ahogado. Luego se aclara la garganta. —Ya veo. Bueno, no, no hay preocupación por ella ni por el bebé en este momento. Como dije, ella puede participar en cualquier… em… *actividad* en la que hubiera participado antes del embarazo. No hay peligro…

—Bien.

Tiro mi teléfono al suelo, pongo a Luna boca arriba y me coloco sobre ella. —Estabas jugando un juego peligroso.

—Sin embargo, creo que está a punto de dar sus frutos para mí —pone su mano alrededor de mi cuello—. No puedo creer que hayas despertado al Dr. Jenkins a las dos de la mañana para preguntarle si podemos tener sexo.

—No me diste otra opción.

Le subo la camiseta hasta la cintura y le beso el estómago. Ahora hay un ligero bulto donde solía ser plano. Saber que ella está creciendo mi hijo genera un nivel de posesividad del que no sabía que era capaz.

Cruzo mis manos sobre su estómago. —Me encanta saber que estás embarazada de mi bebé. Que hay una parte de mí dentro de ti.

—No me molestaría si otra parte de ti estuviera dentro de mí si tú…

Bajo, le hago a un lado las bragas y arrastro mi lengua sobre su raja. Lamo arriba y abajo y exploro cada pliegue de ella hasta que se mueve contra mi boca.

Paso mi lengua sobre su clítoris y es instantáneo. Luna explota, retorciéndose contra mi colchón por las mejores razones mientras la lamo.

—Sabes tan jodidamente dulce —gruño, arrastrándome hacia ella.

Tiene las mejillas sonrojadas y respira con dificultad. Dirijo sus brazos sobre su cabeza y le quito la camisa.

Sus pezones se erizan. Cuando paso mi lengua sobre uno, ella se estremece. —Estoy muy sensible. Nunca antes había llegado tan rápido. Creo que son las hormonas o… —pasa su mano por mi cabello mientras succiono su pecho con mi boca y le doy mordiscos a su suave carne, su clavícula.

—Es que fuiste hecha para ser follada por mí, Luna.

Me aparto y la miro, su cabello dorado extendido sobre mi almohada. Sus ojos azules están vidriosos por su primer orgasmo, pero están felices.

Ella está feliz.

Ella está a salvo.

Ella es mía.

Envuelvo una de sus piernas sobre mi cadera, me coloco contra su abertura y presiono. Me

deslizo dentro suyo centímetro a centímetro, observando cómo sus labios se abren.

—Yakov —respira. Ella me abraza con más fuerza, apretando su pierna alrededor de mi espalda baja para acercarme—. Llename. Por favor. Te quiero profundo.

Gruño contra su cuello y me entierro hasta el fondo.

—He querido hacer esto desde el momento en que escuché que estabas embarazada —salgo de ella y me meto de nuevo.

Ella gime. —Debí habértelo dicho antes, entonces.

¿Cuántas cosas serían diferentes si lo hubiera hecho? Aparto el pensamiento. Chocamos una y otra vez hasta que ella brilla de sudor y yo me quedo sin aliento.

Estoy tenso, listo para explotar. —Córrete para mí, Luna —sujeto sus manos al colchón y la embisto, empujándola hacia las almohadas—. Quiero sentirte a mi alrededor.

Ni siquiera un segundo después, ella grita mientras su cuerpo se contrae.

—Buena chica. Córrete para mí, justo así.

Un pulso tras otro de placer la recorre y siento cada ola. No puedo más. Maldigo en su piel mientras me derramo en ella.

Cuando recuperamos el aliento, la acerco nuevamente contra mi pecho y la sostengo hasta que se queda dormida.

Pero yo me quedo despierto durante mucho tiempo, escuchando cada inhalación y exhalación. Esperando que resurjan los fantasmas en su mente.

Me digo a mí mismo que está a salvo… pero ¿por cuánto tiempo más?

LUNA

Agito las manos cuando Yakov viene hacia mí con un segundo plato de blinis y huevos. —Estoy llena. ¡En serio!

—Apenas comiste —argumenta—. Ahora estás comiendo por dos.

—No creo que eso sea cierto. El bebé todavía es pequeño.

A las quince semanas, el bebé mide poco más de diez centímetros de largo. Mariya descargó una aplicación de embarazo en su teléfono y le encanta mantenerme informada sobre a qué animal se acerca más el tamaño del bebé. La semana pasada fue un pez payaso. Ahora, aparentemente llevo un jerbo.

—Se quedará pequeño si sigues saltándote el desayuno —él entrecierra los ojos hacia mí—. Come.

Exteriormente, me quejo. Por dentro, mi corazón está a punto de estallar.

Yakov ha sido protector conmigo desde el momento en que descubrió que estaba embarazada. Pero, desde que el Dr. Jenkins nos dio el visto bueno para el sexo, ha estado en otro nivel.

—Sabes, creo que esto tiene menos que ver con el bebé y más con que tú quieras que mi panza crezca —me meto un bocado de blini en la boca—. Es hora de admitirlo, Yakov. Te excita mi panza.

—Ya lo admití. Anoche, mientras estabas tumbada en la cama frente a mí —dice, su voz es un estruendo profundo que siento hasta los dedos de los pies—. Y otra vez esta mañana, cuando estabas arriba, montándome hasta que…

—Lo recuerdo —chillo, de repente sonrojada.

Te ves jodidamente bien cargando a mi bebé, dijo, agarrando mis caderas. *Podría verte hacer esto por el resto de mi vida.*

Entre los guardias y el personal doméstico de Yakov, hay demasiadas personas en esta mansión como para que yo pueda excitarme en medio de la cocina en este momento.

—Así que estaba pensando esta mañana —digo, cambiando de tema—, que el nombre Olivia es realmente hermoso.

—Lástima que vamos a tener un niño —responde—, llamado Yuri.

—Como la persona que lleva al bebé *dentro de su cuerpo*, creo que lo sabría.

Se inclina sobre la isla, con una ceja oscura arqueada. —Y como el hombre que *puso ese bebé dentro de tu cuerpo*, estoy seguro de que es un niño.

Tanto para no excitarme en medio de la cocina.

—Te equivocas. Pero incluso si no, no me importa. Solo quiero un bebé sano.

—Tengo razón —insiste—. Y yo también quiero un bebé sano. También quiero vivir en una casa donde las mujeres no me superen en número.

Me río. —¿Nos tienes miedo o algo así?

—No tengo miedo de nada, pero eso no significa que quiera que todas ustedes me ataquen en grupo todo el tiempo.

—*Siempre* estoy en tu equipo, Yakov —llevo mi plato al fregadero y me pongo de puntillas para besar su mejilla sin afeitar—. Excepto ahora. Porque crees que voy a tener un niño y claramente estoy embarazada de una bebita.

Yakov extiende su mano sobre mi estómago y se inclina, mordiéndome el labio inferior. Toda la sangre de mi cuerpo se acumula entre mis piernas. Al instante me siento mareada y llena de deseo.

Los ojos de Yakov se oscurecen. —Lo que sea que estés pensando ahora, guárdalo para más tarde cuando estemos solos.

Me abanico la cara. —Estas hormonas del embarazo me están convirtiendo en un animal. Siento que estoy en celo.

—Bueno, tengo planes ahora mismo. Pero, si quieres una distracción, iba a ver si querías invitar a Kayla.

Inhalo profundamente. —¿En serio? ¿Puede venir aquí? ¿Hoy? ¿Es seguro?

—Puede hacerlo si tú quieres. Es seguro.

—Sí quiero —le rodeo la cintura con mis brazos—. Gracias.

Yakov besa la parte superior de mi cabeza y comienza a pasarme su teléfono… justo cuando suena.

Comprueba el número. Antes de que me diga, sé que es el hospital, porque su boca se aplana en esa familiar línea de decepción. —Solo un segundo.

Yakov se da vuelta y atiende la llamada, caminando de un lado a otro mientras habla con los médicos de Nik.

Todas las mañanas, a esta hora, llaman a Yakov para contarle cómo le fue a Nik durante la noche. Las llamadas son breves, pero permanecen en el aire durante mucho tiempo. Esta vez, no es diferente.

—¿Alguna noticia? —pregunto cuando Yakov se da vuelta.

Agarra su teléfono con los nudillos blancos, las sombras en sus ojos son unos tonos más oscuros. —Lo mismo de siempre. Sin mejora.

Hace unas semanas, habría buscado las palabras exactas para que Yakov se sintiera mejor. Me habría girado aquí en el acto, desesperada por sujetarlo, pero demasiado asustada para hacer un movimiento.

Ahora cierro la distancia entre nosotros, envuelvo mis brazos alrededor de su cintura estrecha y susurro contra su pecho—: ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Siempre estás bien —le digo en voz baja—. Eso no significa que no tengas algo en mente.

Respira hondo. —Es extraño que mi vida siga adelante sin Nik aquí. Debería estar aquí para esto. Y aunque igual estés embarazada, él estaría susurrando malas palabras en tu estómago y tratando de corromper a nuestro hijo.

—Él absolutamente estaría haciendo eso —me río entre dientes—. Pero nunca se sabe… todavía podría hacerlo. Hay tiempo…

—El médico me dijo que no esperara un milagro.

Lo aprieto más fuerte. —Vale. Entonces *tú* no esperes un milagro; *yo* lo haré. Equilibrio.

—Tampoco quiero que te decepciones.

—No creo que me decepcione —me inclino hacia atrás para mirarlo—. Nik debería haber muerto esa noche. Técnicamente, lo hizo. Pero tres semanas después sigue aquí, aferrándose. Creo que eso significa algo.

Yakov se encoge de hombros, pero no dice nada.

Ojalá mi esperanza pudiera contagiarse. Todos en la familia Kulikov son luchadores natos. No hay manera de que Nik salga de esto sin una gran pelea.

—¿Tu mamá ya sabe lo que pasó?

Yakov se pone rígido. —Aún no.

—Vas a…

—No puedo —dice bruscamente—. Aún no. Ella es… frágil. Ella siempre fue la más cercana a Nikandr. Si le digo cómo está, las cosas empeorarán para ella. Especialmente, ahora que está sola.

Me muerdo el labio inferior. —Sé que estás tratando de cuidar de ella, pero esta no es realmente tu decisión.

—Todo es mi decisión.

—En lo que respecta a la Bratva, sí. Pero ella es su madre. Sé que todavía no sé exactamente

cómo es eso… pero tengo una idea —pongo una mano sobre mi estómago—. Si se entera por otra persona de que Nik está en el hospital y luego pasa algo antes de que pueda ir a verlo, se le romperá el corazón.

Su rostro es ilegible. Me he vuelto bastante buena leyendo a Yakov en los últimos meses, pero todavía hay momentos en los que puede excluirme por completo.

Ahora es uno de esos momentos.

Antes de que pueda husmear bajo la superficie y descubrir qué está pasando, su teléfono vibra.

—Me tengo que ir.

—¿Es el hospital? —pregunto.

—Negocios —dice. Justo antes de salir de la habitación, agrega—: Le enviaré un mensaje de texto a Kayla con el plan y le conseguiré un auto.

Yo sonrío. —Gracias.

Él asiente, con el rostro aún inexpresivo, y se va.

LUNA

Observo desde el porche delantero cómo el auto negro que transporta a Kayla se detiene por el camino de entrada.

¿Cuánto tiempo pasará antes de que deje de pensar en la furgoneta de Akim en el camino de entrada? ¿Antes de que deje de imaginar una fila de hombres vestidos de oscuro avanzando hacia la mansión, con armas en la mano?

Es plena luz del día. Estoy rodeada de guardias. Yakov está en su oficina a menos de quince metros de distancia.

Estoy a salvo. Mi mente lo sabe, pero mi cuerpo no se entera.

Cuando Kayla sale del auto, me deshago de los nervios lo mejor que puedo y me encuentro con ella frente a las escaleras. —¡Es muy bueno verte! —llamo, rebotando de un pie al otro.

Extiendo los brazos, pero Kayla se acerca para abrazarme de costado.

—Vaya. Es la primera vez en años que no tengo que rogarte que dejes de abrazarme para poder respirar.

—No quiero privar al bebé de oxígeno —explica. Pero mira mi estómago como si tuviera una bomba ahí debajo—. ¿Cómo te sientes?

—Bien. Excelente. Pero hablemos dentro, donde están los bocadillos.

Ella sonríe cortésmente y me sigue al interior.

Todo es muy poco propio de Kayla.

Muevo el brazo sobre la merienda. —Queso y galletas saladas, frutas y verduras crudas si nos sentimos responsables. Pero, entre tú y yo, hay conos de helado de caramelo en el congelador para cuando empecemos a sentirnos irresponsables más tarde.

Ella dobla su mano sobre la encimera. —Suena bien.

Asiento. Ella asiente. La tensión entre nosotras es como la de esos hombres inflables frente a un concesionario de automóviles. Revolotea, ruega que alguien lo señale, pero ninguna de las dos quiere hacerlo.

—Podríamos ir a nadar —sugiero.

—No traje mi malla.

—Tengo una que puedo prestarte si…

—Y tal vez tenga que irme antes de tiempo.

—Ah —sueno tan decepcionada como me siento.

Esta es la primera vez que puedo estar con Kayla en semanas. Aparte de algunos intercambios de mensajes de texto y una breve llamada telefónica, no tuvimos tiempo para ponernos al día. Esperaba que nos abrazáramos, saltáramos y lloráramos en el camino de entrada, nos atiborráramos de helado y habláramos sin parar durante horas.

Supongo que no.

—¿Dónde está Yakov? —pregunta Kayla. Mira a su alrededor como si pudiera estar acechando debajo de la mesa del comedor—. Su texto era bastante vago. Pensé que podría estar por aquí.

—Él está por aquí. Simplemente no *aquí* aquí.

Ella frunce el ceño.

—Está trabajando —aclaro—. En su oficina. Creo que quería darnos tiempo a solas.

—Ah.

Más tensión. Más hombres inflables aleteando entre nosotras.

Suspiro. —En realidad, creo que asusté a Yakov diciéndole que debería hablar con su madre sobre su hermano, que todavía está en la UCI y podría no sobrevivir. Entré en su asunto familiar y puse las cosas raras. Casi tan raras como las cosas entre nosotras.

Kayla se hunde contra el mostrador. —Eso es duro. Porque las cosas están *muy* raras entre nosotras, Lun. ¿Qué diablos está pasando aquí?

Justo así, la tensión desaparece.

Se me llenan los ojos de lágrimas. El labio inferior de Kayla tiembla. Y luego chocamos en un abrazo tan fuerte que tengo que rogarle a Kayla que me suelte para poder respirar.

—Te he extrañado —me aprieta, balanceándonos a ambas de derecha a izquierda—. Apenas he tenido noticias tuyas y ha sido muy aterrador. En las noticias aparecieron cosas sobre el hermano de Yakov, pero nada sobre ti. No sabía dónde estabas y no contestabas tu teléfono y…

—Debí haberte llamado más. Todo fue tan loco que perdí la noción del tiempo. Pero eso no es excusa.

Ella se aleja para mirarme. —Es una especie de excusa. Quiero decir, estabas en el hospital. ¿Qué pasó con eso? ¿Se trataba del bebé o…?

Me estremezco. —Querrás tomar un refrigerio. Tenemos *mucho* que cubrir.

Tan rápida y eficientemente como puedo, con Kayla interrumpiéndome cada dos palabras para

jadear y maldecir, le cuento lo que pasó con Akim.

—Fue aterrador, pero solo estuve allí una noche. Yakov me sacó de allí tan pronto como pudo.

Kayla deja caer el palito de zanahoria que ha estado mordisqueando y me agarra la mano. —Fuiste jodidamente *secuestrada*, Lun. Eso es una locura. Esa única noche tuvo el trauma de toda una vida. Adiós a asumir lo mejor de las personas. Hola a décadas de terapia.

Me muerdo el labio inferior. —No está tan mal. Estoy bien.

Niega con la cabeza. —Patrañas. Vi tu cara cuando me detuve. Estás embarazada. Deberías estar brillando. Pero parecías pálida. *Todavía* te ves pálida.

—Creo que eso de la "mujer embarazada brillante" es un mito. He estado vomitando durante tres meses seguidos.

—¿Yakov ya te ha llevado a un médico? —pregunta, con no poco juicio en su voz.

—De hecho, pidió un favor al mejor obstetra-ginecólogo del país. Está de guardia las veinticuatro horas del día por si lo necesito.

Sus labios se fruncen. —Eso es muy amable por parte de Yakov.

—No es como si me lo estuviera haciendo como un favor. Éste también es su bebé. —acuno mi estómago—. Es *nuestro* bebé.

—¿Cuántos hijos ya tiene Yakov?

Apenas logro tragar agua sin escupir. —¿Disculpa?

—Bueno, quiero decir… no lo sé. Parece el tipo de persona que podría moverse. ¿Y no es una gran cosa importante para hombres como él crear pequeños jefes de la mafia? Necesitará a alguien que continúe con la orgullosa tradición criminal o lo que sea.

—No es así, Kayla. No estaba tratando de dejarme embarazada. Solo… sucedió.

Arquea una ceja. —No creo que nada en la vida de ese hombre "solo suceda". Él controla todo, Luna.

—No a mí —digo con confianza—. Solo no conoces lo suficiente a Yakov. Es un buen hombre. Estoy feliz aquí.

—Una vez también fuiste feliz con Benjy —dice en voz baja. Mis pensamientos deben estar escritos claramente en mi rostro, porque ella se apresura a explicarme—. Traté de hablarte sobre Benjy, pero no quisiste escucharlo. Sabía que no eras feliz, pero no parecías darte cuenta. Solo me temo que esto sea una repetición de la historia.

—La negación y la ignorancia son dos cosas diferentes —digo en voz baja—. Sabía que no era feliz con Benjy. Yo solo… no quería admitir que había desperdiciado años de mi vida con él. Las cosas con Yakov no son así.

—Estoy de acuerdo —dice—. Las cosas con Yakov son muy diferentes. Porque estás aislada en esta casa y el cronograma de tu relación está a toda marcha. Conoces a este hombre desde hace unos meses y ya están viviendo juntos y formando una familia. Se siente como si hubiera

cruzado esa puerta principal hacia una dimensión alternativa.

Kayla se preocupa por mí. Yo sé eso. Así que tengo que luchar contra el impulso de defender a Yakov. Enojarme con ella no resolverá nada. Lo único que puedo hacer es dejarla ver lo feliz que soy aquí.

—Tú eres quien siempre me organizaba interminables citas a ciegas —digo—. Tú y todas las chicas hablaban sin parar de querer que encontrara un chico. Todas actuaban como si no estuviera completa sin un novio. Ahora tengo uno e igual no estás feliz.

Llamar a Yakov mi "novio" me parece juvenil, de alguna manera. Él es mucho más que eso.

—Lun —respira—, *nunca* pensé que estuvieras incompleta sin un hombre. ¡Que se jodan los hombres! No necesitas un hombre. Ciertamente, no necesitas uno para hacerme *a mí* feliz. Lo único que siempre quise fue que *tú* fueras feliz. Y podía notar que no lo eras. Por eso intentaba arreglarte citas. Ya no quería que te sintieras sola.

Parpadeo para contener las lágrimas. —Estoy feliz, Kayla. Estoy feliz con Yakov.

Ella me estudia, sus ojos recorriendo mi rostro. Luego ella asiente. —Vale.

—¿Vale? ¿Justo así?

Hay una razón por la que tuve citas a ciegas incluso cuando ya había terminado con ellas; Kayla no es fácil de apaciguar. Es decidida y lucha por lo que cree. Nunca la había visto abandonar una lucha tan fácilmente.

—Vale —repite, reprimiendo una sonrisa—. Me llevará algún tiempo abordar todo esto. Pero si me dices que eres feliz, lo creeré hasta que tenga pruebas de lo contrario.

—No habrá pruebas de lo contrario. Estoy muy feliz aquí. Esto es lo que quiero. Yakov es lo que quiero.

—Espero que tengas razón. Eso es todo lo que quiero para ti, Lun —sin previo aviso, Kayla golpea su zanahoria desechada sobre la encimera y me mira con las pestañas bajadas con picardía —. Ahora, ¿dónde escondes los conos de helado de caramelo?

Sacamos nuestro helado al patio. En el momento en que se abre la puerta, Gregory se lanza entre mis pies y sale como si fuera el dueño del lugar.

—¿No escapará? —pregunta Kayla, señalando hacia donde Gregory está acurrucado sobre los ladrillos calentados por el sol.

—Solo había un punto en la cerca que era lo suficientemente bajo para que él pudiera trepar, y Yakov lo quitó y lo reemplazó con una cerca más alta.

Ella silba. —¿Incluso está cuidando a tu gato? Debiste haber empezado con eso. Es evidente que el hombre está obsesionado contigo.

No puedo evitar sonreír. —Creo que Yakov y Gregory ahora tienen su propia historia de amor. Incluso si las cosas van mal y termino yéndome de la mansión, no creo que alguna vez convenza a Gregory que venga conmigo. Ahora es tanto el gato de Yakov como el mío.

En algún momento eso me habría molestado. Ahora se siente bien. Seremos una familia grande y feliz.

Nos relajamos en las tumbonas, lamiendo el helado que gotea por los lados de nuestros conos, mientras Kayla me pone al día con su vida.

—…Ser jefa de un proyecto tan grande era mi objetivo profesional después de la universidad, pero ahora es un gran desastre. Estoy haciendo bien mi trabajo, pero mi trabajo ahora depende de que otras veinte personas hagan bien su trabajo. Y sin ofender, pero la gente con la que trabajo son un montón de idiotas. Especialmente Gary.

—Gary es el tío que mantiene su oficina a oscuras todo el tiempo debido a las migrañas, ¿verdad?

Resopla. —Sí. Como si trabajar en la oscuridad frente a una pantalla de computadora brillante fuera mejor. Además, no tiene migrañas. Al menos no con tanta frecuencia como afirma. Un día salió del trabajo con una supuesta "migraña", pero una hora más tarde Janie lo vio almorzando en la taquería de enfrente con una rubia con un minivestido.

—¿*De enfrente*? —silbo—. La audacia de los hombres.

—Asombroso —coincide Kayla.

—Hablando de Janie, ¿cómo está?

—Bien. Ella acaba de ser transferida al departamento de marketing, así que ya no la veo en el trabajo. Pero fui a su casa la semana pasada, para una fiesta en la piscina.

—No sabía que la piscina estaba terminada. Lleva un año hablando de ello.

En realidad, es de lo único que Janie podía hablar. Ella hablaba y hablaba durante horas sobre las luchas que supone mantener a un contratista y el precio del trabajo de hormigón. Como alguien que vivía en un apartamento de una habitación con un balcón de dos pies de ancho, no podía identificarme.

—Fue una historia de terror que a Janie le encantaría contarte detalladamente —dice Kayla, lanzándome una mirada fulminante—. Pero la terminaron el mes pasado. Hemos estado allí varias veces para nadar y beber. Más que todo beber, honestamente.

Kayla continúa así, recitando semanas de reuniones y chismes que me he perdido. Es divertido hablar con ella, pero no puedo ignorar la punzada en mi corazón.

Los extraño.

Realmente extraño cuando mi vida era simple. Cuando sabía lo que iba a hacer todos los días y cada persona en mi vida cabía en una pequeña caja ordenada con una etiqueta ordenada.

Ahora, siento que todo en mi vida está explotando. Tengo sentimientos complejos por un hombre misterioso que incendia mi mente y mi cuerpo como nunca nada antes.

Extraño mi antigua vida, pero eso no significa que quiera volver allí. No significa que quiera renunciar a Yakov ni a la vida que he construido aquí con él… al bebé que he creado con él.

La risa de Kayla se convierte en un suspiro. —Te has perdido mucho, Lun.

—Lo he hecho —concuerdo.

Pero, si pudiera volver atrás y hacerlo todo de nuevo, elegiría esta vida cada vez.

YAKOV

Gregory acecha a un pájaro que aterrizó en el borde de la maceta de hibiscos. Está agachado, con los hombros bajos y la cola apoyada en el suelo. Luna y Kayla ríen y discuten si deberían asustar al pájaro para salvarlo o dejar que Gregory se lance.

La luz del final de la tarde atraviesa el patio y atraviesa la ventana de mi oficina. Llevo unas horas aquí y se me están acabando las tareas. En primer lugar, no tenía mucho que hacer. Solo quiero darles tiempo a las dos mujeres para que se pongan al día.

Habría usado el tiempo libre para visitar a Nik en lugar de mirar a un gato a través de mi ventana, pero Mariya está con él ahora. Me dijo que quería pasar un tiempo a solas con él. Después de lo que dijo el médico acerca de cómo podría ayudar escuchar a las personas que ama hablar con él, pensé que era una buena idea hacer que ella lo viera con más frecuencia.

Isay la escoltó y se llevó consigo a dos guardias adicionales. Todavía no ha oído ningún rumor de la Bratva Gustev. Jura que mantiene el oído pegado al suelo y creo que me dice la verdad; simplemente no creo ni por un segundo que tenga razón.

Después de todo lo que ha pasado, no voy a correr ningún riesgo.

Todavía estoy viendo a Gregory mover sus caderas hacia adelante y hacia atrás mientras intenta reunir el coraje para saltar cuando suena mi teléfono. Asumo que es Isay llamando para informarme sobre cómo van las cosas, así que ni siquiera miro la pantalla antes de responder.

—¿Hola?

Quince pies más abajo, Gregory se lanza. No alcanza al pájaro por al menos un pie y se estrella contra el costado de la maceta. Luna y Kayla aúllan de risa mientras el pájaro vuela hacia el cielo enrojecido.

No puedo evitar sonreír. Hasta que escucho la voz al otro lado de la línea.

—Yakov Kulikov. Mucho tiempo sin verlo.

Por un segundo, estoy seguro de que es Akim.

Pero no, no puede ser. Él está muerto. Desmembrado. Le rompí el cráneo y le rompí el cuerpo. No hay una sola puta forma en la que me esté llamando ahora mismo.

Entonces, me doy cuenta. —Pavel.

No hablo con Pavel desde mucho antes de que le bajara la voz, pero sé que es él.

—Quería hablar contigo —dice Pavel—. Perdón que me haya tardado tanto. Planificar un funeral requiere mucho tiempo. Me he visto abrumado.

—Se necesitan muchas agallas para llamarme.

Él suelta una carcajada. —Si esa es una forma indirecta de preguntar cómo obtuve tu número, nunca lo diré.

—Era una forma directa de advertirte que mantengas la cabeza gacha y te mantengas fuera de mi puta vida. Esa fue una lección que tu hermano aprendió de la manera más difícil.

—Por lo que tengo entendido, Akim nunca te molestó en absoluto —dice Pavel—. Ni siquiera estabas en casa cuando fue de visita. Y después… bueno, vi las imágenes. Estaba sola en esa celda.

Luna.

Incluso la más mínima referencia a Luna hace que mi labio superior se curve con una rabia apenas contenida.

—Pero tienes que estar acostumbrado a que llame la atención de otros hombres. Tienes un gusto maravilloso para las mujeres, Yakov. Como dije, vi las imágenes.

No necesito ver las cintas para saber lo que vio Pavel. Luna estaba encerrada en esa celda usando nada más que su ropa interior. Estaba deshidratada y aterrorizada. Quiero volver a matar a Akim con solo pensarlo.

—Esas imágenes son la primera y la última vez que la verás —gruño—. Hazlo de nuevo. Te arrancaré los ojos.

Él se ríe. —Relájate, Yakov. Lo dije como un cumplido.

—Aún eres un niño. Esta disputa es casi más vieja que tú. No vale la pena tu vida.

—Aaaayyy. ¿Te importo, Yakov?

Rechino los dientes. —No quiero perder el tiempo cortándote por nada más que algo de rencor. Pero lo haré. Te mataré si intentas *cualquier cosa*. No importa cuán pequeña sea. Si te acercas a mí o a mi familia, estás muerto.

—Esa amenaza podría haber sido más persuasiva hace un par de semanas —afirma—. Pero ahora has asesinado a la única familia que me quedaba. Estoy solo en el mundo, y no hay nada que puedas hacerme que sea peor que eso.

Escucho la angustia en su voz. Pavel interpreta al líder grande y duro. En el fondo, es un niño devastado.

—No seas estúpido, Pavel. Esta no es tu pelea. Nunca lo fue.

No quiero matarlo. Realmente no quiero. Ya maté a Akim… obtuve mi libra de carne. Todo lo demás es una molestia.

—Estoy solo en el mundo… pero tú no. Tienes a tu pequeña novia y un nuevo bebé en camino…

—Detente, joder —gruño.

—Para ser un hombre con tu reputación, llevas el corazón en la manga. ¿Lo sabías? Es fácil ver lo que te importa. *Quién* te importa —Pavel deja escapar un suspiro—. Te veré pronto, Yakov.

Cuelga y me giro y tiro mi teléfono contra la pared. Abolla el panel de yeso y cae al suelo con estrépito, la pantalla haciéndose añicos.

Joder, lo sabía.

Isay me dijo que a Pavel no le importaba la venganza, pero yo sabía que era una tontería. Por supuesto que quiere vengar a su hermano. Yo lo haría si fuera él.

Pavel quiere que sufra. Tomé a alguien que le importa, así que ahora quiere quitarme todo. Y eso es exactamente lo que Luna es para mí.

Todo.

La risa flota a través de la ventana desde el patio de abajo. Salgo por la puerta de mi oficina y bajo las escaleras antes de poder siquiera pensar en lo que estoy haciendo. Es todo instinto. El impulso protector de tener a Luna en mi mira y cerca es algo que no puedo negar. No después de todo lo que ha pasado.

Abro ambas puertas del patio. Luna y Kayla todavía se ríen, pero el sonido se corta cuando las puertas golpean al costado de la casa.

Luna frunce el ceño. —Yakov, ¿todo está…?

—Es hora de irse —le hago un gesto a Kayla para que me siga—. Ahora.

Las dos mujeres se miran confundidas. No puedo evitar mirar por encima de sus cabezas para escanear la cerca. Reforcé la valla perimetral una vez que Gregory empezó a aventurarse afuera, pero debí instalar más cámaras.

—¿A dónde vamos? —Luna se levanta y camina hacia mí. Su camisa es ajustada y es imposible pasar por alto la hinchazón de su estómago.

Mía. El pensamiento resuena a través de mí como un gong. *Ella es mía y haré cualquier cosa para mantenerla a salvo.*

—*Nosotros* no vamos a ninguna parte —la acerco y señalo a Kayla—. Pero es hora de que ella se vaya. Ahora.

—Ah —Kayla parpadea hacia Luna y no se atreve a mirarme. Se quita las migajas de su regazo mientras se pone de pie—. Sí, vale… probablemente debería llegar a casa, de todos modos. Necesito…

—Todavía estábamos hablando —Luna se aleja, pero sigo tomando su mano—. Le dije a Kayla que podía quedarse a cenar. Íbamos a ver una película con Mariya.

Mariya. Joder. Saco mi teléfono y le envío un mensaje a Isay. ***Trae a mi hermana a casa ahora. Vigila tu espalda. Pavel busca sangre.***

Luego mando un mensaje para que un auto recoja a Kayla frente a la casa en dos minutos.

—¿Yakov? ¿Me estás escuchando? —pregunta Luna.

Guardo mi teléfono en el bolsillo. —Te escuché. Pero es hora de que ella se vaya. Hay un auto esperándote afuera, Kayla.

Kayla abraza a Luna. —Fue bueno verte. Lo haremos de nuevo pronto, ¿vale?

—Espera, quiero que te quedes —le responde Luna—. Solo dame un segundo y…

Kayla niega con la cabeza. —Siempre estoy a solo una llamada de distancia. ¿Me escuchas? No importa lo que pase o lo que necesites, estoy aquí para ayudarte.

El mensaje es claro: *si este gilipollas la caga, iré a buscarte.*

Kayla no tiene idea de lo que promete. Nadie me quitará a Luna. Ni siquiera Kayla, y definitivamente no el maldito Pavel Gustev.

Ella es mía.

Hope sale con las manos cruzadas a la espalda. —Hay un auto esperándola, Srta. Stevenson.

Kayla y Luna se abrazan una vez más, pero mi mente está acelerada. Isay traerá a Mariya a casa. Hay guardias estacionados afuera de la habitación de Nik en el hospital, pero debería cambiarlos más a menudo para asegurarme de que los hombres allí estén siempre frescos. Pavel estaba amenazando a Luna, pero podría haber sido una mala dirección. Quizás quiera que cierre las escotillas de casa mientras él ataca en el hospital.

Quiero creer que no intentaría matar a un hombre que ya apenas se aferra a la vida, pero sé que no debo subestimar a un Gustev.

Hope acompaña a Kayla. Tan pronto como se cierran las puertas del patio, Luna se lanza hacia mí. —¿Qué diablos está pasando? ¿Qué fue eso?

—Ella estuvo aquí todo el día. Ya era hora de que se fuera.

—¿Según quién? —espeta—. Me dijiste que ibas a estar ocupado hoy. No es que tenga dónde estar.

Ya no. Ella no irá a ninguna parte. Luna no saldrá de esta casa hasta que Pavel ya no sea una amenaza. No puedo perderla como la última vez. No lo haré.

—Fue idea tuya, Yakov —continúa—. Dijiste que Kayla podría venir.

—No dije que ella pudiera mudarse. Y estás embarazada. Necesitas descansar.

—¡Eso es lo que fue! —grita, lanza su mano hacia la puerta por la que Kayla desapareció—. Estar con ella y divertirse es *relajante*, Yakov. Ella es mi mejor amiga.

Debería decírselo. Necesita saber que la Bratva Gustev sigue siendo una amenaza más que nunca. *Pavel Gustev te está apuntando, Luna, y no voy a correr ningún riesgo.*

Pero está embarazada. Más que eso, está embarazada y apenas se recupera del trauma de haber

sido secuestrada por el hermano mayor de Pavel. ¿Qué les haría todo ese estrés y miedo a ella y al bebé?

Luna suspira y se acerca. Su aroma a vainilla nos rodea. —¿Qué está pasando, Yakov?

—Necesitas descansar —repito.

Frunce el ceño. —No necesito descansar. ¡No estoy cansada! Lo que necesito es que me digas por qué estás actuando como…

—¿Alguna puta vez escuchas y haces lo que te dicen?

Luna se aleja de mí como si la hubiera abofeteado. Tiene los labios entreabiertos y los ojos azules muy abiertos. Me mira fijamente el tiempo suficiente para que casi me rompa. Casi le digo que duermo tres horas porque ella tiene pesadillas toda la noche y yo quiero estar allí para calmarla.

Casi le digo que estoy tratando de estar en el hospital para Nik tanto como puedo, pero Mariya está tirando de la correa y, de todos modos, solo hay tanto que puedo hacer para ayudar a Nik. Los médicos no son optimistas, y yo tampoco.

Casi agarro a Luna y le digo que no puedo respirar cuando pienso en lo cerca que estuve de perderlos a ella, a Mariya y a Nik. Casi los pierdo a todos y no puedo volver a ese lugar otra vez. No sobreviviré a esto.

En cambio, la miro fijamente. Observo cómo su cara se vuelve fría y enojada.

—Vale —espeta Luna al fin—. ¿Quieres que descanse? Genial. Descansaré. Iré a dormir a la habitación de invitados para que no me molesten. Estar lejos de ti me daría un descanso *fabuloso*.

Ella entra pisando fuerte a la casa, pero yo no la persigo. En lugar de eso, entro a mi oficina y me sirvo un trago. Lo tomo completo justo cuando ella cierra de golpe la puerta de la habitación de invitados en el piso de arriba.

Aún hay tiempo. Podría acudir a ella y explicarle las cosas. Podría arreglar esto.

Pero es mucho más fácil servirme otro trago.

LUNA

Estoy de mal humor. Y no es solo porque me desperté en una cama de invitados inferior sin el brazo de Yakov alrededor de mi cintura.

También es porque, sin su brazo alrededor de mi cintura, tuve pesadillas toda la noche. Me desperté tres veces diferentes, jadeando y llorando con el comienzo de un grito atrapado en mi garganta.

Cada sueño comenzaba igual: Akim cruzando la puerta de la celda, con el rostro torcido en una sonrisa cruel. Pero con cada paso que daba hacia mí, se volvía cada vez menos distintivo. Sus bordes se desdibujaron y se desvanecieron hasta convertirse en una sombra sin rostro. Justo cuando comencé a pensar que desaparecería por completo, la sombra se abalanzó sobre mí y el mundo entero se oscureció.

Una parte de mí desea haber gritado mientras dormía. Yakov habría venido a verme, lo sé. No importa lo molestos que estuviéramos el uno con el otro, él se habría metido en la cama, se habría acurrucado a mi alrededor y me habría tranquilizado para que volviera a dormir.

En cambio, di vueltas y vueltas toda la noche. Y ahora, aunque estoy exhausta y dolorida, la idea de quedarme acostada en esta cama un segundo más suena miserable. Especialmente, cuando puedo oler el tocino cocinándose abajo en la cocina.

Hace unas semanas, el olor a tocino me habría provocado náuseas. Ahora suena celestial.

Agarro una manta de lana del final de la cama y me la pongo sobre los hombros antes de salir de la habitación de invitados y bajar las escaleras. Primero tocino, luego ducha. Ese es el orden de las operaciones hoy.

Entro en la cocina esperando encontrar a Hope frente a la estufa, pero es Yakov. Lleva un pantalón de pijama gris hasta las caderas y no lleva camisa. Su frente está cubierta con un delantal blanco, pero puedo ver cada ondulación de los músculos de sus hombros y espalda mientras le da vuelta al tocino en la sartén.

Ay, Dios… está peleando sucio.

Me mira con cara ilegible. —Buenos días.

Asiento y empiezo a caminar por la isla para esperar a que termine de desayunar. Le estoy dando el trato silencioso, pero eso no significa que no quiera lo que sea que esté cocinando.

Antes de que pueda siquiera dar un paso, Yakov se acerca a mí. —Ven aquí, Luna.

Estoy apenas fuera de alcance. Podría ignorarlo y sentarme. Pero no quiero.

Doy un paso más y es suficiente para que Yakov tome mi mano y me acerque. Choco con su pecho duro y él se agacha y presiona sus labios contra mi frente.

—Buenos días —retumba de nuevo, con la boca justo al lado de mi oreja—. ¿Tienes hambre?

Ay, está jugando muy *sucio esta mañana.*

Asiento.

Su mano agarra mi cintura por solo un segundo antes de empujarme suavemente hacia la mesa. —Siéntate. Te haré un plato.

Me siento y lo miro furtivamente parado junto a la estufa. La forma en que sus antebrazos se flexionan cuando cocina, la sombra de la barba a lo largo de su mandíbula cuadrada.

Cuando desliza mi plato delante de mí, lo huelo a él profunda y descaradamente. Huele como siempre, especiado y amaderado. Me da hambre de algo completamente distinto, pero sofoco el fuego en mi estómago y comienzo con los huevos y el tocino.

Es increíble. El tocino está perfectamente crujiente, y los huevos revueltos quedan esponjosos con pimientos, cebollas y queso mezclados. Incluso puso una taza de bayas frescas a un lado.

Él me está cuidando. *O cuidando al bebé*, pienso con amargura.

¿Excluirá al bebé como le gusta excluirme a mí? Cuando las cosas se pongan tensas, ¿dejará de hablar con nuestro hijo y le dará la espalda? Yakov puede ser muy cálido, cariñoso y divertido, pero sabe cómo encenderlo y apagarlo. No quiero que mi hijo ame a Yakov si él puede aumentar y disminuir su amor a voluntad.

No quiero que *ellos* vivan de esa manera y *yo* tampoco quiero vivir de esa manera.

No importa cuántos buenos desayunos haga Yakov, no voy a olvidar lo que pasó ayer. No voy a perdonarlo hasta que se disculpe y…

—Lamento lo de anoche. —Yakov deja el tenedor y me mira.

Sus ojos son increíblemente verdes. Los miro fijamente y olvido por un segundo de qué estamos hablando.

Entonces, lo recuerdo y levanto la barbilla. —Deberías.

Creo que su boca se levanta divertida, pero desaparece antes de que pueda estar segura. —Tienes todo el derecho a estar enojada conmigo.

—No necesito tu permiso para enojarme —respondo—. Me gritaste sin ningún motivo. Y lo hiciste delante de Kayla. Pasé todo el día convenciéndola de que soy más feliz aquí que nunca y luego entraste y me gritaste. No demostró exactamente mi punto.

Ahora, estoy segura de que le divierte. —¿Estás más feliz que nunca?

Entrecierro los ojos. —Lo *estaba*. Antes de que despidieras a mi mejor amiga sin explicación y me gritaras.

—Eso es justo.

—¿Lo es? —parpadeo hacia él. Luego sacudo la cabeza—. Quiero decir, sé que lo es. ¿Pero tú… estás de acuerdo conmigo?

Él asiente. —Antes te mantenía en la oscuridad porque era más seguro. No pudiste volver a tu vida normal una vez que te conté toda la mierda que pasa en la mía. Pero ahora no hay manera de que te deje ir. *Esta* es tu vida y mereces saber qué está pasando. Incluso cuando desearía poder protegerte del estrés.

Trago la emoción que sube por mi garganta. —Pensé que estabas jugando sucio antes con la rutina del chef sin camisa, pero eso fue un golpe muy bajo.

—No soy yo quien bajó con la camiseta sin mangas y los pantalones cortos más pequeños del mundo.

—¡Y una manta! —me encojo de hombros y la manta de lana se desliza hasta el suelo—. No fue a propósito. No cogí pijamas antes de irme molesta a la habitación de invitados anoche. No quería ir a buscar pijamas y encontrarme contigo.

—¿Porque estabas tan enojada? —pregunta.

—Sí, eso… y porque tenía miedo de que me obligaras a perdonarte antes de que estuviera lista.

—¿Eso significa que estás lista para perdonarme ahora? —agarra nuestros platos y los lleva al fregadero.

Deja el delantal en el mostrador y se gira hacia mí, sin camisa e incluso más apetitoso que el desayuno que acabamos de terminar.

—Sí —grazno—. Te perdono.

Él sonríe y juro que mis bragas estallan en llamas.

—Pero —agrego rápidamente—, eso no significa que todavía no haya maneras de compensarme.

Sus ojos me recorren de arriba a abajo y de vuelta. —Y aquí estaba yo, pensando que preparar el desayuno sería suficiente.

En lo que respecta a Yakov, no existe el “suficiente”. Como quieras llamarlo… hormonas, atracción, cruda química sexual… no me importa. Todo lo que sé es que el calor se acumula entre mis piernas y *lo deseo. Lo necesito.*

Me giro en mi silla y separo las piernas lentamente. —El desayuno fue increíble. Pero estoy lista para el postre.

La sonrisa de Yakov se desvanece. No hay ninguna diversión en la forma en que me mira ahora. Sus ojos se oscurecen cuando cruza la cocina y se arrodilla frente a mí.

—Estaba listo para el postre en el momento en que bajaste con este trozo de algodón —besa su camino hasta mi muslo.

—Son pantalones cortos —argumento, pero me quedo sin aliento. Sus dedos callosos sobre mi piel hacen que sea difícil obtener suficiente oxígeno.

Él me mira mientras engancha sus dedos alrededor de mi cintura. —Sean lo que sean, están a punto de hacerse trizas.

Él baja los pantalones cortos y yo jadeo. —¡No podemos hacer esto *aquí*!

—Es demasiado tarde —me quita los pantalones cortos y arrastra mis caderas hasta el borde de la silla—. Separaste las piernas, Luna. Me miraste con ojos de fóllame.

—¡Estaba tratando de ser seductora! No quise decir que lo haríamos justo…

Yakov pasa su pulgar por el triángulo empapado de mis bragas y las palabras mueren en mi garganta. Miro a mi alrededor para asegurarme de que no haya nadie más en la cocina, pero no estoy segura de poder detener esto incluso si tuviéramos audiencia.

—Considérame seducido —desliza mis bragas hacia un lado con el pulgar. Su aliento susurra a través de mi centro, enviando un escalofrío por mi columna.

—Alguien podría ver —susurro—. Alguien podría venir.

—Tú. Ya estás tan mojada —él juega con la punta de su lengua sobre mí. Necesito toda mi moderación para no pasar mis dedos por su cabello y arrastrarlo más profundamente—. No te preocupes, Luna. Nadie excepto yo te verá desmoronarte. Te llevaré allí tan rápido que no sabrás qué te golpeó.

Yakov me mete la lengua. Él chupa y lame hasta que estoy jadeando. Paso mis dedos por su cabello oscuro y me muevo contra su boca.

Pasa su lengua sobre mi clítoris y desliza un dedo dentro de mí y me empujo hacia su mano con tanta fuerza que casi me caigo de la silla. Yakov evita que caiga al suelo con su mano y su boca, acariciando mis entrañas y chupándome hasta que olvido dónde estamos. Estoy tan concentrada en su toque que estoy segura de que no existe nada más allá de este momento.

—Yakov —me quejo. Giro mis caderas, sin saber si estoy tratando de acercarme a él o de escapar. Porque siento como si me estuviera deshaciendo de adentro hacia afuera.

Su dedo se desliza dentro de mí cada vez más rápido mientras me lame implacablemente. La presión aumenta, los primeros pulsos se forman en lo más profundo de mí. Mis gemidos se confunden hasta que se vuelven interminables, hasta que aprieto mis muslos alrededor de sus orejas y me desmorono en su boca.

Cuando se retira, sus labios brillan por mi liberación. Me besa, dejándome probar lo que acabamos de hacer.

A riesgo de que me arroje sobre la mesa y me folle como es debido, pongo mis manos en su pecho desnudo y susurro—: Quiero más.

Mira la mesa como si lo estuviera considerando. Luego, un gruñido retumba en su pecho. —Ve a meterte en la ducha. Ahora. Te veré allí en tres minutos.

No necesita decírmelo dos veces.

Me apresuro a subir las escaleras y descarto mi pijama en la esquina de su baño. Empiezo a ducharme y ya estoy a mitad de lavarme el cabello cuando la puerta de la ducha se abre y el duro cuerpo de Yakov se presiona contra mí.

Coloca su mano sobre mi centro, provocando fricción entre mis muslos.

—Todavía puedo sentir mi primer orgasmo —gimo, apoyando mi cabeza con champú contra su hombro—. Es tu turno.

—Pero estás tan mojada por mí, Luna. Mis dedos están empapados.

Saca su mano para mostrármelo, pero lo siento tenso detrás de mí. Miro su mano y veo por qué.

Hay una mancha de sangre en sus dedos.

No es mucho. Solo una pequeña mancha de sangre rosada.

Mi cara arde de vergüenza. —Lo siento. Las aplicaciones dicen que puede haber sangrado después del sexo. Debí haberte advertido que podría suceder.

Se congela. Estoy segura de que está asqueado. Debe estar pensando que soy…

—Vamos al hospital.

—Espera, ¿qué? Ya va…

—Estás sangrando, Luna. Iremos. No es una discusión.

—Lo sé, pero esto es… es normal. Todo dice que esto puede pasar. Quiero decir, incluso podría ser que tu uña me haya arañado cuando estabas… No es una gran cosa importante, lo prometo.

Me agarra la barbilla y me mira profundamente a los ojos. —*Tú* eres una gran cosa importante para mí. Ahora sal de la ducha y vístete. Voy a llamar al Dr. Jenkins.

LUNA

Espero en el auto, siguiendo las órdenes muy claras y amenazadoras de Yakov, mientras él consigue una silla de ruedas en el vestíbulo del hospital. Él mismo me trajo hasta aquí porque "no confiaba en nadie más al volante".

Eso no significa que vinimos solos. Ah, no… ahora tengo un séquito. Dos camionetas llenas de sus hombres delante y detrás de mí. Me siento como si fuera el presidente.

La gente que camina por la acera hacia el hospital sigue echando dos vistas. Por sus ceños fruncidos cuando me ven, puedo notar que esperaban ver a alguien famoso sentado en el asiento del pasajero.

Lamento decepcionar.

Cuando Yakov entra por las puertas dobles en una silla de ruedas, grito por la ventana—: Estoy bien. Puedo caminar.

Es la quinta vez que lo digo y tiene el mismo impacto que la primera: ninguno. Yakov me ignora, abre la puerta, me saca del auto y me sienta en la silla de ruedas.

—El sangrado se detuvo incluso antes de que saliéramos de casa, Yakov. Fue solo un pequeño manchado. Eso es normal.

—Espero con ansias a que el Dr. Jenkins lo confirme aquí en unos minutos.

Me quejo y me hundo en la silla de ruedas.

En cierto modo, es dulce. Yakov está preocupado por mí y el bebé. Quiere cuidar de nosotros. Puedo ver la suerte que tengo de tenerlo aquí.

Por otro lado, es enloquecedor. Le digo que estoy bien, pero él no me cree. Me está obligando a ir al hospital para asegurarme de que su bebé esté a salvo. Sé que también se preocupa por mí, pero es difícil no sentirse como la caja desechable que contiene el verdadero tesoro.

Yakov me lleva al interior y pasa directamente por la recepción hasta una sala de examen abierta. El Dr. Jenkins ya está dentro.

—Pasen —dice, cerrando la puerta detrás de nosotros—. Vamos a hacerte un chequeo, Luna.

—Lamento molestarte con esto.

—No te disculpes. Para eso le pago —dice Yakov bruscamente.

El Dr. Jenkins asiente. —Estoy aquí para asegurarme de que tú y tu bebé estén sanos. No es un problema aliviar tus preocupaciones.

—*Yo* no tengo ninguna preocupación —murmuro.

—Sangraba un poco —dice Yakov, hablando por encima de mí.

—¿Qué tanto?

—Suficiente para cubrir cuatro de mis dedos —Yakov levanta su mano como referencia y quiero desaparecer.

Mi cara arde mientras el Dr. Jenkins toma sus notas. —Entonces ¿ustedes dos estaban participando en algunas actividades sexuales?

—Hice oral —dice Yakov.

Perfeccionó oral. Pero, dado que estoy a punto de arder de vergüenza, me guardo ese pensamiento para mí.

El Dr. Jenkins, por otro lado, es un absoluto profesional. Se limita a asentir y coloca un tensiómetro en mi brazo. —¿Han tenido sexo con penetración en las últimas veinticuatro horas?

—Solo un dedo —dice Yakov—. Durante el oral.

Si hay un Dios misericordioso, me mataría ahora.

—Algo de sangrado puede ser normal durante el embarazo, especialmente después de tener relaciones sexuales. Hay mucha sangre extra en el área. Podría ser algo tan pequeño como un rasguño de una uña.

—¡Eso es lo que yo dije! —dejo escapar.

Yakov me mira entrecerrando los ojos. —Y yo dije que preferimos prevenir que lamentar.

—Y *eso* es lo que yo siempre digo —el Dr. Jenkins me indica que me acueste en la mesa de exploración y coloca una pequeña manta sobre mi regazo—. Vale la pena analizar cualquier inquietud, grande o pequeña.

El Dr. Jenkins levanta mi camisa y presiona una pequeña varita contra mi estómago. —Este es un monitor de frecuencia cardíaca fetal. Ya has visto uno de estos antes. Simplemente escucharé los latidos del corazón y…

Un sonido llena la habitación antes de que pueda terminar. Es un ritmo fuerte y constante, que avanza mucho más rápido que cualquier latido que haya escuchado antes.

—¿Ese es el bebé? —pregunto.

La última vez que escuché los latidos del corazón del bebé fue la noche en que Yakov me salvó de Akim. Apenas podía quedarme quieta sin temblar. Así que, cuando la enfermera me dijo que había encontrado los latidos del corazón, realmente no pude apreciarlo.

Ahora mis ojos se llenan de lágrimas.

—Ese es su bebé —confirma el Dr. Jenkins—. Un latido agradable y fuerte.

Yakov me agarra la mano y la aprieta. —Entonces ¿todo está bien?

—Todo está… —el sonido vacila. Se desdibuja y se superpone. El Dr. Jenkins reajusta el Doppler y capta el sonido nuevamente, pero tiene la frente arrugada.

—¿Todo está qué? —espeta Yakov—. ¿Está bien o…?

El Dr. Jenkins parpadea y esboza una sonrisa retrasada. —Bien. Genial, en realidad. Perfectamente saludable.

Miro a Yakov y él mira al médico con la misma sospecha que yo siento.

Algo está mal.

Cuando entramos aquí, me sentí segura de que el bebé estaba sano. Sabía que Yakov estaba exagerando. Ahora tengo un hoyo en el estómago, que crece con cada segundo que el Dr. Jenkins pasa mirando el Doppler.

De repente, guarda el Doppler. —Voy a llevarte de regreso con el técnico de ultrasonido, Luna.

—¿Por qué? Escuchamos los latidos del corazón. Significa que todo está bien, ¿verdad?

—Es solo una precaución —sonríe, pero no es convincente—. Has venido hasta aquí. Mejor podríamos hacer un chequeo completo.

—¿Pero está todo bien?

El Dr. Jenkins pone su mano sobre mi hombro. —Todo está bien, Luna. Tienes un bebé sano.

Dejo escapar un suspiro tembloroso. —Vale.

El Dr. Jenkins nos lleva fuera de la sala de examen y por el pasillo. Las enfermeras y otros médicos inclinan la cabeza hacia él cuando pasa.

—Él no trabaja aquí, ¿verdad? —le susurro a Yakov.

—No. Simplemente instaló una base aquí para poder cuidar de ti.

—¿Cuánto te está costando todo esto?

Yakov me aprieta la mano. —No hay límite a lo que estaría dispuesto a pagar para asegurarme de que estés a salvo.

Apoyo mi cabeza en su hombro mientras caminamos. —Perdón por haber sido testaruda sobre venir. Tenías razón —aprieto su brazo con más fuerza—. Creo… creo que algo podría estar mal. Viste su cara allí, ¿no?

—La vi. Pero, sea lo que sea, lo afrontaremos juntos —se gira y besa mi sien.

Estoy temblando cuando el Dr. Jenkins me lleva a la sala de ultrasonido a oscuras y me coloca en la mesa de exploración, pero me aferro a las palabras de Yakov. Podemos afrontar cualquier cosa

juntos.

El Dr. Jenkins presiona la varita contra mi estómago y mira fijamente una pantalla que no puedo ver. Frunce el ceño mientras mueve la varita y toca botones en un teclado.

Quiero agarrar la pantalla y girarla hacia mí. Quiero gritarle que me diga qué diablos le pasa a mi bebé. Pero me quedo aquí pacientemente.

El pulgar de Yakov masajea suavemente mis nudillos en círculos mientras esperamos.

—Les dije que había un bebé sano allí —dice el Dr. Jenkins, girando la pantalla para que pueda ver.

La mancha blanca que vi hace unas semanas ya parece más claramente humana. Ahora hay una nariz pequeña y labios carnosos. Pequeños brazos se mueven de un lado a otro.

—Todo está bien —presiono una mano contra mi acelerado corazón—. Ella está bien, ¿verdad?

—Perfectamente bien. En cuanto al género, ¿quién sabe? Podría ir en cualquier dirección. O quizá tengas uno de cada uno —dice el Dr. Jenkins.

Me sonrojo. —Tal vez. Sí. Realmente no hemos hablado de ello… No tenemos ningún plan todavía.

—Con suerte, querrás al menos dos —dice el Dr. Jenkins.

—¿Por qué es eso? —pregunto, todavía sonriendo.

—Bueno, dije que había un bebé sano en la sala de examen porque lo sabía con certeza. Pero también tenía una sospecha —mueve la varita y, de repente, la pantalla se divide en dos. Una línea delgada recorre el centro de la pantalla y hay dos círculos a cada lado—. Ahora estoy encantado de decirles que tienen *dos* bebés sanos.

Mi sonrisa cae. Toda mi cara está entumecida.

Miro fijamente los dos círculos y, en algún lugar profundo de mi cerebro, me doy cuenta de que son cabezas. Dos cabezas.

Dos bebés.

Dos bebés sanos.

—¿Qué estás…?

—Vamos a tener mellizos —murmura Yakov, juntando las piezas de este rompecabezas antes de que yo pueda. Besa mi frente y cruza mi mano contra su pecho—. *Blyat’*, Luna. Estás llevando a mis bebés.

Bebés. Múltiple.

—Escuché un murmullo en el Doppler y pensé que podría haber más de uno —explica el Dr. Jenkins—. Quería hacerte una ecografía para confirmarlo. Pero sí, estás embarazada de mellizos, Luna. Felicidades.

LUNA

—Mellizos —Mariya mira mi estómago como si los bebés fueran a salir de mi pecho al estilo *Alien*—. ¿Hay *dos* bebés ahí dentro?

—Esa es la definición de mellizos, sí.

Han pasado más de veinticuatro horas desde que salí del hospital y no solo he aceptado el hecho de que voy a tener mellizos… creo que lo he superado.

Obviamente no he superado los bebés. Son milagros pequeños y preciosos. Cada vez que pienso en tener uno de ellos en cada brazo, me pongo a llorar de alegría.

Mis bebés no son el problema. Son todos los que están *fuera* de mi útero los que me están volviendo loca.

No he estado sola ni un segundo desde ayer por la mañana. Antes de salir de la oficina, el Dr. Jenkins le dijo a Yakov que se asegurara de que "me lo tomara con calma". Lo entendí como lo que era: una broma. Una línea genérica y desechable. No es un consejo médico real.

Pero Yakov no me ha dejado mover un dedo desde entonces.

Me llevó a la casa, me acompañó al baño cada vez que necesitaba ir e incluso me cortó el bistec durante la cena de anoche. Hace unas semanas, todo lo que quería era ver más de Yakov. Lo extrañé. Ahora, a pesar de lo emocionada que estoy de que no estemos peleando, haría casi cualquier cosa por tener cinco minutos por mí misma. Para procesar. Tomar una respiración profunda. Orinar con privacidad.

—Los mellizos son muy raros cuando realmente lo piensas —dice Mariya—. Un poco asqueroso, en realidad.

Pongo los ojos en blanco. —¿En qué se diferencia tener dos bebés de tener uno?

Silencia la televisión. —Piénsalo como si fuera un saco de dormir. ¿Una persona en un saco de dormir? Bien. ¿Dos personas en un saco de dormir? Caliente y sudoroso y claustrofóbico.

—Están flotando en líquido amniótico. No tienen calor ni sudan; *yo* tengo calor y sudo.

Como un sabueso tras el rastro, Yakov aparece en la puerta. —¿Te sientes bien?

Ay, no. No esta canción y baile ahora mismo. —Hola a ti también.

—Puedo llamar al Dr. Jenkins.

Le doy una sonrisa tensa. —Solo tengo calor. Las mujeres embarazadas se calientan —trato de no parecer tan frustrada como me siento—. Es normal. Estoy bien.

Me mete un mechón de cabello detrás de la oreja. Debería ser dulce, pero está mirando mi estómago. Siento como si todos estuvieran constantemente mirando mi estómago. *No voy a explotar, gente.*

—Dijo que está bien —gime Mariya—. El horno humano solo está un poco caliente. Es de esperarse.

Le doy un codazo a Mariya en el costado. —¡Oye! No soy solo un horno humano.

—Obviamente no eres *solo* un horno humano. Pero, por definición, eres un horno humano.

Yakov se acerca a mí para quitarle el control remoto de la mano a Mariya. —Vete.

—Ella no tiene que irse —protesto.

Me hace un gesto para que lo olvide. —Ella está estresando a los bebés.

—¿Los bebés están estresados? —en realidad, no puedo creer lo que estoy escuchando. ¿Acabo de decir que me siento como una incubadora humana y le preocupa que los *bebés* estén estresados? Levanto los brazos—. ¿Qué hay de *mí*?

—Cuando estás estresada, los bebés están estresados —dice simplemente—. Es lo mismo.

No estaba estresada antes, pero ahora sí. Puedo sentir mi presión arterial aumentando. Me alejaría y me calmaría, pero Yakov me recogería antes de que pudiera dar el primer paso.

Los muros se están cerrando y no hay escapatoria.

—¡No es “lo mismo”! —grito—. Soy una persona separada de estos bebés. Todavía existo más allá de cultivarlos.

—Era una broma lo del horno humano —interviene Mariya—. No quise decir…

—No eres solo tú, Mariya. Eres *tú* —digo, señalando con el dedo a Yakov. Ahora las palabras salen de mí demasiado rápido para detenerlas. Todo lo que he reprimido durante días sale a borbotones—. Sé cuándo necesito llamar al doctor. No necesito que decidas eso por mí. Tampoco necesito que me cargues a ningún lado. ¡Estoy embarazada, no lisiada! ¡Puedo caminar, cortar la comida y orinar yo sola, joder!

El vapor todavía se escapa por mis oídos, pero ya sé que la cagué.

Yakov parece desconcertado por un solo segundo antes de convertir su rostro en una máscara ilegible. —Entonces, hazlo tú sola.

Sin decir más, se da vuelta y se va.

Sin él, espero que la sensación en mi pecho se alivie. Respiro unas cuantas veces, esperando que llegue el alivio. Pero no llega.

—Ahora me gustaría haber subido las escaleras cuando tuve la oportunidad —murmura Mariya —. Eso fue incómodo.

—Dios, soy una perra, ¿no? —dejo caer la cara entre mis manos—. Estaba preocupado por mí y le grité.

Mariya resopla. —Ha estado obsesionado contigo sin parar todo el día. Me encanta ver a mi hermano acceder a su ternura interior, pero fue molesto incluso para mí.

—Yo solo… no puedo pasar los próximos seis meses dejando que me lleve al baño.

—Especialmente, porque al final serás demasiaaaado pesada para cargar.

Golpeo a Mariya con el dorso de mi mano. —Eso no es gracioso.

Se ríe de todos modos. —Vas a tener mellizos. Es hora de enfrentar tu destino. Dentro de unos meses serás una ballena. En ese momento, es posible que *quieras* que Yakov te cargue y haga todo por ti.

—Tal vez. Pero no lo quiero ahora. Solo necesito sentirme… normal.

—Lo entiendo, pero… —se balancea hacia adelante y hacia atrás, tambaleándose al borde de decir algo que sé que no me va a gustar.

Pregunto de todos modos. —Pero ¿qué?

—Me dispararon, Lun. Nik está en coma… —su voz se quiebra, pero se aclara la garganta rápidamente—. Ha habido una avalancha de mierda sobre la cual Yakov no puede hacer nada. Pero ¿tú y los bebés? Él puede hacer algo al respecto. Él puede protegerte a ti y a los bebés con todo lo que tiene. Ahora mismo, eso es *todo* lo que tiene.

—Vaya —digo finalmente—. Eso apesta.

—¿Qué?

La miro. —Acabas de confirmar que realmente estaba siendo una perra.

—Correcto —se ríe Mariya—. Pero, entre tú y yo, creo que él te perdonará.



ME DESPIERTO con el sonido de la puerta principal abriéndose.

Mariya fue a su habitación hace horas, pero decidí esperar a Yakov despierta. Supuse que habría regresado a casa para cenar, pero la cena llegó y se fue sin ninguna señal de él. Luego, pensé que volvería a casa una vez que terminaran las horas de visita al hospital, pero una mirada al reloj me dice que terminaron hace horas. Probablemente, más o menos al mismo tiempo en que finalmente me cansé y me quedé dormida.

Si fue a algún lugar que no fuera la habitación del hospital de Nik, realmente debe estar enojado conmigo.

Se oyen pasos en la entrada y rápidamente me limpio la baba de la barbilla y me paso los dedos por el cabello enredado.

Yakov pasa rápidamente por la sala de estar. Es poco más que una mancha borrosa. No hay señales de que vaya a parar.

Cuando me aclaro la garganta, se detiene bruscamente y se gira para mirarme. Su rostro es ilegible. —Deberías estar dormida.

—Lo estaba —admito, señalando el nido de mantas en el sofá—. Me quedé dormida esperando que volvieras a casa.

—¿Necesitas algo? —pregunta fríamente.

—Necesito hablar contigo. *Quiero* hablar contigo.

Su mandíbula se flexiona. La lámpara resalta sus pómulos en marcado relieve. —Ve a dormir. No quiero hablar.

—Entonces, yo hablaré —me apresuro a decir antes de que pueda darse la vuelta—. Todo sucedió muy rápido, Yakov. Un bebé y luego dos. Tú y yo. Todo cambió de la noche a la mañana. Necesitaba un segundo para procesarlo todo. Luego tuve unos segundos para procesar y todo lo que hice fue sentarme sintiéndome como una perra por haberte criticado.

Sus ojos están fijos en algún punto sobre mi cabeza. —No pierdas el tiempo preocupándote por mí, Luna. Puedo manejarlo.

—Pero estoy preocupada por ti. Porque todo esto también te está pasando a ti. Vas a ser papá. Eso es una locura. Necesito darte espacio para que te preocupes y proceses también. Solo estaba abrumada y sobrecargada con las hormonas de bebé. Una dosis doble de hormonas, creo, ya que hay dos allí. No sé si eso es científicamente exacto, pero parece correcto.

—Le preguntaré al Dr. Jenkins.

—O tal vez *yo* le pregunte al Dr. Jenkins —respondo, acercándome—. Me encantaría tener un poco más de control sobre mis citas y cuándo necesito llamar al doctor. También me gustaría tener más control sobre otras cosas como… usar mis propias piernas —él entrecierra los ojos y rápidamente cruzo la habitación para pararme frente a él—. Me has estado cuidando increíblemente, Yakov. Estoy muy agradecida. Hubo un momento en el que ni siquiera sabía si querrías estar cerca de mí y del bebé.

—Por supuesto que estaré ahí para mis hijos —gruñe—. No los abandonaría.

Asiento. —Ahora lo sé. Y aprecio todo lo que has estado haciendo por mí y por ellos. Realmente. Pero también necesito sentirme como un ser humano capaz. Necesito ser fuerte para dar a luz a dos bebés. Necesito seguir haciendo ejercicio y usando mi cuerpo. Eso es parte de un embarazo saludable.

Él extiende la mano y toca mi mejilla. —Estabas sangrando.

—Y el Dr. Jenkins te dijo que era normal —le recuerdo—. Estoy bien. Nuestros bebés están *bien*.

Se mantiene tan rígido que sé que está luchando contra todos sus instintos para acercarme y no dejarme ir.

Deslizo mi mano por su brazo hasta su muñeca. —¿Qué si prometo pedirte ayuda cuando la necesite? Por ejemplo, cuando esté tremendamente embarazada y mis pies estén hinchados, probablemente te rogaré que me cargues en brazos.

Su boca se aprieta en una línea obstinada, pero no puede evitar la chispa en sus ojos.

—Espero con ansias oírte suplicar —dice en voz baja.

Lo rodeo y cierro las puertas corredizas de la sala de estar. Luego, coloco la cerradura de latón en su lugar y me giro para mirarlo. —¿Por qué esperar? Podrías oírme suplicar ahora.

Me evalúa suavemente. —¿Suplicar por qué, específicamente?

Le rodeo el cuello con los brazos y me acerco. Nuestros cuerpos se deslizan juntos mientras me levanto con los dedos de mis pies y lo beso.

Él me devuelve el beso, pero sus manos permanecen a los costados. Se mantiene alejado de mí de una manera poco habitual. Así que agarro el frente de su camisa y lo arrastro conmigo hasta que mi espalda queda presionada contra la pared y quedo inmovilizada por su cuerpo. —Por favor —susurro entre besos.

—Estabas sangrando ayer —dice de nuevo—. *Ayer*.

—Eso era normal.

Presiona su mano contra la pared al lado de mi cabeza y se aleja. —Necesitas más tiempo para descansar.

Escucho las palabras de Mariya en mi cabeza. *Él puede protegerte a ti y a los bebés con todo lo que tiene. Ahora mismo, eso es* todo *lo que tiene.*

No quiero quitarle eso.

Pero también me duele físicamente estar cerca de él. Peleamos y ahora *necesito* hacer las paces. Podrían ser solo las hormonas del embarazo las que hablan, pero no me importa. Lo deseo.

—Quiero que sepas que aprecio lo mucho que te preocupas por mí —acaricio mis manos desde sus hombros hasta su pecho. Luego lo empujo y lo llevo de regreso al sofá hasta que se deja caer sobre el cojín. Me arrodillo frente a él—. Quiero mostrarte cuánto lo aprecio.

Le desabrocho los pantalones y deslizo la cremallera hacia abajo.

Yakov me agarra la muñeca. —Luna.

—Esto es lo que hacemos después de una pelea, ¿no? —pregunto, haciendo como si me lamiera los labios—. Déjame compensarte, Yakov. Por favor. Fóllame la boca.

Sus ojos se oscurecen. Hay un momento de vacilación antes de que suelte mi muñeca y me permita liberarlo de sus bóxers. Antes de que pueda cambiar de opinión, arrastro mi lengua lentamente por la parte inferior de su polla.

—Joder —exhala, apretando su mano en mi cabello.

Él crece en mi mano y mueve sus caderas hacia el borde del sofá. Cuando lo trago, el gemido que suelta proviene de lo más profundo de su pecho.

Tengo el poder de lastimarlo, pero es este poder el que me excita. Saber que puedo hacerlo sentir bien supera todo lo demás.

Lo tomo profundamente una y otra vez, haciendo girar mi lengua alrededor de su punta antes de volver a sumergirme. Cuando está tan profundamente dentro de mi boca como creo que puedo soportar, mueve suavemente sus caderas, deslizándose más profundamente, exigiendo más. Y quiero dárselo todo. Todo de mí.

Me muevo para deslizar mi mano entre mis piernas, pero Yakov me agarra del brazo. Me sujeta la muñeca y se desliza dentro de mi boca con movimientos lentos y lujosos, tomando lo que quiere de mí.

Gimo a su alrededor. Los latidos de mi corazón retumban entre mis muslos.

Cuando sale, jadeo. —Por favor, Yakov. Déjame correrme contigo. Lo necesito.

De repente, me levanta del suelo y me coloca en su regazo. Su dedo recorre un camino por mi cuello y sobre mi pecho. Rodea mi pezón a través de la fina tela de mi camisa. —Prometiste que me pedirías cuando necesitaras mi ayuda, *solnyshka*.

—Ayúdame, Yakov —respiro, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello—. Fóllame.

Sus pupilas se abren de par en par mientras mueve mis pantalones cortos hacia un lado y se hunde en mí centímetro a centímetro.

Mi boca se abre en un grito silencioso mientras lo tomo. Cuando está profundamente dentro, dejo caer mi cabeza sobre su hombro. —Gracias.

Yakov besa mi cuello y luego me folla con las embestidas más suaves y gentiles. Sus caderas apenas se mueven, pero cada movimiento dentro de mí desencadena fuegos artificiales. Lo siento en todas partes.

Intento marcar un ritmo más rápido, pero él mantiene mis caderas firmes. —Yo tengo el control, Luna. Me pediste ayuda. Deja que te ayude.

Me llena con movimientos lentos y constantes. Es una construcción lenta, pero disfruto cada segundo. Me acaricia la cara y me mira a los ojos como si no pudiera creer que esté frente a él. Como si yo fuera lo más preciado que jamás haya tenido. Luego, agarra mis caderas y me arrastra contra él una y otra vez. Cuando mi respiración se detiene y la liberación pulsa a través de mí, Yakov me sigue, un chorro de ruso entrecortado cae de sus labios.

Me besa largo y fuerte. Todo el poder que retuvo sale en el aplastamiento de su boca contra la mía.

Luego me levanta en sus brazos y me lleva hacia la puerta.

—¿Pensé que acabamos de hablar de que yo caminaría sola? —susurro, apoyando mi cabeza en su hombro.

—No podrías caminar ahora mismo, aunque quisieras.

Hago un balance de mis muslos temblorosos. No se equivoca.

Él ve que la lucha en mí se desvanece y sonríe. —Es lo que pensé.

YAKOV

—Es bueno que vuelvas a beber con nosotros. Pasó mucho tiempo —Kuzma choca su vaso contra el mío. La cerveza se derrama sobre el borde y cae sobre la mesa pegajosa.

Savva añade su vaso a la mezcla y se derrama más cerveza. —Salud por eso.

Hago una mueca y bebo mi tercer trago en menos de una hora.

Resulta que darle espacio a Luna es más fácil de decir que de hacer.

Puedo entender por qué lo pide. Si alguien estuviera en mi cara todo el tiempo, diciéndome qué hacer y cuándo hacerlo, lo mataría. No hay manera de que lo aguantara.

Pero eso es porque puedo cuidar de mí mismo. Puedo matar a cualquier hombre que venga contra mí. Luna no ha visto ni la mitad de los horrores que yo he visto y no está entrenada para nada de esto. Así que, llegado el momento, prefiero que me odie antes que dejar que algo le pase a ella o a nuestros bebés.

—Si Nik estuviera aquí, sería como en los viejos tiempos —murmura Savva. Kuzma le da un codazo en el costado y Savva parece darse cuenta de lo que dijo—. Nik volverá con nosotros en poco tiempo, claro.

—Isay también —añade Kuzma—. Tan pronto como hayamos eliminado a cualquiera que se atreva a cruzarnos, podremos salir todos. Hasta entonces…

Hasta entonces, mi hermano está en un coma que tal vez nunca termine e Isay está de guardia en la mansión mientras yo no estoy. Hasta que no nos ocupemos de Pavel, no correré ningún riesgo con Mariya y Luna.

—¿Cuáles son las últimas noticias de Pavel? —pregunta Savva.

—No he sabido nada de él desde que llamó el otro día.

Kuzma niega con la cabeza. —Qué agallas tiene ese niño, llamándote así. No puedo creerlo.

—Yo sí —dice Savva—. Nadie en la familia Gustev tiene instinto de supervivencia. Si lo tuvieran, dejarían de meterse con nosotros.

—Eso es parte del problema. Siempre hemos esperado a que la Bratva Gustev atacara. Luego, contraatacamos y los matamos. Pero, cada vez, alguien de nuestro lado resulta herido. Primero,

mi padre. Ahora, Nik —sacudo la cabeza—. No más esperas. Yo digo que ya es hora de que ataquemos primero.

Kuzma levanta su copa en señal de acuerdo. —¿Cuál es tu plan?

—Mi único pensamiento es que eliminaré a toda la Bratva Gustev si eso significa mantener a mi familia a salvo. No daré más golpes. Si no podemos concentrarnos en un objetivo específico, les arrojamos todo lo que tenemos hasta que sean destruidos.

Savva se inclina hacia adelante, prácticamente salivando ante la idea. —Un bombardeo en alfombra. Estoy de acuerdo.

—Como último recurso —le recuerdo—. Mientras tanto, quiero que investigues más a fondo con quién está trabajando Pavel. Akim tenía un traficante de armas, Budimir. Ve si todavía está por ahí. Me gustaría hablar con él acerca de venir a trabajar para mí.

Pavel dejó claro que no le queda nada por lo que vivir ahora que su hermano y su padre están muertos. Quizás eso sea cierto. Pero, si tuviera que adivinar, diría que todavía hay maneras en que puedo lastimarlo. Cortarlo financieramente no pasará desapercibido.

—¿Estamos tratando de lastimarlo o matarlo? —pregunta Kuzma.

Sonrío. —No veo por qué no podemos hacer un poco de ambas cosas.

Kuzma sonríe y sus dientes brillan bajo las tenues luces del bar. —Eso es música para mis malditos oídos.



LA MANSIÓN ESTÁ a oscuras cuando llego a casa. Es casi medianoche… más tarde de lo que había planeado quedarme fuera por unas horas. Pero Savva y Kuzma tenían muchas ideas sobre cómo eliminar a Pavel.

Además, fue agradable beber con mis hombres y fingir durante unas horas que todo estaba bien. Era exactamente el tipo de cosa en la que Nik me habría atado en el momento en que me hubiera visto cargando a Luna por la casa. Él tiene una manera de saber cuándo necesito relajarme.

O *tenía* una manera de saber. Ni siquiera sus médicos saben si todavía tiene eso. O cualquier otra cosa, para empezar.

Miro por la puerta de mi habitación y veo a Luna dormida en la cama. En silencio, la cierro y bajo las escaleras hasta mi oficina. No quiero despertarla. No cuando no ha dormido toda la noche desde que la saqué de la celda de Akim.

Se despierta varias veces por noche gritando y buscándome. Cada vez que se despierta sobresaltada, es aún más motivante asegurarme de que acabe con Pavel como una amenaza antes de que pueda atacar. Luna ya ha soportado suficiente.

Por eso tampoco le he hablado de Pavel. Al menos, no directamente.

Está embarazada de mellizos… de mis hijos. No agregaré más angustia. No haré que cargue con

el estrés y la responsabilidad que me pertenece a mí y solo a mí.

La cuidaré del miedo a Pavel de la misma manera que la cuidaré del propio Pavel.

En mi escritorio, tomo notas sobre algunas de las ideas que Kuzma y Savva tuvieron en el bar. Luego repaso la documentación que Nik recopiló hace meses sobre el traficante de armas de Akim, Budimir. El hombre era responsable de una asombrosa parte de las ganancias de la Bratva Gustev. Cortar esa conexión era mi plan original para destruir a Akim. Luego secuestró a Luna y disparó a mis hermanos, sin dejarme más remedio que asesinarlo lo antes posible.

Desde que maté a Akim, Budimir ha pasado a la clandestinidad. No estoy seguro de si está tratando de evitar ser asociado con Akim, especialmente mientras la policía husmea en torno a su muerte, o si la muerte de Akim fue la salida que había estado buscando. Eso es lo que necesito averiguar. Si Budimir sigue trabajando con Pavel, cortar esa conexión sigue siendo una opción válida.

Estoy tratando de descifrar la letra de Nikandr cuando Luna grita.

No es la lenta evolución habitual de sus pesadillas… gemir y llorar y luego gritar. Es un grito con mucho cuerpo, que resuena por toda la casa.

Me levanto de un salto y corro hacia la puerta tan rápido que mi silla se vuelca detrás de mí.

Luna sigue gritando cuando llego a lo alto de las escaleras. Mariya está parada en la puerta abierta. —Es una pesadilla —dice—. No hay nadie allí con ella. Lo comprobé.

—Vuelve a la cama —digo, un poco bruscamente—. Yo me ocuparé de ella.

Luna sigue gritando, así que Mariya no discute por una vez. Entra a su habitación y cierro la puerta de nuestro dormitorio detrás de mí.

Luna se mueve de un lado a otro. El edredón está colocado alrededor de su cintura y su espalda está arqueada. Me acuesto en la cama y la rodeo con mi brazo. —Estoy aquí, Luna. Soy yo.

No estuve allí la noche que Akim se la llevó. No estuve allí para evitar que la encerraran en una celda y la atormentaran. No estuve allí la *única puta vez* que ella realmente me necesitó.

Pero estoy aquí para esto. Para luchar contra los monstruos invisibles en la oscuridad. Para tomarle la mano mientras sufre.

Sus gritos empiezan a disminuir de inmediato, pero todavía está tensa. Su respiración es errática. Hay lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Estoy aquí contigo. Te tengo.

Eso funciona. Finalmente, se acurruca contra mi pecho y vuelve a dormirse.

No puedo deshacer lo que Akim le hizo. Todo lo que puedo hacer es aguantarla a través de esto.

Pero moriré para asegurarme de que nadie tenga la oportunidad de volver a lastimarla.

LUNA

Cierro los ojos y trato de ignorar el cosquilleo en la nuca. Esa picazón repugnantemente familiar a lo largo de mi columna, como si alguien me estuviera mirando. Lo he estado sintiendo durante días. Cada vez que salgo o incluso me acerco a una ventana, estoy segura de que siento ojos sobre mí.

Es paranoia. Lo sé.

Me secuestraron de esta casa. Vi cómo le disparaban a Mariya en el jardín delantero. Así que, por supuesto, mi cuerpo todavía está en alerta máxima. Especialmente ahora que estoy embarazada y soy más protectora conmigo misma que nunca.

Aún así, saber que es paranoia no hace que sea más fácil relajarme.

Por eso estoy sentada junto a la piscina, obligándome a broncearme y no pensar en las posibilidades de que me ataquen o me asesinen.

Podría decirle a Yakov cómo me siento, pero por fin me está dando más espacio. Claro, me vio cortando una manzana esta mañana e insistió en hacerlo por mí para que yo, en sus palabras, no "me hiciera una cesárea". Pero para ser justa, mis habilidades con el cuchillo en la cocina son deficientes, y esa manzana estaba inusualmente firme.

Pero sentarme junto a la piscina y relajarme es algo que soy más que capaz de hacer por mi cuenta. No necesito ninguna ayuda con eso. Esta mansión está bien asegurada y yo estoy a salvo aquí.

Tan pronto como me hundo en una posición cómoda, el sonido de una piedra deslizándose por el pavimento detrás de mí me hace levantarme de golpe.

Me doy vuelta, con el corazón en la garganta y las manos en una posición defensiva descuidada. Mariya se detiene a unos metros de distancia, con las cejas arqueadas. —Oye.

Dejo escapar un suspiro. —Lo siento. Me estaba quedando dormida y me asustaste.

—¿Te importa si me uno a ti o me vas a dar una rápida patada giratoria en el costado de la cabeza?

Me doy unas palmaditas en el bulto. —Mis días de patadas giratorias han terminado. En realidad, nunca empezaron. Renuncié el kárate de la escuela secundaria después de una semana.

—Está bien. Puedo pelear lo suficientemente bien por las dos —Mariya lanza algunos golpes al aire.

Bromea, pero mi mente vuelve a la noche en que le dispararon. A verla luchar contra tres hombres adultos con armas de fuego en el jardín delantero. Fue impresionante, justo hasta el momento en que una bala le atravesó el hombro y cayó al suelo.

Quizás debería aprender a pelear. Yakov nunca me dejará entrenar mientras esté embarazada, pero una vez que los bebés estén aquí… Sería bueno sentir que tengo alguna capacidad para proteger a las personas que amo. Mariya está muy incluida en esa lista.

Mariya se aclara la garganta con fuerza, todavía lanzando golpes al aire.

—Te vi —digo—. Muy impresionante. El viento está aterrorizado de ti.

Levanta el brazo izquierdo en el aire, estirando la articulación a la altura del hombro. —¿Hola? ¿Notas algo recién curado y autorizado para uso ligero?

Yo jadeo. —¡Tu brazo! ¿Te quitaron el yeso?

Sonríe. —No más yeso ni cabestrillo. Oficialmente curada. Excepto por el daño a los nervios y los muchos meses más de fisioterapia por delante. Pero por lo demás, estoy curada.

—Mariya, eso es asombroso. Estoy tan feliz por ti.

—Yo también —se deja caer en la tumbona a mi lado—. Siempre sentía una picazón alrededor de mi codo que ningún lápiz podía alcanzar. Además, era difícil adornar mi yeso.

—¿Tienes muchas salidas planeadas que requieren accesorios? —pregunto—. Porque llevo semanas usando nada más que mallas y trajes de baño.

—Es diferente para ti. Estás en una relación asquerosamente romántica y estás embarazada. Yo todavía estoy al acecho.

Resoplo. —¿Estás al acecho? *¿Para qué?*

—Voy a ignorar la incredulidad en tu voz. Solo porque mi hermano me tenga bajo arresto domiciliario no significa que sea monja.

Mis ojos se agrandan. —¿Estás saliendo con alguien?

—¿Con quién saldría, Luna? Como dije, mi hermano me tiene bajo arresto domiciliario.

—Pero dijiste que no eres una…

—Solo quise decir que yo también tengo necesidades, ¿vale? —su cara se sonroja y me doy cuenta con un sobresalto de que Mariya está avergonzada. Es la primera vez que lo veo. No lo odio.

Reprimo una sonrisa. —Eso tiene sentido. Estoy segura de que es difícil pasar todo este tiempo en casa.

—El único lugar donde he estado en semanas es el hospital. Y la habitación del hospital de Nik no está exactamente repleta de chicos atractivos. Lo cual probablemente sea bueno, ahora que lo

pienso —murmura—. Me pongo fea cuando lloro.

Mi corazón se aprieta. Mariya ha estado llorando junto a la cama de hospital de su hermano mientras yo intentaba reunir el valor para sentarme junto a la piscina.

Antes de que pueda detenerme, me acerco y tomo su mano. —¿Estás bien?

—Estoy bien. En serio. Solo es difícil ver a Nik así. Eso es todo —parpadea y casi puedo ver su máscara fría colocándose en su lugar—. Eso y el hecho de que tengo que vivir indirectamente ese reality de mierda de yates al que me enganchaste.

Estoy demasiado feliz como para criticarla por cambiar de tema. —¿Por fin te pusiste al día con la nueva temporada?

—Sé por qué Lydia se negó a desembarcar con Richard cuando el yate llegó al puerto de Capri, si a eso te refieres —dice con una sonrisa.

—¡Porque tenía una aventura con el capitán! —suelto—. ¿Puedes creerlo?

—Absolutamente. Sí, puedo —Mariya asiente con una sonrisa melancólica en su rostro—. Quiero que un chico me diga que tengo los ojos más azules que el mar Mediterráneo.

—¡Sí los tienes!

—Gracias, pero tus elogios realmente no me sirven —hace una mueca—. Necesito ir a bailar. Empiezo a sentir que nos toca otra fuga. ¿Qué opinas, Luna? ¿Quieres escaparte e ir a bailar?

Giro mi cabeza hacia ella. —¡Ni se te ocurra! La última vez que lo intentamos fue bastante traumático. ¿Ser secuestrada no fue suficiente emoción para toda la vida?

—Relájate. Solo estaba bromean…

—Tu hermano ya está pasando por suficientes cosas sin que tú causes problemas. Si te escapas, él tendrá que localizarte y luego matar a todos los hombres que se atrevan a tocarte. No sería bonito. Así que nada de escaparse. *Jamás*.

—Es broma —termina Mariya—. ¡Estaba bromeando! Dios, gente sin humor.

—¿De qué están hablando ustedes dos? —manos fuertes se deslizan sobre mis hombros. Me sobresalto antes de reconocer que es Yakov el que está detrás de mí.

—Y sin humor se quedó corto —murmura Mariya. Se pone de pie—. Estábamos hablando de nada. Absolutamente nada. Definitivamente, nada que tenga que ver contigo.

—Vives en mi casa. Todo lo que haces tiene algo que ver conmigo —replica.

—No esto —Mariya retrocede hacia la casa—. Voy a ir a mi habitación ahora. Es mi lugar favorito. Soy muy feliz allí. Podría quedarse allí para siempre.

Cuando finalmente entra, Yakov se vuelve hacia mí. —Para una niña criada en la Bratva, es una mentirosa de mierda.

—Realmente no fue nada. Y, de todos modos, ya me ocupé.

—Si no fuera nada, no habría nada de qué ocuparse —suspira—. Si Mariya tiene un problema, debería acudir a mí. Ya tú tienes suficientes cosas.

—Estoy bien. Mariya puede hablar conmigo. Quiero estar ahí para ella.

Yakov mira hacia la casa, perdido en sus pensamientos. Luego, parpadea y desaparece. —No almorzaste nada.

Lo miro con los ojos entrecerrados. —¿Eso es una pregunta?

—Ahora estás comiendo por tres.

—Diles eso a ellos —digo, dándome palmaditas en el estómago—. He tenido náuseas todo el día.

Podría ser el embarazo. También podría tener algo más que ver con que estoy nerviosa sin parar, las veinticuatro horas del día. Es casi como si el estrés constante no fuera bueno para el cuerpo humano. Pero ¿quién podría saberlo?

Yakov se inclina y me toma en brazos antes de que pueda intentar resistirme.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—A la cama.

Me mojo instantáneamente. Pero, cuando subimos las escaleras, Yakov de verdad me lleva a la cama. Me pone una de sus camisas grandes por la cabeza y me acomoda debajo de las mantas.

—Pensé que podrías intentar seducirme —admito, suspirando contra el colchón.

Su cabeza está apoyada en un brazo, mirándome. Desde este ángulo, es todo líneas nítidas y bordes cincelados. —Lo consideré.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Parecías cansada —pasa la yema de su dedo debajo de uno de mis ojos y luego el otro—. No has estado durmiendo muy bien.

Me vi en el espejo esta mañana. No tengo bolsas debajo de los ojos; tengo equipaje debajo de los ojos. Camiones de mudanzas debajo de los ojos.

Presiono mi palma contra su mejilla. —Tú tampoco. Sé que es mi culpa.

Él niega con la cabeza. —Es mía.

Mi corazón se rompe un poco. ¿Alguna vez se perdonará a sí mismo por no estar allí esa noche? Él me salvó. La única razón por la que estoy aquí ahora es porque Yakov se abrió camino a través de la casa de los horrores de Akim y me sacó.

Pero, para él, todo se reduce a ese único fracaso. La única vez que no estuvo ahí cuando lo necesité.

—Yakov, no es…

—Vete a dormir, Luna —lo dice suavemente, pero no deja lugar a dudas. *Esta conversación*

terminó.

No estoy lista para que esto termine.

Nada de esto. No esta conversación. Ni pasar horas en la cama con Yakov. No quiero que esto termine, pero todo se siente muy frágil. Como si cualquier cosa pudiera derribarlo.

—¿Qué pasa después? —pregunto de repente.

—¿Después de dormir? Normalmente, despertarse.

—Quiero decir, ¿cómo será el futuro? ¿Para nosotros? —frunce el ceño y me sorprende darme cuenta de que este no era el momento adecuado para sacar a relucir "la charla" de manera casual. Sigo divagando, tratando de salvar la situación—. Nuestra relación no ha sido exactamente convencional. Tenemos muchas cosas que hacer en este momento con los mellizos y manejando las consecuencias de matar a Akim y todo eso, así que no quiero presionarte. Solo quiero saber qué esperar.

Yakov me mira como si estuviera hablando en lenguas. —Nos casaremos y criaremos a nuestros hijos, Luna. ¿Qué más haríamos?

Lo dice con tanta sencillez que me deja sin aliento.

Sé que Yakov se preocupa por mí. Lo ha dejado claro. Pero el matrimonio nunca ha surgido. En cierto modo asumí que estaba fuera de la mesa. Nada en Yakov dice "tradicional".

Benjy y yo salimos durante años y él igual retrocedía cada vez que aparecía la palabra que empieza con M. Yo nunca habría sido la primera en decírselo a Yakov. Sobre todo, porque me gustaría simplemente vivir en esta casa con él. Pero esto…

—¿Quieres casarte conmigo? —suspiro.

Yakov me quita el cabello de la frente. —Quiero hacer todo contigo, *solnyshka*.

YAKOV

Luna está dormida cuando la encuentro. No me sorprende. Pasó la mayor parte de la noche anterior entrando y saliendo de pesadillas. Por alguna razón, duerme mejor durante el día.

Casi no quiero despertarla.

Por otra parte, verla tendida en nuestra cama me hace querer despertarla aún más. Quiero que ella vea lo que viene después.

Cuando anoche me preguntó qué nos deparaba el futuro, me golpeó como un puto camión. Inmediatamente me di cuenta de que no quería un futuro sin ella. Ella es la madre de mis hijos y la única mujer con la que he tenido este tipo de conexión tan profunda. No existe una versión de la realidad en la que ella y yo no terminemos juntos.

Así que le propuse matrimonio. Más o menos.

Planeo hacerlo mejor la segunda vez.

—Luna —le aprieto el hombro—. Despierta.

Parpadea hacia mí, sus ojos azules están nublados. —¿Hm? Ya… ¿Está todo bien?

—Todo está bien. Pero necesitas despertarte y vestirte.

—¿A dónde vamos? —bosteza—. Estaba durmiendo.

—Es una sorpresa.

Al instante, sus ojos se abren de golpe y su boca se curva en una sonrisa tímida. —¿Qué tipo de sorpresa?

—Del tipo que tendrás que esperar y ver.

Se pone de rodillas y se mueve con más cautela de lo normal con su creciente bulto. —¿Vamos a salir? ¿Debo llevar una chaqueta? ¿O un bolso? Ay, Dios mío —se queja—. Ropa. ¿Tengo que usar ropa real? Las únicas cosas que me quedan bien ahora tienen cinturillas elásticas. ¿Tendré que vestirme elegante?

—Lo que quieras ponerte está bien.

Observa mis pantalones de traje color carbón y mi polo de punto color crema. —Por supuesto

que tú te ves increíble. ¿Cómo voy a competir con eso? Ni siquiera sé a dónde vamos. Solo dame una pista para que pueda…

Presiono un dedo contra sus labios. —Ponte un vestido, Luna. Te veré abajo.

Exhala su aliento cálido contra mi piel. Luego besa mi dedo y gira hacia el armario.

Ella besó mi dedo. No es como si se arrodilló y me desabrochó los pantalones. Y, sin embargo, la noche ni siquiera ha comenzado y ya estoy duro como una roca.

Solo otra señal de que estoy haciendo lo correcto. Nunca nadie ha llegado a mí como lo hace esta mujer.

La única razón por la que quiero pisar el freno es por Nikandr. Anoche, acostado junto a Luna con este plan en mente, me dije a mí mismo que, si fuera el momento adecuado, Nik se despertaría.

Fue estúpido… sé mejor que la mayoría que la vida no es un maldito cuento de hadas. Aun así, pensé que habría alguna señal de que esto es lo que debía hacer. Después de todo, Nik debería estar aquí para este tipo de momentos. Mi vida avanza y se supone que mi hermano debe estar aquí para presenciarlo; se supone que debe tener vida propia.

Pero su médico llamó esta mañana y me dio la misma noticia que he recibido todos los días durante semanas.

Ningún cambio.

He llegado a esperarlo. Cada vez que suena mi teléfono, me preparo para lo peor. *Ningún cambio* es mejor que el peor. Eso no hace que las palabras duelan menos.

Me apoyo en la barandilla al pie de las escaleras y me paso una mano por el cabello. No puedo vivir mi vida basándome en las señales del universo o en las malditas *vibras*. Estoy a cargo de mi propio destino y quiero que Luna esté a mi lado, sin importar lo que esté sucediendo a nuestro alrededor.

Cuando el pensamiento entra en mi cabeza, hay movimiento en lo alto de las escaleras.

Luna está parada allí con un vestido azul del mismo tono que sus ojos y estoy a medio segundo de arrodillarme ahora mismo. Que se joda el resto de la noche. Sé lo que quiero y ya lo tengo justo frente a mí.

Ella se mira a sí misma con nerviosismo. —¿Está bien? Es un poco casual, pero…

—Es espectacular —subo las escaleras y tomo su mano—. *Tú* eres espectacular.

La cintura del vestido queda justo debajo de sus senos. Mi atención va y viene desde el escote hasta la obvia hinchazón de su estómago.

Joder, ver a esta mujer cargando a mi hijo hace que se me acelere la sangre.

Sus mejillas se sonrojan mientras bajamos juntos las escaleras. —¿Es lo suficientemente elegante? —pregunta—. Aún no tengo ni idea de lo que vamos a hacer.

—Eso es bueno, ya que es una sorpresa.

—Bueno para *ti*, tal vez. Me estoy volviendo loca —ella ríe—. Ha pasado tanto tiempo desde que fui a algún lugar que creo que he olvidado cómo hacerlo.

En otra vida habría llevado a Luna a todas partes. Perdí años de mi vida acompañando a mujeres que no me importaban un carajo en galas, bodas y otros innumerables eventos sin sentido. Todo fue un espectáculo. Una forma de que la gente ascienda por alguna patética escala social y trate de acercarse a mí.

Pero, con Luna en mi brazo, no se habrían atrevido a acercarse demasiado.

Habríamos sido putos gobernadores.

Todavía lo seremos, una vez que Pavel esté muerto. Entonces, no tendré que esconderla para mantenerla a salvo.

Luna tira de mi brazo. —Vamos, Yakov. Dame una pista.

—Vale. Una pista —la llevo a la cocina y me detengo para que estemos frente a las puertas del patio.

Lo único que puede ver a través de las puertas son las luces de cadena que se entrecruzan sobre el patio, pero igual jadea. —¡Yakov! —respira—. ¿Qué es todo esto?

—Dije una pista. Eso fue todo —la tiro hacia adelante.

—¿Es todo esto para mí? ¿Tú hiciste esto? —pregunta—. ¿Cuándo hiciste esto? Estuve junto a la piscina hace apenas un par de horas. Cómo hiciste…

Su voz se corta cuando cruzamos las puertas.

Las luces enrollan la base de todos los árboles alrededor del patio, y los muebles habituales del jardín se han cambiado por una mesa íntima y dos sillas. En el centro de la mesa hay velas que parpadean con la brisa.

Luna se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos. —¿Hiciste todo esto por mí?

Me encojo de hombros. —¿Estás sorprendida?

—Sí y no —pasa su brazo por el mío y me sonríe—. Mantienes tu parte romántica muy bien escondida, pero aun así sé que está ahí.

Deslizo su silla y un camarero se acerca con dos copas de champán entre los dedos y una botella en la otra mano. Luna mira la botella y me mira, preocupada.

—Jugo de uva espumoso —susurro.

Ella reprime una risa mientras el camarero nos sirve un vaso a cada uno.

Luna huele el primer plato antes de que llegue a la mesa. —Pan fresco —se gira para observar al camarero que lleva la baguette caliente a través del patio hacia nosotros.

—Con mantequilla de miel —agrego.

Ella se acerca, sus ojos fijos en los míos. —Lo que sea que tengas planeado para el resto de la

noche, cancélalo. Ya has hecho suficiente.

Me río, pero luego ella toma su primer bocado de pan caliente bañado en mantequilla blanda, y no creo que estuviera bromeando. Ella gime.

Tengo que reajustar la parte delantera de mis pantalones. —Estás haciendo que parezca que nunca te alimento.

—He estado deseando esto todo el día. Cuando me desperté hoy, le estaba contando a Hope que estaba dispuesta a matar por un buen pan. ¿Cómo supiste?

—Lo sé todo, Luna.

Especialmente cuando Hope pasa información útil como esa por la cadena de mando.

Luna está terminando la baguette cuando sale el plato principal. —Codillo de cordero estofado en salsa de romero y vino tinto —explica el camarero.

Cuando él se va, Luna huele su plato.

—El alcohol se evapora.

—¿Y cómo sabes eso? —pregunta.

—Porque amenacé al chef con un centímetro de muerte si te daba algo que pudiera lastimar a nuestros bebés —digo—. Todo aquí es seguro. Te estoy cuidando.

Sonríe ante su vaso de jugo de uva. —Eso ciertamente lo estás haciendo.

Comemos y hablamos hasta que nuestros platos están vacíos y se los llevan, reemplazándolos por el postre. Pero no estoy prestando atención a la comida. Estoy fijado en la mujer frente a mí.

La forma en que su cabello brilla como dorado a la luz de las velas. La forma en que se ilumina cuando se ríe hablando del reality show de citas al que enganchó a mi hermana.

Cuando mi padre murió, vi a mi madre desplomarse. Vi lo que era ser dejado atrás, y decidí en ese momento que nunca iba a dejar que me rompieran de esa manera. Después de todo, eso es el amor. Rompes tu corazón y se lo das a otra persona para que lo cargue. Cuando se van, estás jodido.

El amor es pérdida.

También es la mujer sentada frente a mí.

Es Luna durmiendo y follando y riendo en mi cama.

Ella es la madre de mis hijos y no hay una sola persona en el puto planeta por la que preferiría romperme el corazón.

La caja está sobre la mesa entre nosotros antes de que tenga tiempo de pensarlo.

Luna sonríe y tiene en la boca un bocado de crumble de ruibarbo y manzana. —¿Qué es eso?

—Ábrelo y averígualo tú misma.

Aparta el plato y coge la caja. Le tiemblan los dedos. Una parte de ella ya sabe la verdad.

Aun así, cuando abre la tapa de terciopelo, sus ojos se agrandan. —Un anillo.

—Un anillo de compromiso —especifico—. Pensé que deberíamos hacerlo oficial.

Ella mira de mí a la caja y viceversa. La única parte de ella que se mueve son sus ojos. Es como si estuviera congelada.

Le quito la caja de la mano y saco el anillo. Es un diamante de talla ovalada, engastado en un círculo de piedras más pequeñas.

—Esto pertenecía a mi madre —le digo, dándole vueltas al anillo entre mis dedos—. Antes de eso, era el anillo de su madre. Ha estado en mi familia durante generaciones.

Luna se tapa la boca con una mano. Mi nombre está amortiguado entre sus dedos. —Yakov.

—Cuando mi padre murió, mi madre me dio este anillo y me hizo jurar que esperaría a la mujer adecuada —agarro su mano izquierda, el anillo en la punta de su dedo—. Sé que esa mujer eres tú, Luna.

Sus ojos azules están vidriosos por las lágrimas. Ella las aleja tan rápido como caen. —Sí. Yakov, sí. Me casare contigo.

Presiono el anillo en su dedo y llevo sus nudillos a mis labios. —No era una pregunta, *solnyshka*.

LUNA

De alguna manera llegamos desde el patio a nuestra habitación, pero es borroso. Me lleva escaleras arriba y estoy tan distraída por sus labios y las sucias promesas que susurra en mi piel que ni siquiera considero quejarme.

Yakov cierra la puerta y me empuja contra la madera fría. Sus manos están enredadas en mi cabello, su rodilla presionada entre mis muslos abiertos.

Me alejo de sus labios, ya jadeando. —Dijiste algo sobre un regalo.

Yakov no deja de besarme ni un segundo. Sus labios arden desde mi cuello hasta mi pecho. Me quita los tirantes del vestido de los hombros. —¿Qué?

—Un regalo. Cuando subíamos las escaleras, dijiste que tenías otra sorpresa esperándome.

No me importa el regalo, pero, si no lo ralentizo, ni siquiera llegaremos a la cama. Aunque tampoco estoy segura de que eso sea realmente un problema.

Hace un ruido de reconocimiento en el fondo de su garganta y lentamente me lleva hacia la cama. Para cuando me baja hasta el borde, sus labios han purgado cada pensamiento de mi cerebro. Cuando se aleja de mí, acercándose al armario, agarro su camisa para arrastrarlo hacia atrás.

Solo cuando regresa con dos cajas negras en las manos recuerdo lo que está pasando. Me entrega el de arriba. —Abre esto.

No discuto. La última vez que me dijo que abriera una caja, me propuso matrimonio. Tengo buena suerte con las cajas negras.

Levanto la tapa y saco una bata negra.

—Vi eso y pensé en ti —dice Yakov.

Sentirse sexy no siempre es fácil, especialmente después de meses de vomitar y ver cambiar mi cuerpo. Pero saber que él eligió esto para mí, esperando que yo lo usara para él… no hay nada más sexy que eso.

—Será mejor que me lo pruebe —me bajo el cierre del costado de mi vestido y lo dejo caer al suelo. Un sujetador no combinaría con mi vestido, así que estoy desnuda de la cintura para arriba —. Para asegurarnos de que encaje.

Yakov suelta un fuerte suspiro. —O puedes quedarte así. Me ahorrará tiempo.

Me pongo el camisón y lo deslizo sobre mis caderas. —No me di cuenta de que teníamos prisa.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —Yakov pasa lentamente un dedo por mi clavícula y luego toma mi pecho con su áspera palma—. Solo estoy ansioso por escucharte rogando por mi polla toda la maldita noche.

Sus ojos verdes se entrecierran mientras se inclina hacia mí. Roza sus labios suavemente contra los míos, pero luego su mano se curva alrededor de mi nuca. Me atrae contra él con fuerza aplastante. Jadeo cuando desliza su lengua entre mis labios entreabiertos.

Me arqueo contra él, gimiendo ante el obvio bulto en sus pantalones. Puede que tengamos todo el tiempo del mundo, pero estoy lista *ahora*. ¿Cree que él está ansioso? *Pshhh*. No sabe el significado de la palabra.

—Hay más —Yakov se aleja, dejándome tambaleante por haberlo perdido. Agarra la segunda caja negra y me la tiende—. Ábrelo.

Estoy sin aliento. El deseo se acumula entre mis piernas. Lo miro. —No quiero más regalos, Yakov. Te quiero a ti.

Sus ojos se oscurecen otro tono, pero me pone la caja en las manos. —Entonces, ábrelo.

Hago lo que dice, levantando la tapa. Es como un cofre del tesoro. Una caja llena de oro. Excepto… que no son joyas.

Saco una forma curva dorada y presiono el botón al final. Cobra vida y vibra contra mi palma.

—Es esto…

Yakov me quita la caja de las manos y me empuja de nuevo a la cama. Me quita el vibrador y me separa los muslos con las rodillas.

—Es un vibrador de oro de veinticuatro quilates —pasa la vibración arriba y abajo por mis bragas empapadas—. Solo lo mejor para mi futura esposa.

No estoy segura de qué me afecta más: el juguete o la forma en que Yakov me mira como si quisiera devorar cada centímetro de mí.

Dejo caer mi cabeza sobre el colchón mientras él presiona el juguete contra mi clítoris. Desliza mis bragas hacia un lado y empuja el juguete dentro de mí, presionándolo más profundamente hasta que se curva contra mi pared interior. Intento juntar las piernas, pero Yakov me abre para él.

—Ya estás goteando, Luna. Te puedo oler —besa su camino hacia la parte interna de mi pierna y cambia la vibración del juguete a una velocidad más alta—. Quiero saborearte.

Arrastra su lengua sobre mi clítoris y casi me arqueo fuera de la cama. Hace círculos con sus labios sobre mí, chupando y moviendo su lengua hasta que estoy rodando contra su cara.

—Yakov —le ruego, apretando el edredón con el puño—. Yakov, necesito… voy a…

De repente, se ha ido.

La vibración desaparece y Yakov está de pie junto a mí, con una mirada salvaje en sus ojos. —No, no lo harás. No todavía.

Sé lo que quiere. No necesita decirlo.

Me deslizo fuera de la cama y me arrodillo frente a él. Su polla se libera cuando le bajo la cremallera de los pantalones y lo tomo con mi boca como si estuviera hambrienta de él.

Lo cual, ya sabes… estoy.

Hay un pulso necesitado entre mis piernas que él puso allí. Sé que se encargará de ello más tarde, una y otra vez. Eso es lo que hace Yakov. Él me cuida.

Lo deslizo profundamente dentro de mi boca, mis mejillas se hunden a su alrededor. Sus dedos se enredan en mi cabello mientras gime.

—Esta boca es mía —empuja entre mis labios, presionando más y más profundamente. Él gruñe una maldición en voz baja y retrocede.

Envuelvo mi mano alrededor de él, acariciándolo bruscamente. —¿Eso significa que esta polla es mía?

Me aparta el cabello de la frente y agarra un puñado para poder arquear mi cuello. —Lo que es mío es tuyo, *solnyshka*.

Empuja en mi boca hasta que mis ojos lloran. Hasta que lo único que me mantiene erguida es su mano en mi cabello. Y me encanta.

Me encanta todavía más cuando su respiración se vuelve irregular y sus muslos se aprietan. Cuando sé que está al límite por mi culpa. Acelero, chupando y pasando mi mano alrededor de su base.

—Joder —su mano aprieta mi cabello—. Luna.

Aprieto su muslo y le digo sin palabras: *Está bien. Quiero esto. Por favor.*

Ha sido muy cuidadoso conmigo desde que quedé embarazada. Quiero sentirlo perder el control. Quiero saber que fui yo quien lo llevó allí.

Sus caderas tartamudean una vez y luego se derrama en mi boca. Él sostiene mi cabeza con ambas manos mientras lo trago y lo chupo y lo bebo.

Cuando termina, me acuesta en la cama. Pasa su pulgar por mi labio y lo desliza dentro de mi boca, limpiándome. Sus ojos son casi negros.

—¿Lo hice bien? —susurro.

Él niega con la cabeza. —No, Luna. No lo hiciste.

Frunzo el ceño, confundida. —Pero…

Enrosca su mano sobre mis bragas y luego desliza su dedo dentro de mí. —Se suponía que debía correrme aquí dentro. Se suponía que debía terminar dentro de ti. Pero me distrajiste con esa

maldita boca tuya.

Reprimo una sonrisa. —Lo siento.

—No, no lo sientes —arquea una ceja y me mira—. Pero lo harás.

Yakov me rompe las bragas y me pone el camisón sobre los senos. Su boca aprieta mi pezón mientras me introduce dos dedos.

Agarra algo sobre mi cabeza y un segundo después, el oro frío del vibrador presiona contra mi clítoris. Me levanto de la cama, que cobra vida con un rugido, pero Yakov se queda conmigo. Enrosca sus dedos dentro de mí y sostiene el vibrador cerca, implacable incluso mientras lucho y me retuerzo.

—¡Espera! —jadeo apretando mis muslos, aunque no sirve de nada. Yakov está en todas partes —. Te quiero dentro de mí. Quiero…

—Se trata de lo que yo quiero ahora mismo —me regaña con la mandíbula apretada—. Y quiero que te corras por mí como mi pequeña zorra perfecta. Duro.

Con otro movimiento de sus dedos dentro de mí, hago lo que dice. No tengo otra opción.

No hay delicadeza en mi orgasmo, ni desarrollo lento. Es un muro de placer y me golpeo de cabeza contra él. Aprieto su mano, montando sus dedos mientras me hago añicos en la cama.

Aparta el vibrador y, cuando miro hacia abajo, Yakov tiene su polla en la mano. Ya está duro otra vez. Sin decir una palabra, me arrastra hasta el borde del colchón, me agarra por la cintura y me pone boca abajo. Se mueve rápido, pero sostiene mi estómago hasta que puedo descansar sobre mis codos. Incluso ahora, él nos está protegiendo a mí y a nuestros bebés.

Luego introduce cada centímetro de sí mismo profundamente dentro de mí.

Arqueo la espalda, tomándolo por completo, gimiendo mientras él me estira.

—No necesito decirte que esto es mío —dice, acariciando hacia afuera y hacia adentro—. Este coño ha sido mío desde la noche que nos conocimos.

Empujo mis caderas hacia él para tomar más.

Él gime y clava sus dedos en mi piel. Nuestros cuerpos se golpean, pero puedo sentirlo conteniéndose. Hay una correa en su deseo y quiero romperla.

—Nadie me ha follado nunca como tú, Yakov —agarro mis senos, manteniéndolos firmes mientras tiemblo con cada embestida.

Cae sobre mí, golpeando un lugar aún más profundo dentro de mí. Entierro mi cara en el edredón para amortiguar mis gritos.

Yakov me agarra del cabello y arquea mi cuello, todavía embistiéndome. —Grita por mí, Luna. Dime lo bien que te hago sentir.

Empuja una y otra vez, tocando cada una de mis terminaciones nerviosas hasta que no puedo contenerme. Caigo en pedazos, latiendo a su alrededor mientras el calor inunda hasta mis dedos de manos y pies. Todo mi cuerpo hormiguea de placer y no quiero que termine nunca.

—Más —gimo—. No pares.

Yakov se estrella contra mí, pero se queda sin aliento. —Me encanta sentir que te corres alrededor de mi polla. Amo…

Mis ojos se cierran ante esa última palabra… *¿Amor?* Pero Yakov está demasiado ocupado desmoronándose para completar la frase. Me balanceo con él mientras ola tras ola atraviesa su cuerpo mientras él pulsa el mío. Hasta que, finalmente, está completamente agotado.

Él apoya su mejilla contra mi columna y murmura—: A ti.

—¿Qué? —pregunto, olvidando cómo llegamos aquí.

—A ti —respira—. Te amo, *solnyshka*.

LUNA

Me despierto con un delicioso dolor entre las piernas y el brazo de Yakov alrededor de mi cintura. Su aliento es cálido y uniforme en la nuca. No suele dormir hasta tarde, pero después de lo de anoche, no me sorprende que esté cansado.

Levanto la mano hacia la luz de la mañana que entra a través de las ventanas del piso al techo. Anoche no pude ver bien el anillo. Estaba ocupada con Yakov, y todas las demás cosas brillantes que me compró.

Anoche nos despertamos varias veces y nos encontramos en la oscuridad. Por primera vez en semanas, no tuve ni una sola pesadilla. No había tiempo.

Giro mi mano de un lado a otro. El diamante central brilla y la luz se refleja en los diamantes más pequeños en la cabecera.

El brazo de Yakov me rodea con más fuerza. —¿Te gusta?

—Es precioso, pero me gusta mucho más el hombre que me lo regaló.

Me besa la nuca. —¿Cómo dormiste?

—Eso es lo único que no hicimos mucho anoche.

Una risa oscura vibra a través de su pecho. —Teníamos que celebrar.

—Deberíamos *celebrar* más a menudo —ronroneo.

Los dientes de Yakov raspan suavemente mi piel. —Estas hormonas tuyas me van a matar. Necesito rehidratarme.

—Y yo probablemente debería dormir —admito—. Estoy agotada.

—Perfecto. Tú duermes mientras yo hago algo de trabajo.

Él comienza a alejarse de mí, pero me doy la vuelta y lo alcanzo. —¿Te vas?

—El deber llama —pasa un dedo por el centro de mi palma. Lo siento en todas partes.

—¿Volverás cuando me despierte? —me quejo.

—Probablemente no. Pero volveré esta noche.

Estiro los brazos sobre la cabeza y arqueo la espalda fuera de la cama. —Está bien. Si me aburro, usaré los juguetes nuevos que me compraste para mantenerme ocupada.

En un instante, Yakov está encima de mí y su fuerte mano cubre mi garganta. —El único momento en que puedes usarlos es cuando estoy allí para supervisar.

—¿Es eso una orden? —pregunto, reprimiendo una sonrisa.

—Puedo convertirlo en una amenaza si vas a ponerme a prueba.

Me estiro y lo beso. —Seré una buena chica.

Exhala con dureza y murmura—: De hecho, me vas a matar.

Lo observo mientras se levanta de la cama y toma su ropa para el día. Nunca he visto una persona desnuda más hermosa. Cada centímetro de él es duro y esculpido. Es como una pintura que cobra vida.

Me voy a casar con él. La idea envía calidez a través de mi pecho y no puedo evitar sonreír.

Yakov se detiene en la puerta del baño. —¿Por qué estás sonriendo?

—Vas a ser mi esposo.

Me da una rara sonrisa. —Difunde la noticia, si quieres. A mi hermana le encantará saber que finalmente propuse matrimonio. Hope ya lo sabe, porque ayudó a preparar las cosas ayer, pero estaba feliz. Incluso puedes llamar a Kayla, si quieres.

—¿Eso significa que ahora confías en Kayla? ¿No crees que es una espía?

Pone los ojos en blanco. —Significa que confío en ti. Si tú confías en ella, por mí está bien.

Yakov lo dice como si no fuera gran cosa, pero hubo un momento en el que no sabía si alguna vez confiaría en mí, y mucho menos en mis amigos. Pero aquí estamos, comprometidos y domésticos.

Kayla no lo creerá.

~

—NO LO CREO —jadea Kayla—. ¿*Él* te propuso matrimonio *a ti*? ¿Por su propia voluntad?

Resoplo. —¿Crees que lo chantajeé o algo así?

—Obviamente no. Él tiene demasiado sobre ti. No hay manera de que *tú* puedas manipularlo *a él*.

—¿Dejarías de decir todo así? —chasqueo—. Estás usando el énfasis de manera insultante. Se suponía que debías decir: “Felicidades, Luna. Estoy tan feliz por ti.”

Hay una larga pausa. El tiempo suficiente para mirar mi teléfono y asegurarme de que Kayla todavía está en la línea.

Finalmente, suspira. —Estoy feliz de que suenes tan feliz.

Casi, pero no del todo.

—No solo sueno feliz, Kay. *Estoy* feliz. De hecho, estoy emocionada. Lo amo.

—Sé que sí —dice—. Pero eso no significa que sea adecuado para ti.

Esto no es como cuando le dije a Mariya. La hermana de Yakov me abrazó, exigió ver el anillo y pidió un resumen de todo lo que Yakov hizo y dijo anoche. Por su bien, omití todo después de la propuesta. No hay necesidad de traumatizar a la pobre niña.

—Yakov no es Benjy —digo.

—Dices eso, pero esto se siente como Benjy —dice—. Apenas te he visto en meses, apenas hablamos y Yakov claramente no quiere que pases tiempo conmigo.

—¡Eso no es cierto!

—¿Qué parte? —pregunta Kayla—. Porque, desde donde estoy sentada, todo es verdad.

—Vale, algo de eso es cierto. Pero la única razón por la que he estado desaparecida recientemente es porque Yakov estaba tratando de mantenerme a salvo. Y no es que no quiera que pasemos tiempo juntas.

—Me echó la última vez que estuve allí. Sin explicación.

Suspiro. —Eso fue… eso no fue genial. Lamento eso. Pero está pasando por un momento difícil con lo que pasó y con su hermano en el hospital.

—Pones excusas para él como hacías con Benjy —dice en voz baja.

—¡La diferencia es que Benjy no está sentado detrás del teléfono dándome líneas! —chasqueo.

Kayla jadea. —¿Él hizo eso?

Nunca le dije eso. Nunca se lo he dicho a nadie. Ahora recuerdo por qué. Mi cara arde de vergüenza.

—Las cosas con Benjy fueron… peores de lo que crees —digo, tratando de mantener mi voz tranquila—. Sé que estás cuidándome ahora mismo, pero necesito que sepas que nunca volvería a ponerme en ese tipo de situación. No después de haber luchado tan duro para salir.

—No lo sabía —dice Kayla en voz baja—. No me di cuenta…

—Y eso está bien. Lo único que necesito que sepas ahora es que soy capaz de determinar cuándo soy feliz. No necesito que lo hagas por mí. Yakov me hace feliz y necesito que confíes en eso.

—Por supuesto que puedo confiar en eso, Lun. Lo siento.

—Está bien.

Hay una larga pausa antes de que ella diga—: Entonces, ¿todavía podré ser tu dama de honor o…?

Me río. —Ahí está la Kayla que conozco y amo.

Cuando Kayla y yo finalmente colgamos después de treinta minutos de que ella me explicara las tendencias nupciales más vulgares que debo evitar, estoy exhausta.

En parte porque nunca volví a dormir después de que Yakov se fuera esta mañana. Pero parece más que eso. Apenas he comido nada en todo el día debido a las constantes náuseas y mis ojos arden por la necesidad de dormir.

Me acuesto en la cama y me duermo antes de que mi cabeza toque la almohada.

Cuando me despierto, el mundo más allá de las ventanas está bañado por la luz de la tarde y hay una pequeña caja rosa al final de la cama.

Me siento de inmediato. —¿Yakov?

Escucho, pero no lo oigo. Sus zapatos no están junto al armario y su teléfono no está en la mesa de noche. No hay señales de él.

Me arrastro por la cama y arranco la tapa de la caja. Esta vez no se trata de un anillo ni de una caja de juguetes sexuales; es un collar. Una delicada cadena dorada con un colgante de oro rosa colgando del centro. Es hermoso.

—¿Yakov? —vuelvo a llamar, pero nadie contesta.

Debió pasar a dármelo, pero quería dejarme dormir.

Me pongo el collar y tomo mi teléfono. ***Gracias por el regalo, Yakov.***

Me vuelvo a dormir antes de que responda.

LUNA

Me despierto con un grito ahogado y mis manos alrededor de mi estómago.

—Está bien —murmura Yakov a mi lado—. Estoy aquí. Es solo un sueño.

Mi estómago se retuerce y no puedo recuperar el aliento. —No. No es…

—Fue solo un sueño —intenta empujarme suavemente hacia la cama.

—Yakov —jadeo, alejándome de él—. No estoy soñando.

Al instante, está a mi lado, con su gran mano en mi brazo. —¿Qué sucede?

Otro dolor agudo se irradia a través de mi abdomen. Me inclino hacia adelante con un gemido.

Yakov no necesita oír nada más. Coge su teléfono de la mesa de noche. —Tienes que llegar a mi casa ahora —gruñe—. Trae tu equipo. Algo está mal.

Cuelga y viene a mi lado, empujándome hacia la cama mientras trato de levantarme.

—Quédate quieta —ordena—. El Dr. Jenkins está en camino.

—Creo que caminar podría ayudar.

No tengo idea de por qué pienso eso, pero es mi instinto. En este momento, delirando y sufriendo, el instinto es todo lo que tengo para seguir adelante.

Yakov me agarra del codo y me ayuda a caminar lentamente de un lado a otro por la habitación. Con cada vuelta, la tensión en mi núcleo disminuye. Puedo respirar de nuevo.

—¿Ha sucedido esto antes? —pregunta.

—Ayer sentí náuseas todo el día, pero no pensé…

—Deberías habérmelo dicho —espeta—. Habría llamado al Dr. Jenkins antes.

—No pensé que algo andaba mal. Fueron solo náuseas. Lo que pasó ahora fue diferente —un sollozo se atasca en mi garganta—. ¿Crees que algo anda mal?

Presiona su mano en mi espalda baja, estabilizándome. —Todo estará bien.

MEDIA HORA DESPUÉS, el Dr. Jenkins está al lado de mi cama con una gran bolsa negra y un ecógrafo portátil. —No es el dispositivo de más alta tecnología, pero sirve en caso de necesidad —dice con una sonrisa nerviosa—. Solo recuéstate y déjame echar un vistazo.

Yakov aprieta mi mano mientras el Dr. Jenkins presiona la varita contra mi estómago.

Al instante, veo a mis bebés. Hay dos cabezas visibles en la pantalla con una maraña de brazos y piernas moviéndose.

Están vivos. No me di cuenta de lo asustada que estaba de que no lo estuvieran hasta que los vi moverse.

—¿Están bien? —lloro.

—Parece que sí —dice el Dr. Jenkins—. No veo nada malo. Los latidos del corazón son fuertes.

—Se despertó con calambres. Eso no puede ser normal —gruñe Yakov.

El Dr. Jenkins se encoge de hombros. —En realidad, puede serlo. ¿Qué has estado haciendo durante las últimas veinticuatro a cuarenta y ocho horas, Luna?

Lo guío al revés a lo largo de mi día. —Me salté la cena, fui a nadar, comí un pequeño almuerzo y desayuné. Anoche, yo… —dudo, mirando a Yakov—. Bueno… nosotros…

—Nos comprometimos —explica Yakov—. Anoche lo celebramos. Varias veces.

El Dr. Jenkins frunce el ceño al principio, pero veo el momento en que hace clic. —Coito.

Mi cara está ardiendo. —Sí.

—Bueno, entonces eso podría explicarlo —dice—. Puede haber calambres después del sexo. Especialmente si es… entusiasta, digamos. También parece que puedes estar un poco deshidratada. Debe asegurarse de comer y beber más de lo normal, especialmente mientras continúa el embarazo.

—¿Eso es todo? —pregunto.

Él sonríe. —Eso es todo. Todo está bien.

Le sonrío a Yakov. —Supongo que hice un gran escándalo de nada. Lo siento.

Pero él no sonríe. Mira el ultrasonido, observa a nuestros bebés patear y moverse. Luego se dirige al Dr. Jenkins. —Quiero que hagas una visita a domicilio diaria para ver cómo está a partir de este momento.

El Dr. Jenkins parpadea. —¿Todos los días durante los próximos cinco meses?

—Yakov —interrumpo—, eso no es necesario. Estoy bien.

—No fue una sugerencia —dice, con un tono peligroso en su voz.

El Dr. Jenkins mira de mí a Yakov. —Tengo que estar de acuerdo con Luna. Eso realmente no es

necesario. Su embarazo avanza con normalidad. No hay razón para preocuparse por…

—No habrá una sola razón para preocuparse una vez que la examines todos los días.

El doctor suspira. —Sr. Kulikov, entiendo que esto puede ser una experiencia estresante para los padres, pero no me preocupan en absoluto Luna ni sus bebés.

—Vale. Entonces, si algo le sucede a Luna o a mis hijos, te haré personalmente responsable —Yakov estudia al hombre—. ¿Estás preocupado ahora?

El Dr. Jenkins palidece y asiente. —Yo… volveré mañana después del almuerzo.

Yakov acompaña al Dr. Jenkins a salir unos minutos más tarde y luego regresa con un vaso de agua para mí. —Bebe esto.

—Estoy realmente bien. No creo que el Dr. Jenkins necesite venir a verme todos los días. ¿Qué tal si lo hiciéramos una vez por semana?

Presiona el vaso de agua en mi mano y no dice una palabra hasta que tomo un trago.

—Él está en la ciudad para cuidarte. Para eso le pago. Si le pidiera que te examinara una vez cada hora, tendría que hacerlo.

—Eso sería realmente excesivo —bromeo.

Yakov pone su mano sobre mi estómago. —No voy a correr ningún riesgo.

Pongo mi mano sobre la suya, entrelazando nuestros dedos. —Supongo que no puedo culparte por eso.

—No, realmente no puedes.

Resoplo. —Entre esta parte sobreprotectora y todos los regalos que me has estado dejando, probablemente debería dejar de discutir y empezar a disfrutar de los mimos.

Él frunce el ceño. —No usaste tus regalos mientras estuve fuera, ¿verdad? Te di órdenes explícitas de esperar hasta que yo estuviera en casa.

—No te preocupes, no toqué los juguetes —meto la mano en el cuello de mi camisa y saco el collar rosa.

Yakov entrecierra los ojos. —¿Qué es eso?

—Mi collar. El que me dejaste en la cama.

Se inclina más cerca y su rostro se pone tan pálido, como acaba de hacerlo el del Dr. Jenkins.

—Te envié un mensaje de texto al respecto —continúo.

Sin previo aviso, agarra el collar y lo arranca de mi cuello.

Grito, me cuelgo de la garganta. —¡¿Qué estás haciendo?!

—Dime de dónde sacaste esto —dice, con la voz temblorosa de rabia—. Dime *exactamente* dónde y cuándo lo conseguiste.

Me acurruco contra la cabecera. —¡Estaba al final de la cama! Me desperté de una siesta por la tarde y había una caja al pie de la cama. Pensé que era tuyo. Pensé…

Antes de que pueda terminar, Yakov se da vuelta y sale corriendo de la habitación.

No me doy cuenta de que estoy temblando hasta que intento levantarme. Mis piernas se doblan debajo de mí y tengo que agarrarme del borde de la cama para estabilizarme.

Oigo a Yakov bajar las escaleras con fuerza. Unos segundos más tarde, la puerta principal se cierra de golpe.

Todavía estoy temblando junto a la cama cuando Mariya asoma la cabeza por la puerta de mi dormitorio. —¿Luna?

—No sé qué acaba de pasar —me limpio las lágrimas de las mejillas—. Yakov acaba de… yo no…

Mariya me agarra del brazo y me baja a la cama. —Respira, Lun. Estás entrando en pánico.

Respiro y exhalo profundamente hasta que mi ritmo cardíaco disminuye. Luego, tomo mi teléfono. —Necesito llamarlo. ¿Cree que lo estoy engañando? Porque no. No sé de dónde salió ese collar.

—¿Qué collar? —Mariya me quita el teléfono de la mano—. No vas a llamar a nadie hasta que me digas qué está pasando.

Alcanzo mi cuello antes de recordar que Yakov me arrancó la cadena. —Había un collar. Ayer me desperté de una siesta y había una caja al pie de mi cama. Tenía un collar dentro. Supuse que era de Yakov, pero él lo miró como si nunca lo hubiera visto antes.

—¿Alguien te dejó un regalo en tu cama y no fue mi hermano?

Me encojo de hombros. —Supongo. Pero Yakov se fue furioso. No tengo idea de lo que está pensando.

—Yo sí —dice Mariya en voz baja.

Me giro hacia ella y ella se muerde el labio inferior. —¿Qué?

—Alguien… *no Yakov*… te dejó un regalo al pie de tu cama y no tiene idea de quién fue —me mira, esperando que las piezas encajen—. Esta mansión es una fortaleza. Nadie entra ni sale sin que Yakov lo sepa. Especialmente, no en su dormitorio.

—Él cree que alguien irrumpió en la casa —susurro.

Todos esos días que sentí que se me erizaban los pelos de la nuca… Todas esas veces que sentí que alguien me estaba observando…

Alguien me *estaba* observando. Estoy segura.

La pregunta ahora es… ¿qué quieren de mí?

YAKOV

—Comprueba las cámaras de nuevo —gruño.

Tengo el puño cerrado con tanta fuerza que probablemente tendré una marca permanente de esa maldita rosa en la palma de mi mano. Pero no puedo relajarme. No puedo dejar pasar esto hasta saber quién estaba en mi habitación, en mi casa. Hasta que sepa quién estuvo cerca de mi prometida sin mi permiso.

Isay revisa el metraje por tercera vez. —No hay nada, Yakov. El único movimiento en las cámaras perimetrales fue cuando saliste ayer por la mañana y durante los controles perimetrales de rutina. En este metraje no hay nadie que no deba estar.

—¿Hay fallas en la cobertura? —pregunto.

—No hay cámaras a lo largo de la cerca trasera donde se encuentra con la zanja de drenaje. No pensamos que las necesitáramos. La valla es tan alta allí que casi nadie podría…

—*Casi* nadie podría escalarla —dejo que el collar se deslice entre mis dedos y lo sostengo frente a su cara—. Pero alguien jodidamente lo hizo. Alguien estuvo en mi casa y quiero saber quién carajo fue.

Pero lo sé.

¿Quién más podría ser?

Pavel Gustev me llamó personalmente para decirme que vendría por Luna. La pregunta que necesito responder ahora no es quién estuvo en mi casa, sino quién lo dejó entrar.

—Quiero a todas las personas que saben dónde están las cámaras en esta mansión frente a mí ahora mismo, joder.

—¿Crees que hay una rata? —pregunta Isay.

—¿De qué otra manera sabría Pavel dónde entrar a mi propiedad? ¿De qué otra manera podría esquivar todas las cámaras que tenemos y entrar a mi casa?

La ira me recorre como ácido. La siento devorándome. *Él estuvo en mi casa. Estuvo cerca de Luna.*

¿Dejó el collar en la cama mientras ella dormía? La imagen de una figura oscura acechándola

mientras duerme perseguirá mis putas pesadillas por el resto de mi vida.

O al menos hasta que Pavel muera. Una fecha que se acerca cada vez más con cada segundo que pasa.

—Estos hombres te son leales —dice Isay—. Yo respondería por cada uno de los hombres del equipo de seguridad, señor.

Me giro hacia él. —¿Lo harías? ¿Arriesgarías tu vida por su lealtad, Isay?

Su boca se abre y se cierra. —No… quiero decir, creo en ellos, pero no…

—Si no arriesgarías tu vida en ello, entonces no pierdas mi jodido tiempo diciéndolo —gruño—. Los quiero frente a mí ahora. Quiero oírlo de sus bocas para poder oler sus mentiras. Quienquiera que sea, no verá el próximo amanecer.

Isay traga y saca su teléfono, escribiendo un mensaje.

Antes de que pueda enviarlo, alguien toca la puerta. Kuzma entra antes de que pueda decir algo. —Se lo necesita en las puertas de entrada, señor.

—Es media noche.

—Una de las muchas razones por las que tenemos a un repartidor detenido allí, esperando su interrogatorio —coincide.

Aprieto la mandíbula. Luego sigo a Kuzma por el camino de entrada hacia la caseta de seguridad. Incluso antes de abrir la puerta, escucho los lloriqueos.

—¡No hice nada malo! —dice la voz—. Me pagaron para que entregara el sobre. No tengo idea de lo que hay dentro. ¡Tienes que creerme!

—No tenemos que hacer nada —escupe Savva.

El sonido de un puño chocando contra la carne llena el aire. Luego, más gemidos.

Cuando entro por la puerta, Savva da un paso atrás. —Debí haber esperado a que abrieras el sobre, pero quería asegurarme de que no fuera peligroso. Luego, lo abrí y no… no pude simplemente sentarme aquí.

Veo un gran sobre manila sobre el escritorio, detrás de Savva. Lo agarro y empiezo a sacar los papeles del interior. Pero me detengo cuando veo la esquina de una cama… *mi* cama. Lo deslizo más y veo la lencería negra de Luna amontonada sobre mi alfombra.

Entonces, veo un pie… una pierna.

Saco el papel y me encuentro mirando una foto de Luna acostada en mi cama. Está dormida, con las manos dobladas bajo la barbilla y el cabello rubio extendido sobre la almohada detrás de ella.

Al final de la cama hay un pequeño joyero.

En la esquina de la foto hay una mano con un guante negro.

Un extraño en mi casa. Un enemigo cerca de mi prometida embarazada. Estuvo a poca distancia

de todo mi puto futuro.

Mi visión se estrecha a un túnel. Todo lo que veo es la foto frente a mí y al hombre que gime en el suelo de la choza.

Golpeo la foto contra el pecho de Savva y levanto al repartidor por el cuello. Un grito ahogado sale de su boca, pero se ahoga cuando lo golpeo contra la pared.

—¿De dónde carajo sacaste esta foto?

Sus ojos se salen de las órbitas y los vasos sanguíneos explotan en sus mejillas mientras lucha por respirar. Podría matarlo. *Debería* matarlo. Cualquiera que esté involucrado en meter a Pavel en mi maldita mansión debe morir.

Pero conozco el terror. Los diferentes tonos y sabores del mismo. El terror que veo en los ojos de este hombre no se debe a que lo hayan atrapado; es porque no tiene idea de lo que está pasando.

Obligo a mis dedos a soltar su cuello. Se desploma en el suelo, jadeando en busca de aire. —No sé nada —dice con voz áspera—. Alguien me pagó para que entregara un sobre en esta dirección. No miré… no…

—¿Quién? —gruño.

Sacude la cabeza y mi pie choca contra su estómago antes de que las palabras puedan siquiera salir de sus labios.

Se dobla con un gemido. —¡No sé! Realmente no lo sé. Por favor, no me mates. Tengo una familia.

Lo agarro por el cabello. —Yo también. Y quien te pagó quiere matarla.

Sus ojos se agrandan. —¡No lo sabía! Solo tomé el dinero. No tengo idea de lo que está pasando.

—¿Nunca conociste a quién te contrató? —pregunta Savva.

El repartidor niega con la cabeza tan fuerte que sus mejillas se agitan. —Me contrataron en línea. En una caja había un sobre con el dinero en efectivo. Lo recogí y lo traje aquí. Ni siquiera vi a la persona.

Le creo.

También creía que mi mansión era impenetrable. Creí que Luna estaba a salvo aquí. Ahora que alguien entró y llegó hasta ella, tengo que cuestionarlo todo.

Lo golpeo contra la pared y el aire sale de sus pulmones. Luego le clavo el puño en el estómago una y otra vez.

Cuando comienza a desplomarse, lo inmovilizo contra la pared. Mi voz es un susurro mortal en su oído. —Si descubro que me estás mintiendo, no serás solo tú quien sufra. Cazaré a todas las personas que conoces y amas y las mataré delante de tus ojos.

Inhala profundamente. —Lo juro, no sé nada. Te prometo que yo…

—Verás morir a todos en tu órbita antes de que te arranque los ojos mentirosos de la cabeza y

deje que te ahogues con ellos —gruño—. ¿Me entiendes?

—Sí —solloza—. Sí. Estoy diciendo la verdad. No sé nada. Lo juro.

Lo dejo caer al suelo y lo pateo hacia la puerta. —La próxima vez, no aceptes un trabajo que no entiendes.

Gatea por el suelo, tropieza y cae con sus propias manos y pies hasta llegar al césped. Luego se pone de pie y corre hacia la puerta abierta.

Tan pronto como el hombre se va, Savva se vuelve hacia mí. —Hemos estado revisando las imágenes, pero no hay nada…

Lo empujo y entro por el camino de entrada.

Nadie sabe nada.

Nadie sabe cómo sucedió esto.

Pero *yo* sí.

Le fallé. Subestimé a mi enemigo y podría haber perdido a Luna. Mis hijos podrían haber…

Aprieto los dientes hasta que me duelen y mi aliento sale con enfado. Cuando entro, la ira que me recorre es letal. Si no mato lo siguiente que vea, esta maldita rabia me tragará. Así que entro en mi oficina y cierro la puerta.

La habitación está oscura, pero no necesito luz para esto.

Agarro la mesa al lado de la puerta y la tiro al otro lado de la habitación. Se estrella contra la pared y la pata rasga la placa de yeso. Levanto la silla de cuero frente a mi escritorio por encima de mi cabeza y la golpeo contra el piso de madera. Pongo mi archivador de punta. Arranco un candelabro de la pared. Balanceo la lámpara de mi escritorio hacia la parte trasera de la puerta, una y otra vez hasta que el acero inoxidable se convierte en pulpa en mis manos y la puerta es un montón de astillas.

Saco la adrenalina destruyendo un mueble a la vez hasta que no queda nada. Hasta que el polvo en el aire quema mis pulmones y me giro y golpeo la pared con el puño.

No es suficiente para aliviar la ira dentro de mí. No será suficiente hasta que sea el cráneo de Pavel el que esté aplastando. Hasta que sea *su* sangre en mis nudillos.

Pero es suficiente para poder concentrarme en lo que debe suceder a continuación.

Necesito sacar a Luna y a nuestros bebés de aquí.

LUNA

—Nos vamos.

La puerta del dormitorio se abre de golpe, y Yakov tiene una bolsa de lona en sus manos antes de que pueda procesar lo que dijo.

Tan pronto como se abrió la puerta, Mariya se movió protectoramente frente a mí. Incluso cuando ve que es Yakov, se queda quieta.

—Ahora —añade Yakov, metiendo un fajo de ropa en una bolsa de lona.

Mariya me mira, luce tan confundida como yo. Aprieto su mano y sigo a Yakov mientras se mueve por la habitación, metiendo todo lo que hay en el dormitorio en una bolsa.

—Yakov, ¿qué está pasando?

—Estoy haciendo las maletas —ladra—. Obviamente.

—Pero, ¿adónde vamos?

—Lejos.

Dejo escapar un suspiro brusco. —Necesito más que eso. Necesito entender qué está pasando y por qué estás…

De repente, Yakov está unos centímetros delante de mí y sus manos parecen abrazaderas de hierro sobre mis hombros. —Te llevaré a un lugar seguro, Luna. Empaca lo que quieras llevar contigo. Ahora.

Entre un parpadeo y otro, se ha ido. Pero todavía puedo ver la angustia en sus ojos. Está grabado en mi visión, como si hubiera pasado demasiado tiempo mirando al sol.

Nunca había visto a Yakov asustado. Y ahora mismo está aterrorizado. Por *mí*.

—¿A dónde iríamos? Pensé que la mansión era segura. Hay guardias aquí. Cámaras de seguridad. Pensé…

—Pensaste mal —sus nudillos están blancos alrededor de las correas de la bolsa de lona. Tira la bolsa al suelo a sus pies—. *Yo* me equivoqué. Ya no puedo mantenerlas a las dos a salvo aquí, *solnyshka*. Solo confía en mí.

—Por supuesto que confío en ti, Yakov —suspiro—. Te confío mi vida, pero no entiendo por qué tenemos que hacer esto.

—Estamos haciendo esto porque está paranoico —escupe Mariya. Ella mira a Yakov—. No voy a pasar los próximos meses en un búnker sin ventanas. Volaré de regreso a Moscú ahora mismo antes de dejar que me encierres de nuevo.

Me vuelvo hacia ella, ya sacudiendo la cabeza. Quiero a Mariya de mi lado. Entre las dos, *tal vez* podamos convencer a Yakov de que baje el ritmo, piense en esto y nos deje quedarnos aquí.

Pero esta no es la manera de conseguir lo que queremos. Cuanto más empuja Mariya, más se hundirá Yakov. Literalmente estaremos encerradas si no se detiene.

Yakov ni siquiera la mira mientras mete todo el cajón superior en la bolsa. —No voy a hacer esto contigo, Mariya. No hay tiempo. Ve a empacar.

Levanta las manos. —¡Nunca hay tiempo para explicar nada! Se supone que debemos confiar ciegamente en ti e ir a donde quiera que nos lleves. Pero estoy harta de eso. Tengo casi dieciocho años. No puedes obligarme a hacer nada que no quiera hacer.

Hago una mueca de dolor, preparándome para que Yakov estalle contra ella. Para que los dos se conviertan en una pelea de gritos que terminará con Yakov obteniendo lo que quiere y Mariya sintiéndose miserable por el tiempo que estemos encerrados.

Pero Yakov no grita. Se vuelve hacia Mariya, con las cejas oscuras juntas, y exhala. —Estuvieron en la mansión, Mariya. *En mi habitación*.

Mariya parpadea, claramente tan aturdida como yo por su tono. Por una vez, ella no tiene nada para decir.

—Nuestros enemigos entraron en esta casa y estuvieron aquí con ustedes mientras yo estaba fuera —se pasa una mano por el cabello—. Tengo que mantenerlas a salvo.

—No a mí. Yo puedo apañármelas sola. Si vas a pelear, déjame quedarme y ayudarte —dice.

—Me *estás* ayudando. Necesito que estés ahí para Luna.

¿Él necesita que *ella* esté ahí para mí?

—Pero *tú* estarás allí para mí —espeto.

Yakov me mira. Algo que no entiendo brilla en sus ojos. Luego vuelve a mirar a Mariya. —Sé que puedes defenderte. Te vi peleando con los hombres de Akim. Has sido entrenada para esta vida. Es exactamente por eso que necesito que estés con Luna. Quiero a alguien con ella que yo sé que la respaldará al cien por cien. Ese eres tú.

Mariya está mirando al suelo, con un hoyuelo en la barbilla mientras piensa.

—Estarás ahí para mí —repito, dando un paso adelante—. Yakov, estarás allí… ¿no?

Si la mansión no es segura, Yakov no puede quedarse aquí. No me despedirá mientras esté embarazada. No cuando ha sido tan protector conmigo los últimos meses.

Él viene con nosotras. Tiene que hacerlo.

Me repito la mentira una y otra vez. Me aterroriza demasiado la alternativa como para siquiera considerar cómo sería estar separada de él.

Mariya no sufre el mismo engaño que yo. Ella levanta la barbilla y asiente una vez. —Lo haré. Yo me ocuparé de ella.

Yakov le pone una mano pesada en el hombro y le aprieta. —Gracias.

Cuando ella se va, Yakov se vuelve hacia mí. —No voy a poder hacerte cambiar de opinión, ¿verdad? —pregunto en voz baja antes de que pueda hablar.

—No cuando se trata de tu seguridad —dice—. No sobre esto.

Parpadeo para contener las lágrimas. —¿Qué hay de tu seguridad?

—Dijiste que confiabas en mí.

—Lo hago —me limpio las mejillas.

Yakov acaricia lentamente con su pulgar mi mandíbula. —Entonces, termina de empacar. Saldremos en quince minutos.

LUNA

Intento permanecer despierta mientras conducimos.

No es que sea buena con las direcciones en las mejores circunstancias y está tan oscuro afuera que es difícil ver a dónde vamos de todos modos, pero tener la capucha sobre mi cabeza mientras los hombres de Akim me secuestraban fue desorientador. Esta noche, quiero saber dónde estoy y cómo escapar si es necesario.

Pero Yakov me aprieta la mano sobre la consola central mientras conduce. La calefacción está encendida en el auto y el viaje es tan suave que, antes de darme cuenta, abro los ojos cuando Yakov estaciona el auto.

—Despierta. Estamos aquí —dice en voz baja.

Llevo menos de un segundo despierta, pero mi corazón late con fuerza. Me siento y miro con los ojos muy abiertos a través del parabrisas. —¿Dónde es "aquí"?

—Es una casa segura. Nadie más que Nik y yo sabemos que existe.

—Gracias por contarme ese secreto —murmura Mariya sarcásticamente desde el asiento trasero —. Supongo que no se puede confiar en mí.

—Es la casa de Vera y Usev —le dice Yakov.

Mariya jadea. —No los veo desde el funeral de Papá.

—Eso es a propósito. Cuanto menos conexión tengan con nuestra familia, más segura será su casa.

—¿Podemos confiar en ellos? —pregunto.

Yakov me agarra la mano y se lleva los nudillos a los labios. —No te dejaría aquí si no pudiera confiar en ellos. Son buenas personas. Ellos te mantendrán a salvo.

Quiero decir: Tú *puedes mantenerme a salvo*. Argumentos que sé que no funcionarán surgen en mi mente. Yakov está decidido a esto, así que sucederá, me guste o no. Y *no* me gusta. No me importa lo seguras que sean estas personas… no son Yakov.

Pero no quiero ponerle las cosas más difíciles. Si tiene que salir y enfrentar alguna amenaza, no quiero que se preocupe de que yo esté aquí tratando de cavar un túnel hacia la libertad. Estoy de

su lado. Si esto es lo que necesita de mí… lo haré.

Eso no significa que me tenga que gustar.

Yakov me suelta la mano y alcanza la guantera. Su aroma amaderado me rodea mientras saca dos teléfonos negros y nos entrega uno a cada una.

—Mi número está cargado en los contactos si necesitan algo. Estos son básicamente ladrillos, pero aun así hay que tener cuidado. No pueden usarlo para lo que les dé la gana —Yakov entrecierra los ojos y mira a Mariya en el asiento trasero—. Es solo para uso de emergencia. Cualquier contacto con alguien fuera de mí podría ponerlas a ambas en riesgo.

—Dudo que esto pueda siquiera completar una llamada telefónica —Mariya arruga la nariz mientras sopesa el pesado teléfono en la palma de su mano—. Pero entiendo. Ninguna comunicación exterior.

Yakov toma nuestras maletas y nos lleva por la estrecha acera hasta la casa. Es una modesta casa de estilo artesanal, en una calle tranquila. La única lámpara está al final de la cuadra, por lo que está envuelta en sombras. Un jardín bien cuidado bordea el frente de la casa justo debajo de grandes ventanales a juego. Todas las cortinas están corridas, solo unos tenues atisbos de luz se asoman entre los huecos.

Tan pronto como Yakov sale al porche, se abre la puerta principal. No veo quién está detrás hasta que estamos dentro de una sala de estar con poca luz y la puerta está cerrada y asegurada.

Un hombre calvo en pantuflas… Usev, supongo… mira por la mirilla y luego le pregunta a Yakov algo en ruso.

Yakov responde, y se produce una breve conversación entrecortada antes de que una mujer de cabello canoso y vestida con una bata azul celeste entre a la habitación. Debe ser Vera. Toma el rostro de Mariya y dice algo que no entiendo.

Milagrosamente, Mariya no aparta las manos de la mujer como esperaba. Ella sonríe y le da un rápido abrazo.

Entonces Vera se vuelve hacia mí. Me da palmaditas en el estómago, me mira directamente a los ojos y me hace una pregunta.

—No hablo ruso —admito tímidamente. Aparentemente, debería aprender. Odio estar fuera de la conversación. Yakov responde por mí. Los ojos de Vera se agrandan. Ella frunce el ceño hacia mi estómago y luego levanta dos dedos. Yakov asiente.

Sé que están hablando de mí y de los mellizos, pero desearía saber qué están diciendo exactamente.

—Vera es partera —me traduce Mariya al oído—. Nunca antes había ayudado con mellizos, pero está segura de que puede…

—No voy a tener a mis bebés aquí —espeto. Miro a Yakov—. No estaré aquí tanto tiempo, ¿verdad? Esto terminará antes de que nazcan los bebés. ¿Verdad? ¿No es así?

Vera frunce el ceño y lleva la misma expresión confusa que yo acabo de tener. Al parecer,

ninguna de las dos habla la lengua nativa de la otra.

Yakov les dice algo a Usev y Vera y luego me agarra de la mano y me arrastra tras él.

Atravesamos una cocina estrecha con papel tapiz de manzana en las paredes y bajamos unas escaleras desvencijadas hasta un sótano de concreto sin terminar. Las paredes están húmedas. El suelo está húmedo. El *aire* está húmedo. Cada vez que paso más hacia la casa, siento que me entierran viva. Aquí abajo no hay oxígeno.

Nunca he tenido claustrofobia, pero cuando Mariya cierra la puerta en lo alto de las escaleras y nos sumerge en la oscuridad, nunca sentí más pánico. Estoy a punto de tirarme sobre la espalda de Yakov y negarme a soltarme hasta que él me saque de aquí, cuando desliza una estantería hacia un lado para revelar un teclado. Introduce un código y se abre una puerta.

—Por aquí —dice, haciéndonos pasar a Mariya y a mí por la puerta—. Aquí dentro.

Al instante, puedo respirar.

El aire es seco y fresco. Huele a manzanas con canela, lo cual tiene sentido cuando veo un pastel de manzana en la encimera de la cocina a la derecha.

Al frente hay una sala de estar completa con un sofá en forma de U y una pared de estanterías. Más allá hay tres puertas empotradas en la pared trasera.

—No está mal —dice Mariya. Le quita el bolso a Yakov y se dirige a la puerta de atrás a la derecha. Ella lo abre y asiente con aprobación—. Este definitivamente es mi dormitorio. Me lo quedo —luego ella desaparece dentro.

—¿Qué es este lugar? —pregunto.

Yakov se apoya, cansado, contra la pared. —Mi padre lo hizo construir cuando yo era solo un niño. Usev es un viejo amigo suyo. Crecieron juntos en Rusia. No está en la Bratva propiamente dicha, pero siempre ha sido comprensivo con mi padre y nuestra familia. Puedes confiar en él.

—Pero ¿por qué tengo que hacerlo? —intento ocultarlo, pero mi labio inferior tiembla—. No quiero confiar en esta gente. Quiero estar contigo.

—No puedes. No hasta que sea seguro.

—Pensé que era seguro. Akim está muerto, ¿no?

Yakov asiente. —Akim está muerto. Desafortunadamente, su hermano menor no. Aún no.

El fuego en sus ojos es respuesta suficiente, pero hago la pregunta de todos modos. —¿Fue quien estuvo en la casa? ¿Fue quien me dio el collar?

—Pavel —confirma Yakov con los dientes apretados—. Quiere venganza porque maté a su hermano. Eso lo convierte impredecible. No tengo idea de lo que va a intentar.

Hay algunas ventanas falsas en las paredes que pretenden replicar la luz del día, pero no hay ningún acceso real al mundo exterior. Estoy a salvo aquí abajo. Pero de repente me siento expuesta. Es la misma sensación que tuve cuando estaba afuera en la mansión… como si me estuvieran observando.

—¿Hay alguna forma de que nos haya seguido hasta aquí?

—Ninguna —no me doy cuenta del frío que tengo hasta que Yakov pasa sus cálidas manos por mis brazos—. Nadie sabe acerca de este lugar y me aseguré de que no nos siguieran. Soy la única persona en el mundo, además de Mariya y la pareja de arriba, que sabe que estás aquí. Estás a salvo.

—Entonces deberías quedarte aquí. Si estamos a salvo, tú también deberías quedarte —enrosco mis manos alrededor de su cuello. Quiero acercarme, pero mi barriga lo golpea primero. Yakov me da una sonrisa triste y apoya su palma contra mi vientre. Luego toma mi mano y me lleva a la puerta en la esquina izquierda.

Este dormitorio es pequeño, pero ordenado. Hay una cama de tamaño completo con una colcha hecha a mano sobre el colchón y una pila de mantas adicionales en una mecedora en la esquina. No se parece en nada a nuestra habitación en la mansión.

Yakov cierra la puerta detrás de nosotros y luego me levanta hasta el borde del colchón. —No puedo quedarme aquí contigo… pero puedo quedarme unos minutos más.

No es suficiente. Unos minutos robados con Yakov nunca serán suficientes. Necesito todo de él, todo el tiempo.

Pero a buen hambre no hay pan duro. Agarro el frente de su camisa y lo acerco hacia mí. Nuestras bocas chocan al principio, pero el beso se suaviza inmediatamente. Paso mis dedos por su cabello y lo acerco, saboreando y memorizando cada centímetro de él como si fuera la última oportunidad que tendré.

Puede serlo.

Dejo en blanco el pensamiento, envolviendo mis piernas alrededor de sus muslos y acercando a Yakov. Lo único que llevo puesto es la camiseta grande de Yakov. Las últimas horas fueron tan agitadas que apenas noté mi falta de ropa real. Empuja el dobladillo de la camisa hacia arriba y sobre mis caderas antes de agarrar mis bragas y deslizarlas hacia abajo.

Sus movimientos no son frenéticos ni apresurados. Se está tomando su tiempo conmigo. Pero ahora mismo ambos queremos lo mismo.

Yakov deja caer mis bragas al suelo mientras le desabrocho los pantalones. Su dura longitud salta hacia mi palma y lo presiono contra mi entrada.

Me recuesto sobre mis manos mientras él se desliza lentamente dentro de mí, estirándome alrededor de él centímetro a centímetro. Cuando está dentro de mí hasta el fondo, nuestras miradas se cruzan. El único sonido en la habitación es nuestra respiración agitada.

En este segundo, somos las únicas personas que existen. No hay peligro. No hay casa segura. No hay necesidad de estar separados. Durante los siguientes minutos, solo estamos nosotros dos y la forma en que siempre hemos encajado tan perfectamente.

Apoyo una mano contra su mandíbula cuadrada. —Te amo, Yakov.

—No quiero escuchar eso —Yakov se sale de mí y vuelve a entrar—. No quiero oírte decir adiós.

—Pero yo no estaba…

—Lo estabas —dice bruscamente, llenándome de nuevo.

Presiono mi palma contra su corazón. —Entonces, ¿qué quieres oír?

Lentamente, separa mis muslos aún más. Sus dedos se aferran a las puntas de mis piernas, su pulgar dibuja un círculo devastador sobre mi clítoris. Gimo.

—*Eso* —besa mi cuello mientras me embiste una y otra vez—. Quiero oírte correrte por mí como si fueras mía. Como si pudiéramos hacer esto de nuevo mañana y pasado y pasado.

—Como si nada fuera a cambiar —envuelvo una mano alrededor de su cintura y me aferro a su espalda baja mientras él me inclina hacia la cama.

Golpea un lugar más profundo en mí y lloro. —Nada *va* a cambiar —su pulgar y su polla me trabajan por dentro y por fuera hasta que no puedo formar palabras—. Siempre va a ser así, Luna. Tú y yo.

Libero pulsos a través de mí y siento que Yakov me sigue rápidamente. Pero, incluso cuando termina, mantengo mis piernas alrededor de él, sin querer que se retire todavía. Queriendo quedarme aquí con él tanto tiempo como pueda.

—Prométeme que llamarás —susurro.

Yakov me abraza contra su pecho y me besa la frente. —Cada vez que pueda.

YAKOV

El cráneo del hombre rebota en mis nudillos y se estrella contra la pared de hormigón detrás de él. Sus ojos están vidriosos, desenfocados, apenas conscientes. Pero de todos modos lo golpeo de nuevo.

—¿Esto te está dejando algo suelto? —pregunto, sosteniendo al hombre por la parte delantera ensangrentada de su camisa—. ¿Puedes decirme qué información le pasaste a Pavel ahora?

Isay encontró al hombre acechando alrededor del perímetro de la mansión después de que regresé de dejar a mi hermana y a Luna en la casa segura. Me cabrea muchísimo.

Revisé constantemente mi espejo retrovisor mientras conducía. Sin mencionar las frecuentes paradas que hice para verificar si había rastreadores. No hay manera de que me haya seguido desde la casa hasta la mansión sin que me dé cuenta.

Pero eso igual no significa que me vaya a arriesgar.

El hombre abre la boca y le sale sangre. Hay un espacio blando y feo donde estaban sus dos dientes frontales hace apenas unos minutos.

—Dime lo que sabes —exijo.

Él niega con la cabeza. —Nada. No sé nada.

Canalizo la rabia que todavía corre por mis venas y le doy otro golpe al gilipollas.

Es un soldado de bajo nivel. Alguien prescindible que Pavel probablemente envió en caso de que pudiera reunir alguna buena información. En el mejor de los casos, Pavel sabría dónde están Luna y Mariya. En el peor de los casos, perdería a un don nadie de sus filas.

Suelto la camisa del hombre y él cae al suelo a mis pies justo cuando suena mi teléfono.

Es un poco temprano para la llamada habitual de la doctora de Nik, pero igual es más tarde de lo que pensaba. Especialmente porque ya llevo cinco horas despierto.

—Deshazte de él —le digo a Isay, señalando al soldado—. Déjalo donde lo encuentre Pavel.

El hombre empieza a gritar, pero cierro la puerta insonorizada del sótano dejando atrás su muerte y atiendo la llamada.

—Es Yakov.

—Sr. Kulikov —la voz de la Dra. Tung es extrañamente formal. Después de llamadas telefónicas diarias durante semanas, me acostumbré a la cómoda rutina en la que nos hemos metido. La manera fácil en que me dice que nada ha cambiado y sigo con mi día como si no fuera un maldito puñetazo en mi pecho cada maldita vez.

Sea lo que sea que esté a punto de decir, sé que no quiero oírlo. Pero pregunto de todos modos.

—¿Cómo le fue a Nik anoche?

—Sé que la honestidad es importante para ti, así que seré franca: no bien. Lo hemos estado desconectando del ventilador y dejó de respirar.

Me pongo rígido, preparándome de la misma manera que lo haría para recibir un puñetazo en el estómago. —¿Él está bien?

—Lo regresamos, pero… —suspira—. Creo que es hora de que entres y converses conmigo y con el equipo de Nikandr sobre cómo proceder a partir de ahora. ¿Puedes venir esta mañana?

—Iré ahora.

Cuelgo y estoy agarrando mis llaves cuando me doy cuenta de que tengo sangre seca en mi mano. No estoy seguro si es del repartidor que trajo el sobre, golpeando mi puño contra una pared, o del soldado con el que acabo de terminar. Quizás los tres.

Dejo mis llaves en el recipiente y me dirijo a la ducha.

El agua está increíblemente caliente, pero me quedo bajo el chorro hasta que mi cuerpo se adormece ante el dolor. Como si tal vez pudiera hacer algo para deshacerme del dolor en el centro de mi pecho.

Solo hay una cosa de la que la Dra. Tung podría querer hablarme: *¿qué estoy dispuesto a hacer para mantener con vida a mi hermano?*

La respuesta, por supuesto, es todo lo que esté en mi puto poder. La respuesta es que haré cualquier cosa para mantener a Nik aquí con nosotros.

La verdadera pregunta, la que me vacía por dentro, es: *¿Querría Nikandr vivir así?*



—HEMOS HECHO todo lo que hemos podido por él —dice la Dra. Tung por tercera vez—. Lo que suceda a partir de este momento depende de Nik.

—Excepto que no depende de él. Depende de mí —escupo—. Por eso estamos aquí.

La Dra. Tung y un hombre que no se parece en nada a enfermero y sí a un guardia de seguridad están parados frente a mí. Aparentemente, incluso después de todas nuestras llamadas telefónicas, la doctora no confía en mí para tomar bien esta noticia.

—Estamos aquí porque contar con un plan para cada eventualidad facilita las cosas. En el calor

del momento, la emoción puede ser intensa. Es mejor haber tomado estas decisiones cuando estabas tranquilo y pensando con claridad.

—Siempre estoy pensando con claridad.

Ella me da una sonrisa tensa. —Incluso si ese es el caso, el equipo de atención de Nikandr a veces solo tiene unos segundos… menos que eso… para tomar una decisión. No tenemos tiempo para llamarte y averiguar qué quieres hacer. Así que, si quiere que actuemos pensando en sus mejores intereses, ahora es el momento de decidir…

—¿Cómo es que una orden de No Resucitar es mi mejor interés? —agito el papel con el poder de determinar si mi hermano vive o muere entre nosotros—. Dejé a mi hermano aquí para que pudieras mejorarlo. ¿Ahora estoy planeando su muerte?

Sabía que las cosas estaban mal. La Dra. Tung me dijo que no debería esperar un milagro.

Pero lo hice.

Incluso en mi punto más bajo, siempre esperé que Nik se despertara y se riera de mí por haber hecho tanto escándalo por un disparo. Siempre pensé que esta fase de nuestras vidas se desvanecería y no sería más que un recuerdo lejano. Quizás por eso dejé de visitarlo con tanta frecuencia. Quizás por eso me dejé distraer con Pavel y la Bratva Gustev. Porque nunca pensé que mis últimos días con mi hermano menor los pasaría junto a su cama de hospital.

—Sé que este es un momento difícil para ti y tu familia —dice la Dra. Tung—. Si hay alguien más con quien le gustaría hablar antes de tomar esta decisión, no dude en hacerlo. Pero le insto a que decida rápidamente.

Dicho esto, la Dra. Tung y el guardia de seguridad en bata se van y yo tomo mi teléfono.

Mi instinto es llamar a Luna. Quiero escuchar su voz ahora mismo. Solo han pasado un par de horas desde que la dejé en la casa segura, pero parece toda una vida.

Pero no puedo llamarla. No solo las pondría a ella y a Mariya en riesgo, sino que ya está bajo suficiente estrés. No necesito agregar la vida de Nik a su angustia.

Además, ya sé lo que diría. Lo mismo que ya dijo. *Mi madre merece saber qué está pasando.*

Con una mueca, toco el contacto de mi madre y espero. Suena lo suficiente como para pensar que tal vez no responda. Luego, la línea se conecta.

—¿Yakov? —suena vacilante, como si estuviera esperando a alguien más.

—Soy yo.

—Vaya —escucho algo ruidoso al otro lado de la línea—. No puedo creer… no pensé… ¿De qué se trata esto?

—Necesito hablar contigo.

—¡No durante los últimos meses, no lo has hecho! Ninguno de ustedes lo ha hecho. —solloza—. Hace semanas que no sé una palabra de ninguno de mis hijos. Mariya nunca ha sido buena para nada más que enviar mensajes de texto cada dos semanas, pero Nikandr siempre llamaba. Tú

nunca. Por eso me sorprende que seas tú ahora. Envío a mi hijita alrededor del mundo a vivir contigo y no sé ni una palabra de cómo está o…

—Nikandr está en el hospital —decido arrancar la curita. No tiene sentido dejarla perder el tiempo disparatando. No cuando a Nik tal vez no le queda mucho tiempo.

—Ah. Ah. Vale —dice lentamente—. Vale. Pero él está bien, ¿no?

Todos hemos estado en el hospital más veces de las que puedo contar. Huesos rotos, puñaladas, disparos perdidos. Mi madre lo ha visto todo. No me sorprende que espere que Nikandr esté bien. *Yo* también esperaba que él estuviera bien.

Suspiro. —No, no lo está. Es… está mal. Está en coma.

Respira hondo. —¿Por cuánto tiempo?

—No importa. Acabo de hablar con su médico y me piden que considere firmar un documento de No Resucitar. Les preocupa que no lo logre.

Espero los sollozos. Las histerias y las preguntas. Hemos estado aquí antes y sé exactamente cómo reaccionará. Pero no hay nada.

—¿Hola?

—Voy a ir —dice bruscamente—. Llamaré a Artyom y usaré su jet.

—¿Quién carajo es…?

—Él siempre me lo ofrece. Desde que murió su esposa hace dos años, quería que viajara con él. Él verá esto como un primer paso.

—No puedes volar aquí. Estás enferma.

—No estoy enferma; estoy vieja. Me siento mayor de lo que soy gracias a esta vida —murmura —. Primero, tu padre; ahora, Nik. No sé qué haré si él… —se aclara la garganta—. Voy a estar ahí para Nik. Y para ti.

—Ahora no es un buen momento. Están sucediendo muchas cosas aquí. Es peligroso en este momento.

—Siempre es peligroso para nosotros. No voy a permitir que eso me impida estar al lado de mi hijo antes de que él… mientras sana —corrige rápidamente—. Él me necesita allí. No firmes una puta cosa hasta que esté ahí contigo.

Podría detenerla. Podría llamar a este cabrón Artyom y amenazarlo con un centímetro de su vida para que no deje que mi madre suba a su avión. Hay un millón de maneras diferentes de mantener a mi madre en Moscú y lejos de aquí.

Pero no quiero.

La simple verdad es que sería bueno tenerla aquí. Ella trajo a Nikandr a este mundo, y debería estar aquí si él tiene que irse.

Solo espero que no llegue a eso.

YAKOV

Menos de dieciséis horas después de nuestra llamada telefónica, estoy de pie en la pista de aterrizaje, mirando a mi madre bajar las escaleras de embarque de un jet privado propiedad de un magnate inmobiliario de Moscú llamado Artyom. Le ofrecí enviar el mío a recogerla, pero ella dijo que tomaría demasiado tiempo.

En mi opinión, esa era una de las ventajas. Más tiempo para prepararse.

En el momento en que sus pies tocan el suelo, empieza a hacer planes. —Estoy segura de que tus cosas están en el dormitorio principal de la casa. Después de todo, ahora es *tu* casa —dice en lugar de un verdadero saludo—. No es necesario reorganizar las cosas por mí. Me parece bien ocupar la habitación de invitados, pero pídele a Hope que quite la ropa de cama antes de que yo llegue. Traje mis propias sábanas.

—Tenías tres horas para hacer las maletas y llegar al aeropuerto. ¿Cómo tuviste tiempo para empacar sábanas?

Se baja las gafas y me mira. Las líneas alrededor de sus ojos son más pronunciadas que nunca. —No empaqué nada. Sabes que puedo darme el lujo de mantener personal doméstico.

Teniendo en cuenta que le proporciono sus ingresos disponibles, lo sé. Yo pago sus salarios. Aun así, las sábanas parecen un corte profundo en la lista de equipaje.

Suspirando, agarro su maleta y la acerco para darle un rápido abrazo. Se siente frágil. Sus omóplatos son afilados y su chaqueta cuelga de sus hombros como si fuera una talla demasiado grande.

—Hola, hijo mío —murmura, relajándose en el abrazo—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Cómo est…?

—¿Estás comiendo lo suficiente? —interrumpe. Me pellizca el brazo y hace una mueca—. Te sientes delgado.

¿*Yo* me siento delgado? Ella es un esqueleto andante.

—Estoy perfectamente sano.

—Deberías comer más. Pensé que ahora tenías una mujer en tu vida. ¿Ella cocina?

—Como dijiste tú, puedo darme el lujo de mantener personal doméstico. Todavía tengo contratado al mismo chef que contrató Otets.

Me ignora. —No solo una mujer. Una prometida, aparentemente. Aunque nunca escuché nada sobre ella.

Cargo su equipaje en el maletero del auto y le mantengo abierta la puerta del pasajero. —Debes haber escuchado hablar de eso, ya que lo mencionas.

—No escuché nada de *ti* —corrige—. Tengo que conseguir todo de segunda mano.

—Escucharlo de Mariya no es "de segunda mano".

Ella no lo niega, lo que significa que mi suposición era correcta. Tendré que charlar con mi hermana menor sobre lo que compartimos y no compartimos con nuestra madre.

—Además, te iba a decir cuando fuera el momento adecuado. He estado ocupado.

Cierro la puerta mientras ella murmura en voz baja. Tan pronto como abro la puerta del lado del conductor, sigue hablando. —Era el momento adecuado cuando decidiste proponer matrimonio. Usaste el anillo que te di, ¿no?

—Me dijiste que lo guardara para la mujer adecuada. Luna es la mujer adecuada.

—Será mejor que lo sea —espeta—. Será difícil regresar ahora que ella está embarazada de tu hijo. No enterarme del compromiso ya fue bastante malo, pero ahora ni siquiera conozco a la madre de mi primer nieto.

Arranco el auto con los dientes apretados. —Estoy seguro de que también tengo que agradecerle a Mariya por dejar escapar esa información.

Mi madre se vuelve hacia mí y levanta sus delgadas cejas hasta la línea del cabello oscuro. Hay mechones grises que sobresalen y que debe haber pasado por alto durante su último tinte. —¿Así que es cierto? ¿Embarazaste a esta mujer? ¿Va a tener a tu bebé?

—*Bebés* —corrijo.

La forma en que su mandíbula se abre me dice que Mariya aún no le ha pasado esa información. Cuando sus ojos se iluminan y una sonrisa se extiende por su rostro, sé que mi falta de compartir está casi perdonada.

—¡¿Mellizos?! —sonríe.

Asiento. —Mellizos.

La sonrisa la hace parecer al menos diez años más joven. —Es una noticia maravillosa. Dos bebés. Vaya. Qué bendición. Esa es una buena señal. No tendrías mellizos si esto no fuese destinado a ser.

Mi madre siempre ha pecado de misticismo, creyendo en lo que ella llama "señales del universo". Quiero discutir. Si el universo está enviando alguna señal últimamente, es que el universo ha terminado con la familia Kulikov. Nos dispararon, nos secuestraron y nos dejaron en coma.

Así que no, el hecho de que Luna quede embarazada no tiene nada que ver con el universo, y sí con que nosotros dos estemos tan ansiosos por follar que ni siquiera hablamos sobre métodos anticonceptivos.

Pero no es momento para el cinismo. Especialmente, porque Luna y yo *estamos* destinados a ser. No por alguna tontería como la suerte o el destino, sino porque ella es increíble. Ella es la única mujer que podría imaginar a mi lado.

Yo la *elegí*. Ella me *eligió*.

El universo no tuvo una puta cosa que ver con eso.

—Los bebés dan mucho trabajo, Yakov —advierte mi madre, sacudiendo la cabeza—. No tienes idea. Yo era muy joven cuando te tuve. No sabía lo que estaba haciendo. Fue difícil. Y vas a tener dos. ¡Dos! Vas a necesitar mucha ayuda.

—Puedo contratar una niñera.

Ella resopla. —No puedes permitir que un extraño cuide a tus hijos. No a mis nietos. Los bebés conocen su propia sangre. Pueden sentirlo. Si quieres que crezcan y sean leales a la familia, sus propios parientes deben cuidar de ellos.

—Los bebés comen y duermen y cagan. No saben nada sobre los parientes.

—¡Tú sí lo hacías! —insiste—. No podía tener una niñera. Llorabas y llorabas a menos que yo te abrazara. Lo mismo con Nikandr.

No lo ha mencionado desde que bajó del avión. Ahora estoy seguro de que fue a propósito. Tan pronto como dice su nombre, es como si quitaran el aire del auto.

Sus dedos son delgados. El dorso de sus manos está azul por las venas que corren tan cerca de la superficie. Aprieta y suelta la tela de sus pantalones unas cuantas veces antes de hablar. —¿Ha habido algún cambio desde la última vez que hablamos? ¿Nik… sigue…?

—Igual —muerdo—. Ningún cambio.

Ella deja escapar un suspiro entrecortado y luego sacude la cabeza como si estuviera aclarando el pensamiento. —Los bebés son mucho trabajo. Necesitarás ayuda. *Ayuda familiar*. Tu prima, Katerina, siempre fue buena con los niños.

—El esposo de Katerina dirige un fondo de cobertura. No puedo contratarla para que sea mi niñera.

—Por supuesto que no —dice—. De todos modos, ella tiene cinco hijos propios. Ella está ocupada. No, necesitas a alguien con más tiempo libre.

Reprimo una sonrisa. Mi madre es muchas cosas, pero “sutil” no es una de ellas. Quiere que la invite a quedarse con nosotros una vez que nazcan los bebés.

No es una idea terrible. Ella sabe más que yo sobre el cuidado de bebés. Y todo este asunto con Nik ha dejado claro que debo disfrutar el tiempo que paso con mi familia antes de que se acabe. No he apreciado a ninguno de ellos lo suficiente. No mientras haya estado tan concentrado en eliminar todas las amenazas contra nosotros.

Pero los bebés no son lo único que requiere mucho trabajo. Estar cerca de ella es agotador. Llevamos veinte minutos en el auto y estoy listo para un descanso. ¿Cuánto peor será cuando volvamos a vivir bajo el mismo techo?

De repente, ella jadea. Casi me desvío, preocupada de que haya una abuela coja con un bastón en el camino.

Mi madre se vuelve hacia mí. —Por favor, *por favor*, dime que ya has empezado a trabajar en la guardería. Hay mucho por hacer. No puedes esperar hasta el último minuto. Especialmente, con mellizos. Luna dará a luz antes de que te des cuenta. El tiempo vuela.

Solo se puede esperar.



MI MADRE deja de hablar cuando entramos en el estacionamiento del hospital. Levanta la barbilla y echa hacia atrás sus delgados hombros, pero no dice una palabra.

No mientras subimos en el ascensor a la UCI.

No cuando nos registramos en la recepción.

Quizá ella intente recomponerse. Quizá esto no sea como la última vez que estuvimos en el hospital. Dijo que quería estar aquí para apoyarme. Quizá eso es lo que planea hacer.

Luego, cruza la puerta de la habitación del hospital de Nikandr, corre la cortina que rodea su cama y se desploma.

—¡Nikandr! —tropieza hacia adelante, apenas agarrándose al costado de su cama de hospital antes de caer al suelo. Agarro su delgado brazo y la arrastro hasta la silla al lado de su cama.

—Mi Nikandr —solloza, apoyando una mano temblorosa en la barandilla de la cama—. Debí haber estado aquí.

Acerco su silla para que no caiga de cara al suelo de baldosas, pero ni siquiera parece darse cuenta de que estoy aquí. Ella simplemente toma la mano de Nik y la aprieta, hablándole suavemente en ruso. Lágrimas gordas ruedan por sus mejillas.

Retrocedo hacia la puerta. —Los dejaré solos.

Entro al pasillo y presiono mi espalda firmemente contra la pared. Me repito la fecha de hoy una y otra vez, pero a los recuerdos enterrados en lo más profundo de mi cerebro no les importa la logística. No les importa que mi padre lleve más de cinco años muerto.

Ahora mismo, he vuelto a la noche en que murió mi padre. Estoy de vuelta en la puerta de su habitación, viendo las rodillas de mi madre crujir contra el suelo de baldosas junto a su cama, llorando para que alguien lo ayude.

Cuando llegó al hospital ya era demasiado tarde. Llevaba horas muerto. Se había ido desde que lo subieron a la ambulancia en el partido de fútbol de Nik, su sangre estaba acumulada en el estacionamiento de tierra.

Lloró y gritó hasta que las enfermeras me pidieron que me la llevara. Intenté tirar de ella hacia la puerta, pero ella se aferró a la barandilla de su cama. Tuve que quitarle los dedos del plástico y levantarla como a una niña. Cuando la llevé a casa, se enterró en el edredón y no se levantó durante días.

Cuando finalmente se sentó, me miró a los ojos y dijo—: Nunca pensé que podía extrañarlo tanto como lo amaba.

Fue en ese momento que decidí nunca dar tanto de mí a nadie. Porque no sobreviviría si me lo quitaran.

Cierro los ojos y alcanzo mi teléfono desechable. Toco uno de los dos únicos números en los contactos y lo presiono contra mi oreja.

—¿Yakov?

La voz de Luna atraviesa el recuerdo. Al instante, ella me trae de vuelta. Al presente. Al ahora. Donde estoy comprometido a dar todo lo que soy por esta mujer.

—Necesitaba escuchar tu voz.

—Yakov —dice de nuevo, más suavemente—. Te extraño.

Apenas ha pasado un día, pero parece mucho más largo. —Yo también te extraño.

—¿Qué está sucediendo? ¿Has descubierto algo sobre el hermano de Akim? ¿Sabes cuándo saldremos de aquí?

Paso una mano por mi cabello. Hay tantas cosas que tengo que hacer. Están pasando tantas cosas. —Nik casi muere. He estado en el hospital desde que te dejé en la casa segura.

Ella jadea. —No tenía ni idea. ¿Él está bien?

—Está estable. Mi madre está aquí ahora. Ella acaba de llegar hace una hora.

—Entonces, ¿le contaste lo que ha estado pasando?

Dejo escapar una risa triste. —No tenía muchas opciones. Los médicos querían que firmara unos papeles para no resucitarlo si Nik dejaba de respirar otra vez, y lo único en lo que podía pensar era en lo que dijiste… que nunca me perdonaría si él moría y ella no estaba aquí.

—Crees que… —su voz se apaga por un segundo—. ¿Eso significa que crees que va a morir?

Nadie ha planteado la pregunta con tanta claridad. Realmente no he tenido que considerar la posibilidad. Pero me encuentro asintiendo. —Sí. No creo… Han pasado meses. Si aún no se ha despertado, no veo por qué lo haría ahora.

—Yakov —respira Luna—. Lo siento mucho. Ojalá pudiera estar allí contigo.

—Lo estarás pronto. Cuando todo esto termine, estaremos juntos de nuevo. Estarás a salvo. Hasta entonces, intentaré descubrir qué carajo se supone que debo hacer con mi madre y mi hermano.

—Lo resolverás —parece segura. En este momento, ella tiene más fe en mí que yo—. Siempre

sabes qué hacer, Yakov. Cuando llegue el momento, sabrás exactamente cómo manejarlo todo.

—¿Ya te he dicho que jodidamente te amo?

Ella se ríe, y es como una inyección de adrenalina directo a mi pecho. —Lo has mencionado una o dos veces, sí.

—Eso es bueno. Porque te amo.

—Yo también te amo —dice cálidamente—. Siempre lo haré.

LUNA

Doy un paso fuera de mi habitación y un resoplido es todo lo que necesito para arrepentirme. Me tapo la nariz con una mano. —No puedo soportar más pastel de manzana.

—¡Es sharlotka! —Mariya sostiene un bocado humeante—. Acabo de calentar un poco. ¿No te gusta?

—Huele a tristeza.

Eso probablemente tenga algo que ver con el hecho de que el búnker que Mariya y yo llamamos hogar actualmente olía a sharlotka de manzana la noche que llegamos. Mientras viva, el olor siempre me recordará que me arrebataron a Yakov. Lamentablemente, es uno de los únicos postres que nuestra anfitriona, Vera, sabe hacer.

—Vera intenta hacernos sentir como en casa. —Mariya frunce el ceño—. Lo cual supongo que funciona para mí. Porque mi mamá hacía esto todo el tiempo cuando éramos pequeños.

—Me gustó mucho la primera noche. Y ayer estuvo bien. Pero ya no puedo comer más —coloco papel de aluminio sobre el pastel en la encimera y arrugo los bordes alrededor del fondo para tratar de sellar el olor—. Me está dando náuseas.

—Las náuseas se deben a mis sobrinas y/o sobrinos y/o sobrina y sobrino —dice.

—¿Así es como los vas a llamar?

Se encoge de hombros. —No sabemos el sexo, así que no estoy segura de cómo referirme a ellos.

—¿Qué tal “los mellizos”?

—Ah —Mariya se ríe—. Sí, supongo que funciona. De cualquier modo, los mellizos te están enfermando.

Me siento en el cojín del sofá, más lejos de ella y de su pastel. Lo cual, considerando el tamaño gigantesco del sofá en forma de U que ocupa la mayor parte de la sala de estar, está bastante lejos. —O el estrés. ¿No estás perdiendo la cabeza encerrada aquí abajo? Estabas escalando las paredes de la mansión. Pero al menos allí teníamos la piscina y el jardín. Aquí ni siquiera tenemos luz solar.

O una puerta accesible. O un postre sin manzanas.

Me encojo sobre el sofá. —Puedo sentir que las paredes se cierran mientras hablamos.

—Supongo que me estoy acostumbrando a estar encerrada —dice Mariya—. Además, al menos aquí, Yakov me dio algún tipo de opción. Quiero decir, él me habría obligado a venir aquí de todos modos, pero me habló de eso primero, ¿sabes? Me explicó lo que estaba pasando y lo que necesitaba de mí antes de simplemente gritar órdenes. Eso hace que todo esto sea un poco más llevadero.

Cuando Mariya apareció por primera vez en la puerta de Yakov, no pensé que hubiera ninguna posibilidad de que esos dos exaltados encontraran puntos en común. Pero de alguna manera lograron crecer juntos. Ahora se entienden mejor. Su relación se está curando.

Me alegro por ellos, pero todo esto hace que extrañe aún más a Yakov.

—Nada de esto es soportable para mí —pongo una mano sobre mi estómago, acariciando mi panza. Mientras lo hago, siento un empujón contra mi estómago… *desde adentro*.

Jadeo y retiro mi mano.

Mariya se sienta instantáneamente, alerta. —¿Qué sucede?

Al parecer, se está tomando muy en serio su deber de cuidar de mí.

—Mi panza. Sentí… creo que acabo de sentir a los bebés… —otra patada desde el interior de mi estómago me interrumpe. Miro a Mariya con los ojos muy abiertos—. Sentí una patada.

Mariya arroja su plato vacío a un lado mientras cruza el sofá hacia mí. Aprieta sus manos contra mi estómago, inclinándose hacia mí como si pudiera oírlos charlando allí dentro.

—¡Vamos, bebés! —arrulla—. Su tía favorita está aquí. Pateen para la tía MarMar.

Resoplo. —¿Tía MarMar?

Ella me mira con ira. —Me quedan años antes de que empiecen a hablar. Es tiempo de sobra para descubrir cómo deberían llamarme. Solo estoy aportando ideas.

Nos sentamos en silencio, las manos de Mariya alrededor de mi barriga, esperando. Hasta que finalmente hay una patada.

La mano de Mariya salta y grita—: ¡Mierda! ¡Hay bebés ahí dentro!

—Estoy bastante segura de que lo determinamos con todas las ecografías.

—Sí, pero… no lo sé. ¿No parece esto más *real*? —pregunta—. Sentirlos moverse allí es muy diferente a verlos en una pantalla.

Yo sonrío. —Tienes razón. Lo es.

Pero, mientras miro mi panza y siento que mis bebés se mueven, mi sonrisa comienza a desvanecerse. Porque estos no son solo mis bebés. También son de Yakov. Y él no está aquí para sentir sus primeras patadas.

El momento feliz se desvanece, y de repente estoy parpadeando para contener las lágrimas.

—¿Luna? —Mariya se inclina para mirarme a los ojos—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Estoy tan feliz. Mis bebés patean y están sanos y eso es increíble, pero… —me limpio las mejillas.

—Yakov debería estar aquí contigo en vez de yo.

Aprieto la mano de Mariya. —Te quiero aquí. No me arrepiento de eso. Pero Yakov debería estar aquí *con* nosotras. Deberíamos estar todos compartiendo este momento en *nuestra* casa, no enterradas bajo tierra en medio de la nada.

—Pronto estaremos todos juntos nuevamente. Yakov se encargará de todo y estaremos de regreso en la mansión antes de que te des cuenta.

—Eso es lo que Yakov me dijo por teléfono —murmuro—. No estoy muy segura.

Mariya frunce el ceño. —¿Hablaste con él? Pensé que guardaríamos las llamadas telefónicas solo para emergencias.

—Hablamos. ¿La llegada de tu mamá a la ciudad se considera una emergencia?

Se le cae la mandíbula. —¿Mi madre? ¿La que vive en Moscú? ¿La que juró que nunca volvería a tocar suelo americano?

—A menos que tengas más de una madre, estoy bastante segura de que esa es de la que estaba hablando, sí.

—Bueno, joder —escupe Mariya—. Supongo que nadie pensó que era importante informarme. Genial. Siempre soy la última en saberlo todo.

Lo que me dijo Yakov sobre Nikandr lo tengo en la punta de la lengua. Mariya merece saber que su hermano está peor. Ella merece saber que él podría no lograrlo, al igual que cualquier otra persona.

Pero… si Yakov quisiera que ella lo supiera, se lo diría. Además, Mariya está milagrosamente contenta de estar aquí abajo, en esta mazmorra bien amueblada. No quiero hablarle de Nik y arruinar esta rara paz que ha logrado encontrar.

—La única razón por la que sé que tu madre está en la ciudad es porque Yakov tiene muchas cosas que hacer. Creo que solo necesitaba alguien con quien hablar.

—Entiendo. Ustedes están asquerosamente enamorados. Ese amor viene con el privilegio de la información. Considérame molesta, pero comprensiva —Mariya se deja caer en el sofá y dobla las piernas debajo suyo—. Aún no conoces a nuestra mamá, ¿verdad?

—No he estado en Moscú, así que…

—Pero ¿ni siquiera una llamada telefónica? —pregunta—. ¿O un FaceTime?

Sacudo la cabeza. —Todo esto entre tu hermano y yo pasó bastante rápido. No hubo mucho tiempo para presentaciones adecuadas.

—De todos modos, Yakov no intentaría hacer tiempo para eso —se ríe—. Pero ahora que Mamá está en Estados Unidos y ustedes dos están comprometidos, no hay forma de que no fuerce una

reunión. Incluso si Yakov se resiste, nuestra mamá tiene una habilidad especial para salirse con la suya. Ejemplo: cuando me metió en un avión y me trajo directamente a la mansión a pesar de que Yakov no me quería allí.

—No es que Yakov no te quería allí —empiezo—. Era más que…

Mariya levanta una mano para silenciarme. —Olvídalo. Sé lo que estaba pasando. Está bien. Yakov y yo estamos resolviendo las cosas. Además, prefiero vivir con un Yakov gruñón que con mi madre cualquier día de la semana.

Me estremezco. —¿Las cosas estaban tan mal entre ustedes dos?

—Mi mamá es terca y tiene miedo de su propia sombra. Después de todo lo que pasó con mi papá, lo entiendo. Pero ella quería encerrarme dentro y no dejarme vivir nunca más. Veo la ironía en el hecho de estar atrapada en este búnker contigo, pero al menos te tengo para hacerme compañía. Además, sé que, eventualmente, algún día, Yakov me verá como una adulta y me dejará vivir mi propia vida. Mi madre nunca iba a permitir eso. Así que soy mucho más feliz aquí —dice Mariya—. Estoy segura de que ella también es más feliz conmigo aquí.

—Dudo que eso sea cierto.

Todavía no sé exactamente qué se siente ser madre, pero no puedo imaginar que nada pueda alejarme de mis bebés. Ni siquiera los he conocido todavía y los amo. Quiero estar allí para verlos crecer, encontrar sus pasiones y enamorarse.

Mi mente da vueltas, imaginando el día en que encuentren a alguien a quien aman y se alejen de mí… Se mudarán de mi casa y seguirán a esa persona a cualquier parte, de la misma manera que yo seguiría a Yakov a cualquier parte.

Meh. Los acabo de sentir patear por primera vez hace menos de diez minutos, y ahora como que odio a sus hipotéticas futuras parejas por robármelos.

—¿Qué si tu mamá me odia? —digo, se me ocurre la posibilidad por primera vez.

Yakov es su primogénito. Él es su primer bebé. ¿Va a ser protectora con él? ¿Me odiará por quitárselo (ni que alguien tuviera el poder de llevarse a Yakov a algún lugar)?

—Por favor —resopla Mariya—, ella te amará. Eres la hija que nunca tuvo.

Arqueo una ceja. —*Tú* eres su hija.

—¿Y? Dije lo que dije. Sigues siendo la hija que mi madre nunca tuvo. Eres agradable. Amable. En cambio, ella me tuvo a mí: decepción perpetua.

—Mariya, tú no…

—Lo soy —interrumpe—. Y lo reconozco. Está bien. Pasa unos días conociéndola y desearás que ella también te odie.

—¿Por qué querría eso?

—Porque Mamá Kulikov es *demasiado*. Prepárate.

YAKOV

—Pavel es como un fantasma —Savva encoge sus carnosos hombros—. He hecho todo lo que he podido. No sé qué decirte.

—Lo que deberías decirme es que tienes un plan sobre cómo carajo vas a localizarlo —gruño—. Porque Pavel *no* es un fantasma. Es un maldito adolescente que juega al *pakhan* y, si no puedes localizarlo, entonces no mereces tu trabajo.

Los ojos de Savva se agrandan, pero asiente.

Creo que está haciendo todo lo que puede. Pero claramente eso no es suficiente. Cuando mi familia está en juego, todos tienen que hacer más allá de lo posible.

Me dirijo a Kuzma. —¿Cuál es el estado de la verificación de las imágenes de seguridad? ¿Alguna señal de cómo entraron para entregar el collar?

Kuzma mira a Savva y luego a mí antes de que sus ojos toquen el suelo. —El metraje está limpio. El teniente Gustev al que matamos la otra noche fue la última vez que vi algo sospechoso en las cámaras. Hasta donde llega mi información, no estamos bajo ninguna amenaza.

Nada. Jodidamente *nada*.

—No despedí a mi hermana ni a la madre de mis hijos porque no hay ninguna amenaza.

—No quise decir que no haya una amenaza. La hay. Pero…

—¡Entonces, encuéntrala! —rujo—. ¡No puedo traer a mi familia a casa hasta que sepa que están a salvo, y no puedo saber que están a salvo hasta que ustedes hagan su maldito trabajo! ¿Tienes algo útil que decirme?

La boca de Kuzma se tuerce nerviosamente antes de agregar—: He estado investigando a Budimir. Una propiedad suya se vendió la semana pasada, pero no lo vi a él. No sé si él es…

—No sabes si está en la ciudad. ¡Ni siquiera sabes si está vivo! Por el amor de Dios —quito el expediente de Budimir de mi escritorio y dejo que los papeles se esparzan por el suelo—. ¿Han agregado las cámaras de seguridad que discutimos?

—¡Sí! —dice Savva, ansioso por decirme que ha hecho al menos una cosa bien—. Sí. Terminé la instalación esta tarde. Tardó más de lo esperado porque…

Arrugo la frente. —¿Por qué?

Suspira. —A tu madre no le gustó el aspecto de las cámaras alrededor de la valla. Ella pensó que estaba… desordenado. Les pidió a los jardineros que los quitaran después de que termináramos, por lo que hubo que reinstalarlos.

Me levanto y corro hacia la puerta antes de que pueda terminar. —Esta reunión ha terminado. Vayan a hacer sus putos trabajos y vuelvan con mejores noticias mañana.

No los veo salir de mi oficina porque ya estoy abriendo las puertas del patio y saliendo.

Mi madre está sentada a la mesa, con una taza de té y una revista abierta frente a ella.

—No puedes mandar a mi personal, Madre.

—¡Me lo dices tú! —resopla—. Las cosas son demasiado relajadas por aquí, Yakov. Es imposible conseguir que alguien haga algún trabajo. Hago las solicitudes más básicas y no logran cumplirlas.

—No he tenido ninguna queja hasta que llegaste.

Se vuelve hacia mí, con una ceja arqueada. —Eso es porque no tienes ojo para este tipo de cosas. Tu padre tampoco. Por eso yo me encargaba de la casa cuando él estaba vivo.

—Mi ojo está bien —digo—. El problema es que mis hombres tuvieron que perder el tiempo instalando cámaras dos veces después de que tú mandaste a quitarlas.

—Ah —hace una mueca—. Realmente estaba diciendo la verdad.

—¿Quién?

—El jardinero. Me dijo que bajó las cámaras como le pedí, pero pude mirar afuera y ver que todavía estaban instaladas. Pensé que estaba poniendo excusas como Hope y tu chef, así que lo despedí.

Me pellizco el puente de la nariz. —Llevas aquí menos de veinticuatro horas. ¿Por qué carajo crees que tienes autoridad para despedir a alguien?

—Porque, cuando veo que un trabajo se realiza mal, sé que eso se refleja en ti y en la familia en general. Estaba protegiéndonos a todos.

—¿Protegiéndonos de una mejor seguridad? —dejo escapar un suspiro, tratando de controlar la frustración que se expande en mi pecho—. Pedí que se instalaran esas cámaras para mantener la seguridad. *Yo* nos estoy protegiendo a todos. Necesito que te hagas a un lado y me dejes hacer eso.

Cruza una pierna sobre la otra y hojea su revista. —Pensé que estaba siendo útil. Estás tan ocupado con todo lo demás que pensé en aliviarte un poco la tensión. Supongo que soy demasiado mayor y estoy demasiado desconectada para seguir siendo útil.

Mi madre siempre ha sido así. Se queja cada vez que no se sale con la suya y hará todo lo posible para salirse con la suya sin importar lo que digan los demás. Pero ella se preocupa por nosotros. Más que casi nadie.

Cada vez que mi madre soltaba alguna diatriba y hacía exigencias, mi padre no la callaba como lo haría con cualquier otra persona. Se comprometía. A veces, él le daba exactamente lo que ella pedía.

Cuando le pregunté por qué, él dijo—: Cuando encuentres una buena mujer que te apoye en cualquier cosa, le das lo que quiere. Tu madre es una buena mujer.

Escucho su voz en mi cabeza mientras trato de moderar mi respuesta. —No te gusta la comida aquí, odias la habitación de invitados y no te gusta mi personal.

—Solo porque la comida no tiene sabor, la cama tiene grumos y tu personal no tiene discreción. Caminan como si vivieran aquí. Nunca debiste haber eliminado los pasillos de servicio.

Cuando la casa pasó a ser de mi propiedad, hice que quitaran los pasillos sin ventanas destinados a los sirvientes. Si alguien entra en una habitación en la que estoy, quiero verlo venir. Mi ego puede soportar estar en presencia de las personas que contrato para mantener mi casa en funcionamiento.

—Si no eres feliz aquí, entonces puedes volver a casa. Las cosas con Nik podrían seguir así durante meses. No quiero que estés…

—¿No me quieres aquí? —levanta la barbilla, pero tiene los ojos llorosos—. Si no me querías aquí, no debiste haber llamado. Por supuesto que estaré aquí para mi bebé.

—No quiero que estés miserable —termino como si ella no hubiera dicho nada.

—Ah. No estoy *miserable*. Supongo que será necesario un tiempo para acostumbrarse. No he vuelto aquí desde antes de que tu padre… —solloza—. Tendré que aprender cómo es vivir en esta casa cuando no es mía. Pero no me iré. No he visto a Mariya ni he conocido a tu prometida. Además, tengo que quedarme hasta que nazcan mis nietos. Eso no es negociable.

Al final, dejo a mi madre en el patio y le digo a Isay que vuelva a contratar al jardinero. Tratar con mi madre tiene que pasar a un segundo plano frente a todo lo demás. No puedo permitirme ninguna distracción.

Me encierro en mi oficina y me quedo hasta bien entrada la noche, con el expediente de Budimir y una botella de vodka sobre mi escritorio.

Pavel no puede salirse con la suya amenazando a mi familia y luego desapareciendo. Si no va a mostrarse y pelear conmigo como un hombre, entonces empezaré a eliminar a sus asociados uno por uno. Solo necesito descubrir quiénes son antes.

Cuando suena mi teléfono, llevo horas tanteando y haciendo llamadas. Tengo tantos hierros en el fuego que no compruebo quién es antes de responder, asumiendo que es alguien que se comunica conmigo con información.

—Es Yakov.

—¿Sr. Kulikov? —dice una voz femenina.

El nombre de la Dra. Tung aparece en la pantalla. Miro la hora y me siento erguido. Si llama tarde, no puede ser bueno. Mi corazón se aprieta. —¿Cómo está Nik? Qué es…

—Tienes que venir aquí de inmediato —dice—. Nik está despierto.



EL CAMINO al hospital es borroso. Bebí más de lo que pensaba, así que le ordeno a Isay que me lleve.

Ni siquiera le digo por qué. No puedo.

En parte, porque no sé mucho. La Dra. Tung me dijo que Nik estaba despierto y que necesitaba ir al hospital de inmediato, pero no quiso decir más.

La otra parte es que no lo creo. No precisamente. Recién empecé a aceptar la probable muerte de mi hermano. ¿Ahora está despierto?

Isay me deja en la puerta principal. Un conserje nocturno está cargando un carrito en el ascensor del primer piso, así que giro y subo las escaleras. Corro cinco pisos. Tan pronto como llego al vestíbulo, la recepcionista me llama para entrar. Me reconoce. Sabe lo que está pasando.

Aunque no me molesto en preguntarle si es verdad. No lo creeré hasta que lo vea.

—Sr. Kulikov —la Dra. Tung está parada en la estación de enfermería, con una taza de café en las manos.

—Quiero verlo.

Empiezo a rodearla, pero ella me sigue. —Por supuesto que puedes verlo, pero quiero prepararte para lo que vas a ver.

—Está despierto. Eso fue lo que dijiste.

—Está *consciente* —corrige con cuidado—. Hay una diferencia. Todavía delira, pero abrió los ojos. Me siguió a través de la habitación.

—¿Puede hablar?

—Todavía está intubado, así que no lo sé —dice.

Estoy tan cansado de escuchar esa respuesta de la gente. —¿Qué carajo *sí* sabes?

Si le molestan mis maldiciones, no lo demuestra. Pone una mano en mi hombro. —Sé que te preocupas mucho por tu hermano y a él le encantaría verte. Entra.

La habitación de Nik está a oscuras. Las persianas están cerradas. La única luz proviene de los monitores detrás de su cama y la luz ambiental del pasillo. Pero, tan pronto como entro, veo sus ojos puestos en mí.

Sus párpados pesan y su mirada se tambalea cuando intenta seguirme, pero tiene los ojos abiertos. Él me está mirando.

Mi hermano me está mirando.

Su boca todavía está cubierta con cinta adhesiva y tubos y tengo tantas ganas de sacársela y

hablar con él. En cambio, me siento al lado de su cama y tomo su mano.

—Hola, Nik.

No puede responder, pero sus dedos se aprietan alrededor de los míos. Aprieta mi mano como si fuera un pulso una y otra vez. Sus ojos se agrandan.

—Están bien —le digo—. Mariya y Luna, ambas están bien. Todos están a salvo.

Su mano se relaja. Vuelve a hundirse en el colchón. Luego, sus ojos se cierran y se queda dormido.

Me quedo por horas. En algún momento de la noche, la Dra. Tung y algunas enfermeras le quitan el tubo de la garganta. Le dicen que no hable, lo que resulta más fácil porque Nik no puede permanecer despierto.

—Ha estado dormido durante meses —digo mientras la Dra. Tung intenta decirme que esto es normal—. ¿Cuánto más podría necesitar dormir?

—Es la mejor medicina que el cuerpo humano puede obtener, créeme —dice.

Considero llamar a mi madre y contarle la noticia, pero no quiero hacerle ilusiones. Cada vez que Nik cierra los ojos, estoy medio convencido de que no volverán a abrirse. No es necesario contarle a nadie sobre esto hasta que sepa que va a continuar.

Me siento junto a su cama toda la noche, observándolo entrar y salir de la conciencia. Responde cada vez con más fuerza a los sonidos de las enfermeras yendo y viniendo, pero sigue sin hablar.

—Estoy aquí contigo —le digo cada vez que abre los ojos. Siempre parece un poco asustado, pero se le pasa pronto—. He estado aquí todo el tiempo, hermano. No voy a ninguna parte.

Mi trasero está entumecido por estar sentado en el sillón reclinable de mierda junto a la cama durante tanto tiempo y me duele el cuello por dormir en un ángulo extraño. Pero, en algún momento de la mañana finalmente me quedo dormido.

Tan pronto como lo hago, me despierto sobresaltado por los gritos.

Me levanto y me doy vuelta, buscando la amenaza, antes de darme cuenta de que Nik está gritando. Su voz es ronca, pero golpea la cama con las manos, como si estuviera tratando de aplastar un insecto.

—¡Nik! —sacudo su brazo—. Nik, ¿qué pasa? Estás despierto. Estás bien.

Se vuelve hacia mí, con los ojos muy abiertos y salvajes. —No estoy bien —dice con voz áspera —. ¡No puedo sentir mis putas piernas!

LUNA

Se me pone la piel de gallina y tiemblo bajo una manta que podría servir también como papel de seda.

No necesito abrir los ojos para saber dónde estoy. Reconozco el olor a humedad. El sonido distante de voces masculinas se filtra a través de las grietas de las paredes. No sé cuánto tiempo llevo aquí, pero sé que no hay escapatoria. Hay un vacío en mi pecho, una desesperanza de la que no puedo encontrar la salida.

Voy a morir aquí.

Cuando una bisagra chirría, abro los ojos de golpe. La habitación a mi alrededor está oscura. Levanto la mano, pero no puedo ver mis dedos frente a mi cara. No puedo ver nada.

—¿Hola?

Mi voz resuena como si estuviera en una cueva.

Me deslizo hasta el borde del colchón, pero cuando estiro una pierna para tocar el suelo, no hay nada allí. Solo aire vacío.

—¿Hola? —hay un tono frenético en mi voz ahora. Lo escucho como si perteneciera a otra persona. Cada palabra resuena en mí—. ¿Quién está ahí?

Escucho pasos acercándose cada vez más, pero ni siquiera puedo sentir el suelo. Una parte de mí sabe que, si salto de la cama, caeré para siempre en la oscuridad.

Me acurruco en la parte posterior del colchón, con la pared de cemento contra mi espalda. Los pasos se hacen cada vez más fuertes.

Entonces, una sonrisa malvada se ilumina frente a mí.

Cambia, crece y se transforma. Mientras parpadeo, el rostro detrás de la sonrisa se enfoca y un hombre normal, de carne y hueso, está frente a mí.

Él sonríe. —Este puede ser nuestro pequeño secreto, Luna.

Intento saltar de la cama. Con mucho gusto aceptaré la oscuridad sin fin sobre cualquier cosa que él prometa. Pero él está allí en un instante, bloqueando mi única salida. No puedo ver su cuerpo, pero siento innumerables pares de manos rodeando mis brazos y mis piernas. Me

inmovilizan contra la cama y me abren.

—Mírame —gruñe.

—¡No puedo! —gimo, luchando contra las sombras.

Una mano me agarra la barbilla y me obliga a levantar la vista. —¡Mírame!

De repente, Akim está parado encima de mí. Un lado de su cara ha desaparecido, pulverizado y goteando sangre por su cuello.

Se inclina sobre mí. Su boca arruinada alcanza mi piel…

Me despierto gritando. Hay manos en mis brazos y las aparto desesperadamente.

—¡Luna! Está bien. Estoy aquí.

Por un segundo pienso que es Yakov. *Él está aquí. Estoy a salvo.*

Luego, veo a Mariya inclinada sobre mí. Su cara está arrugada por la preocupación y me está sacudiendo. —¿Estás bien?

La vergüenza arde en mis mejillas mientras me siento. —Estoy bien. Lamento haberte despertado. Fue solo un sueño.

Mariya se sienta en el borde de la cama. —Según los gritos, o fue un *muy* buen sueño o no fue un sueño en absoluto.

—Lo último —me quejo.

—En ese caso… —Mariya sale de la habitación. La oigo moverse por la cocina. Un segundo, después regresa con un vaso de agua—. Bebe esto.

Lo tomo felizmente. Mi garganta está seca. —¿Es esto algún tipo de cura para las pesadillas?

—Ojalá, pero no. Es solo agua filtrada. Me tomo muy en serio mi trabajo como cuidadora. Tienes que mantenerte hidratada para los mellizos y llorar realmente puede quitarte la humedad.

Me limpio las mejillas y me doy cuenta de que hay lágrimas allí.

—¿Quieres hablar sobre eso? —Mariya pregunta suavemente.

Me dejo caer contra la cabecera. —Es siempre la misma estúpida pesadilla. Bueno, no la *misma*. Los detalles cambian, pero el fondo es el mismo: Akim o uno de sus hombres se cuela en mi celda en la oscuridad y…

—¿Te tocaron? —la voz de Mariya es tan baja que casi no puedo oírla.

—Lo intentaron —le digo—. La única razón por la que uno de ellos no lo hizo es porque apareció Yakov. Me quitó al tío de encima. Tuve una suerte increíble, pero parece que no consigo que mi cerebro deje de jugar al juego *¿Y si…?* ¿Y si Yakov no hubiera venido a buscarme? ¿Y si hubiera aparecido cinco minutos más tarde?

Mariya me agarra la mano. —Pero *sí* vino por ti y *no* apareció cinco minutos más tarde. Él te mantuvo a salvo. Él todavía te mantiene a salvo.

—Lo sé. Estoy muy agradecida por eso. Solo es difícil relajarse ahora que sé qué clase de maldad existe ahí fuera. Es difícil ir a dormir por la noche sabiendo que hay gente en el mundo que me torturaría y mataría solo para vengarse de Yakov —cierro los ojos con fuerza mientras otra lágrima se desliza por mi mejilla—. Si me hicieron eso a mí, ¿qué estarían dispuestos a hacerle a nuestros hijos?

—Nada —dice Mariya bruscamente—. Nadie les va a hacer nada a los bebés. Yakov no permitirá que eso suceda. Ninguno de nosotros lo hará. Nadie va a hacerte daño a ti ni a los mellizos.

Le doy una sonrisa tensa, las lágrimas nublan mi visión. —Sé que me respaldas, Mariya. Lo has demostrado más que suficientes veces. Pero realmente no puedes prometerme algo así. Nadie puede.

Mariya me mira a los ojos, pero no dice nada.

En el fondo, ella sabe que tengo razón.

Confío mi vida a Yakov, pero eso no significa que no puedan ocurrir errores. Todo lo que haría falta es un desliz, un descuido, y podría morir. Yo, los niños. Incluso Yakov.

Él lo sabe tan bien como yo, aunque no quiera decirlo. Yakov vio morir a su padre delante de él. Él sabe lo rápido que puede suceder. Un segundo es todo lo que necesitaría para que todo mi mundo se me escapara de las manos.

Solo pensarlo hace que el dolor me atraviese.

Jadeo y cada músculo de mi abdomen se contrae. El dolor me deja sin aliento.

—¿Luna?

Le hago un gesto para que lo olvide, tratando de respirar a través de ello. —Estoy bien. Es un calambre. Solo un calambre. Necesito caminar.

Le levanto la mano y Mariya me ayuda a levantarme. Ella me sujeta con fuerza del brazo mientras camino de un lado a otro por la pequeña habitación.

A cada paso, el dolor desaparece. Respiro lenta y profundamente hasta que puedo mantenerme erguida.

—¿Qué diablos fue eso? —pregunta Mariya.

—Cosas normales del embarazo, supongo —me encojo de hombros—. No sé. Podría ser el estrés.

Ella mira mi estómago con nerviosismo. —¿Deberíamos llamar a mi hermano? ¿Es esto una emergencia?

Sacudo la cabeza. —No, estoy bien. No deberíamos preocuparlo por nada.

—Yakov no se preocupa. Pero resuelve las mierdas —dice—. Si existe la más mínima posibilidad de que esto sea anormal, él querrá que lo revisen. Incluso si resulta que no es nada.

—Él está ocupado.

Mariya resopla. —Nada es más importante para mi hermano en este momento que tú y sus bebés.

Solo puede decir eso porque no sabe lo mal que se han puesto las cosas con Nikandr. Si supiera que a su hermano le faltan días para morir, entendería lo que digo.

—Lo sé, pero el sol aún no ha salido. Además, me siento bien —doy un paso atrás y abro los brazos—. ¿Ves? Estoy bien.

Doy vueltas en círculos lentamente para demostrarle que estoy perfectamente sana. Pero, cuando me giro para mirarla de nuevo, sus ojos azules están muy abiertos.

—¿Qué? —pregunto.

—Creo que deberíamos llamar a alguien —dice temblorosamente—. Vera es partera. Puedo pedirle ayuda. Quizá deberíamos…

—Mariya, ¿qué pasa? —pregunto.

Se muerde el labio inferior. —Mira la parte de atrás de tu camisón.

Giro tanto como me permite mi barriga, que no es muy lejos. No importa, ya puedo ver exactamente de qué está hablando Mariya.

Una mancha roja del tamaño de mi palma.

El corazón salta a mi garganta. Lo trago nuevamente. —El sangrado puede ser normal. El Dr. Jenkins me dijo que el sangrado podría ser perfectamente…

Otro calambre envuelve mi abdomen y zumba en mi espalda baja. Gruño.

—¿Debería llamar a alguien ahora? —pregunta Mariya, un poco asustada.

Me doblo, con las palmas de las manos apoyadas en el colchón. No encuentro las palabras para responderle. Demonios, ni siquiera puedo respirar.

—Eso es todo —decide Mariya—. Voy a llamar a alguien.

No. No quiero que llame a nadie. No quiero que Yakov se entere de esto. No quiero que les pase nada a mis bebés.

Esto no puede estar sucediendo.

Otro calambre se aprieta como una abrazadera alrededor de mi estómago y grito de dolor.

YAKOV

Nikandr está sentado erguido en la cama. Está lo más alerta que lo he visto… pero igual no está *aquí*. No precisamente. Sus ojos están vidriosos y no ven mientras la Dra. Tung se mueve al final de su cama, apretando varios dedos de los pies y golpeando sus pantorrillas.

—¿Sientes esto? —pregunta una y otra vez.

Cada vez, Nik niega con la cabeza.

No.

La Dra. Tung ordena a las enfermeras que le coloquen medias de compresión en los pies. —Volveré a verte pronto, Nikandr. Hasta entonces, descansa. Lo estás haciendo genial.

Nik no responde. Solo se recuesta sobre su almohada, con los ojos fijos en el techo mientras dos mujeres luchan por ponerle los calcetines ajustados sobre las piernas.

Ha perdido mucha masa muscular desde que fue hospitalizado. Pude ver la diferencia en su rostro y brazos, pero verlo sin mantas lo hace aún más obvio. Tiene el mismo aspecto que tenía cuando era un adolescente flaco y creció treinta centímetros en seis meses. No se parece en nada al hombre al que trajeron por primera vez a esta habitación.

La Dra. Tung se dirige a la puerta, pero la interrumpo. Cierro la cortina que rodea la cama de Nik y la miro. —¿Qué está sucediendo?

—Tu hermano tiene una función cognitiva mejor de la que predije. Su habla y comprensión están mucho más allá de lo que esperaba. Deberías estar orgulloso de él. Y de ti mismo. Creo que todo eso de hablar con él lo ayudó enormemente.

—Supongo que hablar no hizo mucho por sus piernas —gruño.

Frunce el ceño. —Lo lamento. La bala pasó muy cerca de su columna, por lo que siempre fue una posibilidad. No es algo que me guste sacar a relucir hasta que sea necesario, especialmente cuando ni siquiera estaba segura de que se despertaría.

—Ahora está despierto y no puede caminar, joder.

—Por ahora —dice con calma—. La parálisis podría ser temporal. Acaba de salir de un coma prolongado, así que no quiero tomar ninguna determinación ahora. Lo llevaremos a fisioterapia tan pronto como esté listo y veremos qué se puede hacer.

Quiero una solución. Quiero que me diga que apretará un botón y arreglará a mi hermano. Pero incluso la más mínima posibilidad de que vuelva a caminar es mejor que nada.

Suspiro. —Gracias.

—Tu familia ha pasado por muchas cosas en los últimos meses —dice—. Tu hermano está despierto. Intenta olvidarte de todo lo demás y disfrútalo.

Nik sigue mirando al techo cuando descorro la cortina. No muestra ninguna señal de verme acercarme, pero pregunta—: ¿Qué fue eso?

—Estaba hablando con la Dra. Tung sobre cuándo te sacaremos de aquí ahora que finalmente estás despierto.

—¿Quién? —pregunta.

Me confundo por un segundo, antes de recordar que Nik apenas conoce a la Dra. Tung. La conoció por primera vez hace un par de horas. Ella lo ha estado cuidando durante meses, pero él no estaba consciente de nada de eso.

—La Dra. Tung está contigo desde la noche que llegaste al hospital. Ella me ha estado llamando todos los días con actualizaciones sobre ti.

—Estoy seguro de que son cosas emocionantes —dice con voz áspera—. Dime: ¿cagué alguna vez mientras estaba inconsciente? Estoy pensando en eso desde que desperté.

Por supuesto, Nik ya está haciendo bromas. Acaba de despertar de un coma que duró meses y está paralizado de cintura para abajo, pero intenta restarle importancia.

—Catéter. Si miras al otro lado de tu cama, verás la bolsa de plástico transparente donde termina todo.

—Glamuroso —murmura—. No tenía idea de que estaba montando ese tipo de espectáculo.

—¿Por qué crees que siempre me siento de este lado de la cama?

Nik va a inclinarse sobre la barandilla para ver la bolsa, pero cuando intenta levantar la rodilla para hacer palanca, no pasa nada. Sus piernas son tan buenas como pesos muertos en la cama. No puede alcanzar.

—Confiaré en tu palabra —suspira y se deja caer de nuevo en la cama.

Me inclino hacia adelante. —Oye, la Dra. Tung dijo que la parálisis podría ser…

—¿Cuántas personas vinieron a verme? —interrumpe Nik—. ¿Fui yo el paciente más popular en la UCI?

—¿Recuerdas a alguien que vino a hablar contigo? La Dra. Tung no estaba segura de si podrías oírnos o no.

Se encoge de hombros. —Tal vez todo vuelva a mí más tarde. Entonces, descubriré que todos ustedes me dejaron aquí para que me pudriera. Probablemente no tuve ni un solo visitante.

No vine a verlo tanto como debería. No con Luna embarazada y Pavel suelto.

—Los guardias que aposté afuera de tu habitación día y noche probablemente fueron una gran compañía.

Él asiente, con los ojos fijos nuevamente en el techo.

—¿Se supone que debo decir tonterías y evitar hablar del elefante paralizado en la habitación?

—Eso sería preferible, sí.

—Vale —me recuesto en mi silla—. Puedo hacer eso. Por ahora.

Y, durante las próximas dos horas, lo hago. Hablamos de nada. Nik se queda dormido y se despierta. Entre siestas, pregunta sobre los resultados de los partidos de playoffs que se perdió y se ríe cuando descubre que asigné a uno de los reclutas para que cuidara de su pez beta.

—Estoy seguro de que cuidó bien esa estupidez —le digo—. Le dije que si ese pez estaba muerto cuando llegaras a casa, él también lo estaría.

Nik se ríe de nuevo y es un sonido bienvenido. No estaba seguro de volver a escucharlo.

Después de comerse la mitad de un vaso de gelatina roja y ver la repetición de un programa de juegos, Nik suspira. —Bueno, he estado consciente durante cinco horas y Mariya aún no golpea la puerta. ¿Supongo que eso significa que no se lo contaste?

—No se lo he dicho a nadie —me palpo los bolsillos y me doy cuenta de que ni siquiera tengo mi teléfono desechable—. Mierda. Tenía tanta prisa por salir de casa cuando la Dra. Tung llamó que ni siquiera traje mi teléfono.

Señala la mesita de noche. —Tu teléfono está ahí.

—Necesito el desechable.

—¿Por qué necesitas un teléfono desechable para hablar con nuestra hermana?

Sacudo la cabeza. —No. Si vamos a hablar de mierda real, será de que entres en fisioterapia y aprendas a caminar de nuevo. No será de… *esto*.

—A la mierda la fisioterapia —su voz se quiebra ante la maldición, todavía oxidada por el desuso—. A la mierda estar en negación. Quiero saber qué diablos está pasando. Akim me disparó. Casi me mata. Si tienes que llamar a Mariya con un desechable, ¿eso significa que él todavía está vivo?

Nik ni siquiera ha estado despierto un día y estoy a punto de dejarle el negocio de Bratva en el regazo. No debería estar lidiando con esto. Es mi responsabilidad. Yo soy la razón por la que está aquí en primer lugar.

Pero la frente de Nik se arruga. —Vamos, Yakov.

Paso una mano por mi cabello. —Akim está muerto. Pero Pavel no lo está.

—¿Pavel? —sus cejas se alzan—. ¿Ese pequeño mocoso es el líder ahora?

Asiento. —Y apunta a Luna. Le dejó un regalo a los pies de nuestra cama y envió a casa fotografías de ella durmiendo.

Nik levanta una mano. —¿Tú y Luna están compartiendo cama otra vez? Parece que Mamá y Papá se reconciliaron. Qué dulce.

Resoplo. —No tienes ni puta idea de cuánta razón tienes.

—¿Qué significa eso?

Tengo que luchar para contener una sonrisa. —Luna está embarazada.

—¡No jodas! —Nik se sobresalta como si fuera a ponerse de pie. Cuando sus piernas no se mueven, extiende los brazos con torpeza—. No hagas que el lisiado te ruegue por un abrazo.

Me inclino y le doy una palmada en la espalda.

—Felicitaciones, Yakov —silba largo y bajo—. Vas a ser papá.

—De mellizos.

Se congela por un segundo y luego deja escapar un fuerte grito de celebración. Después de convencer a las enfermeras que vienen corriendo de que está bien y que no necesitan controlar sus signos vitales, me niega con la cabeza. —Claro que la dejarías embarazada de mellizos. Nunca podrás ser normal. Un bebé sería demasiado dócil para ti.

—Los mellizos pueden ser demasiado salvajes, incluso para mí.

—No, puedes manejarlo —dice—. Serás un gran papá.

Nik sonríe y puedo ver cuánto necesitaba esta buena noticia. Algo que esperar con ansias.

Algo por lo que *luchar*.

Luego, su sonrisa se desvanece y lo veo volver al modo de negocios. —Entonces, ¿dónde están Mariya y Luna?

—A salvo. Eso es todo lo que voy a decir aquí. Soy el único que sabe dónde están.

—¿Cuál es el plan para atrapar a Pavel?

—Tengo hombres trabajando en ello.

—Eso no responde la pregunta, hermano. *¿Cuál es el plan?* Dame algo que hacer.

Sacudo la cabeza. —Ya tienes algo que hacer. Necesitas concentrarte en mejorar. Puedo manejar a Pavel.

—¡Lo único que me ayudará a mejorar es pensar en algo fuera de esta maldita habitación! —espeta—. Sabes que no puedo sentarme aquí y no hacer nada. Voy a perder la cabeza. Ponme en uso.

No quiero. Nik necesita descansar. La Dra. Tung dijo que es la mejor medicina para el cuerpo humano. Pero también sé que no tengo nada con Pavel a pesar de todos los hombres que he asignado a la tarea. No sé dónde está ni cuál es su plan. Hasta que no lo descubra, no puedo estar con Luna.

—Yakov —presiona Nik—. Vamos. Solo déjame hacer algunas llamadas.

Hago una mueca. —Vale. Puedes investigar al antiguo traficante de armas de Akim.

—¿Budimir? —pregunta, con una sonrisa extendiéndose por su rostro.

—Está prácticamente desaparecido desde que maté a Akim. Si todavía trabaja para la Bratva Gustev, está en la clandestinidad.

Nik empieza a asentir antes de que termine. —Considéralo hecho. Lo encontraré y te lo haré saber.

No hay duda en su voz. Ninguna en absoluto. Nik lo está investigando; sé que hará el trabajo. Debería buscar fisioterapia y lidiar con su nuevo pronóstico, pero no puedo negar que es realmente bueno tenerlo de regreso.

De repente, la puerta se abre de golpe. Isay irrumpe en la habitación, con el rostro pálido. —Algo anda mal con Luna.

No hay tiempo para hacer preguntas o pensar. Sin despedidas. Me levanto y salgo corriendo de la habitación.

LUNA

Vera y Usev cuchichean en la cocina. La puerta del sótano está abierta por primera vez desde que Yakov nos escoltó escaleras abajo, pero Mariya y yo estamos sentadas en los escalones como si las balas fueran a empezar a volar a través de las ventanas si pusiéramos un pie en el piso principal.

¿Quién sabe? De hecho, es posible que sí pase. Ya no sé nada.

—¿Qué están diciendo? —pregunto, señalando con la cabeza a nuestros anfitriones y masajeando mi barriga. Los calambres han disminuido ligeramente, pero la ansiedad es un puño apretado en mi pecho.

—Vera no tiene ningún equipo aquí para examinarte adecuadamente, y tampoco pueden conseguir que mi hermano conteste su maldito teléfono —Mariya golpea su desechable en las escaleras—. ¿De qué sirven estos teléfonos inútiles si ni siquiera va a contestar cuando llamo?

Mariya está molesta, pero yo estoy aterrorizada. Por mí. Por mis bebes. Pero también por Yakov.

¿Por qué no contesta el teléfono? ¿Es porque Nikandr ha empeorado? ¿O encontró a Pavel? Imágenes de Yakov desangrándose en el suelo pasan por mi mente antes de que pueda detenerlas.

—Estoy segura de que está ocupado —me ahogo, respirando a través de otro calambre.

Mariya me mira fijamente antes de levantar su teléfono. —A la mierda esto. No lo voy a esperar.

Tres minutos más tarde, luces y sirenas suenan en la calle de Vera y Usev. La pareja ha desaparecido, ocultándose mientras Mariya me lleva al porche.

—¡No puedo creer que hayas llamado a una ambulancia! —grito por encima de las sirenas—. Yakov nos va a matar.

—¡Si no hubiera llamado a una ambulancia, es posible que no hubiera tenido la oportunidad! Estás sangrando y él no responde. No tuve otra opción.

La ambulancia se detiene junto a la acera delante de la casa, pero yo no me muevo. —No podemos confiar en ellos. Podrían trabajar para Pavel.

—*Yo* los llamé —argumenta Mariya—. Ellos están aquí para ayudarte.

—Quiero esperar a Yakov.

—¡Él no responde! —espeta—. La paranoia de Yakov se te está contagiando. A pesar de lo que te dice, no todo el mundo quiere atraparnos. Algunas personas simplemente intentan hacer su trabajo.

Dos paramédicos salen apresuradamente de la ambulancia, con bolsas y equipo en mano. Cuando se acercan al porche, empujo a Mariya a un lado y le extiendo una mano. —No se acerquen más.

—Estamos aquí por una mujer embarazada en apuros —el más alto de los dos mira mi estómago —. ¿Esa eres tú?

Sacudo la cabeza. —Fue un error. Estoy bien.

Me siento vulnerable aquí en el porche. El sol apenas comienza a asomar por el horizonte, pero las luces rojas y azules parpadeantes lo iluminan todo. Alguien al otro lado de la calle está parado en los escalones de la entrada, en pijama de franela.

Tanto para el hecho de que nuestra presencia aquí sea discreta.

—Luna —sisea Mariya en voz baja—, déjalos que te revisen. Piensa en los bebés.

Lo estoy. Estoy pensando en los bebés, pero también pienso en Mariya. Hay una razón por la que nadie sabe que ella y yo estamos aquí. Llamar a una ambulancia y registrar nuestros nombres en alguna base de datos de primeros auxilios en línea podría arruinarlo todo. Probablemente, Pavel tenga ojos en todas partes.

El segundo paramédico se acerca al porche. —Ya estamos aquí. Si hay alguna preocupación, es mejor que la revisemos.

—No necesito que me revisen. Estoy bien. Necesito que ambos se vayan.

—No podemos irnos hasta que sepamos que está pensando con claridad, alerta y comprende su situación. Solo necesitamos hacerle algunas preguntas para verificar todo eso. ¿Está bien? —pregunta el hombre, sin detenerse a que yo responda antes de empezar—. ¿Cómo te llamas?

—No te voy a decir eso.

Él frunce el ceño. —¿Cuál es tu dirección?

—No necesito demostrarte nada. No te llamé y no te quiero aquí. Por favor, vete.

—No podemos —dice el otro paramédico—. No hasta que nos aseguremos de que nadie aquí esté en peligro.

—¡No estoy en peligro! —ladro.

Excepto que estoy activamente en peligro. Por eso vivo en una casa segura en medio de la nada. Es por eso que nadie, incluidos estos paramédicos, debería estar parado en el porche.

De repente, un auto se detiene con un chirrido delante de la casa y casi choca contra la parte trasera de la ambulancia.

Mi corazón se detiene. Instintivamente, alcanzo a Mariya, jalándola hacia la casa.

Pavel nos ha encontrado. De alguna manera, nos encontró y ahora está aquí para llevarnos o algo peor.

Estoy a punto de entrar a la casa y buscar refugio cuando el Dr. Jenkins se baja del asiento del conductor. Ya tiene su maletín médico negro en la mano y corre hacia el porche.

—¡Ahí está mi médico! —digo, señalándolo—. Ese es mi médico personal. Él puede decirte que estoy a salvo.

El Dr. Jenkins asiente a los paramédicos y luego me mira. —Llegué tan pronto como pude.

—¿Cómo? —pregunta Mariya.

—Yakov.

No necesita decir más que eso.

—Todavía no podemos irnos sin saber… —comienza a decir uno de ellos, pero sus palabras se pierden en el rugido de un motor. Otro auto avanza por la calle y sube al césped.

Antes de que tenga tiempo de entrar en pánico porque nuestros enemigos vienen a atacar, Yakov salta del auto y se dirige directamente a los paramédicos.

—¿Quién carajo llamó a una puta ambulancia? —ruge.

Mariya se agacha detrás de mí. —Mierda.

Los dos paramédicos se giran para mirarlo, hombro con hombro como si tuvieran alguna posibilidad real contra Yakov.

Sin apartar la vista de los hombres, Yakov señala con el dedo al Dr. Jenkins. —Haz que todos entren. Ahora. Revísala.

El Dr. Jenkins nos hace pasar a Mariya y a mí por la puerta principal. Cuando termina, escucho a los paramédicos argumentar que necesitan realizar un examen, pero sé que eso no sucederá. No una vez que Yakov haya terminado.

—¿Dónde debo realizar el examen? —pregunta el Dr. Jenkins.

Mira hacia el pasillo donde Vera y Usev observan nerviosos desde la puerta de su dormitorio. Estuvieron de acuerdo en acogernos, pero no estoy segura de que supieran exactamente en qué tipo de caos se estaban metiendo.

—Abajo sería lo mejor —le digo. Por el bien de Vera tanto como por el mío.

Una vez más, bajamos las escaleras del sótano, adentrándonos nuevamente bajo tierra. Lo aterrador es lo seguro que se siente. Creo que me estoy acostumbrando a esconderme.

Una vez que regresamos a nuestra casa improvisada, el Dr. Jenkins instala su equipo y comienza el examen. Le hablo de mis síntomas mientras él revisa mis signos vitales. Su expresión no revela nada mientras me revisa.

Finalmente, presiona el Doppler de frecuencia cardíaca contra mi estómago. Inmediatamente, el relajante sonido de un latido del corazón, y luego de un segundo, llena la habitación.

—Los bebés suenan muy bien —dice—. No me preocupan en absoluto.

Cierro los ojos y respiro profundamente por primera vez en una hora.

Luego, Yakov irrumpe en la habitación. Su cabello oscuro está erizado como si hubiera estado pasando la mano por él. Él me encuentra y nuestras miradas se sostienen. Un millón de emociones pasan entre nosotros.

Se arrodilla a mi lado y me aprieta la mano. —¿Cómo está?

—Su presión arterial es alta, pero eso podría deberse a la emoción —ofrece el Dr. Jenkins—. El sangrado es más preocupante que la última vez, dado que ahora está en el segundo trimestre, pero los bebés parecen estar bien.

Yakov asiente y besa mi mano. —Llegué aquí lo más rápido que pude.

—Está bien. Estás aquí. Eso es todo lo que importa.

—No —su mandíbula se flexiona—. Tuviste que llamar a una ambulancia. El riesgo en el que las pone a ambas…

—Mariya estaba asustada. No te enfades con ella —digo en voz baja—. Ella estaba tratando de cuidar de mí.

—No la culpo.

Al más puro estilo Yakov, estoy segura de que la única persona a la que culpará es a él mismo.

—Afortunadamente, los paramédicos son legítimos —afirma—. Les pagué para que olvidaran esta dirección e Isay está investigando la posibilidad de borrar la grabación del despacho.

El Dr. Jenkins se aclara la garganta. —Sé que tu privacidad es importante para ti, pero creo que hacer que Luna sea examinada en un hospital podría ser inteligente. Incluso si no va en ambulancia, sería inteligente ir de todos modos. Solo para asegurarnos de que reciba toda la atención que necesita.

Yakov niega con la cabeza antes de que el Dr. Jenkins haya terminado de hablar. —Hay demasiadas variables. No puedo mantenerla a salvo allí.

—Entiendo tus preocupaciones, pero tengo que recomendar lo que creo que es mejor para mi paciente. No tengo el equipo conmigo para hacerle un examen completo. No veo ninguna preocupación inmediata en este momento, pero las cosas pueden cambiar rápidamente.

El pulgar de Yakov rodea el dorso de mi mano mientras piensa. —¿Sería una alternativa adecuada tener un médico residente?

—Si tuvieran el equipo adecuado, sí —reflexiona el Dr. Jenkins—. En realidad, probablemente sería un nivel de atención aún mayor.

Yakov asiente. —Entonces, está arreglado. Te quedarás aquí con Luna hasta que sea seguro para mí llevarla a casa.

La boca del Dr. Jenkins se abre. Parpadea en un silencio atónito.

—Me aseguraré de que tengas todo el equipo que necesites —continúa Yakov—. Haz una lista y yo lo hare posible.

—No… no puedo —tartamudea el médico—. Desarraigué a mi familia para venir aquí. Mi esposa y mis hijos están en un alquiler en el centro. Estarán esperándome. No puedo quedarme aquí permanentemente.

Yakov se pone lentamente de pie. —No es una solicitud, Dr. Jenkins. No te pregunto si puedes ayudar, te digo que lo harás.

Hace unas semanas, habría discutido. Le habría dicho a Yakov que nada de esto era necesario y estaría bien.

Pero hoy… me siento bien sabiendo que el Dr. Jenkins estará cerca.

Me siento aún mejor sabiendo que Yakov hará todo lo que esté en su poder para asegurarse de que los mellizos y yo estemos a salvo.

Así que entrelazo mis dedos con los suyos y observo cómo el Dr. Jenkins asiente miserablemente. —Lo que necesite, Sr. Kulikov.

YAKOV

El Dr. Jenkins verifica que Luna y los bebés están bien después de una ecografía con la máquina portátil que Isay se apresuró por traer. Luego, Vera y Usev le buscaron al médico una habitación libre en el piso de arriba. Ahora estoy sentado en la sala de estar, con Luna acurrucada a mi lado y Mariya tumbada boca abajo en el sofá.

—El día acaba de empezar y necesito una siesta —se queja Mariya. Su voz se escucha apagada por los cojines.

—Afortunadamente, no tenemos otro lugar donde estar —dice Luna—. Puedes dormir todo el día si quieres.

—Sí. "*Afortunadamente*". Somos muy *afortunadas* de estar atrapadas aquí abajo —Mariya se gira para mirarme—. No entenderías lo afortunadas que somos, Yakov. Porque estás tan ocupado yendo a *lugares*, viendo *gente* y respirando *aire fresco* que ni siquiera pude ponerme en contacto contigo. ¿Para qué diablos sirven los teléfonos de emergencia si no los contestas?

Suspiro. —Debería haber tenido mi teléfono conmigo.

—¿Por qué no lo tenías? —espeta—. ¿Qué fue tan importante que no pudiste contestar tu teléfono ninguna de las cinco veces que…?

—Nikandr se despertó.

Mariya se congela. Ni siquiera parpadea. Luna se pone rígida a mi lado, su mano agarra mi brazo.

—Se despertó anoche —le explico—. Su médico me llamó y corrí al hospital. Dejé mi teléfono y no me di cuenta hasta…

—¡¿Está despierto?! —Mariya grita, salta arriba y abajo—. ¿Nikandr está despierto? ¿Está consciente?

Sonrío levemente. —Despierto y hablando y todo.

Mariya se lanza hacia mí, rodeándome el cuello con sus brazos. Luna me sonríe desde el sofá. Pero cuando nuestras miradas se encuentran, su expresión flaquea.

Una mirada y ella sabe que hay algo que no estoy diciendo.

—Esto es increíble —balbucea Mariya mientras se retira—. Él va a estar bien. De verdad, realmente bien. Para ser honesta, tenía mis dudas. No estaba segura de si él… Vaya. Está despierto.

—Está despierto. Una vez que sea seguro, podrás ir a verlo.

Frunce el ceño. —Quiero ir a verlo ahora.

—Lo sé. Nik también quiere verte. Aunque lo verás pronto.

—¿Lo haré? —pregunta—. ¿Tienes algún plan para eliminar a Pavel o el plan es mantenernos en este búnker indefinidamente?

—Tengo un plan para todo, Mariya —miento—. Ten un poco de fe.

Mariya coloca sus manos en sus caderas e inhala para lo que seguramente será el comienzo de una larga perorata que enorgullecería incluso a nuestra madre. Pero, antes de que pueda hacerlo, Luna bosteza. —Estoy agotada —espeta, apretando mi brazo—. ¿Puedes venir a acostarte conmigo un rato?

Asiento. —Por supuesto.

Mariya nos mira mientras caminamos hacia el dormitorio de Luna. Justo cuando la puerta se cierra, Mariya grita—: ¡No puedes evitarme para siempre!

—Pero puedes evitarla por ahora —susurra Luna, cerrando la puerta.

—No necesito que me salves de Mariya. Puedo manejarla.

—Sí, lo sé. Pero no tienes que hacerlo esta noche —Luna me besa el hombro de camino a la cama. Se desliza bajo las sábanas y se pone de lado, con la cabeza apoyada en el brazo—. ¿Puedes quedarte un rato o tienes que irte?

¿Cómo podría alejarme de ella ahora?

Me quito la chaqueta y los zapatos. —Me puedo quedar.

Me deslizo detrás de ella, mi brazo sobre su cintura como de costumbre. Excepto que ella se siente diferente. Solo llevamos unos días separados, pero su cuerpo ha cambiado. Su panza está creciendo.

Y no he estado aquí para eso.

Luna se presiona contra mí, acurrucándose más. —¿Qué le pasa a Nik?

—Él está mejor. La doctora pensó que podría morir, pero está despierto.

—Lo sé —dice en voz baja—. Pero también sé que hay algo que no estás diciendo. Pude verlo en tu cara. ¿Puede hablar? ¿Recuerda quién eres?

Suspiro. —Su mente está bien. En ese sentido, le está yendo mejor de lo que esperaba la Dra. Tung. Es la parte física la que no avanza tan bien. Ahora mismo… tal vez para siempre… está paralizado de cintura para abajo.

Luna maldice en voz baja. —Lo siento, Yakov. ¿Cómo lo está tomando?

—Joder si lo sé. No quiere hablar conmigo sobre eso. Ni siquiera me deja hablar de fisioterapia.

—Probablemente necesite tiempo. Ustedes, los hombres Kulikov, se enorgullecen de ser especímenes físicos. Estoy segura de que será un ajuste difícil para él. Solo vas a estar ahí para él y darle tiempo. Él se recuperará.

Beso la suave curva de su cuello. —Dándome cumplidos y sabios consejos, todo al mismo tiempo. Bien hecho.

—No tengo mucho tiempo contigo, tengo que hacer varias cosas a la vez —agarra mi brazo y sus dedos recorren mis músculos—. También agregaré que creo que deberías contarle a Mariya lo que está pasando. Todo. Ya se siente como si fuera la última en saberlo todo.

—Solo quiero que disfrute de las buenas noticias por un rato. Mi hermano acaba de salir del coma y debería estar eufórico, pero en cambio, estoy estancado en su recuperación y en si alguna vez volverá a caminar. Solo quiero que Mariya esté feliz de haber recuperado a su hermano.

Luna asiente. —Debes confiar en mí para guardar tu secreto si me estás diciendo la verdad.

—Confío en ti —digo, dándome cuenta exactamente de lo mucho que lo digo en serio—. Nunca he tenido a alguien en mi vida con quien quisiera compartir todo, pero contigo… ni siquiera consideré no decírtelo.

Sin que yo me diera cuenta, Luna se convirtió en la persona a la que quiero llevarle todo. La persona con la que quiero hablar cuando sucede algo bueno o malo.

—Yo también quiero compartir todo contigo —solloza.

La hago rodar hacia mí y le levanto la barbilla. —¿Estás llorando?

Ella deja escapar una risa acuosa. —Son estas estúpidas hormonas. Lo siento. Es solo que… sentí a los bebés patear por primera vez.

—¿Ahora mismo? —deslizo mis manos sobre su estómago.

Niega con la cabeza. —No. El otro día. Fue tan mágico y todo lo que podía pensar era en lo horrible que era que no pudieras estar allí. Ojalá hubieras podido estar allí conmigo.

—Estoy aquí contigo ahora. Y, cuando todo esto termine, siempre estaré contigo.

Luna lleva su mano a mi cuello y se acerca. —¿Lo prometes?

Presiono mis labios contra los de ella. Mi intención es simplemente sellar la promesa y consolarla, pero, en el momento en que conectamos, ella se arquea hacia mí. Sus labios se abren y jadea contra mi boca.

Agarro su cadera, clavando mis dedos en su piel con el esfuerzo necesario para no ponerla encima de mí. —Deberías descansar.

Luna se levanta lentamente y se sienta a horcajadas sobre mí. —El Dr. Jenkins dijo que estaba bien. Podemos ser gentiles.

—No tengo ni puta idea de cómo ser gentil contigo —gruño.

Desde el momento en que Luna y yo nos conocimos, ha habido algo muy dentro de mí que le responde. Algo instintivo que nunca antes había sentido. No tiene nada que ver con mi cabeza y sí con mi polla y mi corazón negro y retorcido.

Como si pudiera leer mis pensamientos, la palma de Luna se posa sobre mi corazón. —Has hecho un trabajo bastante bueno hasta ahora. Confío en ti, Yakov.

Mi polla dolorida se contrae. Luna se desliza arriba y abajo, acercándome a lo inevitable.

Luna me ha brindado su confianza y su corazón y su cuerpo. Ella ha renunciado a toda su vida para asumir la mía, y yo soy un bastardo tan egoísta que nunca le pediré que reconsidere su decisión. Porque no solo quiero a esta mujer… *la necesito.*

Empujo sus bragas a un lado mientras Luna me desabrocha. Su puño envuelve mi longitud por solo un segundo mientras me presiona hacia su entrada. Un giro de sus caderas y me deslizo profundamente dentro de ella.

Ella cierra los ojos y se inclina hacia atrás. Su bulto es suficiente intrusión ahora que inclinarse hacia adelante no es una gran opción. Así que agarro sus muslos y la veo montarme.

Sus labios carnosos se abren y su frente se arruga. Se ve jodidamente hermosa.

Deslizo mi mano debajo de su camisa y hago rodar su duro pezón con mi pulgar. Cuando ella gime, mi control se afloja. La tomo por la cintura y la guío hacia mi polla una y otra vez.

—Yakov, no puedo… voy a llegar —se inclina hacia atrás y coloca sus manos sobre mis muslos. Miro hacia abajo y veo dónde la lleno.

—Es porque encajamos perfectamente. Porque eres tan buena tomándome —jadeo, acercándome a ella más rápido.

Sus ojos azules están vidriosos cuando encuentra mi mirada. —No quiero que esto termine.

No hay peligro de eso. Nunca terminará. Esta cosa entre ella y yo… daré todo lo que tengo para asegurarme de que nunca termine. Para asegurarnos de que nada se interponga entre nosotros nunca más.

Deslizo mi mano entre sus muslos, haciendo círculos con mi pulgar sobre su clítoris. Al instante, la siento apretarse a mi alrededor.

—Córrete para mí, Luna.

Inclina la cabeza hacia atrás y se libera, persiguiendo el orgasmo con cada giro de sus caderas. Se mueve contra mí hasta que no puedo contenerme. Me derramo dentro de ella, pulsando hasta que ambos nos agotamos.

En el momento en que salgo de ella, siento la pérdida.

La limpio rápidamente y luego la acerco a mi pecho. Mis manos naturalmente se posan alrededor de su panza.

—Me gustaría que pudieras quedarte —susurra suavemente.

—No quiero quedarme aquí contigo —empieza a darse vuelta, confundida, pero beso su nuca—. Quiero sacarte de aquí y traerte de regreso a casa. Para eso estoy trabajando. Para que tú y nuestros bebés puedan ser libres. Para…

De repente, mi mano salta.

—¿Sentiste eso? —Luna jadea.

Antes de que pueda responder, siento otro pequeño empujón en la palma de mi mano.

Luna jadea de nuevo. —Yakov, ¿sientes eso? ¿Puedes sentirlos?

A ellos.

Mis bebés.

Los mellizos han sido una idea vaga y feliz desde que descubrí que Luna estaba embarazada. Pero, con un pequeño empujón, se vuelven reales.

Voy a ser padre. Luna y yo vamos a ser padres. *Juntos.*

—Puedo sentirlos —murmuro, acercándola más.

Luna se queda dormida así, pegada a mí, envuelta en mis brazos. Todavía está dormida cuando, horas más tarde, le doy un beso en la frente y salgo de la cama.

LUNA

—Todo parece estar bien —el Dr. Jenkins se pasa una mano por la cara sin afeitar—. Tu presión arterial todavía está un poco alta, pero, como estoy aquí para controlarla de cerca, no me preocupa en este momento. Los bebés crecen y Mamá está feliz. Eso es lo más importante.

Puede que yo esté feliz, pero el Dr. Jenkins definitivamente no lo está. No si la falsa sonrisa pegada que ha estado usando durante las últimas dos semanas es una forma de juzgarlo.

Los primeros días después de que Yakov le ordenara vivir aquí y cuidarme, el Dr. Jenkins estaba sorprendentemente alegre. Me saludaba con su habitual sonrisa cálida y no actuaba como si fuera un inconveniente en absoluto.

Semanas después, creo que la esperanza de que Yakov cambie de opinión se ha atenuado.

Ahora baja las escaleras con dificultad una vez al día, comprueba mis signos vitales y los latidos del corazón de los bebés y luego desaparece escaleras arriba. Solo le lleva unos quince minutos cada día examinarme. No tengo idea de qué hace con el resto de su tiempo en esta casa. Salvo que sepa hablar ruso, dudo que Vera y Usev sean una buena compañía.

Tal vez esa sea otra razón por la que últimamente no hay mucho que conversar con el Dr. Jenkins: está oxidado.

—Estoy bastante feliz. Las cosas están bien en la mazmorra —digo con una sonrisa—. Pero nos preguntamos qué secretos esconden todos ustedes arriba.

El Dr. Jenkins frunce el ceño.

—Techo insonorizado —le explico—. Mariya y yo ni siquiera podemos oír pasos. Por lo que sabemos, todos ustedes podrían estar bailando en el río allí arriba.

Él asiente, pero no sonríe. —No hay baile en el río.

Uf. Sus habilidades de conversación están aún más oxidadas de lo que pensaba.

—¿Vera y Usev son buenos anfitriones? —pregunto—. Espero que te estén cuidando bien. No tuve muchas oportunidades de conocerlos antes de venir aquí.

—Están bien —dice secamente, guardando sus herramientas en su bolso negro.

—¿Vera ya te ha hecho su sharlotka de manzana?

Puede que sea mi imaginación, pero creo que el Dr. Jenkins se pone un poco verde. —Infinidades. Creo que es todo lo que come Usev.

—No me sorprendería. Creo que es todo lo que Vera sabe hacer —susurro—. Nos ha estado trayendo una cada dos días desde que llegamos aquí. Incluso Mariya ha empezado a tirarla.

Por fin, sonríe. —Si no veo otra manzana asada en mi vida, será demasiado pronto.

El Dr. Jenkins me ofrece su mano y me ayuda a levantarme de la mesa de exploración. Yakov hizo que le llevaran la mesa de exploración, junto con equipos y suministros equivalentes a un hospital, el día después del susto de la ambulancia. Le dije que no quería dar a luz a mis bebés en el búnker y me aseguró que era solo en caso de emergencia.

Espero que nunca llegue a eso.

Camino con el Dr. Jenkins hasta la pesada puerta que separa la casa segura del resto del sótano. —Si buscas una razón para pasar un poco más de tiempo lejos de Vera y Usev, puedes quedarte aquí abajo un rato. No tienes que correr escaleras arriba después de mi cita.

—No me gustaría entrometerme.

—¡Nada de entrometer! Me imagino que sería bueno poder tener una conversación con alguien. Vera y Usev no hablan inglés, ¿verdad?

—Estoy aprendiendo algo de ruso aquí y allá. De todos modos, Vera y Usev son muy reservados.

—Otra razón por la que puedes quedarte aquí abajo. ¿Si quieres la compañía?

No lo digo, pero sé lo que es estar encerrado contra tu voluntad. Antes de que Mariya y yo tuviéramos una relación amistosa, yo me sentía miserable. Odio pensar que el Dr. Jenkins se siente así por mi culpa.

Agarra la puerta y mantiene los ojos en el suelo. —Gracias por la oferta, Luna, pero no creo que sea apropiado.

—Probablemente no —admito—, pero, como vives encima de mi refugio ultrasecreto, creo que hemos superado la relación normal entre médico y paciente. No quiero presionarte, pero me siento mal porque estés atrapado aquí por mi culpa.

—No estoy aquí por tu culpa —dice en voz baja.

Parece arrepentirse de las palabras tan pronto como salen de su boca. Se chupa la mejilla y cambia de un pie a otro.

—Yakov —digo en voz baja—. Sé que es protector, pero está preocupado por mí. Es intenso, pero proviene de amor. Él haría cualquier cosa para mantenerme a salvo.

—Sé que lo haría —su voz sale alta y tensa. Cruza la puerta y comienza a cerrarla—. Volveré mañana para ver cómo estás. A la misma hora.

—Vale. Nos vemos mañana —digo, pero mis palabras son interrumpidas por el portazo.

Mariya asoma la cabeza fuera de la habitación un segundo después. —Escuché la puerta cerrarse. ¿Se ha ido? ¿Tu vagina está guardada?

—Entraste en un examen, Mariya. Supéralo. No es como si estuviera en trabajo de parto activo.

—El trabajo de parto activo hubiera sido mejor —dice, saltando sobre el respaldo del sofá para tumbarse sobre los cojines—. Dr. Jenkins estaba a dos dedos de profundidad en ti. Fue pervertido.

—Era un examen pélvico.

—Fue incómodo —responde ella.

Me siento a su lado, con los pies apoyados en la mesa de café. —Solo fue incómodo porque hiciste una broma acerca de que engañé a tu hermano y me vi obligada a informarte que tu hermano es *mucho* menos clínico cuando mete…

—*¡La la la la!* —Mariya se tapa las orejas con las manos—. Olvídate de que lo mencioné. Nunca volveré a hablar de eso mientras jures no mencionar jamás dónde "*mete*" nada mi hermano.

Le dedico una sonrisa. —Trato hecho.

Mariya niega con la cabeza como si se estuviera limpiando el pensamiento de su cerebro. Luego vuelve sin problemas a la conversación. —¿Cómo está el buen Dr. Jekyll?

—Dr. Jenkins —corrijo—. Y bien, supongo. Le dije que podía pasar el rato aquí con nosotras si quería, pero actuó como si le hubiera pedido que hiciera lo mismo sobre lo que tú juraste que nunca volverías a bromear. No podría haber estado menos interesado. No me di cuenta de que estar con nosotras podría ser una amenaza.

—Estoy segura de que no tiene nada que ver con nosotras y sí con el hecho de que mi hermano tiene las bolas del Dr. Jenkins apretadas en sus manos.

Sacudo la cabeza. —¿Qué significa eso? Yakov le está pagando para que esté aquí. No es como si lo estuvieran chantajeando.

—No estaría tan segura. El Dr. Jenkins es uno de los mejores obstetras y ginecólogos del país, ¿verdad? —pregunta—. Dudo que esté desesperado por conseguir dinero en efectivo. Incluso si lo está, no puede estar tan mal como para quedarse aquí durante semanas para cuidar de ti. Lo que sea que Yakov tenga sobre él, debe ser grande.

Lo pienso por un segundo y luego maldigo en voz baja. —¿Cuándo voy a dejar de ser tan ingenua acerca de cómo funciona tu mundo? Simplemente asumí que el Dr. Jenkins estaba haciendo todo esto por dinero. Ni siquiera pensé… ¿Qué crees que tiene Yakov sobre él? Sigue siendo un médico de verdad, ¿no? Parece bastante real.

—Estoy segura de que es legítimo. Yakov no lo habría traído aquí si no fuera así. Pero ¿quién sabe qué tiene Yakov sobre él? —se encoge de hombros—. Con tíos así, puede ser cualquier cosa: deudas de juego, adicción, chantaje por contratar a un sicario para matar a su esposa. O Yakov tiene algo sucio sobre él, o el Dr. Jenkins necesita algo.

—No me gusta la idea de que el hombre que va a dar a luz a mis hijos haya matado a su esposa, así que eliminemos eso de la lista de posibilidades.

Me recuesto en el sofá y finalmente coloco una almohada debajo de mi espalda baja. He tenido un dolor de espalda constante durante la última semana. Tenía la esperanza de que desapareciera, pero cada día tengo más confianza en que llegó para quedarse. Otro síntoma glorioso del embarazo.

Lo aceptaré mientras los bebés sigan creciendo y se mantengan sanos. Aunque una parte muy pequeña y egoísta de mí espera en secreto otro susto de embarazo solo para que Yakov vuelva a verme. No quiero que haya nada malo conmigo o con los bebés, obviamente, pero quiero que Yakov venga corriendo a verme para que podamos pasar otra noche haciendo el amor. Quiero quedarme dormida con su cuerpo a mi alrededor. Ha pasado tanto tiempo que casi me olvido de lo que se siente.

Llama cada cierto tiempo. Son conversaciones breves, lo suficiente para comprobar cómo estoy y saludar. No son suficientes, pero son todo lo que podemos tener en este momento.

Actualmente, la vida se trata de conformarse. No puedo tener lo que quiero, así que trato de agradecer los pequeños destellos de luz.

En este momento, estoy agradecida por Mariya y la televisión sin sentido.

Mariya recorre la larga lista de canales. Nos divertimos tanto burlándonos de los comerciales y fragmentos aleatorios de programas que nunca hemos visto como acomodándonos a ver algo de principio a fin. A veces, solo me relajo y escucho a Mariya comentar su camino a través de reality shows y malos infomerciales. Rompe el silencio.

—Creo que necesitamos más jingles —decide Mariya, acercando el control remoto a la pantalla —. Los comerciales ahora son aburridos. Se esfuerzan demasiado en contar una historia o hacer las cosas emocionales. Yo digo, al diablo con eso y escribe una melodía pegadiza. Un buen jingle sobre la disfunción eréctil sería fantástico.

—Me siento mal por el Dr. Jenkins —espeto.

—¿Por qué? ¿Tiene disfunción eréctil? —jadea—. ¿Cómo siquiera sabes eso?

—¿Qué? No. No, no lo tiene. O, digo, no sé si lo tiene —dejo escapar un suspiro áspero—. Me siento mal porque está arriba solo y no está con nosotras.

Mariya lo considera por un segundo. —Si estuviera aquí, probablemente habría elegido otro ejemplo para la idea del jingle. Como… una pasta de dientes blanqueadora.

Yo sonrío. —Tener estas estúpidas conversaciones contigo hace que el tiempo pase más rápido. Me siento mal porque él está sentado arriba, solo y en silencio.

—Te ofreciste a dejarlo pasar el rato aquí. Hiciste tu parte. No es culpa tuya que haya tomado una decisión obviamente equivocada y haya rechazado nuestra compañía.

Suspiro. —Sí. Tienes razón. Simplemente me siento mal.

—Y deberías. Se está perdiendo un discurso realmente increíble —me mira entrecerrando los ojos—. Un discurso que no es en absoluto *estúpido* para nada.

—Tienes razón. Estas conversaciones no son nada estúpidas. Tus pensamientos sobre los jingles

de polla están al borde de la genialidad —tomo su mano—. Pero en serio, Mariya, me alegro de que estés aquí. Podrías estar de mal humor y ser miserable y empeorar toda la situación, pero en cambio, eres lo único que lo hace soportable para mí.

—Igual yo, Luna. Este es definitivamente el mejor encarcelamiento que he tenido.

Arrugo la frente. —¿Has hecho esto antes?

—¿Resguardarme en una casa segura? —resopla—. Demasiado. Un montón de veces. Por muchas razones diferentes. Esta vez es la más intensa, pero sí… Siempre fui demasiado joven para saber todos los detalles, pero cuando eres parte de una familia poderosa, los enemigos vienen con el territorio.

Eso ya lo sabía. Lo *sé*. El mundo de Yakov es peligroso. A la gente no le agrada y están dispuestos a perseguirme para llegar hasta él. Es fácil afirmarlo como un simple hecho… pero la realidad es otra.

Nos imaginé a Yakov y a mí capeando la tormenta *juntos*. Ingenuamente pensé que sería un trabajo de nueve a cinco. Algo que pudiera apagar a la hora de la cena para que pudiéramos comer tranquilamente y quedarnos dormidos uno al lado del otro.

Así que sentarme aquí en un búnker del sótano con Mariya mientras Yakov está haciendo solo Dios sabe qué para protegerme nunca estuvo completamente en mi radar.

—¿Termina alguna vez? —pregunto.

Mariya no aparta la mirada del televisor. Cualquier programa que esté viendo ha vuelto. —¿Qué?

—La pelea. ¿Termina alguna vez? —repito—. Yakov sigue derribando a la gente, pero alguien más aparece para ocupar su lugar. ¿Ese ciclo de venganza terminará alguna vez?

—Supongo que no —admite Mariya—. Simplemente aprendes a vivir con ello.

¿Puedo aprender a vivir así?

Acuno mi panza. *¿Pueden ellos?*

Yo tengo la opción, pero mis bebés no. ¿Es esta realmente la vida a la que quiero traer a mis hijos?

YAKOV

Me pellizco el puente de la nariz, pero la tensión en mi cráneo no disminuye. Ha sido una presión constante y latente durante semanas. Desde la última vez que vi a Luna.

—Lo único que digo —continúa mi madre—, es que Oksana y Tati no están tratando de destruir a nuestra familia desde adentro. Invitarlos a tomar el té no nos pondrá en ningún riesgo. No tienen nada que ver con la Bratva Gustev.

—Que nosotros sepamos —digo por tercera vez—. No distinguimos entre amigos y enemigos en este momento. Por eso no invitamos a nadie.

Se cruza de brazos y sus perlas rebotan en su pulsera de tenis de diamantes. Está vestida para impresionar para un té de la tarde que no sucederá en absoluto. —Si sigues así, no nos quedarán amigos. Las amistades hay que cuidarlas, Yakov. Son como plantas. Si los dejas desatendidos, empiezan a parecerse a un jardín desordenado en el patio trasero.

—La próxima vez que disparen a Mariya y Nik y secuestren a la madre de mis hijos, me aseguraré de dejar instrucciones escritas a los jardineros.

—¿Para qué tener un personal si necesitas dejar instrucciones? —pregunta—. Deberían saber qué hacer. Deberías despedirlos y reemplazarlos.

—He estado un poco jodidamente ocupado, Madre.

—Y es exactamente por eso que necesito compañía —responde, volviendo a la conversación—. Me siento sola en esta casa grande, toda sola.

Me siento tentado a sugerirle que regrese a Moscú, pero ha dejado claro que no irá a ninguna parte. Al menos no en el corto plazo. Podría hacer que la sacaran si realmente quisiera, pero mi padre se revolvería en su tumba si mis guardias escoltaran a mi madre fuera de la casa en la que me crio. Hay algunas líneas que ni siquiera un *pakhan* debería cruzar.

Mi teléfono suena y contesto rápidamente. No importa quién esté al otro lado de la llamada, tiene que ser mejor que esta conversación.

—Yakov.

—¿Sr. Kulikov? —dice la Dra. Tung con su eficiencia habitualmente cortante—. Te llamo por tu hermano…

—¿Pasó algo malo con él? —pregunto, con el corazón ya en la garganta. Los peores escenarios pasan por mi mente. *Está inconsciente otra vez. Se desplomó. Está muerto.*

—¿Quién es? ¿Se trata de Nik? —pregunta mi madre.

—No le pasa nada. Bueno, aparte de la parálisis, pero… —la Dra. Tung suspira—. Pensé que deberías saber que Nikandr se está dando de alta del hospital.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa que saldrá del hospital esta tarde y ya no estará bajo mi cuidado ni supervisión.

—Inaceptable —espeto—. Vuelve a registrarlo. No ha terminado la fisioterapia.

—Eso es lo que le dije. No siguió mi consejo, y en realidad no tengo ninguna capacidad legal para detenerlo. Nikandr está listo para irse, así que se marchará hoy.

—¿Cómo es que me estoy enterando de esto ahora?

—Ni siquiera debería decirte tanto, pero técnicamente todavía está bajo mi cuidado y tú figuras como su información de contacto —dice—. Pero espera dos horas más y no podré decirte nada sobre la situación de Nikandr. Ya no será mi paciente.

—Él no puede solo darse de alta por sí mismo —gruño. Aunque aparentemente sí puede hacerlo.

Mi madre se acerca más. —¿Quién se da de alta? ¿Nik volverá a casa?

Me alejo de ella y presiono un dedo en mi otra oreja para concentrarme.

—Es un adulto —dice la Dra. Tung—. Esto no es una prisión ni un centro psiquiátrico. Como dije, no tengo ningún medio legal para mantenerlo aquí en contra de su voluntad. Quiere irse y tiene planes de hacerlo.

—Joder que lo hará —escupo, colgando sin molestarme en decir adiós.

—¿Nik volverá a casa? —mi madre pregunta de nuevo—. ¿Era la doctora?

No le contesto. Estoy demasiado ocupado marcando el número de Nik. El gilipollas deja que suene diez veces antes de contestar finalmente.

—No puedes hacerme cambiar de opinión —dice en un tono alegre.

—Vuelve a registrarte en este puto segundo, hombre. No te irás.

—Sí, lo haré —responde—. No puedo quedarme más aquí, Yakov. Perderé la cabeza si no salgo. No puedo comer más pastel de carne seco, ni gelatina de mierda de otra marca. Y estoy cansado de que me despierten cada dos horas durante toda la noche. Quiero dormir en mi propia cama.

—Una cama en la que no puedes jodidamente subir y bajar por tu cuenta —le recuerdo en voz baja.

Quiero agregar que tampoco podrá defenderse si la Bratva Gustev decide atacar, pero a Nik todavía no le gusta hablar de su parálisis de manera real. Finalmente empezó a ir a fisioterapia, pero no me deja verlo en una sesión. Cuanto más se prolonga esta negación suya, más seguro

estoy de que Luna tiene razón: Nik está avergonzado.

Mi madre da vueltas a mi alrededor, tratando de escuchar lo que está pasando. —Si Nik necesita un lugar donde quedarse, dile que venga aquí. Haré que Hope prepare su habitación. Yo puedo cuidar de él.

Pongo mi mano sobre el teléfono. —Su habitación está arriba.

—¿Y? Siempre ha estado arriba.

—Pero no siempre ha estado paralizado de cintura para abajo.

Frunce el ceño. —Ese es un problema menor. Podemos resolverlo.

—No necesito que nadie resuelva nada por mí —interviene Nik, claramente habiendo escuchado la conversación—. Soy un hombre adulto. Puedo cuidarme solo y no necesito el permiso de nadie para darme el alta del hospital. Ya lo comprobé.

—Puede que seas un hombre adulto, pero yo soy tu hermano mayor. Más importante aún, tu *pakhan*. Puedo hacer de tu vida un infierno si quiero. Sigue desafiándome y terminarás paleando carbón en una mina en Siberia.

—Puede que eso sea difícil sin el uso de mis piernas, pero haré lo mejor que pueda. —se ríe histéricamente para sí mismo.

—Dile que vuelva a casa —susurra mi madre—. Podemos cuidar de él aquí.

Le hago un gesto a mi madre para descartarla, pero no es una idea terrible. Podría encargarme de él a tiempo completo aquí en la mansión. También sería mucho más fácil monitorear la recuperación de Nik *y* asesinar a Pavel si Nik volviera a estar bajo mi techo.

—Nik, hablo en serio. No puedes estar solo ahora. Alguien necesita estar ahí para monitorearte.

—¿Estás hablando como mi *pakhan* o mi hermano mayor en este momento?

—Ambos —digo—. Puedes darte el alta del hospital, pero, si lo haces, vendrás a vivir conmigo.

Mi madre aplaude. —¡Nik volverá a casa!

—Y Mamá también estará allí —añade Nik en voz baja—. Joder. Un hombre adulto que vuelve a vivir con su madre.

—Tómalo o déjalo —digo.

Después de un momento, Nik maldice. —Acepto.



NIK ESTÁ RECOSTADO en la cama del hospital en la sala de estar. Cada pocos minutos, usa el control remoto para ajustar el reposacabezas o levantar los pies. —¿Dónde encontraste una cama de hospital en tan poco tiempo?

—El hospital.

—¿Solo te lo vendieron? —pregunta.

—No pedí comprarla. Solo no se atrevieron a detenerme cuando la saqué de una habitación del hospital y la subí a un camión.

Nik resopla. —Eso suena propio de ti.

Teniendo en cuenta la donación que hice en nombre de Nikandr, el hospital puede disponer de una cama individual. No tuve ningún problema en contratar un equipo de atención domiciliaria para que lo cuidara, pero adquirir la cama con tan poca antelación fue un problema. Como todos los problemas que encuentro, lo resolví a mi manera.

—¿Cómo se siente mi bebé? —nuestra madre cruza la puerta y toma la mano de Nik. Desde que él regresó, ella lo ha estado adulando más que cualquiera de las enfermeras del hospital. Está volviendo loco a Nik.

—Estoy bien —él retira su mano suavemente—. ¿Cómo te sientes? ¿Fue duro viajar para ti? Podrías ir a tomar una siesta, ¿sabes? Si lo necesitas.

Ella le besa la mejilla. —Eres tan dulce. Preocupándote por mí. Nadie se preocupa por ti una vez que eres viejo. No estoy acostumbrada a toda la atención. Pero estoy bien. Perfecta ahora que estás aquí, de hecho. Lo único que mejoraría las cosas es que Mariya estuviera aquí con nosotros. Y Luna también, por supuesto.

Mi teoría es que estar de regreso en esta mansión con sus hijos es de alguna manera hacer retroceder el reloj biológico de mi madre. Salta por la casa como si tuviera al menos quince años menos. Estaría feliz por ella si no fuera tan jodidamente molesta.

—Sabes por qué no pueden estar aquí —digo—. No es seguro.

—Es lo suficientemente seguro para que Nik esté aquí. No veo por qué no es lo suficientemente seguro para las chicas.

No puedo volver a explicarle esto. Cada vez que explico por qué mi hermana y mi prometida embarazada no pueden estar aquí conmigo, es como abrir una herida. Es admitir que, en algún nivel, he fracasado.

No puedo mantener la mansión lo suficientemente segura.

No puedo proteger a mi familia de la manera que desearía.

Puedo admitir esa mierda ante mí mismo, pero no quiero volver a decirlo en voz alta *otra vez*.

Afortunadamente, no es necesario.

—*No es* lo suficientemente segura para mí —aclara Nik—. No es lo suficientemente segura para ninguno de nosotros.

Nuestra madre frunce el ceño. —Entonces, no deberíamos estar aquí.

—Si nos vamos, podríamos perder la mansión —explica, entendiendo lo que está en juego sin que yo tenga que explicarle una palabra—. Si pasamos a la clandestinidad y dejamos de cazarlo, Pavel será libre de localizarnos a todos. Será libre de encontrar a Luna y Mariya.

—Entonces, nos escondemos con ellas —proclama—. Todos vamos a la casa segura. Luego, cuando él ataque, estamos todos juntos.

—Todos juntos en un maldito agujero en el suelo —responde Nik—. Nadie quiere atacar desde un valle. Quieres estar en la montaña. Yakov sabe que necesitamos mantener nuestra posición aquí mientras escondemos a los más vulnerables en la casa segura.

Nuestra madre levanta la barbilla. Puedo ver la guerra dentro de ella, con ganas de discutir, pero también enorgulleciéndose de no estar entre los vulnerables. Ella lo es, por supuesto. Luna está embarazada e igual apostaría por ella en una pelea por encima de mi madre. Pero si enviaba a mi madre a un búnker subterráneo con Mariya por un período de tiempo prolongado, las vidas de ambas estarían en peligro.

Finalmente, ella se da vuelta y se va sin decir una palabra.

—Acabo de ganarte una hora de paz antes de que recargue energías —murmura Nik—. Úsalo con sabiduría.

A veces me olvido de lo mucho que ha crecido mi hermano menor. Cuánto ha aprendido. Pero está equivocado… no hay paz. No cuando Luna se esconde y Pavel la persigue.

¿Cuánto falta para que Pavel descubra dónde está ella? ¿Cuánto falta para que deje de cazar a Luna y vaya tras Nik o nuestra madre?

Ya pasó por mi sistema de seguridad de última generación una vez. Podría hacerlo de nuevo.

Siento que me jalan y descuartizan, que me arrastran en todas direcciones. No importa hacia dónde vaya, algo más se desmorona. Por primera vez en mi vida, me preocupa no poder hacerlo todo.

La pregunta es: ¿quién va a morir si fracaso?

LUNA

El Dr. Jenkins no dice una palabra mientras cruza la puerta de nuestro búnker y coloca su bolso sobre la mesa de exploración. Si antes pensaba que era frío, durante la última semana se ha vuelto francamente helado. Me estoy acostumbrando al trato silencioso.

Todos los días, viene a ver cómo estoy y realiza el proceso en piloto automático. La única razón por la que sé que mi presión arterial todavía está un poco alta es porque me trajo una receta la semana pasada. Tuve que preguntarle directamente para qué era antes de que se explicara. Si no lo hubiera hecho, no estoy segura de que me hubiera dicho nada.

El tiempo de invitarlo a pasar tiempo conmigo y con Mariya ya pasó. El Dr. Jenkins no está contento de estar atrapado aquí y no tiene miedo de hacerlo saber.

Me coloca un tensiómetro en el brazo y presiona dos dedos fríos en la parte interna de mi muñeca. Me siento pacientemente mientras él cuenta, mirando su reloj para ver la hora. Estoy esperando a que me quite el tensiómetro en silencio y alcance el Doppler como lo hace habitualmente…

Pero él no se mueve.

El ceño del Dr. Jenkins se frunce. Vuelve a colocarme el tensiómetro y vuelve a presionar sus dedos en mi punto de pulso.

—¿Está… está todo bien? —me aventuro.

Él mira su reloj. Puedo verlo contando en su cabeza.

——Dr. Jenkins? —no puedo quedarme callada. No cuando su frente está tan arrugada—. ¿Estoy bien?

De repente, suelta mi muñeca y busca en su bolso el Doppler. —Lo sabía, joder.

Nunca antes lo había oído maldecir. Dejando de lado la frialdad, siempre ha sido profesional.

Hasta ahora.

—¿Qué sabías? ¿Estoy bien?

Mi corazón late con fuerza en mi pecho. Juro que realmente puedo sentir mi sangre bombeando por mis venas. Mi presión arterial probablemente sea astronómica. Eso no puede ser bueno para

los bebés. Y el estrés por los bebés probablemente esté elevando aún más mi presión arterial.

Respiro hondo, intentando romper el círculo vicioso de la ansiedad antes de que se salga de control.

El Dr. Jenkins niega con la cabeza y me levanta la camisa sobre mi barriga, presionando el Doppler contra mi estómago. —Debí haber exigido que te enviara a un hospital la noche que llegué aquí. Eso es lo que necesitas. Un puto hospital.

Encuentra los latidos del corazón de uno de los mellizos, pero no puedo concentrarme en él. No puedo sentir nada, excepto un miedo helado acumulándose en mis entrañas. —Dijiste que estaba bien. Todos los días has dicho que estoy bien. ¿Estabas mintiendo? ¿Hay algo mal?

Su mandíbula se flexiona. Cuando lo conocí, el Dr. Jenkins estaba bien afeitado. Ahora tiene barba. Hay una mancha gris en su barbilla. —¿Qué piensas tú? Estoy atrapado aquí en esta casa, tratando de atender un embarazo de alto riesgo.

—¿Alto riesgo?

—Todos los bebés múltiples son de alto riesgo —explica con impaciencia, rápidamente encuentra el segundo latido y luego me baja la camisa—. Tu presión arterial aumenta cada día.

—Pero estoy tomando ese medicamento como me dijiste. Pensé que se suponía que ayudaría.

Se encoge de hombros. —Y yo pensé que estaría de regreso con mi familia en una semana. Pero aquí estamos.

—¿Qué estás…? —parpadeo para contener las lágrimas—. ¿Están bien mis bebés?

El Dr. Jenkins se pasa una mano por el cabello y me mira. Sus hombros se hunden. —Sí. Sí, están bien. Disculpa.

—¿Qué está sucediendo?

—Estás bien ahora mismo —dice—. También los bebés. Yo… lo siento, Luna. No debería contarte nada de esto, pero no puedo hablar con nadie más. Estoy perdiendo la cabeza aquí.

Agarro su mano con las mías. —Está bien.

Confío en el Dr. Jenkins. Incluso ahora. Es un buen hombre en una situación extraña. La única razón por la que *yo* puedo esconderme en este búnker sin desmoronarme es porque amo a Yakov. Sé que Yakov tiene las mejores intenciones en mente, así que cuando me dijo que necesitaba vivir aquí, acepté sin dudarlo. No puedo imaginar lo difícil que ha sido todo esto para el Dr. Jenkins.

—No está bien —dice suavemente—. Tengo que llevarte a un hospital y bajo el cuidado de otro médico. Ya no puedo hacer esto.

—Podemos hacer que funcione para ti. Hablaré con Yakov. Estoy segura de que podemos encontrar una manera de que aún me trates y al mismo tiempo puedas ver a tu familia. Hablaré con él.

—Voy a llamarlo y decirle que tienes que ir a un hospital —me ignora—. Lo siento, Luna, pero

ya estoy harto.

Esto es lo que quería, ¿no? Quería una emergencia para traer a Yakov aquí y poder verlo. Pero ahora que esto se está desarrollando frente a mí, lo único que quiero es detenerlo.

—No puedes. Yakov ya está lidiando con muchas cosas. No quiero preocuparlo.

—¡Creo que debería estar preocupado! —argumenta—. Tu presión arterial alta podría convertirse en preeclampsia. Podría ponerlos a ti y a tus bebés en riesgo.

—Pero tú… dijiste que estaba bien. Pensé que solo querías irte. No pensé… —cierro los ojos, tratando de ordenar el lío en mi cerebro—. Dijiste que estaría mejor atendida aquí en casa con un médico dedicado. *Tú* dijiste que, con el equipo adecuado, esta instalación podría ser tan buena como un hospital.

Se limita a negar con la cabeza. Se siente como si estuviera hablando con una pared de ladrillos.

—Solo dale unos días más —le ruego—. No quiero preocuparlo. A ver si me baja la presión arterial. Mientras tanto, hablaré con Yakov para que te permita ver a tu familia.

—No vas a convencer a ese hombre de nada —escupe el Dr. Jenkins—. Y se dará cuenta si intentamos mentirle sobre cómo te va.

—Sé que Yakov ha hecho algunas amenazas, pero es un buen hombre. No es necesario que le tengas miedo.

—¡Sería estúpido si no lo tuviera! —sus ojos son salvajes y asustados—. Sé de lo que es capaz tu prometido.

Retrocedo. ¿Qué significa eso? ¿Sabe el Dr. Jenkins sobre la Bratva? ¿Habla por experiencia personal o por lo que ha oído?

—¿Entonces por qué accediste a trabajar para él? —pregunto—. ¿Por qué estás aquí si le tienes tanto miedo?

El Dr. Jenkins saca su teléfono con una mueca de simpatía. —Eres mi paciente, Luna. Como tu médico, tengo que hacer lo correcto para ti… y para mí.

Presiona el teléfono contra su oreja y cierra la puerta detrás de él antes de que pueda levantarme de la mesa.

YAKOV

Cuando suena mi teléfono, Gregory sale disparado de mi regazo como si lo hubieran electrocutado. El gato silba y corre debajo de la silla donde pasa la mayor parte del tiempo desde que Luna se fue.

—Tendrás que endurecerte si quieres sobrevivir en esta casa —le advierto, deslizando el dedo hacia arriba para atender la llamada diaria del Dr. Jenkins.

Antes de que pueda responder, ya me está hablando. —No seré responsable de tu desprecio por las necesidades de tu prometida. Te digo que necesita ir a un hospital. Si algo le pasa ahora, no es culpa mía. He hecho mi parte.

—¿De qué carajo estás hablando, Jenkins?

Los ojos de Nik se abren de golpe al oír mi voz. Su sesión de fisioterapia de esta mañana lo cansó. Ha estado durmiendo durante la última hora, pero ahora está completamente despierto.

—La presión arterial de Luna es alta —explica escuetamente el Dr. Jenkins—. Ha estado alta durante semanas. La medicación no la reduce y no puedo, en conciencia, tenerla aquí por más tiempo. Tienes que llevarla a un hospital.

—Por eso te tengo allí. Por eso encontré todo ese maldito equipo. Para que pudieras llevarle el hospital a ella.

—No puedo trabajar en el vacío —protesta—. Necesito hablar con otros médicos y hacer pruebas. Soy un buen médico, pero no puedo reemplazar a todo el personal del hospital. No tengo un flebotomista, aquí ni un laboratorio en pleno funcionamiento.

—¿Necesita un laboratorio en pleno funcionamiento?

—Sí. Eh… no. No *aquí*. Necesitas llevar a Luna a uno. No cabe el mundo entero aquí en este búnker. Al final tendrá que salir. Preferiría que esto suceda antes de que pierdas a uno o ambos bebés.

En otras circunstancias, mataría al Dr. Jenkins por la forma en que me habla. Por siquiera sugerir que algo malo les pasará a mis hijos.

Tal como están las cosas, lo único que escucho es que mi familia no está a salvo.

Cometí errores antes. No cometeré uno ahora.

—Estaré allí pronto —digo.

Yo cuelgo y Nik ya está levantando la cabecera de su cama para sentarse erguido. —¿Qué ocurre?

—La presión arterial de Luna es alta. El Dr. Jenkins está preocupado por los bebés. Quiere que ella vaya a un hospital —sacudo la cabeza—. Pero no puedo mantenerla a salvo allí.

—¿No a largo plazo, pero tal vez solo por hoy? —sugiere Nik—. Diezmaste a los Gustev cuando asaltaste esa casa para sacar a Luna.

—Eliminamos a muchos hombres, pero no obtuve los números finales. Estaba distraído.

—La falta de movimiento dentro de los propios territorios de la Bratva Gustev es suficiente. Se están quedando sin mano de obra. He estado haciendo llamadas y sondeando y nadie ha visto nada de Pavel en semanas. Isay incluso logró localizar a Budimir. Ha cortado todos los vínculos con los Gustev y ahora trabaja para Dima Baranov.

—Eso es lo que me dijo Isay. Me hubiera gustado ser yo quien se llevara a Budimir y le diera ese golpe financiero, pero al menos alguien lo hizo.

—Alguien que no nos quiere muertos también —añade Nik.

—También está eso —concuerdo—. Puede que Dima Baranov no sea un amigo cercano, pero nunca ha sido mi enemigo. Preferiría que él tuviera la ventaja sobre las armas ilegales que casi cualquier otra persona. Pero lo más importante sigue siendo que Pavel está más débil ahora que nunca. Quizás por eso desapareció después de proferir sus amenazas: no tenía fuerzas para cumplirlas.

—Creo que tienes una oportunidad —dice Nik—. Si fuera mi decisión, llevaría a tu mujer y a tus bebés a cualquier lugar donde puedan recibir la mejor atención.

—No es tu decisión —espeto. Luego, suspiro y cedo—. Pero sigue siendo realmente agradable escuchar tu perspectiva.

—¿Me extrañas más de lo que esperabas? —dice con una risa y moviendo las cejas.

—Algo así —me dirijo a la puerta—. Iré a la casa segura y veré cómo le va. Tomaré la decisión cuando llegue allí.

Nik asiente. —Envíame un mensaje de texto cuando lo decidas. Yo arreglaré el transporte seguro.

Me subo a mi auto y prácticamente vuelo hasta la casa segura. He tenido que abstenerme todos los días durante semanas de conducir hasta allí por puro instinto. El deseo de estar cerca de Luna es casi una compulsión en este momento.

Se siente bien dejarme vencer después de tanta moderación.

Aun así, incluso mientras me desvío del tráfico y piso el acelerador a fondo, reviso mis espejos. Miro para asegurarme de que no me siguen. Tomo algunas salidas aleatorias como pista falsa para cualquiera que pueda estar intentando seguirme. Cuando llego a la cuadra de la casa segura una hora más tarde, estoy seguro de que no me siguieron.

Por eso no veo venir el primer disparo.

Estoy a dos pasos de mi auto cuando una bala pasa silbando por mi hombro. El sonido resuena en las casas, lo que dificulta saber exactamente desde dónde dispara el pistolero. Así que me dejo caer al suelo mientras saco mi arma de la funda.

Otra bala se hunde en el suelo unos metros delante de mí. Sigo la línea hasta una hilera de arbustos al otro lado de la calle y disparo.

Al instante, dos hombres salen volando del follaje, corriendo hacia una camioneta anodina estacionada en un camino de entrada calle abajo. Los cobardes estaban al acecho y ahora están tratando de retirarse.

No va a suceder, joder.

Me arrastro hacia adelante y me pongo de pie, persiguiendo a los hombres. No reconozco a ninguno de los dos. Son jóvenes, visten ropas oscuras y capuchas.

Disparo de nuevo, alcanzando a uno de los hombres en el tobillo. Grita cuando su pierna se dobla, pero continúa, arrastrándola detrás de él.

Su amigo no tiene tanta suerte. Le di en la parte posterior del hombro izquierdo. Tropieza hacia adelante y mi segundo disparo lo alcanza en el cuello. Da unos cuantos pasos más antes de caer de bruces al suelo.

El hombre que cojea ve caer a su amigo y corre más rápido. Ni siquiera considera regresar para ayudarlo, aunque tampoco es que sirviera de nada. Era un tiro mortal garantizado.

El último pistolero que queda se aleja cojeando y dispara algunos tiros salvajes por encima del hombro, pero todos salen desviados. Oigo cristales romperse detrás de mí. Con suerte, el gilipollas no eliminó a un transeúnte inocente disparando a ciegas de esa manera.

Salto sobre el hombre muerto en la hierba y aterrizo sobre una rodilla. Levanto mi arma y apunto al corredor. Pero el gilipollas todavía en pie esquiva hacia la derecha. Le doy, pero es un tiro en el muslo, en la misma pierna que ya le di. Vuelve a gritar, pero sigue moviéndose. Luego salta a la camioneta, arrastra su pierna destrozada por la puerta detrás de él y sale corriendo por la carretera.

Mis disparos rebotan en la camioneta como guijarros, así que sé que está blindada. No necesito ver la matrícula mientras sale velozmente del vecindario para saber a quién tengo que agradecerle esa sorpresa.

Pavel sabe sobre la casa segura.

Tan pronto como la camioneta se pierde de vista, me doy vuelta y corro hacia la casa. Necesito llegar a Luna.

Solo espero que nadie más me gane en llegar a ella.

YAKOV

Limpio el primer piso con foco patológico. No respondo mientras Vera y Usev me hacen preguntas en ruso, preguntándome sobre los disparos y quién está afuera. Tampoco reconozco al Dr. Jenkins, que levanta ambas manos en el aire mientras entro, con la pistola por delante, en su habitación prestada.

No, me aseguro de que la casa esté vacía y luego me muevo hacia las escaleras del sótano.

Está a salvo. Si no lo estuviera, Usev y Vera lo sabrían. El Dr. Jenkins lo sabría.

Luna y Mariya están bien.

Me repito las palabras una y otra vez, pero no las creo hasta que abro la puerta y veo a Luna sentada en el sofá.

Lleva un vestido blanco de verano y tiene las manos apoyadas en el vientre. Su cabello rubio es más largo que nunca. Cae en ondas hasta los codos.

Parece una maldita diosa.

Saludable y segura.

Cuando me ve en la puerta, empieza a levantarse, pero la alcanzo antes de que pueda. Me arrodillo frente a ella y le pongo las manos en la cara. —¿Estás bien?

—Estoy bien, Yakov. Estoy bien. Le dije al Dr. Jenkins que no te preocupara —ella pasa sus dedos por mi cabello—. Me siento bien. Todo está bien.

—Mierda —Mariya me señala con el dedo—. ¿Todo esto tiene que ver con la presión arterial?

Mantengo mis manos sobre Luna, pero me vuelvo hacia mi hermana. —Tiene que ver con los dos hombres armados con los que acabo de luchar mientras entraba.

Su rostro palidece. —Él sabe.

—Él sabe —gruño. Mis manos tiemblan de rabia—. Cómo carajo lo sabe, no tengo ni puta idea.

—¿Pavel? —pregunta Luna, mirándome a mí y a Mariya y viceversa—. ¿Él sabe que estamos aquí?

—Fueron los paramédicos —respira Mariya—. Esto es mi culpa. Llamé a esa ambulancia y…

Sacudo la cabeza. —Yo me ocupé de ellos. No hablaron. Me aseguré de ello.

Até todos los cabos sueltos. Mantuve un estricto control sobre esta casa segura. Así que, ¿cómo diablos Pavel sigue atacándome?

Luna jadea ante algo sobre mi hombro y al instante me pongo de pie con mi arma apuntando a la puerta.

El Dr. Jenkins está parado en la puerta, con las manos levantadas sobre la cabeza. —Solo vine aquí para ver cómo estabas.

Bajo el arma. —No soy yo el que está en peligro. Estoy bien.

La mano de Luna se desliza por mi hombro. Aprieta y hago una mueca. —No, no lo estás. Te dispararon, Yakov.

Luna extiende su mano para que la vea. Hay sangre en su palma.

—Fue un rasguño —la dejo de lado—. Ni siquiera lo siento.

El Dr. Jenkins cierra la puerta detrás de él. —Porque estás en shock.

—No estoy en puto shock. Me han disparado antes.

—El shock es un estado físico además de mental. Tienes demasiada adrenalina para sentir algo en este momento. Pero, si te sientas, te examinaré.

Sacudo la cabeza. —Tenemos que salir de aquí. Ahora. Uno de los pistoleros escapó. Probablemente esté contando lo que pasó y preparándose para regresar con más hombres.

—No puedes enfrentarlos a todos por tu cuenta —entrecierro los ojos y Luna levanta las manos —. No puedes enfrentarlos a todos tú solo *con un brazo malo*. Dame tu teléfono y le enviaré un mensaje de texto a Isay para pedirle respaldo. Mientras esperamos que lleguen, el Dr. Jenkins puede examinarte el brazo.

—No acepto órdenes —le recuerdo con frialdad—. Especialmente, cuando tu seguridad está en juego.

Suavemente, Luna curva su mano alrededor de mi mandíbula. Sus ojos azules están muy abiertos y suplicantes. —No es una orden, Yakov. Es una petición. Por favor, deja que el Dr. Jenkins te revise. No puedo perderte.

La acerco. Mis labios rozan el caparazón de su oreja mientras suspiro y cedo. —Solo por ti, *solnyshka*.

Le doy a Luna mi teléfono y le digo que le envíe un mensaje de texto a Nik. —Quiero que envíen a la casa segura a tantos hombres como la mansión pueda disponer para escoltarnos fuera de aquí.

El Dr. Jenkins me arremanga e inspecciona mi “herida de bala”. Como sospechaba, no es más que un rasguño. El Dr. Jenkins lo limpia y me pone una venda en el brazo.

Tan pronto como termina, señalo a Mariya. —Empaca. Ahora. Nos vamos inmediatamente.

—¿A dónde vamos? —pregunta Mariya.

—*Tú* te vas a casa —le digo—. Nik ya salió del hospital y está de regreso en casa. Mamá también está ahí.

Ella pisotea fuertemente con su pie. —¿Qué demonios? ¡Nadie me dice nada!

—Te lo estoy diciendo ahora mismo.

Me descarta. —¿Qué hay de Luna? ¿La mansión es segura para ella? No quiero irme sin ella.

Me dirijo al Dr. Jenkins. —¿Dijiste que Luna necesita ser atendida en un hospital?

Comienza a asentir. —Me preocupa su presión arterial y la falta de respuesta a la medicación, así que creo…

—No necesito ir al hospital —interviene Luna—. El Dr. Jenkins te dijo que podría recibir una atención aún mejor en casa con los suministros adecuados y dinero. Tienes el dinero, ¿no?

Resoplo. —Obviamente.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —se acerca y pasa sus manos por mis brazos—. Quiero estar en casa contigo, Yakov. Quiero que estemos todos juntos. Una familia.

Suena demasiado bonito. Podría ser lo más perfecto que pueda estar mi vida… Luna, yo y el resto de mi familia bajo un mismo techo. Pronto los bebés también se unirán.

Pero todavía no puede suceder.

—La única razón por la que esos hombres armados no atravesaron la puerta principal y cargaron aquí y nos mataron a todos fue por ti. Porque apareciste y me salvaste. De la misma manera que me has estado salvando desde la noche que nos conocimos —muestra una sonrisa llorosa—. No quiero otro refugio secreto. *Tú* eres mi refugio, Yakov. Contigo es donde me siento a salvo. Contigo es donde quiero estar.

Está tirando de cada uno de los hilos de mi corazón. Está haciendo que sea muy difícil mantener mi determinación.

—Ya tengo un equipo de enfermeras trabajando las 24 horas del día para cuidar a Nik, así que estoy seguro de que ellas también podrán cuidarte a ti —admito.

Luna se muerde el labio inferior para ocultar su sonrisa. —¿Sí?

—Sí, pero… —agarro su barbilla y fuerzo sus ojos hacia los míos—, si las cosas empeoran o hay alguna preocupación sobre tu salud o la de los bebés…

—Iré al hospital sin discutir —finaliza—. Me registraré yo misma, lo prometo.

Presiono un beso en sus labios carnosos. —Entonces, es un trato hecho.

Me vuelvo hacia el Dr. Jenkins, que todavía parece más pálido de lo habitual. Al parecer, el buen doctor no está acostumbrado a que le apunten con armas de fuego a la cara. —Puedes regresar a tu alquiler, pero todavía quiero que Luna y los bebés sean examinados diariamente.

Él baja la cabeza. —Hecho. La vigilaré de cerca.

—No importará. Todo va a estar excelente ahora que finalmente estaremos juntos. —Luna rodea mi cintura con sus brazos y presiona su mejilla contra mis costillas.

Luna se siente a salvo conmigo. Ella confía en mí para cuidarla.

Eso es exactamente lo que planeo hacer.

LUNA

Estoy en casa.

Esas palabras rondan en mi mente una y otra vez mientras el auto recorre el largo camino hacia la mansión. Es todo lo que puedo pensar. *Estoy en casa.*

Han pasado muchas cosas durante los últimos seis meses, tanto en esta mansión como fuera de ella. En algún momento, habría dado cualquier cosa por salir de esta casa y volver a mi vida normal. Luego, me sacaron de allí, me secuestraron y me encerraron, y lo único que quería era volver.

Esta es mi vida ahora. Esta mansión y esta gente. Volver aquí es como volver a casa.

Por fin.

Yakov me mira desde el asiento del conductor, con una mano equilibrada casualmente sobre el volante. —Estás feliz.

—¿Puedes notarlo? —no me molesto en ocultar mi sonrisa. No podría si lo intentara—. Esto es todo lo que he querido desde el momento en que me fui.

Estaciona el auto. —Yo también.

De repente, Mariya se inclina hacia el asiento delantero. —Como soy la hermana más amable del mundo, voy a liderar la carga y les daré diez minutos de tiempo a solas. Quince si no empieza una pelea. En realidad —reconsidera, con un hoyuelo en la barbilla—, si empieza una pelea, puedo garantizar veinte minutos.

Arrugo la frente. —¿De qué estás hablando?

—Cuando lo averigües, podrás agradecerme más tarde —se desliza fuera del asiento trasero y grita por encima del hombro—: ¡De nada!

Me vuelvo hacia Yakov. —¿Sabes de qué se trata eso?

—Mi madre.

Ah. Cierto. Me siento un poco más erguida, como si la propia mujer pudiera estar mirándome en este mismo segundo. —Casi me olvido de ella.

—Sigue olvidándote de ella —recomienda—. Cruzaremos ese puente cuando lleguemos allí. Por ahora, te llevaré adentro y te instalaré.

—¿Instalarme? —abro la puerta de pasajero, pero Yakov está ahí para ayudarme a salir antes de que pueda poner un pie en el suelo—. ¿Convertiste el dormitorio en un estudio de yoga o algo así mientras yo no estaba? No me llevé mucho cuando me fui. Debería seguir estando bastante instalada.

—No hay estudio de yoga. Puedo lograr muchos looks, pero los pantalones de yoga no son uno de ellos.

Lo escaneo de pies a cabeza y no hay una sola prenda que no le quede impecable. —Acepto estar en desacuerdo.

Él sonríe, pero continúa. —Hice que el personal trasladara nuestro dormitorio al piso de abajo.

Parpadeo hacia él. —Pero acabamos de salir de la casa segura hace poco más de una hora.

—Correcto.

—Entonces… ¿en una hora, tu personal movió todo nuestro dormitorio?

—Por el bien de sus trabajos, será mejor que lo hayan hecho. No quiero que te preocupes por las escaleras mientras avanza el embarazo. Además, así estás más cerca del personal de enfermería de Nik —envuelve un brazo alrededor de mi espalda baja y me acerca—. Creo que te gustará la habitación que elegí.

Yakov me lleva a través de la puerta principal y directamente a la biblioteca. Hope está adentro, arreglando el edredón de la cama con dosel. Cuando me ve, sonríe. —Lo siento, toques finales. Todavía hay algo de ropa arriba que hay que bajar, pero yo me encargaré una vez que estés instalada.

Ella intenta pasar a mi lado, pero la atraigo para abrazarla. —Es muy bueno verte.

Me aprieta por un momento, luego da un paso atrás y sus ojos se posan en mi barriga. —A ti también, cariño. Todos te extrañamos.

Hope cierra las puertas corredizas detrás de ella, dejándonos solos.

Doy vueltas en círculo, observando los altos estantes y las ventanas que dan al jardín. Me encanta nuestra habitación de arriba con ventanas del piso al techo y baño adjunto, pero estar rodeados de libros no es una mala opción de ninguna manera.

—¿Bien? —pregunta Yakov, divertido—. ¿Está según tus estándares?

Arqueo una ceja. —Acabo de pasar las últimas semanas en un sótano sin ventanas que apestaba a manzanas, y ahora, ¿te preocupan mis estándares? Esta es una gran mejora —el rostro de Yakov se tensa y me acerco. Coloco sus manos contra mi pecho—. No quise decirlo así.

—No deberías haber necesitado estar allí en primer lugar. Él nunca debió haber pasado por mi seguridad.

—No es culpa tuya, Yakov. Y aprecio todo lo que estás haciendo por mí. Todo lo que ya has

hecho. Sé que solo estás tratando de mantenerme a salvo. No te culpo por nada de eso.

—Yo soy la razón por la que estás en peligro, Luna. Si hubieras tenido hijos con otro hombre, no habrías pasado los últimos meses en un sótano —aprieta los dientes—. Habría tenido que matar a ese hombre por ponerte un maldito dedo encima, pero aparte de eso, estarías a salvo.

—Fui *yo* quien se acercó a *tu* mesa esa noche en el restaurante —le recuerdo—. Lo que haya pasado después de eso, *yo* te elegí *a ti*, Yakov. Incluso ahora, sabiendo todo lo que sé, lo haría de nuevo. Sin arrepentimientos.

Lleva mis manos a sus labios y besa mis nudillos. Es tierno, pero no suficiente. Me pongo de puntillas y lo beso. Mi bulto hace que las cosas sean incómodas, así que Yakov me levanta y me coloca en el borde de una de las estanterías.

Le rodeo el cuello con mis brazos. Caigo en sus suaves labios y la sensación de sus manos sobre mi cuerpo. Sin querer, me arqueo contra él, abro las piernas y lo acerco más. Está duro contra la parte interna de mi muslo y todos los demás pensamientos y preocupaciones salen volando de mi cabeza. Lo mismo ocurre siempre cuando estoy con Yakov. No existe nada más más allá de este momento.

Giro mi lengua en su boca y gimo. Las manos de Yakov se aprietan en mis caderas. Clava sus dedos en mí, como si quisiera destrozarme.

Luego, lentamente, se aleja.

—Luna —gruñe, con una advertencia en su tono. Sus manos se deslizan hacia el exterior de mis piernas y las cierra—. No podemos hacer esto ahora.

—¿Qué? —hago puchero, sin aliento—. ¿Por qué no?

Sus ojos caen hacia mi pecho y sé que puede ver mis pezones puntiagudos a través de mi fino vestido. Estoy segura de que puede oler mi excitación. Mi piel está sonrojada. Fue solo un beso, pero me siento borracha.

Se inclina hacia adelante y pasa sus dientes por mi cuello, encontrando mi oreja. —Porque mi madre está sentada en la habitación de al lado.

Mierda. Lo olvidé otra vez.

Sacudo la cabeza. —Podemos ser silenciosos.

—No me importa si nos escuchan, Luna. Suenas tan linda cuando gritas mi nombre. Que oigan —su lengua se mueve sobre su labio inferior mientras me mira fijamente—. El problema es que no quiero que me interrumpan. Voy a necesitar horas antes de estar listo para dejarte ir, y no tenemos ese tipo de tiempo.

—Ah —chillo. Mi cuerpo está literalmente en llamas—. Si estás tratando de disuadirme, estás haciendo un mal trabajo.

Sonríe. —También creo que deberías conocer a mi madre mientras aún puedas caminar en línea recta.

El calor golpea entre mis piernas, pero mi cabeza se aclara un poco. Doy un paso atrás, me aliso

el vestido y me pongo el cabello detrás de las orejas. —¿Me veo bien?

—Lo suficientemente bien para comer —Yakov me agarra la mano y me vuelve a apretar contra su pecho—. La primera de muchas cosas que planeo hacerte más adelante.

Mi cara se sonroja y me tengo que obligar a alejarme de él. —¿Hay algo que deba saber?

—Debes saber que, como mi futura esposa, eres más poderosa que cualquier otra persona en esa sala. Lo que piensen de ti no importa. *Ellos* deberían intentar impresionarte *a ti*.

—Eso es bueno, pero no me ayudará allí. Es tu madre, Yakov. Por supuesto que quiero impresionarla.

Suspira. —Entonces dile cuánto amas tu anillo de compromiso. Es una reliquia familiar y ella lo valora. Eso debería hacer el truco.

Yakov me toma de las manos y me lleva a la sala de estar de al lado.

Una cama de hospital ocupa la mitad de la habitación, y me alivia ver que Nik está solo en la habitación. Entonces, realmente veo a Nik y mi alivio se evapora.

Su rostro está muy demacrado en comparación con la última vez que lo vi. Ha perdido mucho peso. Está arropado debajo de una manta, con las manos cruzadas sobre el regazo. Desde el momento en que conocí a Nik, ocupó mucho espacio. Siempre estaba riendo y saltando de un pie a otro, como si no pudiera contener la energía que zumbaba dentro de él. Es extraño verlo tan quieto. Tan pequeño.

Luego gira y la misma amplia sonrisa de siempre aparece en su rostro. —Mierda, Luna. Realmente has engordado.

Justo así, es el mismo Nik de siempre.

Yakov le da un golpe en la nuca mientras yo le doy una palmada en el hombro. —Tú intenta crecer dos bebés y fíjate cómo te ves —le espeto en broma.

—No me vería tan elegante como tú —dice—. Te ves preciosa.

Yakov lo golpea de nuevo.

—¡Oye! —se frota la nuca—. ¡Ese fue un cumplido!

—¿Qué tal si no la miras, solo para estar seguro? —advierte Yakov.

Estoy de pie junto a la cama de Nik. —¿Cómo estás?

—Estás en casa y Yakov finalmente dejará de andar deprimido por la mansión con el rabo metido entre las piernas, así que estoy genial.

Yakov me dijo que Nik no quiere afrontar la realidad de su situación. Quizás sea hora de que lo haga. Pero, antes de que pueda insistir, una mujer de mediana edad con cabello largo y negro irrumpe en la habitación y se dirige directamente hacia mí.

—¡Ahí está! —canta, abrazándome.

Miro a Yakov por encima del hombro, confundida. *¿Quién es esta mujer?* Quiero preguntar. Pero solo puede haber una respuesta. Incluso si esa respuesta no tiene sentido.

Yakov describió a su madre como si fuera una anciana al borde de la muerte. Pero esta mujer es alta y delgada. Y, basado en el agarre que tiene sobre mis hombros, fuerte como el infierno. No me parece frágil en lo más mínimo.

Pongo una sonrisa en mi cara mientras ella da un paso atrás. —Hola…

No tengo idea de cómo llamarla. "Mamá" no es una opción. Tampoco lo es "la madre de Yakov", pero eso es todo con lo que tengo que trabajar. De alguna manera, hemos llegado hasta aquí sin que yo haya escuchado su nombre ni una sola vez.

Pero no importa. Porque me agarra la mano izquierda y rompe a llorar.

—Ay, Dios mío —le doy una palmadita en el hombro—. ¿Estás bien? ¿Está todo bien?

—¿Qué dije sobre llorar, Madre? —Mariya habla arrastrando las palabras desde la puerta. Pone los ojos en blanco—. Tan dramática.

—Este anillo ha estado en mi familia durante generaciones —solloza, sus manos tiemblan alrededor de las mías—. Cuando se lo di a Yakov, esperaba que se lo diera a una buena mujer… alguien que cuidara de él.

—Puedo cuidar de mí mismo —murmura Yakov detrás de mí.

Ella lo ignora y me da palmaditas en la mejilla. —Sé que esa mujer eres tú.

Ni siquiera sé su nombre, así que no tengo idea de cómo puede saberlo. Pero sonrío y asiento de todos modos. —Es un anillo hermoso. Me encanta.

Su rostro se ilumina. —Genial. Porque pensé que diseñaríamos la boda en torno a eso. Una especie de elegancia del viejo mundo. Estoy pensando en cubiertos plateados y blancos fríos. Se verán mejor con tu tono de piel.

—Está embarazada de sus mellizos. Creo que eso la excluye de vestir de blanco en la boda. Quizás el negro sería mejor —dice Nik, lo que le vale otro golpecito en la oreja.

—O —interviene Mariya—, Luna puede usar lo que le dé la gana. Después de todo, es su boda. Ella debería ser quien la planee.

—Ella será quien la planee, pero siempre estaré aquí si necesitas ayuda —ofrece la madre de Yakov, apretando mis dos manos.

—Gracias. Ni siquiera hemos hablado todavía de una ceremonia de boda. Me olvidé de eso con todo lo demás.

Lamento mis palabras al instante porque se gira para mirar a Yakov. —Necesitas fijar una fecha, Yakov. Todos los mejores lugares desaparecerán si no averiguas con suficiente antelación.

Yakov le aprieta el hombro y la dirige hacia el sofá. —Nos encargaremos. No te preocupes.

Mariya pasa junto a mí y me susurra al oído mientras pasa. —Espero que no quisieras planificar tu propia boda. Ella nunca soltará esas riendas ahora que las tiene.

—No me importa, siempre y cuando yo le guste a ella —le susurro.

Mariya resopla. —Dices eso ahora, pero dale una semana. Ella te volverá loca.

YAKOV

Nik está sentado en su cama de hospital cuando entro en la sala de estar con una taza de café en las manos. Me mira por encima del hombro. —Alguien está madrugando. ¿No pudiste dormir?

El cielo todavía está oscuro y la casa está en silencio. Luna estaba dormida cuando salí de la cama… una hazaña digna de una medalla, en mi humilde opinión. El hecho de que yo siquiera esté consciente después de lo que hicimos anoche es un milagro.

—Pude haber dormido durante días —admito.

—Yo también. Ustedes no fueron precisamente silenciosos anoche —inclina su cabeza hacia la pared compartida entre la sala de estar y la biblioteca—. Si vas a follarte a tu prometida contra las estanterías mientras yo viva aquí, elige literalmente cualquier otra pared que no sea esta, ¿vale?

Luna y yo empezamos a hablar sobre la noche que nos conocimos y cómo la besé contra los estantes. No pudimos resistirnos a una pequeña recreación.

—¿Eso fue todo lo que escuchaste? —pregunto.

—Ni siquiera cerca, pero las otras tres rondas fueron mucho más amortiguadas, gracias a Dios.

Hago una mueca, pero, como lo de anoche se repite en mi mente, ni siquiera me siento mal. Han pasado semanas desde que Luna y yo estuvimos solos. Fue como una carrera contra el cansancio físico para hacer realidad todas y cada una de las fantasías que arraigaron mientras estábamos separados.

La devoré tal como prometí que lo haría, abriéndola y enterrando mi cara entre sus muslos. Luego la deslicé hasta el borde de la cama y la embestí, sus piernas sobre mis hombros. Mientras ella todavía estaba bajando de ese orgasmo, la llevé a las estanterías donde le dimos una buena sacudida a la pared del dormitorio de Nik. Finalmente, la giré y la tomé por detrás, susurrándole al oído todos los pensamientos sucios que había tenido durante las últimas semanas hasta que exploté dentro de ella.

Estoy medio duro ahora solo de pensarlo. Tal vez debería volver a la cama y ver si Luna está despierta. El sexo matutino suena atractivo.

—Estaba a punto de hacer ejercicio, ¿seguirás soñando despierto con tu mujer o tenías algo para decir?

Nik siempre tuvo una manera de poder leer mi mente. Pero lo ignoro y arqueo una ceja. —¿Hacer ejercicio?

—Odio ser un cliché masculino, pero ahora todos los días son de brazos —señala las mancuernas en el suelo junto a su cama—. Así que dime de qué se trata esto para poder empezar.

—Quería hablar contigo. A solas.

—Vale —dice con cautela—. ¿Acerca de?

—Negocios. El camino a seguir con la Bratva Gustev.

Se relaja notablemente. —¿Qué estás pensando?

—Estoy pensando que estamos jodidos —espeto—. No *jodidamente* jodidos, pero las cosas podrían ser mejores. Tuve que contratar un montón de seguridad externa para cubrir la mansión, y perdimos más hombres de los que me hubiera gustado durante el ataque de Akim a la mansión y mi ataque a la casa donde tenía a Luna. Además, tú estás fuera.

—Tal vez para siempre —se queja, tocándose las piernas.

—Al menos en primera línea, de todos modos —concuerdo—. Pero, con todo eso en nuestra contra, no me gusta la apariencia de una guerra total con Pavel Gustev en este momento. No cuando ni siquiera tengo informes precisos de con cuántos hombres está operando actualmente.

Puedo ver la información dando vueltas en la cabeza de Nik antes de que asienta. —No estás equivocado. Las cosas han estado mejor.

—Es comprensible que esta lucha continua con la Bratva Gustev nos haya desgastado. Si finalmente vamos a poner fin a esta disputa, lo cual absolutamente haremos, creo que podría ser el momento de pedir refuerzos.

Nik frunce el ceño. —No tenemos más refuerzos. Hemos solicitado todos los refuerzos.

—De eso es de lo que quiero hablarte. Estoy considerando traer ayuda externa.

—¿Una alianza? —sus ojos se agrandan—. Nunca habíamos hecho eso antes.

—Nunca lo hemos necesitado. Pero tampoco hemos estado en una pelea de años como esta. Especialmente, no con un niño con el corazón roto y sin nada que perder. Pavel es impredecible. No podemos dar por sentado que tomará una decisión segura y hará que sus hombres regresen para reagruparse. Está dispuesto a morir y llevarse consigo a tantos de sus hombres como sea necesario. Tenemos que asumir que atacará mañana. Hoy. Joder, ahora mismo.

—Y, cuando lo haga, debemos estar preparados —finaliza pensativamente Nik—. ¿Tienes a alguien en mente?

—Dima Baranov.

—Sabía que dirías eso —murmura, pellizcando el puente de su nariz.

—He estado pensando en eso desde que descubrimos que le arrebató Budimir a Pavel. Tener esa conexión con el mercado negro y más potencia de fuego podría ser útil, incluso si se trata de una situación de amigo de un amigo. Y Dima no tiene miedo de meterse con el jefe. Él estaría

dispuesto a luchar.

—Porque también es impredecible —señala Nik—. Dima probablemente destruiría a Pavel simplemente por diversión sin siquiera considerar si es beneficioso para él o no.

—Me parece una buena cualidad.

—Salvo que él se vuelva contra nosotros.

—Entonces, no dejaremos que se vuelva contra nosotros —sugiero—. Nos aseguramos de que siga siendo un amigo. O lo matamos antes de que se convierta en un enemigo.

Nik se queda en silencio por un rato, reflexionando la información en su cabeza. Me siento y lo dejo. Después de unos minutos, levanta las manos. —Quiero decir que no, pero no tengo una idea mejor.

—Ahí está la emoción que estoy buscando —digo sarcásticamente.

—Lo siento, pero es difícil generar emoción cuando sé que probablemente ya tienes una reunión programada con Dima y que quedaré atrapado aquí en esta puta cama. —me mira con una ceja arqueada—. Tengo razón, ¿no? ¿Ya has sondeado para reunirte con él?

Asiento. —Me reuniré con él en dos horas. Pero, si tuvieras un buen argumento en contra, lo habría cancelado.

—¿Y yo me quedaré aquí mientras te reúnes con él?

—Me gustaría que pudieras venir —le digo—. Pero ahora mismo es un riesgo demasiado grande. No quiero que nadie sepa que estás…

—Indefenso y atrapado en una cama —espeta.

—Recuperándote —corrijo, dándole una palmada en el hombro—. Puedes venir conmigo una vez que tengas más movilidad.

Como sea que se vea eso.

La mandíbula de Nik se flexiona. Luego, me señala con el dedo. —Mantente alerta y no confíes en nadie más que en ti mismo.

—Nunca lo hago.

—Lo digo en serio —añade—. Examina el sitio antes de la reunión y asegúrate de que Dima vaya solo. No te dejes acorralar. Tienes demasiado por qué vivir.

Yo sonrío. —No te preocupes, hermanito. Me cuidaré.

—Poco jodidamente probable —se queja a mis espaldas.

~

DOS HORAS MÁS TARDE, estoy de pie junto a Dima Baranov en los restos excavados de una antigua bolera.

Cumplí mi promesa a Nik. Llegué a la reunión una hora antes, examiné el lugar y vi llegar a Dima. Me aseguré de que viniera solo y desarmado.

Ahora estamos uno frente al otro y él viste un traje y fuma un cigarro como si fuera un mafioso de una vieja película cursi. Como si el aire de aquí no fuera lo suficientemente tóxico. Puedo oír las ratas correteando entre las paredes podridas.

—Haré lo que quieras, siempre y cuando sea yo quien mate a Pavel —expulsa un anillo de humo al aire lúgubre.

Esperaba que Dima aceptara pelear, pero supuse que sería necesario convencerlo un poco. Su aceptación fácil parece una señal de alerta. Puedo escuchar a Nik en el fondo de mi cabeza, advirtiéndome que no lo haga.

—Ni siquiera sabes por qué lo quiero muerto. ¿Estás dispuesto a hacerte un enemigo sin tener idea de por qué?

—No me importa por qué *tú* lo quieres muerto —explica—. Me importa por qué *yo* lo quiero muerto. Y eso no es asunto tuyo.

—Si estoy poniendo la seguridad de mis hombres y mi familia en tus manos, es en gran medida asunto mío —gruño—. No iré a las trincheras contigo si hay alguna posibilidad de que Pavel pueda atraerte afuera.

—No soy un traidor, Yakov Kulikov. Te advertiré que no sugieras que lo soy.

—Y te advertiré que no pienses que estoy lo suficientemente desesperado por tu ayuda como para manejar la falta de respeto. Vinimos aquí desarmados… como hombre de palabra, asumo que seguiste esa regla… pero no necesito un arma para mostrarte de lo que soy capaz.

Dima sonríe, un nuevo respeto brilla en sus ojos. —Tú eres el que está aquí pidiendo mi ayuda.

—Tengo la mano de obra para acabar contigo y con la Bratva Gustev. Pero, como líder que no es un psicópata, no quiero enviar a mis hombres a una batalla de la que no volverán a casa. Preferiría compartir la victoria contigo y mantener con vida a más de mis hombres. *Por eso* estás aquí. No porque necesite tu ayuda, sino porque soy lo suficientemente poderoso como para pedirla.

Lanza un anillo de humo y lo deja desaparecer en el aire polvoriento antes de responder. —¿Quieres compartir una victoria conmigo? Eso es bueno. Porque ese es mi precio. Asegúrate de que yo mismo mate a Pavel y aceptaré.

—¿Pero no me dirás por qué?

—Lo que puedo decir es que tengo una buena razón para querer que todos los miembros de la Bratva Gustev sufran una muerte lenta y dolorosa. Cuantas más muertes pueda provocar con mis propias manos, mejor —lanza otro anillo de humo—. No puedo decirte más que eso. Asunto familiar. Tú lo entiendes.

No me gusta no conocer todas las variables, pero Dima tiene razón; sí lo entiendo. Es la razón por la que nadie fuera de nuestra casa sabe que mi hermano está paralizado de cintura para abajo. Hay algunas cosas que guardas solo para ti.

—¿Eso es todo lo que quieres? ¿Te dejo matar a Pavel tú mismo y estás dentro? —pregunto.

—Estoy dentro —confirma—. Ofrezco mis hombres y mis recursos. Lo que sea que necesites, lo tienes. Mientras ese pequeño bastardo muera por mi mano.

—Y estaré dentro mientras ese pequeño bastardo muera —digo—. No me importa de quién sea la mano que hace el acto.

Dima sonríe. —Entonces, parece que haremos negocios, amigo mío.

LUNA

Mariya me dijo que le diera una semana antes de que su madre… Ofeliya, ya me enteré… me volviera loca. Esa estimación parece conservadora ahora.

Ha pasado un día y estoy perdiendo la cabeza.

—Yakov debió haber elegido una habitación más cerca del baño —Ofeliya toma mi bandeja del almuerzo de mi regazo y se la entrega a Hope. Intenté ir a la cocina a almorzar, pero me pareció demasiado agotador—. Nik no necesita preocuparse por ir al baño ya que tiene un catéter, pero es un largo camino para caminar.

—No me importa caminar —digo rápidamente. Sobre todo, porque creo que podría intentar ponerme un catéter.

Pensé que Yakov era protector cuando quedé embarazada, pero Ofeliya lo lleva a un nivel completamente diferente.

—Claro, pero tenemos que pensar en lo mejor para los bebés. En este punto, sus articulaciones y ligamentos se están aflojando para el parto. Un paso en falso y podrías volarte la cadera.

—El Dr. Jenkins estuvo aquí esta mañana, y no mencionó eso como una preocupación.

El único problema sigue siendo mi estúpida presión arterial. No se lo conté a Ofeliya, pero logró averiguarlo de todos modos. Según ella, necesito empezar a darme duchas frías y comer chocolate negro. La medicación no está tocando mi presión arterial, pero seguramente sus cuentos de viejas funcionarán. O eso cree.

—Los hombres no saben las cosas por las que pasa una mujer cuando está embarazada —dice con desdén—. No tienen ni idea.

Consigo una sonrisa educada. —Él es un doctor.

—Igual —ella lo rechaza y termina de cargar la bandeja en los brazos de Hope—. Lleva esto a la cocina y vuelve a llenar el agua de Luna.

Hope asiente y me mira a los ojos brevemente mientras sale por la puerta. Estuvo entrando y saliendo de mi habitación todo el día, pero no he tenido oportunidad de hablar con ella ni una sola vez. No con la madre de Yakov dándole órdenes.

Ofeliya me está cuidando… eso es bueno, ¿verdad? Mi propia madre pareció aliviada cuando

finalmente tuve edad suficiente para cuidar de mí misma. Nunca estuvo interesada en los aspectos maternales de ser mamá. Debería estar agradecida.

Estoy agradecida, decido. Voy a hacer todo lo posible para apreciar la obvia preocupación de Ofeliya por mí.

De repente, se lanza hacia la esquina del colchón, con el rostro arrugado por la preocupación. —¿Alguien ha cambiado esto hoy?

—¿Mi cama?

—Las sábanas —pasa el pulgar por un poco de rímel manchado en la esquina inferior—. Están sucias.

Recuerdo cuando se hizo esa mancha en particular y todo mi cuerpo se sonroja de vergüenza. Yakov me estaba dando por detrás y tuve que enterrar mi cara en la cama para no despertar a toda la casa.

—Está bien. En realidad, no es nada. No me importa.

—¿Para qué les pagamos a estas personas sino para que se encarguen de cosas como esta? —niega con la cabeza—. Le he estado diciendo a Yakov desde que llegué aquí que necesita reestructurar su personal. Antes de que mi esposo… Cuando yo vivía aquí —dice en cambio—, mantenía al personal bajo control. Si no lo haces, no se hace nada. Ya sabes lo que dicen: si quieres que algo se haga bien, hazlo tú mismo.

No veo qué tiene que ver ese dicho en particular con esta situación, ya que literalmente estamos hablando de contratar personas para ayudar a administrar la casa. Pero sonrío y asiento de todos modos.

—Después de que ustedes dos se casen, será tu trabajo —ella ofrece ese pequeño detalle como si fuera un regalo. Como si el objetivo de mi vida debiera ser gestionar el personal—. Te enseñaré todo lo que necesitas saber.

De hecho, creo que ya sé todo lo que necesito saber. Sé que no quiero administrar mi casa como lo hacía Ofeliya. Lo que no sé es cómo decirle eso.

—Voy a buscar a Hope y le pediré que traiga algunas sábanas nuevas —anuncia Ofeliya, dirigiéndose a la puerta—. ¿Hay algo más que necesites?

Antes de que pueda responder, Mariya aparece detrás de su madre en la puerta. —Lo único que Luna necesita es una visita mía y de mi pila de revistas de novias.

—¿Revistas reales de papel? —pregunto, sentándome erguida para intentar tener una mejor vista.

Mariya abanica las revistas sobre la cama. —Todas tus películas favoritas existían antes de Internet. Me arriesgué y pensé que te gustaría esto en vez de Pinterest.

Podría besar a Mariya. Honestamente. Estar de vuelta en la mansión ha sido increíble, pero necesito algo para pasar el tiempo y evitar comenzar una pelea con la mamá de Yakov. Ya hay suficientes disputas familiares sin que yo inicie una en mi propio territorio.

Pero, antes de que pueda alcanzar una revista, Ofeliya aparece entre nosotras y las amontona. —

Luna tiene cosas más importantes para hacer que hojear revistas tontas contigo, Mariya. Ella está haciendo crecer el futuro de esta familia.

Sostengo un dedo para detenerla. —En realidad, no me importaría…

—Además, no necesitamos ninguno de estos para los planes de boda —se los mete debajo del brazo—. Casarse en una familia como la nuestra conlleva muchas tradiciones. Una de ellas es que la matriarca saliente se encarga de la planificación. Es mi regalo para ti, Luna.

Parpadeo hacia ella, demasiado atónita para pensar en algo que decir.

Mariya no dice una palabra, pero no es necesario. La inclinación de su cabeza y el arco de su frente dicen más que suficiente. *Te lo dije.*

Ofeliya me cubre la cintura con el edredón y se gira hacia la puerta. —Yo me encargaré de todo, Luna. Simplemente siéntate y relájate.

La veo desaparecer en el pasillo mientras la risa ahogada de Mariya se convierte en carcajadas. —Te lo dije. Jodidamente te lo dije. Un día y ya la odias, ¿no?

—No… —pateo la pierna de Mariya desde debajo de las mantas y bajo la voz—. No la odio. Yo nunca dije eso. Ella… ella está tratando de ayudar.

—Te está volviendo loca y tratando de apoderarse de tu vida. Admítelo.

Entrecierro los ojos hacia ella. —Trajiste esas revistas a propósito. Sabías que haría eso.

—Tenía una corazonada —admite con una risita—. Traté de decirte cómo era ella, pero no quisiste escucharme. Pensé que merecías saber lo que te esperaba.

Me quejo. —¿Qué implica una boda Kulikov? Tal vez pueda aguantar y dejarla hacer las cosas como ella quiera. Quiero decir, no puede ser tan…

—El vestido que quiere que uses en tu gran día tiene una diadema de encaje y hombreras hasta las orejas.

—Ay, no.

—Ay, *sí* —se ríe—. Y si no matas ese vestido maldito ahora, seguirá vivo y me perseguirá algún día en *mi* boda. Por motivos de autoconservación, al menos, estoy firmemente en tu equipo.

Me dejo caer contra la cabecera. —Esto es demasiado estrés. Quizás Yakov y yo podamos fugarnos. Solo iremos al juzgado y…

—*"Traer vergüenza y humillación a toda la familia Kulikov. ¿Qué diría el padre de Yakov si estuviera aquí para ver esto?"* —la voz de Mariya es dos octavas más alta de lo normal. Su rostro se arruga en una fingida decepción—. *"Sabía que no eras la mujer adecuada para continuar el honorable linaje de esta noble familia. ¡A las mazmorras contigo!"*.

—Eso se volvió un poco exagerado al final. Tu mamá no me desterraría a las mazmorras. Pero entiendo tu punto.

—Dices eso ahora, pero dale otro día —dice Mariya—. Te darás cuenta de que no hay nada que Ofeliya Kulikov no esté dispuesta a hacer para meterse en tus asuntos. ¿Por qué crees que hui del

país?

—No es como si hubieras huido. Tu mamá te montó en un avión.

—¡Exactamente! Soy de su propia sangre y me montó en un avión para vivir en otro país, todo porque no haría lo que ella quería. ¿De verdad crees que la mazmorra está fuera de cuestión? —niega con la cabeza—. No-no. No me parece.

Sé que Yakov no permitirá que eso suceda, pero siento que mis esperanzas de una relación sana con su madre se están desvaneciendo.

—Tienes que tomar una gran decisión, Luna, pero, si quieres mi opinión, te digo que retrocedas y comiences tus propias tradiciones. Es hora de que esta familia se actualice. Lo cual es irónico, ya que estás hojeando revistas en busca de ideas para bodas como si el Internet no existiera —Mariya busca debajo de la cama y saca otra pila de revistas nupciales. Golpeando su mano en la parte superior, la deja caer en mi regazo—. Vas a querer mantener este lote oculto, o también terminarán en la basura.



TODAVÍA ESTOY HOJEANDO la pila de revistas que Mariya me dejó horas después, pero no puedo procesar ninguna información. Las imágenes de peinados recogidos y arcos cubiertos de tul me invaden mientras mi mente da vueltas.

¿Cómo le voy a decir a Ofeliya que odio su vestido de novia? O sea, técnicamente no lo he visto, así que no estoy segura de si lo odio. Pero una diadema de encaje y hombreras no suenan prometedoras.

Tal vez pueda elegir mi propio vestido y luego dejar que ella planee el resto.

¿Pero el apaciguamiento realmente ha funcionado alguna vez para alguien? Si la dejo planear la boda, ¿planeará también la luna de miel? ¿Nuestro primer aniversario? ¿Nuestro vigésimo?

Toda una vida de cumpleaños, cenas y proyectos de renovación de viviendas supervisados por la madre de Yakov pasan ante mí. No me doy cuenta de que estoy arrugando una página de la revista hasta que Yakov pone su mano sobre la mía y me alisa los dedos.

—¿Tiene algo en contra de…? —se inclina hacia adelante para leer el titular del artículo—. ¿… los centros de mesa no florales que debería saber?

—No, ¡pero tu mamá podría!

Él frunce el ceño. —¿A quién le importa?

—¡A ella! ¡O podría! —me quejo—. Aparentemente, me voy a casar con alguien de una familia importante con tradiciones de larga data. Nunca me hablaste de ninguna tradición familiar.

—Porque no tenemos —se encoge de hombros—. Excepto por lo de la Bratva.

—"*Lo de la Bratva*" dice. Como si fuera casual —resoplo—. Bueno, mientras tú estás haciendo "lo de la Bratva", se supone que yo debo mantener a raya al personal doméstico. Tu madre me va

a enseñar todo lo que sabe. Y si no quiero saber lo que ella sabe, entonces me encerrará en una mazmorra.

—¿De qué estás hablando?

—Eso es lo que dijo Mariya.

Él pone los ojos en blanco. —No escuches a Mariya. Ella y mi madre han estado peleando desde que nació Mariya. Esa no será tu experiencia.

Hablado como un hombre. Ofeliya definitivamente tenía razón en una cosa: los hombres realmente no tienen idea de lo que pasan las mujeres.

—Tu madre me dijo que iba a planificar toda nuestra boda. Ella robó mis revistas de novias.

Yakov señala la pila que tengo en el regazo. —Entonces, ¿qué es esto?

—¡Las copias de seguridad que Mariya compró porque sabía que Ofeliya se quedaría con el primer lote!

—Creo que le estás dando más importancia de la necesaria. Mi madre es mucho, pero se calmará al cabo de unos días. Dale algo de tiempo.

—¿*Cuánto* tiempo? ¿Debería dejarla planificar la boda y esperar que sea tiempo suficiente? O tal vez dejaré que ella dé a luz a los mellizos porque definitivamente descubriré cómo hacerlo mal también —me giro hacia él, con los ojos muy abiertos, mientras se me ocurre algo—. Por favor, dime que no estará en la sala de partos.

—No estará en la sala de partos —Yakov me agarra por los hombros y aprieta, liberando parte de la tensión de mis hombros—. Solo relájate, Luna. Todo va a salir bien.

Dejo que mi cabeza caiga entre mis hombros mientras sus pulgares trabajan en los músculos de la base de mi cuello. —¿Todo? ¿De verdad crees que podemos con los Gustev *y* tu madre?

—Estoy seguro de que podemos —besa mi cuello—. Dima y yo ya estamos trabajando en un plan para atraer a Pavel. Una vez que se muestre, lo mataremos. Luego, nos ocuparemos de mi madre.

—¿También la matarás?

—Solo si me lo pides —bromea—. De lo contrario, probablemente tendré una conversación firme con ella.

—¿Y si eso no funciona?

Me masajea los brazos, trabajando hasta que mis dedos hormiguean. —Los diferentes continentes existen por una razón. La enviaremos a uno de los otros. Problema resuelto.

—Lo haces parecer tan simple.

—Porque lo es. No hay ningún problema demasiado grande que yo no pueda manejar —su voz es un retumbe bajo en mi oído. Sus manos regresan a mis hombros y alrededor. De repente, toma mis senos y hace rodar mis pezones entre sus dedos—. Como esta tensión que llevas. Nunca he visto algo así, pero creo que tengo el truco.

Mi boca se abre en un suspiro. —Oh, ¿es así?

—Así es. Sé cómo ayudarte a liberarla —Yakov me recuesta contra las almohadas y se acomoda entre mis muslos—. Solo tienes que confiar en mí.

—Confío en ti —gimo, enroscando mis dedos en su cabello mientras él mete su lengua dentro de mí—. Con mi vida.

YAKOV

—No puedo creer que lo dejemos entrar a la mansión —se queja Nik. Está en su silla de ruedas a mi lado, observando cómo el auto de Dima Baranov se aparca en lo alto del camino.

—No le mostraremos nada que pueda hacernos daño —le recuerdo—. Dima pasó por todos los controles de seguridad en la puerta principal, dejó toda su tecnología fuera de la cerca y no es como si lo dejáramos tomar el control de la casa. Estará en mi oficina y de regreso enseguida.

—Simplemente no me gusta —su mandíbula se mueve hacia adelante y hacia atrás—. Apenas lo conocemos.

—Tú fuiste quien sugirió que tuviéramos la reunión aquí.

—Porque *yo* quería estar allí —dice—. No porque lo quisiera *a él* aquí.

Conseguir una camioneta accesible para sillas de ruedas está en la parte superior de mi lista de tareas pendientes. Pero, incluso si tuviera una, Nik aún no está listo para salir.

—Di la palabra y lo expulsaré de la propiedad. Me reuniré con él en otro lugar si no estás listo para…

—Estoy jodidamente listo para lidiar con Dima Baranov —gruñe Nik—. No estoy listo para que el mundo sepa que estoy sentado sobre un par de piernas inútiles.

El fisioterapeuta me dijo esta mañana que Nik está mejorando. Los dedos de sus pies se mueven de vez en cuando. La conexión sigue ahí. Si se podrá reparar por completo o no, es una pregunta que solo el tiempo podrá responder.

Le doy una palmada a Nik en la espalda. —Es una vergüenza. Lo único que tenías a tu favor era que eras más joven y más rápido. Ahora soy el cerebro *y* la fuerza. Es una carga pesada de llevar, pero como ya no puedes hacerlo…

Por primera vez en toda la mañana, Nik sonríe. —Eres un bastardo engreído. Bromear con el tío en silla de ruedas es un golpe bajo.

—Tiene que serlo. Si lo lanzara a altura normal, pasaría por encima de tu cabeza.

Nik gira bruscamente las ruedas y pasa por encima de mi pie. —Sé profesional, gilipollas. Viene Dima.

Cuando Dima entra por la puerta principal, Nik y yo estamos sobrios y serenos.

Hay que reconocer que Dima no dice ni una palabra sobre la silla de ruedas. Nos da la mano e inclina la cabeza. —Llévenme a la habitación donde ocurre la magia, caballeros. Tenemos trabajo que hacer.



UNA HORA MÁS TARDE, estoy en mi escritorio, Dima está recostado en el sofá de la esquina y Nik rueda de un lado a otro por la habitación de la misma manera que solía caminar nerviosamente.

—¿Me estás diciendo que tienes los nombres de todos los hombres que irrumpieron en mi casa la noche en que secuestraron a mi prometida? —gruño.

Dima sonríe. —Budimir es un gran recurso. Traficaba con armas, pero el hombre mantiene los oídos abiertos. Al parecer, Akim tenía la boca suelta.

—Ahora voy a hundir algunos malditos barcos. Dime los nombres. Ahora.

Dima recita una lista, pero, cuando llega a un nombre, Nik se detiene con un chirrido. —¿Marat?

—¿Lo conoces? —pregunta Dima.

Nik y yo nos miramos. Ambos conocemos ese nombre.

—Él lideró la carga esa noche —dice Nik—. Lo vimos en las cámaras atacando a nuestra hermana. Él le disparó.

—Cuando terminó, le puso una bolsa en la cabeza a Luna —mi puño está tan apretado que estoy seguro de que mis nudillos van a atravesar la piel.

—Oh. Qué escandaloso. Entonces sé algo más que les va a encantar —Dima se inclina hacia adelante con los codos sobre las rodillas—. Sé dónde encontrarlo.

No espero más explicaciones. Me levanto con las llaves en la mano. —Dime dónde.



POR LAS NOCHES, el lugar habitual de reunión de la Bratva Gustev es un club nocturno con música a todo volumen y bebidas aguadas. Ahora mismo, a media tarde, está muerto.

Solo hay cuatro autos afuera en el estacionamiento, y una búsqueda rápida revela que uno de ellos está registrado a nombre de Marat.

Todavía no he visto al hombre… solo lo he visto a través de las imágenes de seguridad… pero prácticamente puedo sentirlo escondido detrás de las paredes del club.

—¿Cuándo? —le gruño a Isay.

Consulta su reloj. —Dima y su equipo acaban de traspasar el club en la Calle 75 hace menos de sesenta segundos.

Tan pronto como escuché su nombre, quise salir de la mansión y destruir a Marat. Pero Nik me frenó. Me hizo sentarme e idear un plan. Me hizo recordar por qué lo nombré mi segundo en primer lugar.

En lugar de atacar este club para matar a un hombre, coordinamos un ataque dual con los hombres de Dima. De una sola vez, eliminaremos dos de los clubes de Pavel y a los hombres que haya dentro. Entre esto y que Dima le haya robado a Budimir, la Bratva Gustev va a salir lastimada.

Pero ahora mismo, toda mi atención se centra en cuánto daño le puedo hacer a Marat.

—¿Cuándo? —gruño de nuevo, saltando de un pie a otro.

—No sé. No he… —el teléfono de Isay vibra y lo deja caer en su bolsillo y busca su arma—. Ahora.

Nos dirigimos a la puerta trasera mientras tres hombres más entran por la puerta delantera. Hay salidas de emergencia a los lados del edificio, pero una de ellas está bloqueada por un contenedor de basura de metal y la otra está cerrada con cadenas. Está claro que Pavel tiene al jefe de bomberos en el bolsillo trasero.

En una carrera normal, intentaría forzar la cerradura y entrar sin ser detectado, pero hoy golpeo con mi bota el centro de la puerta de madera. La madera se astilla alrededor de la cerradura y se balancea hacia adentro sobre bisagras oxidadas.

Entro con Isay justo detrás de mí. Preferiría que Nik estuviera a mi lado, pero él está de vuelta en la mansión, coordinando el ataque a través de comunicaciones.

Estamos en la mitad de un largo pasillo cuando escucho gritos y disparos desde el frente del club. Estoy avanzando hacia el ruido cuando una puerta se abre de golpe.

Un hombre cruza la puerta corriendo, mirando por encima del hombro hacia lo que sea que esté huyendo. Pero no tiene idea de que se está topando directamente con el verdadero monstruo.

Tan pronto como está al alcance de mis brazos, lo golpeo contra la pared, quitándole el arma de la mano y el aliento de los pulmones. Los ojos muy abiertos del hombre están enloquecidos y ya está lanzando una serie de súplicas. Pero lo reconocería en cualquier lugar.

Llevo mi antebrazo contra su garganta hasta que está demasiado ocupado ahogándose para hablar.

—Hola, Marat —gruño—. Me gustaría hablar contigo.

~

PARA CUANDO LO cuelgo por los brazos desde la plataforma de iluminación sobre la pista de baile, los otros tres hombres que estaban con él en el club están muertos.

—Pavel no está aquí —espeta Marat.

—Lo sé.

Él frunce el ceño, el sudor gotea por su frente. —Tampoco sabemos dónde está. No se lo dice a nadie.

Tiro de las cuerdas para asegurarme de que aguanten. —También lo sé.

—Puedo intentar ayudarte a encontrarlo —dice Marat, con voz casi histérica—. Puedo llamarlo. Nadie sabrá que ayudé. Seré un agente doble. Trabajaré para ti.

—Sería fácil para ti, ya que ya conoces a muchos miembros de mi familia —le digo—. ¿Te acuerdas de mi hermana? Le disparaste en mi jardín delantero.

La sangre desaparece del rostro de Marat. Está enfermizamente pálido y tembloroso. Sus pies apenas pueden tocar el suelo. Se esfuerza por colocar los dedos de los pies debajo de él y quitar algo del peso de sus manos.

—Después de eso, conociste a mi prometida. Debes recordarla —digo, rodeándolo lentamente—. O tal vez no la reconocerías. Tenía una bolsa en la cabeza.

—Lo siento —gime—. Estaba siguiendo órdenes. No sabía quiénes eran.

La mentira sale de él con tanta facilidad que no puedo evitarlo. Me lanzo y le clavo el cuchillo en el costado. La sangre fluye por el mango y me calienta los dedos. Le doy una vuelta antes de sacarlo. —Deja de mentir.

Él grita y luego comienza a jadear de pánico.

—¿Akim confió en ti para llevar a cabo una misión para secuestrar y asesinar a mi familia, pero ni siquiera puedes soportar un poco de tortura? —chasqueo mi lengua—. Los matones de hoy en día ya no son lo que solían ser.

Clavo el cuchillo en su otro costado. La sangre brota, rociándose por la suave pista de baile. Se forma un charco debajo de él, lo que le dificulta aún más mantener los dedos de los pies en el suelo. Sus manos están de color rojo brillante por las ataduras.

Arrastro la punta del cuchillo desde su muñeca hasta su codo. La sangre mana del fino corte y empapa su camisa.

—Admite que sabías quiénes eran —gruño.

Está sollozando, las lágrimas y los mocos corren por su rostro.

Hago el mismo corte largo en el otro brazo, pero presiono demasiado. La sangre sale de su brazo al ritmo de su corazón acelerado.

—Admítelo —le ladro en la cara—. Sabías quiénes eran. Jodidamente disfrutaste aterrorizarlas, ¿no?

—Por favor —gime.

Presiono la hoja contra su cuello. La sangre mancha su camisa. —Admítelo o morirás ahora mismo como el cobarde que eres.

—¡Lo sabía! —jadea—. Sabía quiénes eran. Sabía por qué estaba allí.

Presiono el cuchillo más profundamente. —Y lo disfrutaste.

—Solo estaba haciendo mi trabajo.

Puedo sentir los tendones de su cuello tensándose contra la hoja. —No eres un puto soldado cualquiera. Estabas allí para asesinar y secuestrar gente. No entras en esta línea de trabajo sin disfrutarla. De la misma manera que voy a disfrutar aplicando un poco más de presión y desgarrando tu yugular.

Resbala en la sangre acumulada a sus pies y grita mientras cae dentro de la espada. Le corta más profundamente el cuello, pero él se aleja de él. —¡Por favor! Tengo una familia. Una esposa e hijos.

—Yo también. Y trataste de matarlos.

Retrocedo y le hundo el cuchillo en el pecho. Lo arrastro hacia abajo, recorriendo los huesos y tallando órganos hasta que se abre de par en par. Intenta gritar, pero no encuentra el aire. Su voz se vuelve cada vez más débil hasta que queda inerte, todavía suspendido del techo por sus muñecas.

Isay aplaude detrás de mí. —¿Te sientes mejor?

Examino mi trabajo y sacudo la cabeza. —No. Pero ese cabrón obtuvo su merecido.

—Enviará un mensaje, eso es seguro. Pavel no puede ignorar esto.

No, no puede. Incluso si eso no lo atrae, la muerte de este hombre le permitirá a Pavel saber lo que le espera cuando finalmente vuelva a mostrar su rostro.

Limpio mi espada en la parte inferior de mi camisa. —Encuentra a la familia del hombre.

—¿Qué hago con ellos cuando los encuentre?

Si yo fuera Pavel, ordenaría sus muertes. Haría que me los trajeran para poder mostrarles qué fue de su esposo y de su padre, uno por uno.

Pero no soy Pavel ni Akim. No soy este inútil saco de carne frente a mí.

—Asegúrate de que estén bien —digo—. Prepárales algo de dinero hasta que la esposa se recupere. Su esposo era un pedazo de mierda, pero estoy seguro de que aun así pagaba algunas cuentas.

Él está muerto. He tomado mi libra de carne. No necesito nada más.

LUNA

Estoy agachada en un rincón de la cabaña cubierta con un libro cuando Mariya me encuentra.

Asoma la cabeza por la cortina que me protege de miradas indiscretas dentro de la casa y casi me da un infarto. —No es necesario que te escondas.

Me sacudo tan fuerte que dejo caer el libro en mi cara. —¿Podríamos no sorprender a la mujer embarazada con presión arterial alta, por favor?

—Lo siento —Mariya corre las cortinas, dejando entrar la luz del sol tan necesitada. Estaba empezando a sentir frío a la sombra—. Solo pensé que te gustaría saber que no tienes que esconderte. Mi mamá está fuera por el día.

—¿Ella salió? ¿O sea, abandonó las instalaciones?

Ni siquiera sabía que esa era una opción. Yakov nunca dijo explícitamente que no podíamos irnos, pero nadie ha ido a ningún lado desde que nos trajo de vuelta de la casa segura.

—No te ilusiones. Volverá más tarde —dice—. Aparentemente, *necesitaba* arreglarse las uñas, supongo. ¿Para qué? No tengo ni idea. No es que ninguno de nosotros tenga planes, Dios no lo quiera.

—Mis esperanzas no eran altas. Nunca dije que quería que tu mamá se fuera para siempre.

—No tenías que decirlo. Estaba escrito en tu cara cuando te dijo que el café no era bueno para el bebé y en su lugar te preparó una taza de agua caliente con limón.

—No me molestó tanto. Ella solo estaba tratando de ayudar —murmuro de manera poco convincente.

Tuve que pasarle una nota a Hope y pedirle que me trajera un café helado en mi botella de agua. Manejar mis emociones ya ha sido bastante difícil últimamente. Restar la cafeína de la ecuación no lo hará más fácil.

Mariya me da palmaditas en la pierna. —Está bien, Luna. Desahógate. Este es un espacio seguro.

Yo suspiro. —Ella se preocupa mucho por mí y por los bebés. Eso es bueno. Sé que ustedes dos tienen una relación difícil, pero no quiero hacer nada que ponga las cosas más tensas en este momento. Yakov está lidiando con suficientes cosas sin necesidad de arbitrarnos a mí y a tu mamá.

—¿Sabes con qué está lidiando? —se pregunta Mariya—. Nik mencionó que se asociarán con otra Bratva, pero no me dirá nada más. Esos dos nunca me dicen nada.

—Yakov tampoco me dice nada.

Es la verdad, pero solo porque le dije a Yakov que solo quiero que me diga lo que *necesitaba* saber.

Esta mañana vi sangre seca en el suelo de la ducha, así que sé que ha estado ocupado. Pero es más fácil para mí imaginar que se sienta detrás de un escritorio en algún lugar y pone su sello de aprobación en los planes para librar a la tierra de sus enemigos. Es mejor que imaginarlo cubierto de sangre y esquivando balas.

Yakov no necesita el estrés adicional de que yo pelee con su mamá, y yo no necesito el estrés adicional de preocuparme de que Yakov no pueda ver a nuestros bebés venir al mundo. No cuando he llegado tan lejos en el embarazo y me queda tan poco por recorrer.

Confío en que él no asumirá más de lo que puede manejar, así que prefiero permanecer en la oscuridad.

Mariya frunce los labios. —No te creo, pero sé que tampoco me vas a decir nada.

—Lo digo en serio. Realmente no sé nada. Entre estar embarazada y ahora preocuparme por la boda que supuse que aún faltaban años, no quiero agregar más estrés a mi vida. Lo que sea que esté sucediendo, estoy segura de que tus hermanos lo tienen controlado.

—Bueno, *yo* no tengo nada que hacer aquí en casa. Estoy aburrida —se queja. De repente, se sienta erguida y me mira—. ¡Dime qué necesitas! Dame algo que hacer.

Me encojo de hombros. —No necesito nada. Tu mamá se ha estado encargando de todo en la casa, y dudo que Yakov alguna vez me dejara salir aunque quisiera.

—Teniendo en cuenta que hay un loco detrás de ti, tendré que estar de acuerdo. ¿Para qué saldrías de casa, de todos modos?

—Bueno, todavía no he comprado nada para los bebés. Supuse que Yakov y yo iríamos a algún lugar y haríamos un registro, pero ahora mismo tiene cosas más importantes entre manos.

—Se está preparando para los bebés a su manera —coincide Mariya.

Asiento. —Una guardería no es importante si la mansión ni siquiera es segura para ellos. Apoyo lo que está haciendo; solo siento que me estoy perdiendo parte de la diversión de estar embarazada. Quiero comprar conjuntos pequeños y decorar la habitación del bebé y toda la anidación, ¿sabes?

Mariya tuerce los labios hacia un lado, pensando. Luego, salta. —Ya vuelvo.

—¿A dónde vas? —la llamo, pero ella ya está doblando la esquina de la piscina y corriendo hacia adentro.

Cinco minutos después, me presenta una laptop abierta en una mano y una tarjeta de crédito platino en la otra.

—¿Qué es esto? ¿Se supone que debo elegir una? ¿Es esto como *Matrix*?

—Actualiza tus referencias, por favor. Ni siquiera he oído hablar de lo que sea que sea eso —Mariya equilibra la laptop sobre mis rodillas y se deja caer a mi lado—. Tú y mi tarjeta de crédito van a anidar un poco. Compraremos en línea hasta que te canses.

—No. No puedo aceptar tu dinero, Mariya.

—Relájate —lo descarta—. La tarjeta de crédito está adjunta a la cuenta de Yakov. Técnicamente es *solo para emergencias extremas*, pero tan pronto como Yakov descubra que eres tú quien gasta su dinero, no le importará. Mi hermano es un simp como ningún otro contigo.

—Retrocede tus referencias, por favor. No sé qué significa eso.

—Significa que puedes comprar todo lo que quieras y no le importará —Mariya presiona la tarjeta en mis manos y toma la laptop—. Vale, entonces, ¿qué es lo primero en la lista? ¿Cunas? ¿Moisés? ¿Esas pequeñas succiones que se ocupan de sus mocos?

—Todo lo anterior —admito—. No tengo nada. Necesitaremos asientos de seguridad para poder llevarlos a casa desde el hospital. Probablemente debería estar primero en la lista. Y ropa. Mantas también. ¡Ah, y sombreros! Creo que a los bebés se les enfría la cabeza.

Tal vez debería agregar “leer todos los libros para bebés que existen” a mi lista de tareas pendientes. La última vez que cargué a un bebé fue cuando cuidaba a mis vecinos cuando tenía dieciséis años. Y ni siquiera era un bebé. El niño tenía tres años y casi ya había aprendido a ir al baño. No sé si alguna vez he tenido a un bebé en brazos.

Empujo la laptop hacia Mariya. —En realidad, no sé lo que necesito. ¿Hay una lista en algún lado? Quizá deberíamos buscar esto. O esperar hasta que tu mamá regrese. Ella crio a tres hijos. Probablemente sepa qué…

—La última vez que mi madre cargó a un bebé fue cuando yo era uno. Ella no es una fuente de información.

—Sí, pero igual sabe más que nosotras.

—Tenemos Internet a nuestra disposición. Todo lo que podríamos querer saber.

Alcanzo la laptop. —Tienes razón. Debería investigar cómo hacer RCP infantil. ¿Qué si se ahogan con algo? No me convertí en salvavidas porque no quería hacer el entrenamiento de RCP. ¿En qué estaba pensando? Si algo sucede y yo no…

—Voy a hacer pausa en esta loquera —Mariya hace círculos con su dedo frente a mi cara—. Ahora es el momento de realizar compras sin sentido. Sin ataques de pánico, sin investigar cómo sacar un ladrillo de Lego de la tráquea de tu hijo. Ahora mismo, todo lo que vas a hacer es poner todo lo que tu corazón de embarazada desea en un carrito de compras y no entrar en pánico, ¿vale? Se supone que esto es divertido.

Dejo escapar un largo suspiro y la tensión en mi pecho se alivia ligeramente. —Vale. Yo puedo hacer eso.

—Excelente. Porque tenemos mucho daño por hacer. Lo primero es lo primero, ¿ya conoces los

sexos? —hace una pausa y levanta un dedo—. Realmente espero que no. Porque, si me entero de que lo sabes y no me lo dijiste, tendré que coger mi tarjeta de crédito y marcharme por principio.

Me río. —No, aún no lo sabemos.

—Gracias a Dios. Esquemas de colores neutros en cuanto al sexo —Mariya asiente—. Entendido. ¿Quieres saberlo o esperar hasta que aparezcan y te sorprendan?

—Quiero saber. Podría haberlo descubierto hace un par de meses con un análisis de sangre, pero… no lo sé. Me asuste.

—¿Te preocupaba descubrir que ibas a tener un extraterrestre? —Mariya pregunta con toda seriedad.

Le doy un codazo en el costado. —No. Pero me preocupaba apegarme demasiado a ellos.

—Son tus bebés. Se supone que debes estar apegada.

—Lo sé. Pero, cuanto más sé sobre ellos, más me dolerá si algo sale mal.

—No creo que desconocer lo que hay entre sus piernas suavizara ese golpe, Lun —Mariya me aprieta la rodilla—. Si quieres saberlo, creo que deberías averiguarlo. No vivas tu vida preparándote para los peores escenarios. En nuestro mundo, el peor de los casos puede ser bastante sombrío.

Mariya tiene un buen punto. Y, mientras me desplazo página tras página de ropa de bebé gris y amarilla de sexo neutro, la decisión se consolida en mi mente.



CUANDO YAKOV y yo estamos acostados en la cama, horas más tarde, ya sé lo que quiero.

—Voy a pedirle al Dr. Jenkins que me diga los sexos —anuncio.

Yakov deja caer su teléfono en su regazo y se vuelve hacia mí.

—No quería saberlo porque no quería apegarme demasiado a los bebés y luego sentirme devastada si les pasaba algo. Pero estaré devastada si les pasa algo, de cualquier manera —balbuceo—. Creo que mejor podría llegar a conocerlos tanto como pueda y aprovecharlo al máximo. Por si acaso.

Yakov asiente, pero no dice nada. El silencio se alarga y decido llenarlo.

—No estoy haciendo esto porque creo que va a pasar algo malo, obviamente. Pero si es así, quiero saber que les di todo —intento y no logro contener las lágrimas. Ruedan por mis mejillas mientras sigo divagando—. No sería una muy buena mamá si sostuviera a mis bebés con el brazo extendido para no lastimarme, ¿verdad? Entonces, debería averiguarlo. *Deberíamos* averiguarlo.

Por fin, toma mi mano. —¿Quieres saberlo o crees que *deberías* querer saberlo?

—Ambos —respondo rápidamente.

—Estabas bastante decidida a no averiguarlo antes. ¿Qué cambió?

—Bueno, hoy estaba de compras y había mucha ropa linda para bebés, pero no pude comprarla porque no sé qué tendremos.

—¿Cuándo fuiste de compras? —exige.

—En línea. Con la tarjeta de crédito de Mariya —admito con una mueca—. Quería ayudarme a conseguir algunas cosas para los bebés. No nos excedimos, lo juro.

—Es poco probable, conociendo a mi hermana —murmura.

—Yo soy quien puso todo en el carrito.

No es mentira. Mariya estaba sentada a mi lado señalando con el dedo todo lo que pasaba, pero era yo quien manejaba el mouse.

Yakov no parece convencido, pero estira un brazo detrás de su cabeza y se recuesta contra la cabecera. —Entonces ¿todo esto se debe a que viste ropa?

Suspiro. —Sí y no. Parte de esto tiene que ver con la ropa linda, pero también me acabo de dar cuenta de que estoy lista para saberlo. Confío en que vas a cuidar de mí y de los bebés. Ya no… ya no tengo miedo. Y quiero algo increíble que esperar.

Yakov me mira por un segundo. Sus ojos estudian cada centímetro de mi cara. Finalmente, toma mi mano y presiona mis nudillos contra sus labios. —Entonces, iremos a averiguarlo.

YAKOV

—Caballeros —saluda Dima, inclinándose ante la puerta de mi oficina antes de cerrarla de una patada detrás de él.

Lleva otro traje. Este tiene telas a rayas. Mientras Dima se acerca para reclamar su asiento en el sofá, Nik me mira con una ceja arqueada.

Es posible que Dima se haya unido a nuestro equipo y haya ayudado a liderar una misión muy exitosa para acabar con dos de los negocios de Pavel Gustev en la ciudad, pero Nik no va a dejar pasar nada relacionado con el *pakhan* de Baranov.

Ignoro a Nik y me recuesto en mi silla. —Pavel tiene pánico.

—¿También viste el comunicado de prensa esta mañana? —resopla Dima—. Temblé todo el día esperando que las "autoridades correspondientes" vinieran a llamar.

Los ataques a dos de los clubes de Pavel no pasaron desapercibidos. Mis hombres retiraron los cuerpos, pero hicimos suficiente ruido durante la violencia como para que las noticias se generalizaran. Últimamente también se notó la ausencia de Akim, pero no se ha hablado de su muerte. No es sorprendente, considerando que mandé a que licuaran su cuerpo. Es difícil identificar positivamente un charco.

El artículo también incluía una cita de "un socio de Pavel Gustev" que advertía a los "malos actores" que atacaron sus negocios que serían capturados por las "autoridades correspondientes" y se haría justicia. Ninguno de nosotros está particularmente asustado.

Nik se mantiene en equilibrio sobre las dos ruedas traseras de su silla. —Probablemente ni siquiera lo escribió él. Por lo que he oído, todavía no ha dado la cara. Probablemente fue el antiguo equipo de relaciones públicas de Akim quien lo redactó. Dudo que a Pavel le importara lo suficiente como para despedirlos, y sabemos que a él no le importa mantener el buen nombre de su familia.

—Tienes razón, Nikandr. Según mis fuentes, el portavoz del artículo era el ex abogado de Akim —añade Dima—. Nadie pudo ponerse en contacto con el propio Pavel.

—¿Todavía tienes espías en la Bratva Gustev? —pregunto.

Dima sonríe. —Tengo espías por todas partes.

—Deberías retirarlos —Nik se deja caer sobre las cuatro ruedas y se acerca—. No será seguro para ellos una vez que Pavel descubra que estás trabajando con nosotros.

Dima lo descarta con la mano. —Tengo tiempo. Usé un disfraz durante el ataque.

—Tu máscara de esqueleto era aterradora —dice Nik—, pero lo descubrirá más temprano que tarde. Tus hombres podrían morir.

—Por eso deberíamos atacar de nuevo antes que él —levanto los pies sobre mi escritorio—. Pavel cree que tiene los números para ganar en una guerra. Si estuviéramos luchando contra él individualmente, los tendría. Pero, ahora que hemos unido fuerzas, tenemos la ventaja.

—Así que ahora vamos a por la yugular —gruñe Dima, con los ojos brillando—. Vamos a atravesar sus puertas y destrozar a ese cabrón.

Antes de que pueda responder, Nik interviene. —No sabemos dónde está. Si atacamos sin conocer su ubicación, le indicará que nos hemos unido y estará mejor preparado para una pelea.

Dima frunce el ceño. —Odio el jodido reconocimiento.

—Es por eso que Nik se encargará —miro a mi hermano en busca de confirmación y él asiente bruscamente—. Localizará a Pavel mientras descubrimos cómo derrotarlo a él y al resto de la Bratva Gustev sin comenzar una guerra total.

—Y yo hago el tiro mortal —me recuerda Dima.

—Es tuyo. Como discutimos.

Él sonríe. —Entonces, todo esto me parece bien. Conspiremos.



DIMA SE FUE de la mansión hace horas y Nikandr tuvo que ir a fisioterapia, así que estoy solo cuando salgo de mi oficina y tropiezo con la montaña de cajas en la entrada.

—¿Qué carajo es esto? —murmuro en voz baja.

Antes de que las palabras salgan de mi boca, ya sé lo que es.

Luego, escucho risas provenientes de la otra habitación. Sigo el sonido y el rastro del papel de embalaje y las bridas de plástico hasta que encuentro a mi hermana y a Luna sentadas en el suelo de nuestra habitación improvisada. Hay un moisés a medio terminar entre ellas, y ambas sostienen destornilladores como si nunca antes hubieran visto una herramienta en sus vidas.

—No sé por qué los creadores de este estúpido moisés piensan que yo debería saber la diferencia entre una tuerca y un tornillo —Mariya frunce el ceño ante las instrucciones—. ¡No hay imágenes de esta cosa!

—No necesitamos imágenes. Hay instrucciones escritas —dice Luna.

—¡Y todos suenan como la dirección escénica de una película porno! —Mariya desdobla más las instrucciones para que la página ocupe todo su regazo—. Aquí todo es sobre las perforaciones y

tuercas y ejes. Es repugnante.

Luna se ríe y no recuerdo la última vez que la vi reír. *Realmente* reírse. Su sonrisa ilumina su rostro, y quiero que sea así todo el tiempo.

Cuando Pavel muera, así será.

—¿Podrías no hacer bromas sexuales frente a los muebles de niños? —me apoyo contra la puerta mientras ambas se giran para mirarme—. Es ofensivo.

—¿*Yo* soy ofensiva? —Mariya agita las instrucciones en el aire—. *Estos* son ofensivos. Hay mil chistes de "eso es lo que ella dijo" aquí. Además, no hay imágenes.

—¡No necesitamos imágenes! —repite Luna, arrebatándole las instrucciones—. Somos mujeres liberadas. Podemos construir muebles sin la ayuda de un hombre.

—Yo no puedo —anuncia Mariya.

Luna la hace callar y frunce el ceño ante las instrucciones. —Parece que necesitamos sujetar la base y apretar las tuercas que se encuentran debajo.

Mariya finge vomitar. —Honestamente, este proyecto empieza a parecer demasiado íntimo. Creo que debería irme y dejarte sola con esto… —sus ojos se agrandan cuando capta el nombre del moisés en la caja—. ¡Se llama *Crecer Mientras Vas*! ¿Estás jodidamente bromeando?

Eso me saca una risa hasta a mí.

—¡Es una cuna convertible! Un tres en uno —intenta explicar Luna—. Crece desde un moisés hasta una cuna y luego puedes usar los rieles para… ¿sabes qué? No importa. Prometiste que ayudarías. Cuando compramos todas estas cosas, dijiste que lo harías, y cito: "como Bob el Constructor con muebles de bebé". ¿Dónde está esa actitud?

—Construiré muebles cuando tenga mis propios hijos. Por ahora, soy la tía divertida. Y la tía divertida se salta cosas aburridas como esta y se va a ver televisión.

Mariya sale corriendo de la habitación como si estuviera en llamas y Luna y yo nos miramos. Ella observa el desorden de madera y tornillos que la rodean y se desinfla.

—¿Sigues siendo una mujer liberada si vengo a ayudarte? —arrastro las palabras.

Ella se ilumina, la esperanza escrita en todo su rostro. —¿Quieres ayudar?

—Depende. ¿Qué tan enojado estaré cuando vea el extracto de la tarjeta de crédito de Mariya?

—Solo compramos lo imprescindible —vuelve a repetir Luna. Su cabello está recogido en un moño desordenado en la parte superior de su cabeza y cae mientras ella expone su caso—. Los bebés necesitan camas para dormir y me aseguré de pedir las que podamos usar durante años. Hasta que necesiten camas grandes para niños.

—Eso no explica la montaña de cajas junto a la puerta principal —señalo.

Se muerde el labio inferior. —Vale… entonces tal vez todo lo que había allí no era estrictamente esencial. Parte de ello fue por diversión.

—Luna…

—¡Todo lo demás es ropa! —admite apresuradamente—. Les compré suficiente ropa para que pudieran usar tres conjuntos nuevos cada día durante el primer año y aún así no quedarse sin ropa. Fui muy, muy mala y lo siento.

Lentamente, cierro las puertas de la biblioteca y las pongo con llave.

Luna sigue cada uno de mis movimientos. Se lleva la mano a la panza, protegiendo instintivamente a nuestros bebés del depredador que merodea en la puerta. —¿Qué estás haciendo?

—Tú misma lo dijiste —me acerco y me arrodillo frente a ella—. Fuiste muy, *muy* mala.

La comprensión parpadea en su rostro y se recuesta sobre sus manos, con las piernas estiradas en el suelo frente a ella. —¿Qué me vas a hacer?

—Castigarte —respiro.

Beso su pantorrilla y subo por su muslo. Levanto el dobladillo de su vestido centímetro a centímetro, hasta que el triángulo de encaje entre sus piernas es lo único que se interpone en mi camino. Paso mi pulgar firmemente sobre el material.

—Ya estás mojada —soplo aire fresco entre sus piernas y ella se mueve ansiosamente—. No es un gran castigo si ya lo estás suplicando.

Pasa sus dedos por mi cabello, tirando de los mechones para tratar de acercarme.

En lugar de eso, me pongo de rodillas y bajo suavemente a Luna sobre su espalda. Intenta contener la sonrisa, pero no puede. Sonríe mientras me desabrocho los pantalones.

—¿También estás entusiasmada con esto? —gruño.

Cualquier posibilidad de que realmente intente castigarla al irme desaparece por completo cuando Luna asiente y abre su perfecta boca rosada.

Ella me toma hasta el fondo, sus dedos extendidos sobre mis muslos. Cuando salgo, ella me sigue. Se levanta sobre los codos y hace girar su lengua alrededor de mi polla. Envuelvo mi mano alrededor de su nuca y la atraigo hacia mí. La muevo hacia abajo y hacia arriba, hacia abajo y hacia arriba.

Luna gime y siento la vibración en la base de mi columna.

—Joder —suspiro, agarrando su cabello.

Ella inclina su cabeza hacia atrás y yo me deslizo más profundamente con un gemido. Luna me mira, con sus ojos azules muy abiertos y claros, y yo la miro fijamente a los ojos mientras me follo su boca y eso me lleva al límite.

Me derramo dentro suyo, gimiendo mientras lame y limpia cada centímetro de mí.

Finalmente, salgo de su boca y cae al suelo, jadeando. Paso mi pulgar sobre sus labios hinchados. Luego, me inclino para besarla.

—Siéntete libre de ser mala más a menudo —le susurro.

Se ríe, pero la risa se detiene cuando me deslizo por su cuerpo y le arranco las bragas de un tirón.

—Ahora estás chorreando, Luna —arrastro mi lengua sobre su abertura y todo su cuerpo responde.

Se sacude y luego pasa sus dedos por mi cabello. Me atrae hacia ella y esta vez la dejo. Se lo ha ganado.

Le meto la lengua mientras mis dedos pasan por su clítoris hinchado. Luna grita y se frota contra mi cara. Persigue su propia liberación y es increíble verla tomar lo que quiere.

Pero es mi turno de mostrarle lo que necesita.

Sujeto sus caderas al suelo, le abro las piernas y me acomodo.

Chupo su clítoris y la provoco con mi lengua hasta que está al borde de la liberación… luego me retiro. Una y otra vez, la llevo al borde del orgasmo hasta que se resiste y grita. Una y otra vez, justo antes de que pueda terminar, retrocedo.

—Yakov —gime, con la voz entrecortada—. Te lo ruego. Voy a explotar.

—Ese es el punto, *solnyshka*.

Ella gime, su cuerpo lucha contra mi agarre. Está desesperada por sujetar sus muslos alrededor de mis orejas y follarme la boca.

Así que finalmente, después de una última tentación, la dejo.

Luna mete ambas manos en mi cabello y me monta en la cara. Ella mueve sus caderas y se arquea contra mi boca hasta que literalmente explota.

Cuando acaba, se hunde en la alfombra con los brazos y las piernas extendidos como una muñeca rota. —Después de ese castigo, es posible que nunca vuelva a ser buena.

Beso la suave piel justo debajo de su panza y sonrío. —Haz lo que quieras. Siempre habrá que pagar este precio.

YAKOV

—¿Cuándo se van Luna y tú para el escaneo de sexo? —pregunta mi madre por encima del borde de su taza de café.

Ha estado vestida y tomando café en la mesa desde que me levanté antes del amanecer. Todavía estoy durmiendo como una mierda. Luna tiene menos pesadillas ahora, pero igual no puedo relajarme por la noche. No cuando las sombras están llenas de cosas que todavía no puedo matar.

Miro el reloj encima de la estufa. —Tenemos que estar allí en cuarenta minutos.

Tararea y le da un mordisco a la tostada fría en su plato. La actuación desinteresada es socavada por el hecho de que es la tercera vez que pregunta sobre la cita esta mañana.

—Fue amable de parte del Dr. Jenkins incluirlos en tan poco tiempo —reflexiona.

—No tiene nada de amable. Es su trabajo. Le estoy pagando al hombre lo suficiente como para que traiga el ecógrafo aquí.

Ella se anima. —¿Podría hacer eso?

—No vale la pena correr el riesgo. No permitiré que ningún técnico externo atraviese las puertas.

Eso es cierto, pero, con los hombres de Dima reforzando mis fuerzas más allá de la mansión, ahora puedo tener aún más guardias estacionados aquí en casa. Los guardias adicionales y las cámaras de seguridad adicionales han hecho que la mansión sea prácticamente impenetrable. Incluso si alguien pudiera meter un micrófono o un cable a través de las puertas, nunca podría ingresar a la propiedad para hacer algo al respecto.

La verdadera razón por la que el Dr. Jenkins no puede venir a la mansión es que Luna no quiere que mi madre… ni nadie más… esté con nosotros en el escaneo. Pero ella me hizo prometer que no le diría nada.

—¿Deberías siquiera ir? Si las cosas están tan mal como dices, quizá Luna debería quedarse aquí.

—Luna quiere saber el sexo de los bebés. No le negaré eso.

—Eso es lindo, Yakov, pero piensa en el panorama general —argumenta—. ¿Cuál es el punto de saber el sexo de los bebés si los matan a todos?

Es una simple hipótesis, pero mi cuerpo se tensa. Puño mis manos a mis costados y me giro hacia ella. —Siempre estoy pensando en el panorama general. Todo lo que hago es pensar en el panorama general.

—Lo sé —retrocede—. No quise decir…

—*Nada* le va a pasar a Luna ni a los bebés. Voy a protegerlos.

La expresión de mi madre se suaviza. —Sé que lo harás. Pero los accidentes ocurren.

Sé que ahora está pensando en mi padre. Antes de que le dispararan en el pecho, realmente no creía que pudieran matarlo. Ninguno de nosotros lo creía. Era más grande que la vida. No parecía posible que alguien pudiera arrebatárnoslo con algo tan pequeño como una bala.

Ahora sé la verdad. En el fondo, todos somos humanos frágiles. Animales. Animales de carne y hueso.

—Estoy llevando seguridad —le digo.

Isay está en el hospital con un equipo, garantizando que las instalaciones estén aseguradas y Kuzma y Savva nos seguirán en un segundo auto. Estarán parados afuera de la sala de ultrasonido mientras el Dr. Jenkins realiza el escaneo.

Cubrí todas las bases. Todo va a estar bien.

Luna entra a la habitación con un vestido amarillo soleado que abraza su pecho y muestra su barriga. Al instante, las sombras en mi mente arden y se disipan.

—Estoy lista —sonríe.

Mi madre se levanta y se apresura a sujetar el codo de Luna como si pensara que se va a caer. —¿Te sientes bien, querida? ¿Has comido suficiente? Pareces inestable sobre tus pies.

—Me siento bien. ¿No me veo bien? —Luna me mira, confundida.

—Te ves perfecta.

Mi madre comienza a llevarla hacia una silla. —Yakov estaba diciendo que el Dr. Jenkins podría traer aquí el ecógrafo. Quizás sea una mejor opción si no te sientes bien.

De repente, comprendo por qué mi relación con mi madre mejoró tanto últimamente: porque está tan ocupada preocupándose por Luna que no le queda tiempo para mí.

Me abalanzo y envuelvo la mano de Luna alrededor de mi brazo. Hábilmente, la alejo de mi madre y la acerco a la puerta. —Luna se siente bien, Madre.

—Por supuesto que lo piensas. Eres un hombre —espeta—. No sabes el precio que el embarazo puede tener en el cuerpo de una mujer.

—Estaré con ella todo el tiempo. No le pasará nada mientras yo esté cerca.

Para mis propios oídos, parezco confiado. Pero, cuando miro el considerable bulto de Luna, es imposible olvidar exactamente lo que puedo perder.

—¡NUNCA pensamos en nombres! —Luna jadea cuando entramos al estacionamiento del hospital. Kuzma y Savva están detrás de nosotros. Se deslizan hacia el espacio al lado del nuestro mientras estaciono.

—Sí, lo hicimos. Yuri y Olivia.

Luna se vuelve hacia mí, con la boca abierta. —¿Recuerdas esa conversación?

Agarro su barbilla y fuerzo su boca a cerrar. —Lo recuerdo todo.

—Aparentemente no, o recordarías que rechacé a Yuri.

—Y yo rechacé a Olivia —le recuerdo.

Ella levanta las manos. —¿Ves? ¡Sin nombres! Estamos a punto de averiguar el sexo de los bebés y ni siquiera tenemos nombres.

—No necesitamos nombres para saber qué hay entre sus piernas.

—Suenas como tu hermana —murmura—. Y parece que deberíamos tener una idea de cómo los llamaremos. Quiero decir, todo esto es para que podamos conocerlos, ¿no? ¿Qué mejor manera de conocer a alguien que darle un nombre?

Agarro su mano y la acerco a mi regazo. —Estás nerviosa.

Ella frunce el ceño, pero no lo niega.

—Sabemos que los bebés están sanos. Acabas de escuchar los latidos de sus corazones ayer en tu cita.

Ella deja escapar un suspiro. —Sí. Lo sé.

—Y el Dr. Jenkins no nos entregará sus certificados de nacimiento hoy. No necesitamos completar nada oficial. Tenemos tiempo.

—Poco. Hoy cumplo veintiocho semanas. Estamos en el tercer trimestre.

Créeme, lo sé. Últimamente siento como si hubiera un reloj de cuenta regresiva colgando sobre mi cabeza.

—Incluso una vez que nazcan, podemos cambiarles el nombre tantas veces como queramos. Si nos cansamos de uno, lo cambiaremos por otro.

—¡No podemos simplemente cambiar sus nombres!

—Luna, podemos hacer lo que queramos —le coloco el cabello detrás de la oreja—. Pero una vez que descubramos que llevas dos niñitos y los llamemos Yakov II y Yakov III, no querremos cambiar nada.

Ella me golpea el pecho, reprimiendo una risa. —No eres para nada gracioso.

—¿Quién está bromeando?

Caminamos por el estacionamiento de la mano, Savva y Kuzma nos siguen desde no muy lejos. El edificio está cubierto y nadie se acercará a menos de treinta metros de ella. Aun así, en el momento en que cruzamos las puertas del hospital, Luna se tensa. Sus dedos aprietan los míos como si su vida dependiera de ello.

—Estás bien —le aseguro.

Ella me da una sonrisa tensa. —No tengo buenos recuerdos de estar aquí.

Me parece justo. La última vez que estuvimos aquí, ella se estaba recuperando de un secuestro, Mariya acababa de salir de la cirugía tras recibir un disparo y Nikandr todavía estaba en coma. Podríamos no poner nunca más un pie en este hospital y todavía sería demasiado pronto.

Paso un brazo alrededor de su cintura y la acerco. —Estoy aquí y no voy a ninguna parte. Estás bien.

Ella apoya su cabeza contra mí y me deja llevarla a la oficina.

Luna realiza su rutina habitual previa a la cita sin ningún problema. Orina en una taza y le controlan sus signos vitales. Me apoyo contra la pared del pasillo y miro a todas las enfermeras que pasan. Sé que ninguna de ellas trabaja para Pavel, pero es difícil dejar de pensarlo. Cualquiera que no forme parte de mi círculo íntimo es una amenaza en lo que a mí respecta.

Una vez que la mano de Luna vuelve a estar en la mía, el instinto protector se calma. Caminamos juntos hasta la sala de ultrasonido, donde el técnico nos saluda con una amplia sonrisa.

—¿Por qué el Dr. Jenkins no hace la prueba? —gruño.

La mujer se estremece justo cuando el Dr. Jenkins cruza la puerta. —Porque mi especialidad es dar a luz a los bebés —explica—. La especialidad de Lindsay es manejar esta enorme máquina. Ella les dará un mayor grado de precisión que yo.

Luna pone su mano sobre mi brazo y yo retrocedo. *Ella está a salvo aquí*. Puedo respirar.

—Gracias —les dice Luna a ambos.

—Regresaré una vez que termine tu examen —el Dr. Jenkins saluda mientras regresa al pasillo.

Luna se sube a la mesa y se sitúa. El técnico le aplica gelatina en la panza y toma la varita.

—¿Podrías no decírnoslo? —pregunta Luna, mirándome en busca de confirmación—. ¿Quizás escribirlo o algo así? Quiero saberlo, pero no estoy segura de querer saberlo ahora. Podríamos esperar y verlo más tarde, cuando lleguemos a casa.

A casa. Cada vez que lo dice, algo dentro de mí cobra vida. Tenemos un hogar juntos. Una familia.

—Claro —Lindsay asiente—. Lo hago todo el tiempo. Solo aparten la mirada de la pantalla cuando se los indique y me aseguraré de que sea una sorpresa.

Durante unos minutos, podemos mirar a nuestros bebés acurrucados dentro del estómago de Luna. Todavía me sorprende que sean personas reales. En solo un par de meses estarán en nuestros brazos. Seres humanos en crecimiento y respirando que creamos.

—¿Puedes creerlo? —Luna respira, apretando mi mano.

Ahora son una maraña de brazos y piernas dentro de ella. No puedo imaginar cómo podrían hacerse más grandes.

Sacudo la cabeza. —Realmente no puedo.

—Vale. Cierren los ojos —anuncia Lindsay—. Voy a investigar un poco.

Luna cierra los ojos, pero yo la miro fijamente. Trazo las líneas de su rostro, que se han vuelto tan familiares para mí como las mías durante los últimos siete meses.

La noche que nos conocimos, supe que había algo especial en ella. Pero nunca hubiera imaginado que me llevaría aquí, a este momento y a esta vida. Nunca imaginé esto para mí, pero ahora que lo tengo nadie me lo va a quitar.

—Vale —dice Lindsay después de unos minutos—. Es seguro mirar ahora. Tengo lo que necesito. Lo escribiré y se lo dejaré al Dr. Jenkins para que se lo entregue al salir.

El técnico se va y Luna se limpia. Un minuto después, el Dr. Jenkins reaparece con un sobre en las manos. Inclina la cabeza a modo de saludo, pero su expresión es tensa. Más tensa de lo que debería ser, dada la buena noticia que tiene en sus manos.

—¿Sabes qué? Solo dímelo —espeta Luna con una sonrisa—. No puedo esperar. Dime ahora mismo.

El Dr. Jenkins sonríe suavemente. —Hay algunas cosas que debemos discutir. ¿Quieres hacerlo ahora, o después de escuchar las buenas noticias?

Luna frunce el ceño. —¿Qué tenemos que discutir? ¿Son malas noticias?

—Dímelo ahora —espeto, con los pelos erizados—. ¿Están bien los bebés?

Nos hace señas a ambos para que nos relajemos, hablando lenta y uniformemente. —Sus bebés están lo más sanos posible. No hay peligro inmediato.

No me pierdo la advertencia. *No hay peligro inmediato.*

—¿Qué carajo significa eso? —Gruño.

El Dr. Jenkins se vuelve hacia Luna. —La muestra de orina que dejaste esta mañana contenía algo de proteína. Afortunadamente, tu presión arterial es más baja hoy que en las últimas semanas. Si todavía estuviera elevada, te habría admitido en el hospital de inmediato.

—No —suspira Luna, alejándose de él—. No quiero quedarme aquí.

—No voy a forzar la admisión —continúa el Dr. Jenkins—. Sin embargo, dado tu historial de presión arterial alta y la proteína que detecté esta mañana, te recomendaría que decidieras quedarse en observación.

Luna niega con la cabeza. —No. No puedo quedarme aquí. No puedo… estaré bien en casa.

Aprieto su mano y me enfrento al Dr. Jenkins. —¿Cuál es el riesgo?

—Preeclampsia. Si no se trata, puede provocar resultados fatales, tanto para la madre como para…

—Entonces trátala, joder —escupo.

—Luna ya está tomando medicamentos para su presión arterial, pero la proteína en su muestra es motivo de preocupación. Podría ser algo tan simple como deshidratación, o podría ser…

—Ayer no bebí suficiente agua —interrumpe Luna—. Sé que eso es todo. Estaba distraída preparando la guardería y no me hidraté. Estaré mejor.

—También podría ser una señal de que sus riñones están dañados —continúa el Dr. Jenkins, hablándome directamente ahora. Él sabe que soy a quien responderá si algo sale mal con este embarazo—. Si decide ser admitida, podríamos mantenerla aquí durante unos días para asegurarnos de que los síntomas no empeoren. Si permanece estable, será liberada. Si las cosas van mal…

—¿Entonces qué? —presiona Luna.

El Dr. Jenkins ofrece una sonrisa comprensiva. —Induciríamos el parto.

Luna se pone blanca. —Son demasiado pequeños. Es demasiado pronto.

Siento el dolor familiar en mi pecho. Lo mismo que sentí cuando escuché que Mariya estaba en el hospital. Cuando Nik cayó al pavimento. Cuando mi padre tomó su último aliento en mis brazos.

No puedo perder a Luna. No lo haré.

—¿Es lo suficientemente grave como para pensar que es probable un parto prematuro? —pregunto—. ¿O estás siendo cauteloso?

Amenacé la vida del Dr. Jenkins si algo les pasaba a los bebés. Entiendo que el hombre tenga cuidado. Pero si Luna va a sentirse miserable solo porque el Dr. Jenkins me tiene miedo, eso frustra todo el propósito.

—Sería una medida de precaución —admite—. Como dije, su presión arterial ha bajado en las últimas dos semanas. Aun así, la proteína es una causa para…

—Vendrás a la casa y la verás dos veces al día —le ordeno—. Por la mañana y por la noche, la examinarás y te asegurarás de que todo esté bien. Si es necesario, pasaremos a tres veces al día. Así, Luna podrá estar cómoda en casa y, si algo cambia, lo detectaremos rápidamente.

El Dr. Jenkins no parece emocionado, pero no discute. Asiente y luego extiende el sobre. —Te veré mañana por la mañana, Luna. Hasta entonces, acá las buenas noticias.

Luna mira el sobre como si fuera a empezar a hablar. Después de que el Dr. Jenkins nos deja solos en la habitación, sigue mirándolo.

Se lo quito suavemente de las manos. —Abrirlo podría ser más efectivo que abrirle agujeros con los ojos.

—Sí. Ábrelo. Por favor —se muerde el labio inferior y cambia de un pie a otro. Sus manos frotan

círculos nerviosos sobre su barriga.

Deslizo mi dedo debajo de la solapa y empiezo a sacar los resultados. Luego, me detengo y me giro hacia Luna.

—¡Yakov, ábrelo! ¿Qué estás…?

Agarro su barbilla y fuerzo sus ojos hacia los míos. —Lo que hay aquí no significa nada para mí. Lo único que importa es que tú y nuestros hijos estén a salvo. Si *algo* cambia, por pequeño que sea, en los próximos días, me lo dirás y te llevaré rápidamente al hospital. ¿Me entiendes?

Luna aparta mi mano y se pone de puntillas. Me besa y se queda allí aun momento. Luego, sonríe. —Lo prometo. Ahora, abre ese maldito sobre.

Me río y saco las ecografías. Hay dos, cada uno de ellas claramente etiquetada con un marcador plateado.

—Bueno, tenía razón —le digo, entregándole la ecografía del Bebé A—. Niño.

No hay ninguna decepción en absoluto. El rostro de Luna se ilumina. —Un niño. Vamos a tener un niño.

—Así es —le entrego la segunda ecografía—. Pero resulta que tú también tenías razón.

—¿Una niña? —me arrebata la fotografía en blanco y negro de la mano y la sostiene en alto, mirando a nuestros bebés de un lado a otro.

Bebé A y Bebé B.

Nuestro niñito y nuestra niñita.

Los hombros de Luna comienzan a temblar y me inclino para ver su rostro. —¿Estás llorando?

Ella se ríe entre lágrimas y se limpia las mejillas con el dorso de las manos. —Estoy tan feliz. Esto es todo, Yakov. Esto es todo mi mundo ahora.

LUNA

Estoy en la mitad de la habitación, caminando de puntillas hacia la libertad, cuando las puertas dobles de nuestra improvisada biblioteca se abren.

Ofeliya se abalanza y luego se detiene, mirándome con el ceño fruncido. —¿A dónde vas?

—Al baño —respondo rápidamente. Aunque acabo de ir al baño hace quince minutos. Un hecho que Ofeliya sabe, dado que insistió en acompañarme hasta allí.

Sigo diciéndoles a todos que la proteína en mi orina no afecta mis piernas, pero parece que no me escuchan.

Ella arquea una ceja y de repente luce exactamente como una versión mayor de Mariya. —La puerta de la guardería está cerrada con llave. Incluso si sales de esta habitación y llegas allí, nunca podrás entrar.

Me quejo y me recuesto en la cama. —Solo quiero echar un vistazo. ¿Qué si elijo el color incorrecto para la pared decorativa? ¿O qué si Yakov y Mariya mezclan los cubos y pintan los techos del mismo color que las paredes y viceversa? Podría ser un desastre.

—Tus instrucciones fueron claras y Yakov es un hombre inteligente. Él sabe lo que está haciendo —dice.

—Normalmente estaría de acuerdo, pero ¿cuántas paredes ha pintado en su vida? Podría estar fuera de su alcance aquí.

Parte de mi proceso de anidación implicó ahogarme en muestras de pintura y quedarme despierta la mayor parte de la noche para diseñar una combinación de colores que incorporara a ambos bebés en el diseño. Me decidí por un azul paloma apagado para los paneles del lado izquierdo de la habitación y un rosa polvoriento para el derecho con un color nude en las paredes restantes y el techo.

Luego propuse contratar algunos pintores y Yakov se convirtió en un cavernícola territorial. Se le erizaron los pelos de punta ante la sola idea de que extraños que no conocíamos entraran por la puerta principal.

Quedó claro que las opciones eran dejar que él y Mariya pintaran o dejar la habitación blanca.

—La última vez que revisé… una —dice Ofeliya.

—¿Solo se ha hecho una pared? ¡Han estado allí durante horas!

La madre de Yakov me cubre con el edredón y coloca una taza de té en la mesita de noche. —Esta es una receta de mi madre. Té negro descafeinado aromatizado con un poco de naranja, un poco de limón, un chorrito de vainilla y un poco de canela. Es mucho mejor para ti que todo ese café.

Si tan solo supiera que mi café helado está en el vaso a quince centímetros de distancia.

—Gracias por eso. Suena rico. Quizá lo beba mientras subo las escaleras solo para echar un vistazo y…

—No —interrumpe—. Los vapores de la pintura no son seguros para ti.

—Solo echaré un vistazo y…

—Te quedarás aquí y esperarás cuarenta y ocho horas completas —me envuelve con la manta, sellándome en la cama como una tumba—. Necesitas descansar, de todos modos. Ya escuchaste lo que dijo el Dr. Jenkins esta mañana. Necesitas mantenerte fuera de pie tanto como sea posible.

Oh, lo escuché alto y claro. Y Yakov también. Intenté darme una ducha después de que el Dr. Jenkins se fue y Yakov me llevó físicamente al baño y en su lugar me preparó la bañera.

Honestamente, ni siquiera me importó. Al menos cuando él estaba cerca y era absurdamente protector, tenía alguien con quien hablar. Ahora está ocupado y su madre me atiborra de libros, televisión y té, pero estoy aburrida hasta el punto de llorar.

Ofeliya está a punto de dejarse caer en la silla junto a mi cama para lo que seguramente será otra emocionante hora de programas de juegos cuando de repente digo—: Creo que me acostaré y tomaré una siesta. Me siento un poco cansada.

—Buena idea —apaga la lámpara al lado de la cama y cierra las cortinas—. Descansa y yo comprobaré que Yakov y Mariya sigan tu diseño para la guardería. No te preocupes por nada, Luna. Me aseguraré de que no flojeen en el trabajo.

Bien, pienso. *Que los ataque a ellos y mira si les gusta.*

Ofeliya no es tan mala, la verdad. Mariya dijo que me volvería loca a la semana de vivir con ella, pero, en todo caso, me he acostumbrado. Ser autoritaria es su forma de mostrar amor. Es mejor que el silencio que recibo de mi propia madre.

Aun así, es mejor si Ofeliya reparte su amor entre todos en la casa de manera uniforme.

Mientras ella no está, puedo encontrar interacción social en otros lugares. Tan pronto como se cierra la puerta, vuelvo a encender la lámpara y saco mi teléfono del cajón de la mesita de noche. Marco el número de Kayla de memoria.

—¿Luna? —responde Kayla. Suena sin aliento—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿No debería estarlo? —mi corazón se aprieta—. ¿*Tú* estás bien?

¿Iría alguna vez la Bratva Gustev tras Kayla? No lo creo, pero ¿por qué más Kayla estaría en problemas?

—¿Yo? —pregunta como si pudiera haber un tercero en la línea—. Estoy bien. ¿Por qué no lo estaría?

Me río de puro alivio. —No sé. ¿Por qué *yo* no estaría bien? Tú eres quien respondió presa del pánico.

—Ah —deja escapar un suspiro—. Hace mucho que no sé nada de ti. Cuando vi tu nombre, supuse que algo andaba mal.

—No ha pasado tanto tiempo. Te mandé un mensaje de texto… —intento recordar cuánto tiempo ha pasado desde que hablé con Kayla.

—Hace dos semanas —dice, como si tuviera los recibos frente a ella—. Y no he escuchado tu voz en más de un mes.

—¿En serio? —ni siquiera puedo contar los días en mi cabeza. Los últimos seis meses han sido borrosos. La única forma en que puedo saber que el tiempo pasa es porque mi panza sigue creciendo.

—¿Necesitabas algo? —pregunta Kayla secamente.

Tanto para una charla edificante con mi mejor amiga. Supongo que llegué al lugar equivocado.

—Sí. Quería hablar contigo.

—¿Solo para charlar?

Reprimo un gruñido. —Sí. Solo para charlar. Sé que he estado ocupada, pero no es que ya no seamos amigas.

—Bueno… —la voz de Kayla se apaga.

—¿Bueno qué? —presiono—. ¿No somos amigas?

—Te amo, Lun, pero nunca sé de ti. Es difícil ser amiga de alguien que apenas está en tu vida —suspira—. Lo entiendo. Tienes muchas cosas que hacer y las cosas no son seguras, pero… Bueno, no puedo sentarme y esperar a que decidas que me quieres en tu vida. O estoy dentro o estoy fuera.

—¡Estás dentro! Obviamente estás dentro.

—¿Lo estoy? —pregunta—. Porque solía verte todo el tiempo. Ahora te he visto dos veces en seis meses. He hablado contigo seis veces, *si acaso*. Eres como un fantasma.

Quiero discutir, pero no se equivoca. Ni siquiera puedo enojarme con ella por sentirse así. Yo también la echo de menos. Por eso llamé.

—Quiero decirte que a partir de ahora todo mejorará, pero no puedo —admito—. Las cosas son complicadas y no estoy segura de cuándo se solucionará todo. Pero, cuando eso suceda, me verás tanto que te cansarás de mí.

—No es posible —murmura.

—Créeme, rogarás por un tiempo separadas. Especialmente, porque estaré con dos bebés a

cuestas y obstaculizaré tu estilo sin hijos.

Hay un momento de silencio antes de que Kayla responda. —No puedo esperar para aplastar sus caritas. Compré gorros tejidos para recién nacidos a juego en una feria de artesanía el fin de semana pasado. Tuve que regatear con el vendedor porque el precio de estos sombreritos diminutos era exorbitante, pero son muy lindos.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Incluso cuando Kayla estaba molesta y cuestionaba nuestra amistad, compró un regalo para mis bebés. Ella todavía estaba pensando en mí. Seguía planeando un futuro en el que seamos amigas.

—Suenan adorables.

—Lo son. Y los guantes a juego tienen pequeñas garras de oso en las palmas.

—¿Guantes a juego? —me río—. Pensé que eran solo sombreros.

—Es posible que les haya comprado a cada uno un conjunto de punto completo. Y es posible que también tenga planes para una sesión de fotos de otoño. Sé que es un poco trillado que los mellizos usen ropa a juego todo el tiempo, como esas niñas espeluznantes de *El Resplandor*, pero quiero decir, vamos… ¿cómo podría no hacerlo?

No podría borrar la sonrisa de mi cara, aunque quisiera. —Bueno, todo eso suena genial. Especialmente porque no necesito preocuparme de que sean como las niñas de *El Resplandor*. Un hermano y una hermana que combinen no serán tan espeluznantes.

Kayla jadea. —¡¿Qué?! ¿Lo averiguaste? ¿Vas a tener un niño y una niña?

—Nos acabamos de enterar ayer.

Ella chilla. —¡Luna, eso es increíble! No puedo esperar para conocerlos. Voy a colgar y comprarles mucha ropa linda.

—Estoy segura de que a Yakov le encantará. Las cosas que pedí han empezado a llegar y él ya cree que he perdido la cabeza.

—Él también puede pensar que he perdido la cabeza. No me importa. Como si no tuvieras suficiente espacio en esa mansión para algo de ropa de bebé —resopla. Hay un momento antes de que ella pregunte—: ¿Está Yakov emocionado?

—Nunca lo vi tan feliz —le digo con sinceridad—. Va a ser un muy buen papá.

Kayla se queda en silencio por un segundo. Estoy segura de que ella no me cree, pero es solo porque no lo conoce. Una vez que lo haga, verá que tengo razón. —Eso es genial, Lun. Espero que tú también estés feliz. Te mereces tanto.

—Lo estoy, Kay. Realmente. Estoy… —trago el nudo que tengo en la garganta—. Estoy más feliz que nunca.

—Si eso es cierto, entonces también me alegro por ti. Lo único que quiero es que seas feliz.

Es cierto. Cada palabra. Incluso después de haber sido secuestrada, encerrada, casi asesinada y ahora embarazada, no cambiaría nada.

Yakov lo vale todo.



ME DESPIERTO cuando Yakov se mete en la cama. Me acerco más a él, acariciando mi rostro con el aroma amaderado de su cuello. —¿Qué hora es? —susurro.

—Tarde —besa la parte superior de mi cabeza.

—No te he visto en todo el día.

—Mariya y yo queríamos terminar de pintar. Tomó más tiempo de lo que esperaba.

—¿Está listo? —levanto la cabeza—. ¿Puedo verlo?

Me mira con firmeza y levanta dos dedos.

Me quejo. —¿Cuarenta y ocho horas para echar un vistazo a la habitación? Tú y tu madre dirigen un campo de prisioneros, lo juro.

—Si mi madre no te ha vuelto lo suficientemente loca, podrías llamar a tu mamá.

—¿Crees que debería? —pregunto.

Se encoge de hombros. —Será su abuela. Lo entendería si quisieras tenerla cerca.

Estar cerca de la familia de Yakov ha sido agradable, pero siempre me provoca un hematoma que ni siquiera sabía que tenía. Mi familia nunca ha sido tan unida como la suya. Mi madre no me adula y a mi hermano nunca le ha importado mucho lo que está pasando en mi vida. Le envié un mensaje de texto diciendo que estaba embarazada hace unos meses y nunca respondió.

—La quiero cerca, pero también quiero que sea diferente —le explico—. Quiero que ella *quiera* estar aquí.

—¿No crees que lo quiere?

Me encojo de hombros. —No lo parece. No he sabido nada de ella desde hace meses. Y cuando lo hice, fue solo porque *yo* le envié un mensaje de texto *a ella*. Si ella realmente quisiera ser parte de mi vida, tal vez me importaría más que ella fuera parte de la vida de nuestros hijos. Pero tal como está…

—No tiene idea de lo que se está perdiendo —finaliza. Yakov se apoya en un codo y me mira. La línea cincelada de su mandíbula es aún más evidente en el cuarto oscuro.

Extiendo la mano y acaricio con el dedo su pómulo. —¿Cómo es que sigues luciendo así mientras yo luzco así? —toco mi bulto entre nosotros.

—Te ves preciosa.

Resoplo. —Me siento como una ballena. Incluso mis calcetines están demasiado apretados ahora. Tengo miedo de que me vayan a cortar la circulación.

Yakov me toca la barriga y luego pasa la mano por mi cadera y por mi muslo, dejando un rastro

de fuego a su paso. —¿Necesito demostrarte exactamente lo atractiva que te encuentro? Porque lo haré. Estoy muy cansado de pintar todo el día, pero haré ese sacrificio si eso te hace sentir mejor.

El calor se acumula entre mis piernas, pero le doy unas palmaditas suaves en el pecho. —Por más bonito que parezca, está bien. Solo siento un poco de nostalgia.

—Esta es tu casa ahora, *solnyshka*.

—Lo sé. Lo es —concuerdo—. No siento nostalgia de un lugar, pero… ¿de una persona, tal vez? ¿De personas? ¿Eso siquiera existe? Llamé a Kayla para contarle sobre los bebés y me di cuenta de lo mucho que había cambiado mi vida en tan poco tiempo. A veces extraño quién era antes.

Su rostro es ilegible y me apresuro a explicarme.

—Nunca podría arrepentirme de ti ni de nuestros bebés, pero me arrancaron de mi vida sin ninguna posibilidad de cierre. Un día estaba allí y al siguiente ya no estaba. Es difícil decir adiós cuando de repente suceden cosas así.

La mandíbula de Yakov se aprieta. —Sé cómo se siente.

—Tu papá —respiro—. Claro que sabes cómo es eso. Ni siquiera estaba pensando.

—No me di cuenta de que eso era lo que te había hecho.

Me pongo de costado y apoyo mi mano en su mejilla. —No lo hiciste, Yakov. Por favor, nunca pienses que conocerte y venir aquí fue una tragedia. No lo fue. Es lo mejor que me ha pasado jamás.

Su frente está arrugada y estiro mi pulgar hacia arriba para suavizarlo.

—Hablo en serio —le digo—. Te elijo a ti por encima de todo. Cada vez. Sin arrepentimientos.

Sus ojos verdes son feroces mientras asiente. —Te creo. Pero un día te daré el cierre que necesitas. Pronto todo esto terminará y tendrás la libertad que solías tener. No serás una prisionera en tu propia casa y podrás ver a tus amigos tantas veces como quieras —su pulgar acaricia mi mejilla—. Pero primero necesito asegurarme de que estés a salvo. Tú y nuestros bebés son lo único que me importa. No puedo perderte.

—No lo harás.

Su boca se inclina hacia una pequeña sonrisa. —Te amo, *solnyshka*.

—Yo también te amo, Yakov.

Yakov me atrae contra su pecho y cierro los ojos.

Sé que Yakov está haciendo todo lo que puede para proteger a nuestra familia. Yo confío en él. Simplemente no puedo evitar preguntarme si alguna vez será suficiente. ¿Estaremos alguna vez a salvo fuera de los muros de esta mansión?

Y, si no lo estamos, ¿podré quedarme escondida dentro para siempre?

YAKOV

Si el infierno existe, está lleno de muebles desmontados.

Llevo dos horas sentado en el suelo de la guardería, encorvado sobre las instrucciones de una cómoda infantil. *Solo hay tres cajones. ¿Qué tan difícil puede ser?* Las asas son pompones multicolores, por el amor de Dios.

Pero debajo del volante también se encuentran cien tornillos individuales. Debería contratar a quien haya diseñado esta maldita cosa. Es una clase magistral sobre tortura.

—Derribaré una pared y construiré un maldito armario —espeto, arrugando las instrucciones—. Eso será más fácil que esto.

Estoy a punto de levantarme y buscar un mazo. Luego, recuerdo la cara de Luna cuando llegó el paquete. La forma en que se iluminó explicándome que tenía canastitas que cabían dentro de los cajones para organizar sus mamelucos, patucos y cualquier otra cosa que los bebés necesiten.

Tiene planes para esta cómoda. Esperanzas.

Gruñendo, tomo las instrucciones arrugadas y las aliso en mi regazo justo cuando suena mi teléfono.

Coloco mi teléfono entre mi barbilla y mi hombro mientras lucho con el papel fino. —¿Qué?

—Es bueno saber de ti también, amigo mío.

La voz me detiene en seco. Me levanto y miro hacia la puerta y la ventana como si fuera a aparecer en cualquier momento. —¿Por qué me llamas, Pavel?

—Quiero reunirme contigo.

Suelto una carcajada. —¿Quieres que me espose de antemano? O tal vez te ahorraré el problema y me pondré una pistola en la boca.

—Quiero que sea civilizado —dice Pavel—. Solo dos *pakhans* ocupándose de negocios.

—Cualquier asunto que necesites discutir, puedes hacerlo por teléfono.

—No tengas tanto miedo, Yakov. No te haré daño.

—Soy inteligente, no tengo miedo —respondo—. Lo suficientemente inteligente como para no

caer en una trampa mortal con un pequeño golpe a mi orgullo. Di lo que necesites decir antes de que cuelgue.

Pavel suspira. —Quiero una tregua.

—Por supuesto que sí. Porque estoy ganando.

—¿Crees que me importan un par de clubes?

—Tú eres el que me llama y me pide una tregua —le recuerdo—. Ese es el acto de alguien que sabe que está perdiendo.

—¿Perder qué? ¿Sabes por qué estamos peleando, Yakov? Porque yo no. Esta no es nuestra lucha. Nunca lo fue.

—Dicho como un hombre sin otras opciones. Si tuvieras una salida, no estarías pidiendo una tregua.

Lo tenemos exactamente donde lo queremos. Si Pavel hubiera hecho este truco de humildad hace un par de meses, las cosas serían diferentes.

—Tengo una salida. Muchísimas. Pero estoy tratando de tomar el camino con el menor derramamiento de sangre. Si no cambiamos de rumbo, muchos hombres buenos morirán.

—No te hagas el noble ahora —gruño—. No después de que irrumpiste en mi mansión y amenazaste a mi prometida. Cualquier derrame de sangre innecesario recaerá en tus manos, no en las mías. Iba a dejarte escabullirte y seguir con el maltrecho nombre de tu familia, pero no pudiste dejarlo ir. No sabes cuándo mantener la cabeza gacha.

—Acababas de matar a mi hermano. Estaba de luto. ¿No existe algún tipo de ventana para ese tipo de cosas?

—Esa ventana se cerró de golpe en el momento en que tomaste esa foto de Luna. No tomo con agrado las amenazas contra mi familia.

—¿Qué hay de las promesas de seguridad? —pide—. Si prometo nunca tocar a otro miembro de la Bratva Kulikov sin provocaciones, ¿estarías de acuerdo en hacer lo mismo con la Bratva Gustev?

Joder, no. Nunca. No cuando sé de qué es capaz Pavel.

—¿Basado en qué? ¿Tu palabra?

—Es todo lo que tengo —dice Pavel.

—Y a estas alturas es una basura, ¿no crees?

—Nunca te hice ninguna promesa, Yakov. Hasta este punto, has tratado con mi padre o mi hermano. Vi cómo les resultó ir en contra de ti. No tengo ningún interés en seguir sus pasos. De todos modos, nunca quise nada de esto. Ni siquiera pensé que estaría en esta posición. No pensé que Akim pudiera… pensé que lideraría hasta que ambos estuviéramos muertos. Pero aquí estoy —suspira, sonando décadas mayor—. Soy el único miembro de mi familia que queda y quiero emprender un nuevo camino. Quiero elegir la paz.

Jodidas patrañas.

Es una bonita historia la que Pavel cuenta aquí. Si tuviera el menor indicio de que una palabra de esto fuera cierta, lo consideraría. Quiero paz. No me importa Pavel.

Pero me importa mi familia.

Pavel quiere que retroceda para poder levantarse cuando menos lo espere. Quiere que baje la guardia para poder atacar. Pero no daré marcha atrás hasta que Pavel esté muerto. No dejaré de luchar hasta que toda la Bratva Gustev sea desmantelada de arriba a abajo, para no volver a levantarse nunca más.

Voy a destruirlos y esparcir las cenizas al viento.



NIK ESTÁ RODANDO de un lado a otro por la habitación. Mi teléfono está sobre el escritorio entre nosotros.

—Él quiere la paz de la misma manera que yo quiero estrechar su la mano —la voz de Dima crepita por el altavoz. Donde quiera que esté su señal, es una mierda.

Nik frunce el ceño. —¿Supongo que eso significa que no quieres estrechar su mano?

—No, a menos que lo esté sacudiendo para asegurarme de que ese cabrón esté muerto —gruñe Dima.

—Entonces estamos de acuerdo sobre la tregua —digo—. Excelente.

—¿Qué le dijiste cuando te lo sugirió? —pregunta.

—Estuve de acuerdo. Le dije que quería un nuevo comienzo. Lo que no le dije es que mi nuevo comienzo implica que toda la Bratva Gustev sea borrada del mapa.

—Y *su* nuevo comienzo implica *tu* destrucción —señala Dima—. No hay manera de que ese pequeño mocoso busque una tregua. Está intentando que bajes la guardia.

—Es lo suficientemente joven como para pensar que puede simplemente llamarme y negociar la paz, pero probablemente tengas razón —suspiro.

Nik está mirando su teléfono. Luego, lo gira para que pueda ver. —Quien baja la guardia pierde la guerra. No parece que Pavel esté bajando la guardia.

Toco la pantalla para ampliar la imagen. Es de un número desconocido. La foto está borrosa, como si hubiera sido tomada a través de una ventana sucia, pero puedo ver a Pavel parado frente a un grupo de hombres. Están en un rincón solo y oscuro de alguna habitación.

—¿Cuándo se tomó esa foto?

—¿Qué foto? —pregunta Dima desde el otro lado de la línea.

—Es una foto de Pavel reuniéndose con su círculo íntimo —explica Nik—. Una fuente me lo

acaba de enviar. Tiene la fecha y hora de hace cinco minutos.

—¿Ubicación? —exige Dima.

—Un almacén en el centro. Allí organizan juegos de póquer clandestinos. Mierda de alto riesgo. Los oligarcas pierden el tiempo apareciendo, así que es mucho dinero. Recibí un aviso al respecto y lo he estado observando por un tiempo, pero…

—Lo estoy observando ahora mismo —interrumpe Dima.

Nik y yo nos miramos.

—¿Estás allí ahora mismo? —pregunto.

Él tararea en confirmación. —Estoy apostado afuera. He estado viendo cómo entran los autos toda la mañana. Al parecer, recibí el mismo consejo que Nikandr. Tenía algo de tiempo libre así que decidí hacer un poco de vigilancia. Pensé que sería un buen próximo objetivo.

—Y ahora sabemos que Pavel está dentro —miro a mi hermano mientras rueda hacia atrás sobre sus ruedas. Está haciendo equilibrio en la silla mientras espero que entienda lo que estoy sugiriendo.

De repente, la silla de ruedas de Nik cae al suelo, con los ojos muy abiertos. —No podemos organizar un ataque como este ahora mismo. No hay suficiente tiempo.

—Esta podría ser nuestra única oportunidad.

—Podría volver a pasar a la clandestinidad si no atacamos —coincide Dima—. Incluso ahora es pura suerte que Pavel esté dentro. Nunca lo vi entrar. No tengo idea de cómo llegó allí.

Quizás haya estado durmiendo allí. Tendría sentido que nadie lo haya visto en la finca Gustev. Está tumbado, durmiendo en algún almacén vacío como la rata que es.

—Si queremos que esto termine, podría ser nuestra mejor oportunidad en mucho tiempo.

Los labios de Nik se juntan. Él sabe que haré esto con o sin su aprobación. Aun así, me gustaría que estuviera de acuerdo. No puede entrar al edificio como sé que quiere, pero puede quedarse aquí y ser nuestros ojos. Él puede apoyarme en todo lo que pueda.

—Vale—cede Nik—. Pero si vamos a implementar este plan, también podríamos hacerlo a lo grande. Deberíamos dividir las fuerzas restantes y acabar con el último club de Pavel al otro lado de la ciudad. Con este golpe estás declarando la guerra. Quieres eliminar a tantos hombres como puedas para obstaculizar su contraataque.

—Tiene sentido para mí. Enviaré a mis hombres allí ahora mismo —dice Dima.

Asiento. —Dima y yo iremos al almacén por Pavel. Todos los demás atacaran el club. Él no lo verá venir. No tan pronto después de nuestra tregua.

—Me quedaré aquí y coordinaré la información —Nik intenta sonar alegre, pero sé que le devora por dentro no poder acompañarme.

Egoístamente, me alegro de que no pueda. Casi lo pierdo una vez; no estoy listo para hacerlo de nuevo. Además, saber que está en la casa con Luna y Mariya me quita un peso de encima.

Agarro mi teléfono y hablo directamente con Dima. —No te muevas hasta que yo esté allí. ¿Entendido?

—Entendido. No me moveré, a menos que crea que Pavel se está escapando.

—Ni siquiera entonces. Si intentas acabar con él por tu cuenta, podrías morir.

—Entonces, muero —reflexiona—. Que así sea.

Una vez más, me pregunto qué carajo le hizo Pavel a Dima para justificar este tipo de odio eterno, pero no me corresponde preguntar. Mientras Dima esté de mi lado, nada más importa.

—Intenta no morir y estaré allí en una hora —cuelgo y me giro hacia Nik—. Voy a buscar a Isay y entregarle el plan en persona. No quiero correr el riesgo de una fuga.

Nikandr asiente, pero su mirada está desenfocada. Está sumido en sus pensamientos. De repente, se vuelve hacia mí. —Cuida tu espalda, Yakov.

—Dima no ha sido más que fiel.

—Hasta ahora —coincide—. Pero las cosas podrían cambiar. Especialmente, a medida que te acercas a eliminar a Pavel.

—Puedo manejar a Dima.

—Te creo… siempre y cuando permanezcas en alerta. No estaré allí para cuidarte las espaldas, así que tendrás que hacerlo tú mismo. No confíes en él. No confíes en nadie.

Lo alcanzo y tomo su mano, inclinándome para darle una palmadita en la espalda. —Confío en ti, hermano. Tienes mi palabra.

Nik me da una palmada en la espalda una vez. Entonces, me voy.

Tengo una rata que matar.

YAKOV

La tráquea del soldado Gustev cruje bajo mi agarre. Tiene espasmos, se ahoga en busca del aire que nunca obtendrá. Aguanto hasta que se da cuenta, luego lo suelto y se hunde en el suelo en un charco de sangre ajena.

Dima corta con su cuchillo el cuello de otro hombre a solo tres metros de distancia.

—¿Dónde carajo está, Dima? —rujo.

Mi voz resuena en los altos techos del almacén. Hace quince minutos, Dima no habría podido oírme entre los gritos y los disparos. Ahora, la habitación está casi en silencio, salvo por el sonido de botas chapoteando sobre la sangre.

—Él está aquí —jadea Dima, casi para sí mismo. Está atravesando la habitación, volteando cuerpos para ver sus rostros—. Tiene que estar aquí.

Un hombre detrás de mí gime. Sin mirar, disparo un solo tiro para silenciarlo.

Sin supervivientes. Es lo que me dije cuando Dima y yo derribamos las puertas a patadas y asaltamos el edificio. Esta disputa entre mi familia y la Bratva Gustev termina hoy. No quedará nadie para recoger el manto. No quedará nadie para vengar a nadie.

Un nuevo comienzo.

Pero Pavel no está aquí. Lo sé.

Nos abrimos paso a través del edificio, derribando a los soldados desprevenidos de Pavel, pero el propio Pavel nunca aparece.

Él no está aquí. Quizás nunca lo estuvo.

Kuzma y Savva salen de una habitación trasera. El cabello de Kuzma está enmarañado de sangre, y Savva lleva a un hombre inerte del brazo.

—¿Hay algo? —lo llamo.

—Este tío tiene alguna información. Repite lo que le dijiste a… —Savva mira al hombre inerte y gime disgustado. Luego, lo deja caer al suelo—. Murió, joder.

—¿Qué dijo antes de eso? —ladro.

—Dijo que Pavel nunca estuvo aquí —Kuzma patea la pierna del muerto—. Dijo que les ordenaron venir esta mañana para una reunión con algunos tenientes de nivel inferior.

Me giro para mirar a Dima, que escucha con atención letal. —Vi la foto de Pavel y sus hombres. Nik te la mostró. *Estaban aquí.*

—Era solo una foto. Podría haber sido falsificada. Quizás nos equivocamos con la ubicación. Tal vez…

—Tal vez tu hermano no tiene los jodidos hechos claros —sisea Dima—. Tal vez Nikandr tiene que renunciar y…

Las palabras mueren en su garganta cuando cierro la brecha entre nosotros y presiono mi arma contra su sien. —Sigue hablando y estarás muerto antes de que termines esa frase.

Dima gruñe, pero levanta las manos en una pequeña rendición. —Estoy tan enojado como tú, Yakov. Se suponía que debía estar aquí.

—Y mi hermano no tiene nada que ver con que él no esté aquí.

—Nik es un buen hombre —admite Dima entre dientes—. No lo dije en serio.

Lentamente, bajo mi arma. —Si vuelves a cuestionar a mi hermano, será lo último que hagas.

Él inclina la cabeza en señal de respeto. —Eres un buen hermano, Yakov.

Ignoro el cumplido y doy un paso atrás. —Tú eras el que patrullaba, Dima. Si Pavel escapó, sería culpa tuya.

—Si Pavel estuviera aquí, estaría muerto en alguna parte del suelo. Tenía ojos en cada rincón de este maldito almacén. No escapó —insiste. Se da vuelta y examina las paredes, como si esperara ver a Pavel escalándolas—. Simplemente nunca estuvo aquí.

Suena el teléfono de Dima y él contesta. Cada palabra que sale de su boca está recortada. Cuelga menos de un minuto después.

—Nuestros hombres tomaron la casa club —dice, lo suficientemente alto como para que toda la sala pueda oírlo—. Algunos de los hombres de Pavel escaparon, pero la mayoría están muertos.

—¿No está Pavel?

Dima aprieta la mandíbula. —No. No está Pavel. Pero tomamos la casa club. Los números de Pavel están diezmados.

—Pero Pavel está vivo.

Un fracaso. Un puto fracaso. Toda esta misión es un desperdicio.

Pavel ya sabe que Dima y yo estamos trabajando juntos. Cualquier ventaja que tuviéramos, se ha ido.

—Está vivo y tiene muchos menos guardias que lo protejan —responde Dima.

—No importa cuántos de sus hombres se hayan muerto si Pavel todavía está vivo. —señalo los

cuerpos amontonados a nuestro alrededor—. Pavel está dispuesto a sacrificar a estos hombres. A él no le importan una mierda. *Él no los necesita.*

Dima frunce el ceño. —No puede liderar sin apoyo.

—Él no quiere liderar —el aire huele a podredumbre y a hierro. La sangre se filtra en mi zapato, chapoteando debajo de mi calcetín—. Él quiere venganza. Y lo hemos hecho aún más personal.

LUNA

—¿Quieres ver algo? —pregunto, ofreciéndole el control remoto a Yakov.

Lo rechaza con un gesto. —No me molesta el silencio.

Serías el único.

Nunca pensé que tener a Yakov en casa sería algo malo, pero no soporto la tensión. Cada vez que se abre la puerta de nuestro dormitorio, se sobresalta. Dice que no le importa el silencio, pero no confío en él hasta donde pueda. Yakov se vuelve hacia cada pequeño sonido, por insignificante que sea. Puertas de autos cerrándose de golpe, bisagras chirrían, pasos en el pasillo… todo exige toda su atención. Y no hay descanso para él. Sé que no está durmiendo. Los círculos oscuros bajo sus ojos lo demuestran.

Ha sido así desde que llegó a casa hace unos días. Entró por la puerta sin zapatos ni calcetines, pero el dobladillo de sus pantalones estaba manchado de oscuro.

Sangre. Tal vez mis sentidos se hayan intensificado debido al embarazo, pero pude olerla en él como si fueran monedas viejas.

Intenté preguntarle qué pasó, pero no quiso hablar. Lo respeté. En parte porque estaba demasiado cansada para discutir. No es el único que no ha dormido bien.

Entre nuevas pesadillas y el regreso de las náuseas, no consigo descansar.

Se oye un golpe suave en nuestra puerta y Yakov se sienta erguido en la cama. Su mano está cerrada en un puño a su costado, una pierna echada sobre el costado de la cama, como si estuviera listo para saltar a la acción.

Luego se abre la puerta y aparece Hope con una bandeja con la cena. —Cena —chilla—. Le traje algo de comer a Luna. También puedo traerle una bandeja, Sr. Kulikov, si está…

—Estoy bien —dice, recostándose en la cama. Pero no puede obligarse a relajarse por completo. Su espalda todavía está rígida, sus manos apretadas sobre el edredón.

Hope asiente y camina alrededor de la cama con mi bandeja.

El plato principal está cubierto con una tapa plateada, pero ya puedo olerlo. Ajo y mantequilla. Una pequeña inhalación y es como si alguien me metiera albahaca seca en la nariz.

Mi estómago se revuelve y trato de respirar por la boca. *Si no lo huelo, estaré bien.*

Esta táctica no funcionó con el almuerzo. Tomé una bocanada y corrí al baño para vomitar. Pero funcionará ahora. Soy dueña de mi propio cuerpo. Puedo controlarme.

Hope deja la bandeja en la mesa al lado de mi cama y luego la gira sobre mi regazo. Levanta la tapa y deja al descubierto mi pollo y pasta.

El vapor sube, haciendo que mi piel ya húmeda se vuelva aún más pegajosa. Fuerzo que el aire salga de mi boca, pero no puedo evitar los olores que flotan frente a mí.

Mi estómago se revuelve. La saliva se acumula en el fondo de mi garganta. Mi cuerpo se aprieta, listo para expulsar cada pedacito de la nada que he comido hoy.

—Aquí tienes un poco de agua —dice Hope, sirviéndome un vaso de una jarra—. Ofeliya tiene más té preparado para ti. Una vez que se enfríe, lo traeré y…

Antes de que la pobre Hope pueda terminar, aparto la bandeja de mi mesa y me acerco al borde de la cama.

Yakov llega antes de que mis pies puedan siquiera tocar el suelo. —¿Qué pasa?

—Vómito —jadeo.

Al instante, me levanta y me lleva al baño. Me sostiene los brazos con manos fuertes y me baja al suelo de baldosas mientras yo vomito una y otra vez en el inodoro.

No surge nada. No hay nada que *pueda* surgir. No he comido en todo el día. Probablemente Hope se ha dado cuenta, pero no sé si ya le habrá dicho algo a Ofeliya o a Yakov.

Yakov me sujeta el cabello hacia atrás y me acaricia la espalda con la mano. —¿Estás enferma?

—Estoy bien. Son solo náuseas. Normal.

¿Lo es? ¿Debería seguir enfermándome a estas alturas del embarazo?

—Saca la comida de aquí, Hope —llama Yakov a través de la puerta del baño. Luego, toma una toallita y me limpia la cara con agua tibia. Me ayuda a cepillarme los dientes y enjuagarme la boca.

—Puedo cepillarme mis propios dientes —digo suavemente.

—Pero no tienes que hacerlo —hace eco de algo similar que le dije hace meses.

Así que dejo que me ayude. Por primera vez en unos días, Yakov parece tranquilo. Ayudarme le da un lugar para depositar toda la energía nerviosa que lo ha estado consumiendo.

Me limpia y luego me lleva a la puerta del baño. Me suelta para poder abrirme la puerta. Y, mientras lo hace, percibo movimiento en el dormitorio.

Es rápido. Un destello de color. Apenas alcanzo a registrarlo. Ciertamente no es suficiente para hacerme reflexionar.

Entro por la puerta y entro a nuestro dormitorio justo cuando Yakov me empuja *con fuerza*.

Y estallan los disparos.

Me dejo caer sobre manos y rodillas, sosteniéndome antes de caer sobre mi estómago. Podrían ser tres disparos. Quizás más. Suenan en mis oídos mientras trato de entender lo que está pasando.

—¿Quién carajo eres? —ruge Yakov.

Suena otro disparo y grito. Me tapo la boca con una mano. No quiero distraer a Yakov. No quiero que se preocupe por mí. No cuando está luchando por su propia vida.

Un hombre está parado cerca de las puertas dobles. Levanta el brazo para disparar de nuevo, pero Yakov le patea la mano. El arma se le escapa y se estrella contra la pared, disparando de nuevo antes de tocar el suelo.

El hombre se lanza hacia el arma, pero Yakov se le adelanta. Se pone de pie, apuntando al intruso con su arma. —¿Quién carajo eres?

El hombre mira desde el arma hasta la puerta.

—No pierdas el tiempo —gruñe Yakov—. No te irás. Pero eso ya lo sabías, ¿no? Sabías en el momento en que pusiste un pie en mi propiedad que no saldrías con vida.

¿Quién aceptaría una misión como esa? ¿Quién moriría solo para intentar matarme? No tiene sentido.

Yakov baja lentamente el arma a la cómoda detrás de él. —Pero, si respondes a mis preguntas, es posible que te deje vivir.

¡Recoge el arma! Quiero gritar. *¡Mátalo!*

—Sí, claro —resopla el hombre.

Luego se lanza. Intenta llegar a la puerta, pero Yakov lo agarra del brazo. Hábilmente, hace girar al hombre para que quede frente a la cama. Yakov gira su brazo hacia atrás y hacia arriba.

El hombre está a solo unos metros de mí. Parece más joven de lo que esperaría que pareciera un asesino. No puede tener más de veinticinco años, lleva el cabello rapado y un tatuaje detrás de la oreja.

Me mira a los ojos por un segundo antes de que su rostro se arrugue de dolor.

Yakov levanta el brazo y un chasquido repugnante resuena por toda la habitación.

—¡Joder! —el hombre gime, hundiéndose.

—Dime quién eres y cómo entraste en mi casa —ladra Yakov—. ¡Ahora!

¿Dónde está Nik? ¿O Isay? ¿Kuzma? ¿Savva? ¿Por qué nadie viene a ayudar?

Considero correr en busca de ayuda, pero no quiero distraer a Yakov. Tampoco quiero dejarlo solo con este intruso. Sé que no hay nada que pueda hacer para luchar contra el hombre, pero aun así no puedo irme. No cuando Yakov está en peligro.

—Trabajo para Pavel —dice el hombre. Jadea por el dolor—. Pavel me envió. *Para matarla.*

Sus ojos se encuentran con los míos nuevamente y son oscuros. Un negro profundo que nunca antes había visto. Me mira como si ni siquiera fuera humana.

Yakov lo aparta de mí, girándolo de nuevo para que su cara quede aplastada contra la pared. —Dime cómo entraste.

—No —tose el hombre.

—Dime cómo entraste o morirás ahora —gruñe Yakov—. Dímelo ahora o todos los miembros de tu familia estarán muertos antes de que tu cuerpo se enfríe.

El hombre gira la cara lo suficiente como para que pueda ver la esquina de su sonrisa sangrienta. —¿Qué familia?

No tiene a nadie. Igual que Pavel. El hombre no tiene familia, por lo que no tiene nada que perder.

Yakov también lo ve. Sabe que no hay otra opción.

Antes de que pueda apartar la mirada o taparme los oídos, Yakov agarra la cabeza del hombre y la gira. Su columna se rompe con un sonido sordo y húmedo. Luego cae al suelo.

Su cuerpo todavía se está acomodando en la alfombra cuando Yakov me agarra las manos y me pone de pie. Me lleva más allá del cuerpo del hombre, protegiéndolo de mi vista, y me lleva al pasillo. Mientras avanzamos, grita órdenes a algunos de sus hombres que corren por el pasillo hacia nuestra habitación. Se apresuran a ocuparse del cuerpo, pero la atención de Yakov permanece fija en mí. Me lleva a la sala de estar de al lado y me sienta en el sofá.

La habitación está en silencio en comparación con el caos de los últimos minutos. Por una vez, estoy de acuerdo con este silencio.

Yakov coloca sus manos a ambos lados de mi cara y gira mi cabeza de lado a lado para inspeccionarme. —¿Estás herida? ¿Estás bien?

—Yo estoy bien, Yakov. Yo… ¿tú estás bien?

—Estoy bien.

Tan pronto como sé que está bien, la realidad de todo me invade. La enormidad de lo que acaba de pasar me golpea como un puñetazo en el pecho. Respiro hondo… y empiezo a llorar.

Las lágrimas corren por mi rostro. Entierro mi cara en el pecho de Yakov y empapo su camisa.

—Todo está bien —dice Yakov una y otra vez—. Estás a salvo. Voy a mantenerte a salvo.

Estoy llorando tan fuerte que no puedo recuperar el aliento. Tanto que no puedo ver. La única razón por la que sé que Yakov todavía está conmigo es porque sus manos acarician mis brazos de arriba abajo.

Mi estómago se contrae mientras jadeo por aire. Cada músculo de mi cuerpo parece tensarse al mismo tiempo. Cuando finalmente se relajan, jadeo en busca de aire.

—¿Estoy hiperventilando? —digo con voz áspera—. ¿Es eso lo que esto…?

Antes de que pueda pronunciar las palabras, otra ola me golpea. Mi estómago se contrae de nuevo. Esta vez, presiono mis manos contra mi barriga y está dura como una piedra.

—Yakov. Mi estómago —gimo cuando un dolor que nunca antes había sentido envuelve mi espalda baja—. No puedo respirar.

Yakov se lanza al pasillo. —¡Hope! Llama al Dr. Jenkins. ¡Tráelo aquí! ¡Ahora! —grita órdenes como siempre, pero hay miedo en su voz.

Lo miro con ojos llorosos. —¿Estoy bien? ¿Qué está sucediendo?

Quizás me dispararon y no me di cuenta. ¿Es eso posible? No veo sangre. Yo no… pero el resto de ese pensamiento se pierde en otro estallido de dolor mientras mi estómago se tensa hasta que estoy segura de que me partirán por la mitad.

Yakov me toma la mano y me frota la espalda con círculos hasta que el Dr. Jenkins atraviesa la puerta.

—¿Qué está pasando, Luna? —pregunta el Dr. Jenkins, sacando un estetoscopio de su bolso negro—. ¿Cómo te sientes?

—¿Cómo estás aquí ya? —grazno.

—Venía a nuestra cita habitual de la tarde —presiona el estetoscopio frío debajo del escote de mi camisa—. Hope me llamó cuando estaba estacionando. Cómo estás…

—Fue atacada —Yakov lo interrumpe—. Un hombre irrumpió y trató de dispararle. Yo me encargué de él, pero ahora…

El Dr. Jenkins asiente con calma. Cuando me golpea otra oleada de dolor, pone su mano sobre mi estómago.

Luego, lo retira como si estuviera en llamas y se vuelve hacia Yakov. El Dr. Jenkins siempre está muy tranquilo, pero ahora tiene los ojos muy abiertos. —Ella necesita ir a un hospital. *Ahora*. Está de parto.

YAKOV

Luna luce gris bajo las luces fluorescentes de la sala de emergencias. Su mano está flácida alrededor de la mía, pero, por primera vez en horas, finalmente está dormida.

Cuando la ambulancia que nos transportaba entró chirriando en el estacionamiento del hospital hace tres horas, estaba seguro de que estábamos a punto de encontrarnos con los mellizos. Luna gritaba con cada contracción, agarrando mi mano hasta que pensé que mis nudillos se romperían.

Pero le pusieron una inyección para retrasar el parto. Poco a poco, las contracciones disminuyeron. Ahora se han ido y ella está agotada.

Extiendo la mano y le retiro un mechón de cabello rubio de la frente.

Casi la pierdo.

Pavel envió a alguien a mi casa. De nuevo.

Pasó mi seguridad. De nuevo.

No pude mantener a Luna a salvo. *De nuevo.*

La rabia corre por mis venas y tengo que deslizar mi mano lejos de la de Luna antes de romperle los dedos accidentalmente. Mis manos se aprietan en puños a mis costados mientras camino de un lado a otro por la opresivamente pequeña habitación.

El medicamento impidió que Luna se pusiera de parto por ahora, pero no hay garantía de cuánto tiempo durará. Podría tener a los bebés dentro de una semana. Incluso durante el día. Mientras tanto, la mansión bien podría estar abierta al público. Aparentemente, cualquiera que esté en la calle puede entrar directamente a nuestro dormitorio.

Tengo la mandíbula apretada con tanta fuerza que mis molares deben ser polvo.

Tomo mi teléfono para llamar a Nikandr e intento hablar sobre algunas de las cosas que me rondan la cabeza, pero mi señal es irregular. Cada vez que intento llamar, la línea se corta.

No puedo dejar a Luna sola aquí para hacer una llamada. Así que, en su lugar, le envío un mensaje de texto. ***Luna está estable por ahora, pero podría ser cualquier día. Necesitamos encontrar a Pavel ahora. Necesita morir.***

Nik responde un minuto después. ***Concéntrate en Luna y los mellizos. Yo me encargaré de todo***

aquí.

Sé que puedo confiar en Nikandr. Está listo para liderar. Él sabe qué hacer. Eso no hace que sea más fácil sentarse aquí y no hacer nada.

Pero eso es exactamente lo que hago. *Nada.*

Me dejo caer en la silla al lado de la cama de Luna, tomo su mano y espero.



ME DESPIERTO SOBRESALTADO por el sonido de Luna gritando.

Agarro su mano con las mías y le susurro suavemente al oído. —Estás bien. Estoy aquí.

Esta vez, las enfermeras ni siquiera se molestan en venir a ver cómo está. Ha sido así cada dos horas durante dos días.

—Soy yo, Luna. Estás a salvo. Estoy aquí contigo.

Luna parpadea hacia mí. Sus pupilas están muy abiertas y la oscuridad devora sus ojos azules. Sus nudillos están blancos de tanto apretar mi mano.

—¿Yakov? —suspira, acomodándose en su cama—. Yakov, estoy… estoy bien. Estás aquí. Fue un sueño. Lo siento.

—Deja de disculparte.

—Pero lo siento —se frota los ojos cansados—. No sé por qué esto sigue pasando.

—Porque estás jodidamente aterrorizada, Luna. Por buena razón.

Por mi culpa.

Cada vez que Luna se despierta gritando, la culpa se profundiza un poco más. Se ha arraigado en mi pecho y no muestra signos de irse pronto.

Su frente se arruga. —Pero estás aquí conmigo. No te has ido desde hace días. Estás sacrificando mucho para estar aquí por mí.

—Estar aquí no es un sacrificio —gruño—. Cuidarte no es una carga.

Ella me da una sonrisa tensa. —Lo sé, pero me siento fatal. Estás haciendo todo lo que puedes y yo todavía no puedo ni dormir. Lo siento.

¿Estoy haciendo todo lo que puedo? Nik se ha puesto en contacto con todos los contactos que tenemos, antiguos y nuevos, para encontrar a Pavel. Pero no ha visto ni oído nada. Dima ha estado haciendo lo mismo por su parte. Aún nada.

Quiero estar en la calle persiguiendo a Pavel. Quiero atravesar cada agujero y rincón oscuro donde pueda esconderse y olfatearlo.

También quiero estar aquí para Luna.

Han pasado unos días y todavía no se ha puesto de parto. El Dr. Jenkins dice que es una buena señal. De hecho, es posible que lleguemos a su fecha. Pero igual quiere mantenerla aquí en observación. Por lo general, yo discutiría. Luna no se siente cómoda aquí. Ella quiere estar en casa.

Luego, considero llevarla de regreso a la mansión y todo lo que puedo ver es a ese hombre parado en nuestro dormitorio, con un arma apuntando a su cabeza. Le doy un beso en los nudillos. —No te disculpes, Luna. No te estreses por nada. Te estás cuidando a ti misma y a nuestros bebés. Eso es todo lo que puedo pedir.

Remueve la bandeja del almuerzo que una enfermera le dejó hace una hora antes de volver a quedarse dormida.

Aparto la bandeja y me dejo caer en el sillón reclinable al lado de la cama. He dormido incluso menos que Luna en los últimos días. Mi tanque está vacío, pero no veo ninguna posibilidad de volver a llenarlo en un futuro cercano.

Así que me hundo en la silla y tomo lo que puedo conseguir. Cierro los ojos y me quedo medio dormido durante cinco minutos antes de que mi teléfono suene.

—La mierda nunca termina —murmuro, sacando mi teléfono del bolsillo.

Nik está llamando de nuevo. Lo recojo y logro captar una pequeña barra de señal.

—¿Recibiste… mi mensaje de texto? —pregunta, su voz se entrecorta.

—No he recibido nada —digo—. ¿Enviaste un mensaje de texto?

—…entrecortando. Vigila tu espalda.

Instantáneamente, me siento erguido. Por instinto, reviso la puerta para asegurarme de que esté despejada. La habitación está vacía. Estamos solo Luna y yo aquí arriba.

—¿Qué está pasando?

—Alguien en el hospital… trabajando para Pavel —la estática en la línea es cada vez más fuerte —. Acabo de… descubrí más.

—Te estás entrecortando, joder —gruño—. No puedo entender qué…

—No bajes la guardia, Yakov. No dejes que Luna…

El teléfono emite un pitido cuando se corta la llamada.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho. Sabía que existía la posibilidad de que Pavel invadiera el hospital, pero esperaba que no fuera cierto.

La adrenalina ahuyenta lo último de mi cansancio. Giro mi silla hacia la puerta y miro fijamente a cada enfermera, médico y paciente que pasa. Si alguno de ellos quiere llegar a Luna, tendrá que matarme primero.

Cuando finalmente aparece una figura en la puerta una hora más tarde, estoy de pie y bloqueando su camino antes de darme cuenta de quién es.

—¿Está todo bien? —pregunta el Dr. Jenkins.

Me relajo. —Nikandr escuchó un rumor sobre una amenaza. No correré ningún riesgo.

—Comprensible —inclina su cabeza hacia Luna—. Estoy aquí para ver cómo sigue. ¿Cómo ha estado durmiendo?

—Terrible hasta ahora. Esta es la primera vez que duerme más de treinta minutos en todo el día.

Él mira a mi alrededor y ve a Luna dormida en su cama. —Entonces mi examen puede esperar un poco. No quiero despertarla ahora que finalmente está descansando. Esperaré en la sala de enfermería y volveré en una hora.

Antes de que pueda irse, mi teléfono vuelve a sonar.

Es Nik. Su nombre parpadea en mi pantalla, pero, cuando deslizo la llamada hacia arriba, se desconecta.

—¡Joder!

—¿Todo bien? —el Dr. Jenkins pregunta de nuevo.

El nombre de Nik vuelve a aparecer un segundo después. Nuevamente, deslizo el dedo, pero se desconecta.

—Mi hermano está llamando, pero no tengo ninguna señal aquí.

Escribo un mensaje, pero aparece un símbolo de error rojo junto a él. Ni siquiera puedo enviar mensajes de texto ahora.

—Puedo quedarme con Luna mientras atiendes tu llamada —ofrece el Dr. Jenkins—. Puedo pasar el rato aquí tan bien como en la sala de enfermería. No me supone ningún problema.

Aprieto la mandíbula. No he salido de esta habitación en días y Luna no ha estado fuera de mi vista desde que cruzamos las puertas del hospital. No quiero empezar ahora.

Pero mi teléfono sigue sonando. Lo que sea que Nik tenga que decir, es importante. Podría ser la diferencia entre la vida y la muerte. Entre proteger a Luna o fallarle.

—Nadie cruza la puerta —gruño, clavando un dedo en el pecho del médico—. Quiero la puerta cerrada y no quiero que nadie más, sin importar quién sea, entre. ¿Entendido?

El Dr. Jenkins asiente solemnemente. —No dejaré que le pase nada. Ella estará a salvo conmigo.

Luna sigue durmiendo. Su pecho sube y baja con respiraciones lentas y uniformes.

Solo estaré fuera por un minuto. Ella estará bien.

Entro al pasillo por primera vez en tres días y el Dr. Jenkins cierra la puerta detrás de mí.

LUNA

Me despierto cuando la puerta se cierra.

Es la primera vez en unos días que no me despierto con las manos de Yakov alrededor de las mías, su voz en mi oído tratando de calmarme. Parpadeo hacia la habitación en penumbra, pero Yakov no está en su puesto habitual junto a mi cama. Él no está aquí en absoluto. En cambio, hay una figura desconocida cerrando la puerta.

Mi corazón se estremece. Me siento tan rápido que me mareo. Mi visión se arremolina. Cuando regresa, el Dr. Jenkins se ha vuelto hacia mí.

—Oh —suspiro y me dejo caer en mi cama—. Pensé que eras otra persona.

Pavel, tal vez. En algún lugar de lo más oscuro de mi mente, pensé que podría ser Akim, aunque sé que eso no es posible.

El Dr. Jenkins asiente y deja caer su bolso sobre el escritorio en la esquina. Me da la espalda mientras investiga en él.

—¿Dónde está Yakov? —pregunto.

—Tenía que encargarse de algo.

Arrugo la frente. Yakov no se ha apartado de mi lado desde hace días. Si se fue, especialmente mientras yo dormía, debe ser importante.

—¿Dijo lo que era? —presiono—. ¿Está todo bien?

El Dr. Jenkins se gira para que pueda ver su rostro. Sonríe, pero no me mira a los ojos. —Todo está totalmente bien. Me pidió que te cuidara mientras él no está.

Yakov confía en el Dr. Jenkins. Eso significa que yo también debería hacerlo.

—Lo siento. Supongo que estoy nerviosa —admito riendo—. Probablemente por eso sigo teniendo pesadillas. No puedo relajarme, incluso cuando sé que estoy a salvo.

El Dr. Jenkins guarda algunas cosas en los bolsillos de su chaqueta y luego se vuelve hacia mí. Se acerca a mi cama para coger el tensiómetro. —El estrés postraumático es normal después de lo que has pasado —desliza el tensiómetro sobre mi bíceps y lo bombea con aire. Se contrae alrededor de mi brazo hasta que está al borde del dolor y finalmente se libera. El Dr. Jenkins

mira fijamente la lectura, pero tiene los ojos vidriosos. No mira su reloj como de costumbre.

—¿Se siente bien, Dr. Jenkins?

Parpadea y sonríe, todavía sin mirarme a los ojos. —Sí. Estoy bien. Estaba pensando que, una vez que tengas a los bebés, puedo sugerirte medicamentos para ayudarte con tus pesadillas.

—¿En serio? ¿Crees que hay algo que podría ayudar?

Tararea suavemente. —Por supuesto. Un medicamento para la ansiedad. Quizás uno para dormir.

—Eso sería… increíble. En cierto modo acepté que esta sería mi vida ahora. Supongo que debería haber esperado que tuvieras una respuesta. Me has ayudado con todo lo demás hasta ahora.

Me da una sonrisa tensa y se vuelve hacia su bolso.

El silencio se extiende entre nosotros. Mi monitor cardíaco emite un pitido de fondo, manteniendo el tiempo mientras el Dr. Jenkins hurga en su bolso. Cuando se vuelve hacia mí, tiene las manos vacías. Los flexiona a su lado como si no estuviera seguro de qué hacer.

—¿Vas a revisar a los bebés? —pregunto.

Él parpadea y se vuelve hacia mí. Nuestros ojos se encuentran por solo un segundo antes de que él desvíe la mirada nuevamente. Es la primera vez que me mira desde que entró en la habitación.

—Claro. Sí —dice como si se le acaba de ocurrir la idea. Busca el Doppler de frecuencia cardíaca—. Podemos hacerlo.

Me tapo la cintura con la manta antes de levantarme la bata del hospital. El Dr. Jenkins presiona el Doppler contra mi estómago y realiza mecánicamente nuestra rutina. Cuando encuentra un latido, su rostro se arruga.

—Suena bien —murmura.

Puedo escuchar los latidos del corazón. Suena exactamente como esperaba. Suena saludable. Pero la duda se revuelve en mis entrañas.

Algo está mal.

—¿Mi presión arterial también está bien? —pregunto.

—Saludable. Perfecta.

Arrugo la frente. —¿No estaba alta? ¿Y los latidos del corazón de los bebés suenan bien?

—Todo bien —murmura—. No hay problema.

—Te escucho, pero no parece que todo esté bien —me inclino hacia adelante y pongo una mano sobre su muñeca—. Si mis bebés y yo estamos bien… ¿*tú* estás bien? ¿Está bien tu familia?

El Dr. Jenkins se aleja de mi mano como si acabara de quemarlo. —Bien. Mi familia está bien. Todo está bien, Luna. Solo estoy cansado.

Se le permite estar cansado. Todo el mundo puede tener un mal día.

Pero esto es más que eso. Lo sé.

Yakov no está aquí.

El Dr. Jenkins está actuando extraño.

Algo está mal.

Escucho la voz de Yakov en mi cabeza, como si me susurrara al oído. *Sal. Ahora*. He llegado a confiar en mi intuición, pero esto no tiene ningún sentido. Pasé semanas en una casa segura con el Dr. Jenkins. Ha estado viniendo a verme dos o tres veces al día durante mucho tiempo. Si quería hacerme daño, ya ha tenido oportunidades más que suficientes.

El Dr. Jenkins vuelve a buscar su bolso y hurga en su interior.

Me siento erguida y me inclino hacia adelante tanto como me lo permite mi barriga. Y veo que el Dr. Jenkins no está buscando nada en el bolso… me está ocultando su teléfono y tecleando un mensaje.

Algo está mal.

Se intensifica el pitido de mi monitor de frecuencia cardíaca. Si el Dr. Jenkins se da cuenta, no dice nada. Está demasiado concentrado en su teléfono.

¿A quién le envía mensajes de texto? No quiero quedarme para averiguarlo.

Lentamente, deslizo mis pies hasta el borde de la cama y agarro mi portasueros. Me levanto con las piernas temblorosas.

Necesito llegar a la puerta. Abriré la puerta y saldré al pasillo. Puedo ver enfermeras pasando por la puerta ahora mismo. Alguien por ahí me salvará.

¿Salvarme de qué? No estoy realmente segura. Pero algo anda mal y necesito salir. Ahora.

Solo logro dar dos pasos antes de que el Dr. Jenkins se dé vuelta. Ahora me mira directamente, con el ceño fruncido. —¿A dónde vas?

—Al baño —miento—. Necesito orinar.

Él mira su teléfono y luego vuelve a mirarme. —Ya casi termino con mi examen. Acuéstate mientras termino.

—No puedo aguantarlo. Ya sabes cómo puede ser el tercer trimestre —intento sonreír, pero mi cara está tensa. Todo mi cuerpo está tenso, anticipando lo que vendrá después.

—Ya casi termino —repite—. Recuéstate y…

—Estás aquí hasta que Yakov regrese, ¿verdad? Tenemos tiempo —doy otro paso—. Simplemente orinaré y…

—¡Siéntate! —ruge el Dr. Jenkins.

Me estremezco hacia atrás, el monitor detrás de mí hace sonar mi alarma en la habitación silenciosa.

—Siéntate —vuelve a decir con calma forzada—. Ya casi termino aquí.

Sal. Ahora.

Doy otro paso, pero el Dr. Jenkins está entre mí y la única salida antes de que mi pie toque el suelo. Me mira a los ojos y no parece cansado; parece *angustiado*. Todo en él está hundido como si hubiera envejecido una década en los últimos diez minutos.

—Voy a gritar —advierto—. Si no te mueves, gritaré.

Sacude la cabeza lentamente. —No ayudará. Pelear solo lo hará más difícil.

—¿Hacer qué más difícil? Dr. Jenkins, no sé qué está pasando, pero Yakov puede ayudar. *Nosotros* te podemos ayudar.

Él me alcanza y yo retrocedo. Pero no me agarra a mí, agarra mi portasueros. Entre un parpadeo y otro, mete la mano en el bolsillo y saca una jeringa. Con dedos expertos, inyecta la jeringa en el tubo de mi vía intravenosa.

—Qué estás…

—Lo siento —dice, mirándome profundamente a los ojos—. Perdóname, Luna. Por favor… perdóname.

Sacudo la cabeza. Mi visión se está oscureciendo por los bordes. Me siento mareada. —Perdonarte por…

No puedo mover mis labios. No puedo moverme en absoluto. Mis párpados se vuelven pesados. Cuando se cierran, siento unos brazos alrededor de mi espalda bajándome hacia la cama.

Luego… nada.

YAKOV

Tan pronto como el Dr. Jenkins cierra la puerta de Luna, reviso el piso.

Mi teléfono sigue sonando. Nik está intentando ponerse en contacto conmigo. Pero no puedo abandonar este piso hasta que sepa que no hay ninguna amenaza.

Las enfermeras de la estación son las mismas mujeres que estaban aquí ayer a esta hora. Nik ya revisó sus antecedentes. Están limpias.

Luego camino por los pasillos, mirando cada habitación a medida que paso. Reconozco a los otros pacientes en el suelo, así que hago un trabajo rápido. Las dos habitaciones vacías al final del pasillo las escaneo minuciosamente para asegurarme de que no haya nadie acechando en el interior.

Solo son unos minutos, pero parece que pasan horas. No ayuda que Nik siga llamando. El único momento en que la vibración se detiene es cuando entro en la escalera, pero eso se debe a que este es el peor lugar para la recepción en todo el edificio. Subo las escaleras de dos en dos hasta el vestíbulo principal y salgo por las puertas correderas.

Es la primera vez en días que siento el sol en la cara. Respiro profundamente, tratando de disfrutarlo antes de que esta próxima ronda de mierda explote.

Luego, mi teléfono vibra.

Esta vez, cuando respondo, la voz de Nik es clara.

—¡Sácala de ahí ahora mismo, joder, Yakov! —grita Nik—. ¿Puedes oírme? ¿Me estoy entrecortando? ¡Sácala! ¡Ahora!

Estoy hablando por teléfono con Nik, pero mi teléfono explota. Aparece texto tras texto tras texto. Miro la pantalla y veo que todos son de Nik. Todos los mensajes que aparentemente no pude recibir en su habitación.

—¿Qué carajo está pasando? —pregunto mientras abro el hilo de texto.

—¿Puedes oírme? —jadea.

—Sí, estoy afuera. La señal en la habitación de Luna es terrible —en los últimos días, parece que ha empeorado activamente.

—¡Sácala! —Nik grita de nuevo… justo cuando leo sus mensajes.

Me ha enviado mensajes de texto veinte veces. Cada vez con el mismo mensaje.

Es Jenkins.

Es Jenkins.

Es Jenkins.

Es Jenkins.

Es Jenkins.

Mi estómago se vacía. Por primera vez en mi vida, estoy congelado.

No. No puede ser. Él no lo haría.

—¿Yakov? —Nik ladra—. ¿Puedes oírme, joder?

—Puedo oírte. Puedo… ¿De qué estás hablando? ¿Qué hizo Jenkins?

Pregunto, pero ya lo sé.

Sé cómo los hombres de Pavel lograron burlar mi seguridad. Por qué estaban esperando para tenderme una emboscada en la casa segura. Nadie fuera de mi familia sabía dónde se alojaban Luna y Mariya.

Nadie…

Excepto el Dr. Jenkins.

—Él es el hombre infiltrado, Yakov —dice Nik, con desesperación en cada palabra—. Jenkins está trabajando para Pavel.

Así fue como el intruso entró en mi casa incluso después de que actualicé todas las medidas de seguridad. El Dr. Jenkins no estaba en la casa momentos después de que Luna fuera atacada por pura coincidencia… era un plan. Él *ayudó* al atacante a atravesar las puertas.

—Él está con ella —susurro.

—¿Qué? —pregunta Nik.

Pero ya estoy atravesando las puertas dobles y corriendo hacia las escaleras.

—Jenkins está solo con Luna en este momento —gruño—. Lo dejé con ella. Le dije que la cuidara. Joder, confié en él.

—Tienes que sacarla —dice Nik—. Llamaré a Isay y…

El pitido me avisa que la llamada se ha cortado. Meto el teléfono en el bolsillo y subo las escaleras tan rápido como me permiten mis piernas.

Confié en ese gilipollas y todo el tiempo ha estado trabajando para matar a Luna.

Ahora yo voy a matarlo a él.

Llego al piso de Luna y me detengo en la estación de enfermeras. La mujer detrás del escritorio sonríe suavemente, pero se borra cuando realmente me ve.

—Necesito las llaves de la habitación 721. Ahora.

Frunce el ceño. —La puerta no debería estar cerrada con llave. Deberías poder…

—¡Llaves! —chasqueo—. ¡Ahora!

Si llamo, alertaré a Jenkins de que he vuelto. Podría llevar a cabo cualquier cosa que haya planeado antes de que yo entre.

Si aún ya no lo ha hecho.

Aparto el oscuro pensamiento mientras la enfermera me entrega la llave con voz temblorosa. —Es la misma llave para todas las puertas del piso —dice—. Puedes traerla de vuelta al escritorio cuando hayas…

No escucho el resto de la frase. Ya estoy doblando la esquina y corriendo hacia la puerta de Luna.

No me detengo a mirar a través del cristal. No hay tiempo. Meto la llave en la puerta, la giro y abro la puerta.

El Dr. Jenkins está al lado de la cama de Luna. Está dormida, con las manos cruzadas sobre la manta. Esa es toda la información que tengo antes de chocar contra el hombro del hombre. El aire le sale disparado cuando nos conectamos. Lo empujo hacia atrás y lo inmovilizo contra la pared por el cuello.

—Yakov, ¿qué diablos estás haciendo? —el Dr. Jenkins gime—. ¿Qué pasa?

Por un segundo, creo que cometí un error. Quizás la información de Nik estaba equivocada. Quizás el Dr. Jenkins esté de nuestro lado.

Luego, noto que su brazo derecho se mueve.

Me giro hacia un lado y golpeo su brazo contra la pared. Sus dedos están sujetos alrededor de una jeringa. Si no lo hubiera detenido, me lo habría clavado en la espalda.

Saco la jeringa de su agarre y presiono la punta de la aguja en una vena de su cuello. —Pierde mi tiempo con mentiras y vaciaré esto en tu flujo sanguíneo.

Lo que sea que haya en la jeringa, no es bueno. Lo puedo notar por lo rápido que el color desaparece de su rostro. Sus labios están pálidos. Está aterrorizado.

Miro hacia la cama y Luna todavía está durmiendo. Hemos hecho suficiente ruido como para que ella esté despierta.

Mi corazón se aprieta dolorosamente. Me desquito el dolor con el Dr. Jenkins y le giro la muñeca hasta que escucho un chasquido.

—¿Qué le hiciste a Luna?

—¡Ella está viva! —hace una mueca. El sudor se le acumula en la frente—. Le di algo para que

se durmiera. No quería que ella estuviera despierta para lo que vendría después. Fue una misericordia.

Giro más su muñeca herida. Los tendones revientan, una muestra de lo que se avecina. No habrá misericordia para él.

—¿Para quién estás trabajando? —gruño.

Sus ojos recorren la habitación. Está buscando una salida, pero no la hay. No hay ninguna posibilidad en el mundo de que salga de esta habitación. Es posible que ni siquiera sobreviva el resto de esta conversación.

—Confié en ti —gruño, con una ira que no puedo contener burbujea en mí—. Te pedí que cuidaras a Luna y a mis bebés y los ibas a asesinar. Jodido bastardo enfermo.

El rostro del médico se arruga. Él se hunde. Soy lo único que le impide caer de rodillas.

—Lo siento —solloza el Dr. Jenkins. Lágrimas gordas ruedan por sus mejillas—. Lo siento, Yakov.

—Guarda tu disculpa. Ahógate con ella, por lo que a mí me importa. Lo que quiero saber es para quién trabajas y por qué —clavo mi brazo más profundamente en su esternón. Quiero sentir sus costillas romperse como palos secos—. Quiero oírte intentar explicarte.

Sacude la cabeza y las lágrimas corren por su cuello. —Soy un hipócrita. Soy un hipócrita inútil. Lo siento mucho, pero… Mi familia. Él tiene mi familia. No tuve opción.

—Siempre hay una opción.

—¿Hay alguna opción para ti? —pregunta—. Traté de lastimar a Luna. La iba a matar. ¿Tienes opción sobre lo que me sucederá a continuación?

No. Tiene que morir. No hay otra manera.

El Dr. Jenkins debe ver la respuesta en mi cara. Él asiente con tristeza. —Es lo que pensaba. No hay opción, Yakov. No cuando se trata de las personas que amamos. Tuve que intentar salvarlos. *Él* los tiene. Pavel. Tiene a mi familia como rehén. Para recuperarlos tenía que… Él quería que yo…

—Ibas a matar a Luna.

Su cabeza se hunde entre sus hombros. Él mira hacia el suelo. —No quería, pero no tenía otra opción. Lo siento.

—Le diste algo para que se durmiera. Entonces ¿qué es esto? —presiono la punta de la jeringa en su cuello.

Él retrocede con un gemido. —Por favor.

—Responde la pregunta.

Cierra los ojos con fuerza. —Algo para detener su corazón. No habría sentido nada.

Mi mano tiembla por la moderación necesaria para no hundir esta jeringa en su garganta. Aún

no.

—¿Qué hay de los bebés?

—Lo siento —solloza. Mocos y lágrimas corren por su rostro—. Todos tenían que morir. Luna y los bebes. Era la única manera en que Pavel me devolvería a mi familia. Él quería que tomara la tuya. Pero yo no quería que Luna sufriera.

—¿Cuánto tiempo estuviste planeando esto?

—Desde la noche que la ambulancia llegó a la casa segura. Yo… yo nunca quise… —traga, su garganta se balancea contra la punta de la aguja—. Nunca quise nada de esto. Me obligó a hacerlo.

—Todas las veces que intentaste que Luna fuera al hospital fue para poder llevar a cabo tu plan fue para poder tenerla a solas y luego escapar sin ser visto.

—¡Lo siento! —gime—. Lo siento. No quería hacerlo. No quería hacer nada de esto.

—¿Es por eso que ayudaste al atacante a entrar a la mansión? ¿Porque fuiste demasiado cobarde para hacerlo tú mismo?

Su falta de respuesta es respuesta suficiente.

Yo me acerco. —Si me hubieras pedido ayuda, habría salvado a tu familia.

—Dijo que los mataría si te lo decía. Él dijo…

—Yo los habría salvado —repito, retirando la jeringa.

Los ojos del Dr. Jenkins se agrandan. No puedo creerlo. Lo dejaré ir.

—Los habría salvado y estarías vivo para verlos de nuevo. En cambio… —en un instante, vacío la jeringa en la base de su cráneo, ocultando el punto de inyección debajo de la línea del cabello —. Veamos si este medicamento es tan indoloro como afirmaste.

Jadea, pero la droga es rápida. Sus ojos se ponen en blanco mientras sus piernas ceden.

Lo miro a los ojos por última vez antes de que se cierren para siempre.

LUNA

Mi cabeza da vueltas incluso antes de abrir los ojos. Siento que estoy nadando hacia la conciencia, luchando contra una corriente que quiere arrastrarme hacia abajo. Estoy tan cansada. Quizás debería dejarlo. Dormiré un poco más y luego…

—¿Luna?

La voz es profunda y cercana. Abro los párpados y parpadeo ante la visión borrosa frente a mí.

—¿Luna? —la voz está más cerca ahora. Una mano agarra mi brazo, apretándolo—. ¿Puedes oírme?

La figura al lado de mi cama tiene el mismo cabello oscuro que Yakov. La misma mandíbula cuadrada. La misma voz profunda.

Pero no es Yakov.

—¿Nik? —intento sentarme, pero la cabeza me da vueltas.

Nik presiona mi hombro hacia atrás hasta que me acuesto de nuevo. —No te sientes. Dale un segundo.

—¿Qué está sucediendo? ¿Dónde está Yakov? ¿Dónde estoy?

Todavía estoy en el hospital. Lo puedo notar por el techo moteado y el pitido del monitor detrás de mí. Hay una vía intravenosa en mi brazo. La cinta que lo rodea tira incómodamente de mi piel. No recuerdo que me haya dolido antes. ¿Alguien la movió mientras dormía?

—Vaya. Estoy perdida —admito con una risa suave—. ¿Cuánto tiempo estuve dormida?

—Ocho horas —murmura.

Le presto atención. —¿En serio? ¿Cómo? No he dormido tan bien desde… ni siquiera sé cuánto tiempo.

—Necesitabas descansar.

—No estás equivocado —giro la cabeza de un lado a otro. Se siente como si estuviera llena de arena mojada—. Curiosamente, no me siento muy descansada. Me siento peor que en mucho tiempo. Quizás mi cuerpo esté acostumbrado a funcionar sin dormir. No sabe qué hacer con el

descanso real.

Estoy bromeando, pero Nikandr no está de humor para bromear. Supongo que hay una primera vez para todo.

—¿Es la primera vez que sales de casa en silla de ruedas?

Él asiente. —Mi fisioterapeuta dijo que ahora puedo sentarme en el asiento del pasajero. Hará que sea mucho más fácil moverme. Además… Yakov me necesitaba.

Sus ojos se dirigen al suelo, y todos mis radares comienzan a dispararse.

Algo está mal.

El pensamiento me trae un recuerdo confuso. Yo intentando levantarme de la cama. Intentando llegar a la puerta.

Arrugo la frente. —¿Dónde dijiste que estaba Yakov?

—No lo dije.

Lo miro fijamente, esperando más. —Nik… ¿dónde está?

—Tenía que encargarse de algo. Me pidió que me sentara contigo hasta que él regresara.

Las palabras resuenan en algún lugar del fondo de mi mente. De nuevo, un recuerdo confuso sale a la superficie. Esas palabras exactas viniendo de otra persona…

—Creo que tuve un sueño extraño. Yakov ya no estaba, pero el Dr. Jenkins…

Tan pronto como digo su nombre, el rostro de Nik cambia. Su mano se aprieta hasta convertirse en un puño en su regazo y su mandíbula se tensa.

—No fue un sueño, ¿verdad? —susurro.

La mandíbula de Nik se mueve hacia adelante y hacia atrás antes de obligar a pronunciar las palabras. —Yakov llegó a ti a tiempo.

Los recuerdos regresan más rápido ahora, encajan en su lugar como fotos en una presentación de diapositivas. —Dr. Jenkins —respiro—. ¿Está…?

—Ya no será un problema —responde Nik secamente.

Eso solo puede significar una cosa: Yakov lo mató. El Dr. Jenkins nos traicionó a todos y trató de lastimarme y por eso Yakov lo mató.

¿Cuántas veces Yakov tendrá que salvarme del borde de una muerte segura?

Sin previo aviso, mi cuerpo se contrae. Cada músculo de mi abdomen se tensa hasta que no puedo respirar. No puedo hablar.

—¿Luna? —Nik se acerca a la cama—. Luna, ¿estás bien? ¿Qué sucede?

No puedo hablar a través del dolor. Todo lo que puedo hacer es negar con la cabeza. *No estoy bien. Esto no está bien.*

Nik rueda hacia la puerta y la abre de golpe. —¡Necesitamos una enfermera aquí!

Finalmente, el dolor disminuye. Gimo. —Contracción. Eso fue una contracción.

Sé cómo se sienten ahora. He pasado por esto antes.

Nik maldice en voz baja y abre la puerta de nuevo. —¡O un médico! Un maldito conserje sería mejor que nada. ¡Ahora!

Se está intensificando otra contracción. Siento que viene. Aprieto los dientes. —¿Dónde está Yakov?

Nik se da vuelta y se acerca a la cama. —Pavel tenía como rehén a la familia del Dr. Jenkins como chantaje. Por eso te atacó. Yakov fue a salvarlos.

La información me llega más rápido de lo que puedo procesarla. Alguien tendrá que explicarme las últimas veinticuatro horas con lento y exquisito detalle cuando todo esto termine.

—¿Yakov fue a salvar a la familia del Dr. Jenkins?

Nik asiente. —Él no quería que sufrieran.

Agarro la mano de Nik y la aprieto cuando la contracción alcanza su punto máximo.

—Joder, eso duele —se queja Nik. Cuando termina, se sacude la mano.

—Disculpa si no me siento mal por tu dolor —espeto—. Estoy pasando por algo aquí. *Sin mi prometido*.

—Está haciendo lo correcto.

—¡A la mierda lo correcto! ¡Quiero que esté *aquí*!

Es verdad… quiero a Yakov aquí ahora mismo. Pero también me encanta que esté salvando a gente inocente. Detrás de todas sus amenazas y bravuconadas, Yakov es un buen hombre. Él es noble. Por eso me alegro de que sea el padre de mis hijos.

También me alegraría que estuviera aquí para presenciar su nacimiento.

Entra una enfermera y me retira las mantas. Ella echa un vistazo debajo de mi bata de hospital y palidece. —Voy a llamar a tu médico.

Mi médico… el Dr. Jenkins.

Miro a Nik. —¿Qué carajo vamos a hacer?

—Otro médico —anuncia Nik—. Encuentra otro médico. *Cualquier* médico.

—El Sr. Kulikov nos dijo que cediéramos al Dr. Jenkins por…

—Bueno, *este* Sr. Kulikov te está diciendo que lo olvides y busques a otra persona —interrumpe Nikandr—. Dr. Jenkins se ha ido del edificio.

Sale corriendo de la habitación y regresa con la enfermera a cargo. Juntas, las mujeres me trasladan a una camilla.

—La llevaremos al trabajo de parto —explica la enfermera a cargo. Lleva una bata médica de color rosa brillante y tiene un estetoscopio amarillo. No parece el tipo de persona que intentaría envenenarnos a mí y a mis hijos, así que lo tomo como una buena señal. Ella mira a Nik—. ¿Eres el padre?

Nik hace una mueca. —No, pero le envié un mensaje de texto. Viene lo más rápido que puede.

—Dile que se dé prisa —dice—. Sus contracciones están muy juntas. Podría ser en cualquier momento.

Me sacan de la habitación y me llevan al pasillo, pero no estoy lista. Mis bebés no están listos. Apenas llevo treinta semanas. Son demasiado pequeños.

Extiendo la mano y al instante Nik la aprieta. Rueda a mi lado, con una sonrisa pálida en su rostro. —Estos bebés son Kulikovs, Luna. ¿Sabes lo que eso significa?

Sí, significa que están en peligro.

—Son luchadores —responde Nik—. Vas a dar a luz a dos bebés sanos y lo vas a hacer con Yakov a tu lado. Estará aquí en cualquier momento. ¿Me escuchas?

Asiento, tratando de creerle. —Te escucho.

—Bien —mira al frente y sigue mi camilla hasta un gran ascensor—. Porque no puedo verte dar a luz. Ya he pasado por suficiente.

A pesar de todo, me río.

YAKOV

La esposa del Dr. Jenkins… ahora viuda, supongo… tiene más preguntas de las que puedo responder. Levanto una mano para detenerla. Mi voz se amortigua a través de la máscara. Cuanto menos sepa quién soy, mejor. —Sal de la ciudad. Vete a casa.

Mira alrededor del húmedo sótano en el que Pavel la encerró a ella y a sus hijos. Los guardias que Pavel dejó para vigilarlos están muertos en la entrada. Nunca me vieron venir. —¿Dónde está Howard?

En este punto, está hundido en el fondo de un barril de descomposición en el cobertizo de limpieza. En un par de semanas, será un lodo que podremos tirar a una alcantarilla.

Es más de lo que merece.

—Se ha ido —le digo—. No lo esperes. Vete y no vuelvas nunca.

Me alejo de ella y subo los escalones. Ella me llama, pero no me detengo. Le salvé la vida, pero no le debo explicaciones.

Salgo de casa y me subo a mi auto. Tres cuadras más tarde, me pongo la máscara en la cabeza. Mi teléfono vibra en la consola central.

Es Nik otra vez.

Después de lo que pasó con el Dr. Jenkins, no podía confiar en que nadie más se quedara con Luna. Necesitaba que mi hermano estuviera allí con ella para poder irme.

Luna está de parto. Apúrate.

Estoy lejos por más de una hora. Más cerca de noventa minutos si el tráfico no coopera. Dejo caer mi teléfono y aprieto el acelerador.

El resto de mi viaje es borroso. No estoy seguro de si me detengo en el semáforo o si sigo las normas de circulación. Lo único que sé es que llego a Luna lo más rápido posible. Cuando llego al parto, estoy sudando y sin aliento.

Nik está rodando de un lado a otro por el pasillo, paseando fuera de la habitación de Luna.

—¿Ya sucedió? —jadeo—. ¿Me lo perdí?

Cuando Nik me ve, casi se derrite de alivio. —No respondías. Pensé que estabas muerto.

Ignoro el insulto involuntario. *Como si los hombres de Pavel pudieran matarme*. —¿Luna está bien?

—Está durmiendo —explica—. Le pusieron una epidural o algo así y supongo que desaceleró las contracciones. No estoy realmente seguro. Creen que podrían retener a los bebés unos días más.

—Me voy a morir de un puto infarto antes de que Pavel vuelva a mostrar la cara. —presiono la palma de mi mano contra la pared y exhalo—. Ella no puede tener estos bebés antes de que Pavel muera, Nik. No pueden nacer en este espectáculo de mierda.

—Entonces, vamos a atraerlo.

Resoplo. —Si fuera tan fácil, ya lo habría hecho. Dima está estacionado cerca con todos sus hombres. Están listos para atacar si podemos encontrarlo, pero él sigue enviando matones para hacer el trabajo sucio. No tengo forma de sacarlo.

Lentamente, Nik sonríe. Me tiende un teléfono. —Prueba con esto.

Arqueo una ceja. —¿Qué es eso?

—El teléfono de Jenkins. Recibió un mensaje de texto de un contacto desconocido hace quince minutos, preguntándole si el trabajo ya estaba hecho. El hilo de texto se remonta a hace unas semanas —él se encoge de hombros—. Si tuviera que apostar, apostaría mi dinero a que es el número de Pavel.

Agarro el teléfono y leo el hilo. Los mensajes son inocuos. No regalan nada. Eso es a propósito. Pero son lo suficientemente vagos como para levantar una ceja.

¿A qué hora?

Nos vemos en el lugar.

No olvides lo que está en juego.

—Tiene que ser —respiro—. Tiene que ser él.

—¿Cuáles son las posibilidades de que sepa que Jenkins está muerto? —Nik me quita el teléfono de las manos y escribe un mensaje—. Más importante aún, ¿cuáles son las posibilidades de que Pavel aparezca si le envío un mensaje de texto como Jenkins y le digo que tenemos que reunirnos?

—Es la mejor oportunidad que hemos tenido hasta ahora. Le diré a Dima que venga ahora. Él y sus hombres ya están en la zona.

Nik asiente. —Le diré a Pavel que nos veamos en la morgue.

—¿La morgue? Eso es un poco exagerado, ¿no crees?

Nik sonríe. —Pensé que les ahorraría a todos algo de tiempo. Estoy listo para que ese bastardo esté frío y muerto.

Nik envía el mensaje y me entrega el teléfono.

Miro más allá de él, hacia la sala de partos. Quiero ver a Luna. Quiero besar su frente y hacerle saber que todo estará bien. Pero, si entro allí, no estoy seguro de poder volver a salir.

—Envíame un mensaje de texto si hay algún cambio con Luna —ordeno.

Incluso si hay un cambio, no puedo regresar hasta que Pavel esté muerto. Voy a matarlo o morir en el intento. Nik parece saber eso. Él se acerca y toma mi mano.

Lo acerco y le doy una palmada en la espalda. —Cuida a mi mujer, hermano.

—Sabes que lo haré —dice.

Dejo a Nik fuera de la habitación de Luna. No importa lo que pase después, sé que él se encargará de ella. Ahora yo tengo que encargarme de Pavel.

YAKOV

Quince minutos más tarde, Dima está acurrucado en un rincón del vestíbulo del hospital vestido con unos jeans y una camiseta. Mucho menos discreto que su traje y su cigarro habituales. Me guiña un ojo mientras tomo el asiento dos lejos de él. —Estoy encubierto.

—Puede que estés encubierto por nada. Pavel no ha respondido.

—Tal vez no, pero mis hombres vieron un auto negro con vidrios polarizados en la entrada de empleados hace cinco minutos.

—¿Fueron vistos tus hombres?

Él niega con la cabeza. —Dame más crédito que eso, Yakov.

Levanto una mano en disculpa silenciosa. —Mi prometida está arriba a punto de dar a luz. No voy a correr ningún riesgo.

—Me parece bien —Dima se obliga a ponerse de pie—. En tres minutos, sígueme. Iré a la morgue y veré si nuestro amigo ha decidido dar la cara.

Me tenso. Dima es mi compañero. Elegí trabajar con él. Pero enviarlo solo a lo que bien podría ser la batalla final es un riesgo.

—Yo iré primero —ofrezco—. Pavel sabe que estoy en el edificio. Si él o sus hombres me ven, no arruinará nada.

—Hicimos un trato —gruñe Dima—. Pavel es mío. Yo lo mataré. Si está ahí abajo esperando atacar a uno de nosotros, quiero ser yo.

—Si me ataca, no lo mataré. Lo retendré por ti hasta que…

—O voy primero o me voy —su voz es firme, pero su expresión se suaviza—. Odio dar un ultimátum cuando una de las opciones no es la muerte, pero esa es mi postura. Me gustas, Yakov, pero no te ayudaré por nada. *Haré* ese tiro mortal.

—Podría ser una trampa.

Se encoge de hombros. —Más razón aún para ir primero. No tengo una prometida embarazada de mellizos arriba.

Podría decirle a Dima que se vaya a la mierda. Necesitaba su ayuda para atraer a Pavel, pero no necesito su ayuda para matarlo. Terminar con nuestro acuerdo ahora podría ser la decisión inteligente. No es que tenga el mejor historial con personas que confío… dejé a Luna con un médico homicida hace apenas unas horas.

Pero Dima y yo hemos llegado juntos hasta aquí. Cuando todo esto esté dicho y hecho, me gustaría que siga siendo un aliado.

—Vale. Anda —gruño—. Te veré en tres minutos.

Dima sonríe, casi extático, y camina tranquilamente hacia la escalera.

Tres minutos pasan lentamente como melaza antes de seguir el camino de Dima hacia las escaleras. La escalera está en silencio. No hay disparos ni gritos provenientes de los niveles inferiores. Podría ser una buena señal. También podría ser una señal de que Dima se está asociando con Pavel. Podrían estar esperándome justo detrás de la puerta.

Giro lentamente la manija y abro la puerta con mi arma lista.

Un cuerpo cae a mis pies. Salto hacia atrás con el arma apuntando al hombre. Entonces, noto que tiene los ojos cerrados y el cuello doblado en un ángulo repugnante.

—Tuve que apoyar ese contra la puerta para poder agarrar el otro —susurra Dima. Está en medio del pasillo, arrastrando otro cuerpo inerte hacia mí—. Sujétame la puerta, ¿quieres?

Arrastra ambos cadáveres hacia las escaleras y los escondemos en el hueco debajo de las escaleras.

—Guardias —explica, secándose las manos en los pantalones—. Estaban apostados fuera de la morgue. No me detuve a charlar, pero creo que están con la Bratva Gustev. Parto del supuesto de que Pavel está dentro.

—¿No dieron la alarma?

—No hubo tiempo. Golpeé sus malditas cabezas. Los noqueé a ambos para poder eliminarlos uno a la vez —Dima se ríe—. Eso es lo que obtiene Pavel por sacrificar a todos sus hombres en nuestras incursiones. Se queda con un montón de reclutas que no saben nada.

Miro a Dima, tratando de decidir si hay alguna manera de que esto todavía pueda ser una trampa. Pavel ha estado dispuesto a sacrificar a sus hombres hasta ahora. Podría haberme ofrecido dos más para hacerme confiar en Dima, solo para entrar a la morgue confiando en que Dima está de mi lado.

Dima arquea una ceja. —¿Bueno? ¿Haremos esta maldita mierda o no?

—¿El resto del pasillo está despejado?

—Estos son los únicos dos hombres que vi —se encoge de hombros—. No he oído nada de mis hombres estacionados fuera del hospital. ¿Tú sí?

Sacudo la cabeza. —Nada. Parece que Pavel vino con un pequeño equipo hoy.

Dima sonríe. —Porque no me esperaba a mí.

Puedo confiar en él. Tomo esa decisión aquí y ahora. La única manera de entrar en una pelea como esta es con plena confianza en que la persona que está a tu lado te respalda. Si entro en esa habitación sin estar seguro de si Dima está de mi lado, podría hacer que nos maten a ambos.

La única persona que morirá hoy es Pavel.

Así que mantengo la puerta abierta y hago pasar a Dima. Se detiene. —Pavel es mío.

—Dilo de nuevo y lo mataré sólo para fastidiarte —espeto—. Soy un hombre de palabra, Dima.

Dima se ríe. —Solo te lo recuerdo.

Avanza silenciosamente hacia la morgue. Para cuando estamos fuera de la puerta, su sonrisa desaparece y su mandíbula está apretada.

—Entro primero para llamar su atención —susurro—. Si aún no sabe que estás aquí, puedes ser una sorpresa.

Puedo notar que a Dima no le gusta. Probablemente no le importaría que me sentara en el pasillo mientras él se ocupa de todo esto él mismo. Pero él hizo la última llamada. Esta es mía.

—Vale —admite—. Grita si necesitas ayuda. De lo contrario, esperaré mi gran entrada.

Asentimos en silencio. Luego preparo mi arma, respiro hondo y empujo la puerta para abrirla.

La morgue es un espacio largo y estrecho. Tres encimeras de acero inoxidable se encuentran en el centro de la habitación como islas de metal. Los gabinetes a juego cubren la pared trasera y la pared de la derecha. Hay mesas de examen a la izquierda, rodeadas de cortinas que cuelgan del techo. Privacidad para los muertos, supongo. No puedo ver lo que hay detrás de ellos.

La puerta se cierra con un ruido sordo detrás de mí.

El siguiente sonido es un disparo.

Una bala rebota en la pared de metal detrás de mí, y caigo al suelo.

—¿Estás solo? —grita Pavel, el eco resuena.

No puedo verlo. Debe haber estado detrás de las cortinas.

Arrastro una de las mesas y le doy la vuelta, agachándome detrás de la mesa. La cabeza de Dima se asoma por un segundo a través del cristal de la ventana de la puerta. El tiempo suficiente para ver que todavía estoy vivo. Luego, desaparece.

Si puedo llegar al otro lado de la habitación, podría obligar a Pavel a cambiar de posición. Estaría de espaldas a la puerta y Dima podría realizar el tiro mortal.

—¿Viniste aquí solo? —grita de nuevo.

—¿Acaso tú lo hiciste?

Él ríe. —No, pero si lograste atravesar esa puerta, entonces ya lo sabes. ¿Cuánto tiempo te llevó matar a esos cabrones inútiles? Con suerte, al menos te cansó, así que la siguiente parte será un poco más fácil para mí.

—¿Es eso lo que obtienen los hombres que te prometen lealtad? ¿Se los sirves a tus enemigos en bandeja de plata?

—No me juraron lealtad. Se la juraron a mi padre, a quien tú asesinaste. Luego mi hermano, a quien *también* asesinaste.

—Suena como una racha de mala suerte para la familia Gustev.

—Tal vez, pero el patrón termina ahora —sisea Pavel—. No saldré de esta habitación hasta que estés muerto.

Otra bala rebota en la parte superior de la mesa. El metal se abolla y se deforma alrededor del disparo.

—No has preguntado dónde está el Dr. Jenkins. ¿No quieres saber qué pasó cuando estuve en una habitación a solas con él?

Oigo a Pavel acercarse unos pasos más. Puede que ahora esté en la línea de visión de Dima, pero tiene que estar más cerca para que sea una muerte garantizada.

—¿Crees que matar a Jenkins salvará a tu puta? —Pavel se burla—. Puede que sea joven, pero no soy tan ingenuo como para poner todas las fichas en esa mierda cobarde. El hombre estaba hecho un desastre. No dejaba de recordarme su puto juramento hipocrático.

Esperar a que Dima pueda matar a Pavel se vuelve cada vez más difícil. Todo en mí grita que le dé la vuelta a esta mesa y ataque al bastardo. No me importa si me disparan mientras él muera.

Pero aprieto los dientes y me trago la ira. —¿Qué pasa si me rindo?

—¿Rendirte a qué? —pregunta Pavel.

—Si me rindo —aclaro—. Me rendiré ante ti ahora mismo si prometes dejar en paz a Luna y a nuestros bebés. Puedes hacer lo que quieras conmigo. Pero hay que dejarlos fuera de esto.

Hay un momento de silencio antes de que Pavel responda. —Desliza tu arma por la habitación y muéstrate.

—No hasta que estés de acuerdo. No voy a mover un puto músculo hasta que jures que no les harás daño.

Como si su palabra significara algo para mí. Podría tatuarse el acuerdo en la frente y aun así no lo creería.

—Si te rindes, tu prometida y tus hijos se salvarán. No los mataré. Ahora, deshazte de tu arma.

Miro hacia la puerta. No veo a Dima en la ventana, pero tengo que confiar en que él está escuchando. Que sabrá cuándo intervenir.

De mala gana, coloco mi arma en el suelo y la deslizo hacia la pared del fondo.

—Sé que no viniste aquí con una sola arma. Las quiero todas en el suelo.

Pongo los ojos en blanco y me quito el arma del tobillo. La deslizo junto a la otra arma en la esquina.

—Eso es todo lo que tengo. Voy a salir ahora —lo digo en voz alta, dirigiendo las palabras hacia la puerta para que Dima pueda oírlas.

A pesar de las amenazas de Pavel, sé que no quiere matarme. No todavía, de todos modos. Quiere torturarme primero. Quiere derribarme ladrillo a ladrillo. Dispararme en la cabeza no lograría eso. Así que no va a disparar a matar ahora mismo.

Con ese pensamiento semi alentador, me levanto lentamente.

Pavel está justo delante de la cortina. Luce una barba irregular y mejillas hundidas, y tiene círculos oscuros debajo de los ojos. Luce como una mierda. Nada como el niño de rostro fresco que recuerdo.

Tan pronto como me ve, sonríe. Su rostro se tuerce y sus ojos se oscurecen. Olvídate de ser un niño de rostro fresco… ni siquiera parece humano.

—Es bueno verte finalmente, Yakov. Ha pasado mucho tiempo.

Se acerca cada vez más y yo igualo sus movimientos. Me muevo hacia el fondo de la habitación. Si puedo llegar a la pared de gabinetes contra la pared trasera, eso colocará a Pavel directamente frente a la puerta.

—Ha pasado mucho tiempo —coincido—. Guarda el arma y nos pondremos al día.

Resopla. —Siempre pensé que Nikandr era el gracioso. Quizá ya no. Estoy seguro de que estar lisiado es un freno a las cosas.

Me encojo de hombros. —Podría ser peor. Podría ser huérfano.

Sus ojos se estrechan. La rabia arde bajo la superficie. —¿Cómo te sientes sabiendo que tus hijos crecerán sin su padre?

—Al menos crecerán —digo con sinceridad—. Eso es lo que prometiste, ¿no? No los tocarás ni a ellos ni a Luna.

Mueve un dedo en el aire. Su arma todavía apunta a mi cabeza. —Dije que no los mataría. Eso es muy diferente a decir que no los tocaría.

Quiero cruzar la habitación y estrellarle el cráneo contra el suelo, pero doy otro paso hacia la pared del fondo. Sin siquiera darse cuenta, Pavel refleja mi movimiento. Con cada paso que doy, él está cada vez más cerca de la puerta.

—Pensé que querías la paz —gruño.

Él resopla. —No hay paz para mí. Ya no. Solo hay venganza.

—¿Sacrificarás tu vida por venganza?

—He sacrificado muchas vidas por venganza —responde—. Es irónico que estemos hablando de esto, considerando que *tú* eres el hombre que técnicamente sacrificó esas vidas. Atravesaste la Bratva Gustev como si fuera tu trabajo.

—Hice lo que tenía que hacer para salvar a mi familia. ¿Cuál es tu excusa? —chasqueo.

Pone los ojos en blanco. —Ya te lo dije: venganza. Es la única excusa que necesito.

—Si haces esto porque crees que te ayudará a dormir mejor, estás equivocado. Matar a tu padre no me hizo sentir mejor por haber perdido al mío. Matar a Akim tampoco fue satisfactorio. La venganza por la venganza nunca vale la pena.

—No te ofendas —arrastra las palabras—, pero no voy a confiar en tu palabra al respecto. La venganza es dulce. Es tan buena como cualquier otra cosa alrededor del cual construir una vida.

Sacudo la cabeza. —Hace un año, habría estado de acuerdo contigo. Ahora sé la verdad.

Luna. Nuestros bebés. La vida que estamos construyendo. Todo eso es mejor que la venganza. Dejaría a Pavel libre ahora mismo si supiera con certeza que nunca volvería a mostrar su cara. Si supiera que mi familia estaría a salvo.

—Ay, Dios —gime—. Si esperas que te perdone por alguna historia triste, ahórrate el maldito aliento. Escuchar cuánto amas a tu pequeña esposa y a tu engendro por nacer hará que lo que viene a continuación sea aún mejor.

Doy otro paso hacia el fondo de la habitación. Finalmente, Pavel está en posición.

—¿Qué crees que vendrá después? —pregunto.

No tiene idea. Todo lo que Dima necesita hacer es abrir la puerta y disparar. Se acabará.

Pero la puerta no se abre. Dima ni siquiera mira por la ventana.

¿Dónde carajo está?

—Primero, voy a matarte. Será divertido.

—Claro. Será un alboroto —le hago señas para que siga. Necesito prolongar esto hasta que Dima pueda llegar—. Eso es un hecho. ¿Qué otra cosa?

El rostro de Pavel se contrae, divertido. —Pero el placer que obtendré al matarte no se compara con lo mucho que me divertiré con tu pequeña prometida.

Estará muerto antes de que eso pueda suceder. No va a tocar a Luna. Pero me quedo dolorosamente quieto. Tengo miedo de lo que haré si me dejo mover.

—Ella es sexy, ¿no? —Pavel mueve las cejas—. No tienes que decírmelo si no quieres, estoy seguro de que lo descubriré por mí mismo, pero ella es un buen polvo, ¿no? Si te llamó la atención, apuesto a que folla como una puta.

Dima no está en la puerta. Nadie está aquí para darle a Pavel Gustev su merecido.

Excepto yo.

Moviéndome por puro instinto y el deseo de mantener a este gilipollas lo más lejos posible de mi familia, me lanzo hacia él.

Pavel es el único de nosotros que tiene un arma, pero no sabe cómo usarla. Ha estado aislado y protegido por su apellido y por los hombres que con tanto entusiasmo sacrificó. Bajo mi hombro y lo empujo hacia la pared. El arma se le cae de la mano y cae al suelo.

Pavel se lanza hacia ella, pero lo giro hacia un lado y lo tiro contra las baldosas.

Ahora, somos solo él y yo.

Sería muy fácil estrangular la vida de este miserable bastardo. Hice un trato con Dima, pero está tardando demasiado. Esto no puede esperar. Pavel tiene que morir.

Pavel lanza un golpe. Se agita y lucha, tratando de hacerme perder el equilibrio.

—A tu padre realmente no le importabas una mierda, ¿verdad? —pregunto, esquivando un golpe mal dirigido—. No sirves para una mierda.

Pavel gruñe y levanta la rodilla. Por poco evita darme un rodillazo en las pelotas, pero me estremezco. Es suficiente para él conseguir algo de influencia y alejarme de él.

Me doy la vuelta sobre el hombro y me pongo de pie mientras Pavel se levanta. Se coloca en una posición preparada, con el labio superior hacia atrás en una mueca. —Puedo luchar lo suficientemente bien como para matarte.

Se lanza hacia adelante, pero ni siquiera da un paso antes de que la puerta de la morgue se abra de golpe. Dima cruza la puerta con el arma en alto. Pavel gira hacia la puerta justo cuando Dima dispara.

El disparo le atraviesa el hombro. Pavel cae, agarrando con una mano su extremidad sangrienta.

Dima no le deja ni un segundo para recuperarse. Se acerca a él y clava el talón de su zapato en la herida de Pavel. Él profundiza mientras Pavel grita.

—Esto es por lo que le hiciste a mi prima, maldito *mudak* inútil.

Pavel niega con la cabeza. —No conocía…

Dima le pisa el cuello antes de que pueda terminar la frase. Claramente, no busca excusas ni disculpas.

Pavel agarra el tobillo de Dima mientras su cara se pone roja. Su lengua se hincha fuera de su boca. Los vasos sanguíneos de sus ojos y mejillas estallan, tiñendo su piel de un tono rojo moteado.

—Perdón por el retraso —grita, pisoteando el cuello de Pavel con todas sus fuerzas—. Apareció otro guardia. Tuve que encargarme de él.

Me doy vuelta y veo un par de piernas abiertas a través de la puerta abierta.

Entonces, mi teléfono suena. Dima tiene a Pavel bien controlado, así que lo reviso. Es Nik.

Luna está despierta y las contracciones han vuelto. Está sucediendo.

—Joder.

Dima se vuelve hacia mí, aparentemente sin darse cuenta del hombre que se asfixia bajo su pie. —¿Qué pasa ahora? ¿Más guardias?

—Luna está de parto. Vienen los mellizos.

Suelta un largo silbido. —Vale. Entonces, haré esto breve.

Levanta el pie del cuello de Pavel el tiempo suficiente para que el hombre respire entrecortadamente. Entonces, Dima le dispara a Pavel en la cabeza.

BANG. Luego, *eco, eco, eco…*

Y luego, silencio.

—No necesitabas apresurarte por mí.

Me despide. —De todos modos, ese es todo el tiempo que ese cabrón merecía. Yo me encargaré de limpiar. Tú tienes que irte.

—Te debo por esto —le digo, ya a medio camino de la puerta.

—Es peligroso decirle eso a alguien como yo —ríe—. Considera esto como un regalo para los bebés. Ve a estar con tu mujer.

No necesita decírmelo dos veces.

Corro hacia las escaleras y subo las escaleras de dos en dos.

LUNA

Aprieto los dientes cuando otra contracción me atraviesa. —Esto no debería doler. ¿Qué sentido tenía tener esa aguja tan larga en mi columna si igual me va a doler?

—A mí también me duele —gime Nik. Ha estado sacudiendo la mano entre cada contracción.

Me desperté hace treinta minutos con un ligero malestar. Ahora me retuerzo de dolor, lo cual no formaba parte del plan en absoluto.

—El bebé A está con la yema hacia arriba —explica una enfermera con calma.

—Es un bebé, no un huevo —¿Verdad? Quizás el dolor me esté haciendo delirar.

—Significa que está saliendo boca arriba. Puede hacer que la epidural sea menos efectiva —me levanta la bata para comprobar mi dilatación. No debería poder sentir nada, pero siento sus dedos entre mis piernas.

—Fantástico —gruño. Me vuelvo hacia Nik—. ¿Dónde está Yakov?

Su rostro está pálido, pero esboza una sonrisa. —Está en camino. Él estará aquí.

—Será mejor que se dé prisa —la enfermera se quita los guantes—. Los bebés están llegando. Voy a buscar un médico.

Contengo un sollozo. —No es así como se suponía que debía ser. La epidural debería estar funcionando. Yakov debería estar aquí en lugar de ti. Sin ofender.

Nik me hace un gesto para que lo olvide. —No me ofende.

—Debo estar calmada y relajada. Tal vez chupando algunos trozos de hielo —gimo mientras se produce otra contracción. Todo mi abdomen se contrae hasta que no puedo respirar. Siento la necesidad de empujar, pero trato de luchar contra ella—. Está sucediendo —cierro los ojos mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas—. No puedo esperar. Voy a tener que empujar. Voy a tener que hacer esto sin él.

Otra enfermera está colocando mantas en moisés a juego en un rincón. Ella se detiene y viene a mirarme. —Ay. Ay, no.

—No lo digas así —espeta Nik.

Hace una mueca. —Lo siento, pero ella está lista para empujar. Esto está sucediendo rápido.

—No —me quejo—. Yakov no está aquí. Se supone que Yakov debería estar aquí. Él es su papá. Él debería estar…

La puerta de mi habitación se abre de golpe.

Yakov corre hacia mí, sudoroso y con salpicaduras de sangre en el cuello, pero nunca se ha visto mejor. Mi cuerpo todavía está en llamas, pero él está aquí. Si no tuviera un dolor insoportable con el cráneo de un bebé entre mis piernas, me levantaría y lo abrazaría.

Nik suelta mi mano y se aleja. —Ya era hora. Mi mano está rota.

Yakov lo ignora y me aparta el cabello de la cara. Estoy pegajosa por las lágrimas y el sudor, pero él igual me besa la frente. —Todo está bien. Puedes hacerlo.

—No, *tengo* que hacerlo. Hay una diferencia.

—Tienes que *y* puedes hacerlo.

—Fácil para ti decir. No eres tú quien está a punto de sacar mellizos. ¡Jodeeeeer! —agito mi brazo buscando su mano mientras comienza otra contracción. La mano de Yakov se desliza dentro de la mía y la aprieto.

La enfermera apoya mis pies en estribos y no me importa que mi trasero desnudo esté colgando para que la habitación lo vea. Nada importa excepto sacarme a estos bebés.

—Puedes empujar si necesitas —dice—. Pero espera otra contracción. Pronto llegará un médico.

Es demasiado tarde para eso. Ni siquiera tengo que intentar empujar. Mi cuerpo lo hace por sí solo, a la mierda el médico.

Empujo hasta que mis pulmones se agotan y estoy mareada. Yakov pasa la mano por encima de mi cabeza y luego me coloca una máscara de oxígeno en la boca y la nariz. No tengo idea de cómo sabe qué hacer, pero claro, no me sorprende. Parece saber hacer de todo.

Él toma mi mano con las suyas y se acerca. —¿Qué necesitas?

—Necesito oírte admitir que todo esto es tu puta culpa —murmuro.

Él se ríe y enrosca su mano alrededor de mi mejilla. —Todo esto es mi culpa. Pero te prometo que te lo compensaré, *solnyshka*.

—¿Cómo? —chillo cuando comienza otra contracción.

—Cambiaré hasta el último pañal —me susurra Yakov al oído mientras empujo—. Los meceré hasta que se duerman en medio de la noche. Los bañaré y haré biberones.

El dolor es peor que nunca, pero puedo ver nuestro futuro como una película en mi cabeza. Puedo ver a Yakov con un bebé en cada brazo. La idea lo hace todo soportable.

Quiero eso. Quiero ese futuro con él y nuestros bebés.

La puerta se abre y entra una mujer mayor. Se presenta como mi partera, pero, por lo que a mí

me importa, podrían tener un interno entre mis piernas.

—Puedo ver la cabeza —anuncia la mujer—. Serán bebés pequeños. Un empujón más y tendrás al bebé número uno, ¿vale? Empuja fuerte por mí, Luna.

Yakov se apoya junto a mi cama y sus dedos se calientan alrededor de mi mano. —Puedes hacer esto, *solnyshka*.

Cuando la contracción comienza a aumentar, cierro los ojos con fuerza y empujo.

Lucho con todo lo que tengo, gritando hasta el techo. Es una liberación primordial del estrés y el miedo de los últimos siete meses. Lo dejo ir todo. Este es un nuevo comienzo. El comienzo de un futuro mejor para mis bebés.

—Sigue empujando —insta la partera—. La cabeza está fuera. Vienen los hombros.

No puedo respirar. Mis pulmones se están paralizando. Pero de alguna manera, profundizo y sigo presionando. La mano de Yakov sostiene mis hombros y me ayuda a colocarme en la posición correcta.

Justo cuando me quedo sin aire y caigo hacia atrás, un pequeño gemido rompe el silencio.

Vuelvo a mirar a Yakov y él está mirando hacia el final de la cama. Es la primera vez que lo veo asombrado.

—¡Es un niño! —grita la partera, sosteniendo en brazos a un bebé rosado y morado cubierto de baba.

—Es hermoso —sollozo, alcanzándolo.

La enfermera lo envuelve en una toalla y lo acuesta sobre mi pecho. Es una experiencia extracorporal. Estoy mirando a mi bebé, pero se siente como si estuviera viendo una película. Como si alguien fuera a gritar: «¡Corten!» y arrebatármelo en cualquier momento.

—Oye, hombrecito —susurra Yakov, acariciando con un dedo el brazo de nuestro bebé.

—Su brazo es más pequeño que tu dedo —se me llenan los ojos de lágrimas—. Es tan pequeño.

Pero no hay tiempo para mirar con asombro o pánico porque comienza otra contracción.

Gimo y la enfermera se lleva a mi bebé para pesarlo y limpiarlo. Me importaría mucho más si las contracciones no dolieran tanto.

Repasamos todo de nuevo como una pesadilla en bucle. Aprieto la mano de Yakov hasta que incluso él hace una mueca de dolor. La enfermera cuenta cada contracción y me pide que puje hasta que estoy a punto de desmayarme por falta de oxígeno.

Entonces, antes de darme cuenta, otro pequeño grito llena la habitación. Este está lloroso y débil, pero dejo a un lado mi miedo mientras la partera acuesta al bebé sobre mi pecho.

—Tu pequeña —murmura.

La partera y la enfermera conversan tranquilamente en un rincón, pero yo estoy completamente concentrada en mi hija. *Nuestra* hija.

—Mi niña —respira Yakov. Su rostro está estirado en una rara sonrisa.

—¿Me han reemplazado tan rápido? —bromeo en un murmullo débil.

—Tú eres mi *mujer*. Nadie puede remplazarte —se inclina y me da un beso suave en los labios —. Estuviste increíble, *solnyshka*.

Le sonrío justo cuando la enfermera aparece por encima de su hombro. —Lo siento, pero ambos bebés deben ser llevados a la UCIN.

Mi corazón se estremece. —¿Están bien?

—Les está yendo muy bien, pero son pequeños. Su hija tiene algo de líquido en los pulmones. Necesitamos monitorearlos de cerca.

—¿Puedo ir con ellos? —pregunto, entregándole mi hija a la mujer de mala gana.

—En un rato —dice suavemente—. Necesitas descansar. No te preocupes… no los perderé de vista.

No tengo más remedio que confiar en ella.

Tan pronto como saca los moisés de la habitación, me giro hacia Yakov. —¿Se ha ido?

—¿El Dr. Jenkins o Pavel? —pregunta. Luego, rechaza la pregunta—. No importa. La respuesta es sí.

Eso explica la sangre en su cuello.

—¿Estamos a salvo?

Me aparta el cabello de la frente. —Estás a salvo. Nadie va a hacerte daño ni a ti ni a nuestros bebés. Tengo guardias apostados en el pasillo. Seguirán a los bebés hasta la UCIN. Puedes confiar en mí.

Por supuesto que lo tiene todo controlado. Pensó en todo.

—Sí. Confío en ti, Yakov —dejo caer la cabeza hacia atrás y dejo que mis ojos se cierren. El cansancio se apodera de mí como una manta. Todo mi cuerpo está pesado.

—Descansa —sus labios rozan mi mejilla—. Acabas de dar a luz a gemelos y me hiciste el hombre más feliz del mundo. Creo que es suficiente para un día de trabajo. Te mereces una siesta.

Mis labios se inclinan en una sonrisa cansada justo cuando me quedo dormida, exhausta e increíblemente feliz.

EPÍLOGO: LUNA

Abro la puerta de la guardería y encuentro a Yakov parado entre las cunas, mirando a nuestros bebés durmiendo. Ha sido su lugar favorito desde que los mellizos finalmente salieron de la UCIN hace una semana.

—Se supone que debes dormir cuando los bebés duermen —le susurro, envolviendo mis brazos alrededor de su cintura.

Cubre mis manos con las suyas. —No estoy cansado.

—Imposible. Estuviste despierto toda la noche con Alina.

Volver a casa ha sido una transición difícil para nuestra princesa. Necesitó más atención en la UCIN que su hermano Nikolai. No está acostumbrada a acostarse en una cuna. La única manera de dormir tranquilamente es cuando alguien la abraza o, como ahora, cuando está envuelta cerca de su hermano.

—No en toda la noche —dice Yakov—. Se calmó después de las cuatro de la mañana. Tengo unas cuantas horas.

Presiono mi mejilla contra su espalda musculosa, abrazándolo más fuerte. —¿Recuerdas cuando quisiste contratar un equipo de enfermeras para cuidar a los bebés? ¿A dónde fue ese tío?

—Creo que "ese tío" está a los pies de Alina —admite Yakov con una sonrisa.

Durante las primeras semanas después del nacimiento de los mellizos, insistió en que necesitábamos un ejército de enfermeras y niñeras para ayudarnos a cuidar a los mellizos. Pero, a medida que pasábamos hora tras hora y día tras día en la UCIN, empezó a cantar otra melodía. Al final, Yakov ni siquiera quería dejar que las enfermeras de la UCIN cuidaran a los mellizos. Quería hacerlo todo él mismo.

Hasta ahora, ha cumplido todas las promesas que me hizo durante el parto. Él siempre está ahí para cambiar un pañal, hacer un biberón y acunar a un bebé que llora para que se duerma.

—Bueno, tu madre vive aquí específicamente para ayudar con los mellizos. Ella sigue pidiéndome que te recuerde que puedes despertarla en medio de la noche. Estará encantada de ayudar.

Él frunce el ceño. —¿Por qué te dice a ti que me lo recuerdes? Ella misma podría recordármelo.

—Ella podría, pero sabe que tengo una manera de comunicarme contigo.

Yakov reprime una sonrisa. —Ah, la tienes, ¿verdad?

Tarareo, girándolo lentamente hacia mí. Le rodeo la espalda con las manos y apoyo la barbilla en su pecho. —Puede que seas un gran bravucón para el resto del mundo, pero para mí eres un gran blandengue.

Él arquea una ceja mientras sus manos se deslizan por mi cintura hasta mi trasero. Me acerca más y junta nuestras caderas. —No hay nada suave en mí, *solnyshka*.

El calor se arremolina en mi vientre. Durante las seis semanas que los mellizos estuvieron en el hospital, no tuve espacio para pensar en nada más. Yakov y yo estábamos tan ocupados cuidándolos que la idea de cuidar de nosotros mismos era inexistente.

Pero ahora… existe.

Presiono mis manos contra su pecho y pongo algo de espacio entre nosotros. —Tú y yo nos tomaremos la noche libre.

—¿Dice quién?

—Lo digo yo —le digo—. Vamos a pedirle a tu mamá que cuide a los niños y estaremos fuera de servicio por primera vez en siete semanas.

—¿Crees que mi mamá puede manejar todo sola?

Pongo los ojos en blanco. —Sabes que ella puede. Ella sabe mejor que yo cómo envolver a Nikolai y es la única que puede hacer que Alina eructe.

Estaba aterrorizada de cómo sería la vida con Ofeliya. La mujer era autoritaria antes. ¿Cómo sería ahora que también tengo dos bebés prematuros que cuidar? Pero desde el momento en que nacieron los bebés, y especialmente desde que regresaron a casa hace una semana, ella no ha sido más que una fuente de paciencia y consejos útiles.

La primera noche que los mellizos estuvieron en casa, prácticamente empujé a Alina hacia Ofeliya, rogándole que me ayudara. Ella podría haber tomado el control y hacerme sentir como una madre incapaz. En lugar de eso, puso a Alina en mis brazos, me apretó los hombros y me aseguró que podía hacerlo. Se sentó conmigo hasta la una de la madrugada, tranquilizándome mientras yo calmaba a Alina.

Según mis registros, la mujer es una santa.

—Por supuesto que puede encargarse de los mellizos —dice Yakov—. Me preocupa si ella podrá encargarse de los mellizos *y* a Mariya.

Me río y tengo que taparme la boca rápidamente cuando Alina se mueve. —Afortunadamente, Mariya no está aquí esta noche. Se quedará con Nikandr en su casa.

Al principio, Mariya se quedaba con Nikandr para asegurarse de que se estuviera adaptando bien a la vida en silla de ruedas. Ahora, ella se queda con él porque cumplió dieciocho años hace tres semanas y puede ingresar a muchos más clubes sin tener que usar su identificación falsa y ridículamente mala. El departamento de Nik está en el corazón del centro de la ciudad, lo cual es

mucho más emocionante que vivir en el “sueño húmedo de Norman Rockwell”. Sus palabras, no mías.

—Entonces parece que no hay ninguna razón por la que no podamos escaparnos por unas horas —Yakov inclina la cabeza y sus labios rozan el lóbulo de mi oreja—. Ponte algo pecaminoso.

—Parece que tienes un plan —digo, de repente un poco más sin aliento.

Él se encoge de hombros. —Plan, fantasías retorcidas… como quieras llamarlo.



Me giro en un sentido y luego en el otro, examinándome desde todos los ángulos.

Hace ocho meses, este vestido rojo me quedaba como un guante. Abrazaba mi cintura, levantaba a las chicas para que tuviera la cantidad perfecta de escote y la hendidura era alta sin ser vulgar. Era el vestido de noche de cita de sueños.

Ahora me queda como una bolsa de basura repleta.

Tengo el estómago lleno de bultos, mis pechos están hinchados con leche y se derraman por la parte superior del vestido, y el acolchado adicional alrededor de mis muslos ha convertido la hendidura en un verdadero corte. Toda mi pierna derecha está colgando.

—No puedo usar esto —murmuro para mis adentros por décima vez.

La única razón por la que no he vuelto al armario para encontrar algo más es que no hay nada más. Eso y el hecho de que han pasado meses desde que caminé con tacones y me siento inestable con mis tacones de aguja.

Yakov quería “pecaminoso”. Fue una orden. Pero las únicas cosas que me quedan bien en este momento son mis calzas de maternidad y las camisetas de gran tamaño que uso para dormir. Ninguno de los cuales es algo que pueda usar para salir por la noche con Yakov. No cuando va a lucir inmaculado con un traje perfectamente hecho a medida.

Me doy vuelta, examinándome por detrás, cuando se abre la puerta del dormitorio.

—Mi madre actuó como si fuera la mañana de Navidad cuando le entregué a los bebés —dice Yakov—. Ella insistió en cambiar un pañal ella misma. ¿Puedes creerlo?

Yakov dobla la esquina justo cuando me giro para mirarlo.

Lleva un par de pantalones oscuros y un suéter de cachemira extendido sobre su abdomen perfectamente esculpido. Cuando se detiene de golpe en medio de la habitación, puedo ver cómo se contraen sus abdominales.

Sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo, haciéndome un lento recorrido. Su rostro es ilegible. Me siento como un espécimen bajo su microscopio.

—Sé que ya no me queda como antes —tiro de la hendidura, tratando de cubrir más de mi pierna —. No creo que este vestido sea tan “pecaminoso” sino “ilegal”. Es demasiado pequeño. Voy a cambiarme a algo más…

—Perfecto —respira Yakov.

Arrugo la frente. —¿Qué?

—Esto —exhala y sacude la cabeza lentamente, como si no pudiera creer lo que tiene delante—. Tú. Quiero decir… *joder*.

Todavía no estoy cien por ciento segura de lo que quiere decir cuando cruza la habitación, me agarra por la cintura y me inmoviliza contra la pared. Su mano recorre mi columna vertebral, arqueando mi cuerpo hacia el suyo mientras me mira a los ojos. —Te ves jodidamente deliciosa, Luna.

Eso aclara las cosas.

—Apenas me queda —argumento dócilmente.

Yakov desliza su mano alrededor de mi cintura para tomar mi seno. —Puedo ayudarte a quitártelo.

No puedo evitar reírme. —Pensé que teníamos planes.

Él asiente mientras sus ojos trazan un camino febril sobre mi pecho. —Lo tenemos. Planes de una cena elegante. Iba a sacarte y dejar que todos te vieran en mi brazo. Íbamos a bailar y luego ir a tomar unos cócteles. Iba a llevarte a dar un largo paseo con las ventanillas bajadas.

—Eso suena bien.

—O… —sus labios están sobre mi boca, su aliento calentando mi piel—, Podría quitarte este vestido, follarte hasta que estés demasiado débil para pararte y alimentarte con comida para llevar.

—Eso… eso también suena bien —tengo que obligarme a tragar el nudo que tengo en la garganta—. Eso suena… quiero eso. Dame ese. Haz eso.

Los ojos verdes de Yakov son casi negros mientras pellizca el tirante de mi vestido y lo desliza por mi brazo. Centímetro a centímetro, me quita el vestido hasta que estoy apoyada contra la pared con nada más que lencería roja de encaje a juego y mis tacones.

De hecho, se muerde los nudillos y gime. —Joder, Luna. Han pasado siete semanas. ¿Estás tratando de matarme?

Hace diez minutos, no me sentía segura. No me sentía hermosa ni deseable.

Ahora Yakov me mira como si fuera la mujer más hermosa del mundo.

Y yo le creo.

Pongo una mano sobre su pecho y lo camino lentamente hacia la cama. —Matarte sería contraproducente para *mis* planes.

Cae sobre la cama y me arrastra con él. Sus manos acarician la parte posterior de mis muslos mientras me siento a horcajadas sobre él. —¿Y cuáles son tus planes?

Giro mis caderas contra él, presionando la obvia erección que tiene. —Dejarte… ¿cómo dijiste?

…dejarte follarme hasta que esté demasiado débil para pararme.

—Parece que estamos en la misma página, entonces.

Yakov me da la vuelta y me besa en el estómago. Mi piel es suave y suelta, pero él no se detiene sobre mis estrías ni evita el área. Él ama cada parte de mí, por dentro y por fuera.

Mete un dedo debajo del encaje de mis bragas y las arranca. Hace mucho tiempo que dejé de decirle que dejara de rasgar toda mi lencería bonita. Es cara, pero siempre la reemplaza. Además, es demasiado sexy.

Yakov me separa con un dedo y arrastra su lengua por mi costura. Explora cada pliegue de mí mientras su pulgar hace círculos sobre mi clítoris.

Después de dar a luz, era difícil imaginar que algo por debajo de la cintura volviera a sentirse bien. Pero esto no es bueno, es increíble.

Paso mis dedos por su cabello y me muevo contra su boca. Yakov pasa su lengua por mi centro, cada lamida me acerca al borde. Luego, me mete un dedo.

Al instante exploto.

Mis muslos se aprietan alrededor de sus orejas mientras una ola tras otra de placer me inunda.

Cuando Yakov vuelve a gatear sobre mi cuerpo, sus labios están resbaladizos por mi liberación. Me besa, nuestras lenguas se enredan hasta que me quedo sin aliento.

—No sabía que todavía podía hacer eso —admito, dejándome caer en el colchón.

—¿Hacer qué? —enrosca su mano entre mis piernas—. ¿Tener un orgasmo? Estaré feliz de demostrar que estás equivocada nuevamente si quieres.

Todavía estoy palpitando por la primera liberación, pero estoy lista para más.

—No sabía que todavía te desearía tanto —le explico—. Me encanta ser mamá y verte como papá, pero no sabía si… supongo que me preocupaba que esta parte de nuestra relación hubiera terminado. No estaba segura de si todavía me desearías.

Él retrocede, con el ceño fruncido. —¿Qué carajo significa eso?

—Significa que soy básicamente una máquina de bebés. Me salieron bebés y ahora estoy goteando leche —envuelvo mis brazos alrededor de mi abdomen—. No es exactamente sexy.

Yakov agarra cada una de mis muñecas y las sujeta por encima de mi cabeza con una mano. —¿Dice quién?

—Yo. *Cosmo*. La sociedad —me encojo de hombros, pero es difícil con los brazos inmovilizados en el colchón—. Una vez que das a luz, sientes que pierdes esa otra parte de ti. De repente, tu vagina existe únicamente para dar a luz a bebés.

—No estás hecha únicamente para tener bebés, Luna —Yakov presiona su rodilla entre mis piernas, abriéndolas. Luego se coloca entre mis muslos, su polla empujando mi entrada—. Fuiste hecha para *mí*.

Él presiona contra mí lentamente. Estoy tensa, nerviosa por cómo me sentiré teniendo en cuenta por todo lo que ha pasado mi cuerpo durante las últimas siete semanas. Pero Yakov me acoge con delicadeza. Me estira centímetro a centímetro hasta que se desliza profundamente dentro de mí.

—¿Ves lo buena que eres tomándome? —gruñe en mi oído—. Para esto está hecho tu coño. Para ser llenado por mí.

Sostiene mis manos firmemente sobre mi cabeza mientras me empuja una y otra vez. Me retuerzo, tratando de acercarme a él. Pero Yakov mantiene el control.

Engancho mis piernas alrededor de su espalda y levanto mis caderas para encontrarme con él. Nuestros cuerpos chocan hasta que Yakov gime.

Finalmente, suelta mis muñecas y agarra mis caderas. Me mantiene firme mientras se adentra en mí. Su cuerpo tartamudea por un segundo y luego lo siento moverse profundamente dentro de mí.

Saber que Yakov todavía me desea, sentirme tan cerca de él, me hace caer con él.

Cuando se agota, se desploma contra mi pecho. —Comida tailandesa y luego volvemos a hacer eso, ¿sí?

Paso mi mano por su espalda y me río. —Sí, lo hacemos de nuevo. Y de nuevo. Y otra vez.

—Y otra vez —añade Yakov, acariciando mi cuello. Luego retrocede, sus ojos suaves mientras me miran—. Para siempre.

Yakov para siempre… Ahora, ese es un plan.

Agarro su rostro y acerco sus labios a los míos.

No pedimos comida tailandesa por horas y horas.

~

Epílogo Extendido: Luna: Un Año Después

Descarga el Epílogo Extendido!

HAZ CLIC AQUÍ PARA DESCARGAR